

Heart an aontas  
OONAGH  
Anam Celtic vol.III



Angy Skay ♦ Belén Cuadros

Lil  
FicSeán



Heart an aontas  
**OONAGH**  
Anam Celtic vol.III



Angy Skay ♦ Belén Cuadros



*Lil*  
FicSeart

Neart an aontas  
Onnagh

Neart an aontas  
Oonagh

Anam Celtic III

Angy Skay & Beben Cuadros

Lxl  
EDITORIAL  
FicSeam

Primera edición: Abril 2.018

Angy Skay 2.018

Belén Cuadros 2.018

LxL Editorial 2.018

ISBN: 978-84-17160-84-5

ISBN Anam Celtic: 978-84-16609-48-2

Depósito Legal: AL-618-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación - LxL Editorial

*Tri rudan a thig  
gun iarraidh:  
an t-eagal,  
an t-eudach's  
an gaol.*

*Hay tres cosas en la vida  
que llegan sin  
que uno las pida:  
miedo,  
amor  
y celos.*

# Agradecimientos

Angy Skay

Quiero agradecer en primer lugar, a todas y cada una de las personas que están siguiendo día a día nuestra aventura, nuestra emoción y nuestras ganas de continuar con la saga. Adoro ver cómo unos se unen al bando de Maureen y otros al de Taragh, porque a estos personajes les albergo un gran cariño.

No puedo dejar atrás a mis compañeras de aventuras, esas que suspiran por cada uno de los personajes que aparecen detrás de esta historia. A mi madre, el gran muro que siempre me sostiene; a mi hermana, por amar sin medida mis locuras sean las que sean; a mis UN, Noelia Medina y Ma Mcrae, que sentís tanto o más que yo esta saga; a mi churry, R.Cherry, por aguantar nuestro consultorio como la mejor de las vikingas, y, sobre todo, a mi compañera de viaje, esa que un día puso el destino en mi camino y a la que ya considero de mi propia familia, a mi zipy, Belén Cuadros.

A mis provocadoras y provocadores, que han seguido todos mis pasos y todavía continúan manteniéndose firmes en cada una de mis historias, sin vosotros nada de esto sería posible, y lo sabéis.

Y al más importante de todos, a ti, a mi personaje, a Cathal O’Kennedy. Gracias por darme las alas que necesitaba para despegar.

Se os quiere.

Angy Skay.

Belén cuadros

Si Maureen O’Hara levantara la cabeza y viera todo lo que se ha liado por su culpa, no se lo creería. Quién iba a decirme a mí que después de tantas veces de ver la película de «El hombre tranquilo», con Maureen O’Hara y John Wayne, un sueño como este pudiera hacerse realidad. Aquella actriz pelirroja hizo inspirarme en un gran personaje como la abuela Maureen, y ha demostrado que su fuerza sigue viva guiándome a la hora de relatar esta historia.

Han sido meses de documentación, llamadas telefónicas y noches en vela por parte de Angy y mía. Por eso este libro quizás ha sido de los más intensos que llevamos escritos hasta ahora de la saga. Hemos reído y llorado a la vez que escribíamos escenas puntuales. Nos emocionábamos a la hora de

relatarnos nuestras ideas, y eso solo significaba una cosa: estábamos disfrutando en demasía de este proyecto.

Esa es una de las razones por las que quiero agradecer a Angy Skay confiar en mí a la hora de dar el sí para escribir esta saga, y por haber estado a mi lado tanto en lo profesional como en lo personal. Has sido un puntal en mi vida estos últimos meses, y lo sabes. Aquí se demuestra que la distancia no es el olvido y nosotras cada vez estamos más unidas. La telepatía que tenemos nos asusta, aunque solo significa que estamos conectadas de algún modo.

También quiero agradecer a mi familia y a la gente de mi alrededor que me apoya. Nos consta que nos siguen fuera de nuestras fronteras con la misma intensidad que aquí.

Y no me olvido de ti. Sí, tú que estás leyendo estas líneas.

Gracias.



# Prólogo

Taragh

Visualicé cómo la caja descendía con lentitud hasta llegar al fondo del gran rectángulo de tierra en el suelo. Habíamos elegido el cementerio de Glasnevin, en Dublín. Miré a mi alrededor sin encontrar ningún punto fijo en el que concentrarme. Ryan, a mi lado, apretó una de mis manos para calmarme, pero yo ya no veía nada excepto la venganza.

Suspiré en varias ocasiones sin mostrar ninguna emoción en mi rostro. Con la cara sumida en la más profunda de las tinieblas, salí de allí antes de que terminara el entierro, escuchando al párroco decir unas últimas palabras, ya que solo Ryan fue capaz de pronunciarse en aquel fatídico día, y me dirigí al único sitio donde podría encontrar al culpable de todo lo que había pasado hacia dos días: Mick MacEoghain.

Tras conducir durante tres horas y media, llegué a la misma casa que hacía años que no visitaba. Por fuera se veía más deteriorada de lo que recordaba, detalle que me confirmaba lo poco cuidado que seguía siendo el hombre que vivía allí. Toqué a la puerta varias veces, pero nadie me abrió. Decidí esperar. No me iría sin terminar con mi cometido, de eso estaba segura.

La noche comenzó a caer sobre mí, mi teléfono no paraba de sonar, pero no le hice caso. Decidí apagarlo y que de esa manera nadie pudiera entrometerse en mi condenado plan. Tenía claro que esta vez no sería una muerte por una vida, sino todo lo contrario.

Una muerte por otra.

Una hora y media más tarde, vi que un hombre aparecía al final de la calle. Escurrí mi cuerpo hacia abajo en el interior del vehículo y, a lo lejos, divisé la figura de Mick cabizbaja dirigiendo a su amado hogar. Cargué mi arma con rapidez y, cuando traspasó la puerta de su casa, bajé del coche. Me encaminé a la puerta con una decisión aplastante, hasta que al llegar toqué dos veces y abrió. Su cara mostró de todo menos alegría, pero también pude ver que el miedo atenazaba por todo su cuerpo.

«Siempre fuiste un cobarde», pensé, mostrando mi rostro más temerario, si es que eso era posible.

—¿A qué has venido? —preguntó con un hilo de voz.

No le contesté. Alcé mi arma y lo apunté sin titubear.

—¿Vas a matarme? —preguntó nervioso.

—¿Por qué disparaste a mi marido? —cuestioné llena de rabia.

Notaba mi sangre hervir de una forma que jamás habría imaginado, y tuve que contenerme para no aplastarle la cabeza contra el cristal del recibidor.

—Taragh... Yo... —titubeó dando un paso hacia atrás.

Le hice un gesto con la cabeza para que continuara, me quedaban pocos segundos para perder la paciencia, y eso sí que no podía controlarlo por más tiempo.

—Frank me dijo que tenía que ir para acabar con él, que tú estabas de acuerdo —añadió atropelladamente.

Arqueeé una ceja, y este me extendió un teléfono para que lo comprobara por mí misma en unos mensajes que ambos se habían enviado días atrás.

—No te miento, ¡te lo juro! —se desesperó alzando los brazos.

Asentí sin mostrar ningún signo de emoción al leer la conversación que habían mantenido, y me juré terminar con Frank en breve.

—Te dije que vivieras y te olvidaras de todo —pronuncié más fría que un tempaño de hielo.

—Taragh... Por favor... —suplicó, a punto de ponerse de rodillas.

No le di tiempo a continuar.

Apreté el gatillo y, al instante, cayó desplomado en el suelo con un tiro en la frente por donde una pequeña capa de humo salía de su piel. Lo contemplé altiva, solté un suspiro que me vació los pulmones y me giré quedando de cara a la puerta.

Guardé mi arma con un propósito nuevo: resolver las dudas con Andrew O'Leanny y, por supuesto, matar a Frank.

Maureen

Si dejas tu boda a cargo de tu abuela, hoy en día sonaría algo extraño y anticuado. Pero si tu abuela es la única persona que conoce tus gustos al dedillo y aporta más ideas si cabe para que salga de ensueño, puedes estar tranquila, y lo único que debes de hacer es escuchar y dejarte llevar por sus consejos.

El Hagarty's cerró y la familia entera viajó desde Cork al condado de Mayo. Blacksod, Belmullet y algunas caravanas de alquiler fueron los lugares donde nos alojamos. La casa de mis abuelos era el cuartel general, ya que todo estaba planeado desde hacía semanas. Se escogió el día por la superstición de la luna creciente y no podía ser un sábado porque traía mala suerte.

La noche anterior al enlace estábamos ultimando los detalles, mientras cenábamos el ganso al horno que marcaba la tradición.

—¿Tenemos que cenar el ganso también? —protestó mi tío Brannagh—. Veo que la tradición se está llevando al dedillo.

—Tú calla y pon la mesa —le regañó mi abuela degustando el guiso con su famosa cuchara vieja de madera—. Esto ya está.

La verdad era que nunca había visto la casa de mi abuela tan llena. En aquel momento comprendí por qué la amplió. Tíos y primos de la zona cenaron con nosotros también, y el exterior de la vivienda era un verdadero festín. Aquello prometía ser un aperitivo de lo que nos esperaba al día siguiente, después de haber tenido que retrasar la boda varias veces.

—¿Lo tienes todo listo? —me preguntó mi prima Siobhán, una vez sentados en la mesa.

—No lo sé —respondí sirviéndome una copa de vino—. Abuela, ¿lo tengo todo listo? —La miré.

—Todo —contestó mientras traía la bandeja con la guarnición.

—¿Tú no lo sabes? —se extrañó Siobhán.

—Mira, tanto mi abuela como tía Maeve son las personas que mejor entienden del tema. Yo me he limitado a decir sí o no a lo que me gustaba o me

dejaba de gustar. Aidan nos lo ha dejado todo a nuestra elección. Los lazos, campanas, cascabeles, cintas, piedras y demás se lo dejé a ellos.

—Entonces, apenas has participado —se extrañó.

—Sí que lo he hecho, pero dando mi opinión y haciendo lo que he podido. He pasado demasiado tiempo en Dublín como para estar totalmente centrada en la ceremonia.

—De eso quería hablar contigo. ¿Cómo te fue?

—¿El qué? —Quise hacerme la distraída.

—Tu trabajo en Dublín. ¿En qué consistía?

Dudé unos instantes, pero con rapidez salí del paso como habitualmente me estaba acostumbrado a hacer.

—Un barco se dedicaba a arrojar vertidos tóxicos al mar. Tuvimos que hacer un expediente. —Le resté importancia con mi respuesta.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que tú has estudiado? Creí entender que hiciste comunicaciones.

Siobhán siempre se fascinó por el tema que yo me dedicara a la mar. Su padre también estuvo un tiempo en Cork, en casa de mi abuela, y tenía buenos recuerdos de la época de pescador.

Miré a mi abuela buscando auxilio, pero ella seguía sirviendo platos.

—Por lo visto, al trabajar en el NMCI, debo tocar esos los temas. La verdad es que cada vez me está gustando más todo lo que engloba el mundo de la marina. Y te recuerdo que todavía estoy de prácticas viajando a...

—Siobhán, dame el plato de tu padre —le cortó por fin mi abuela—. Por cierto, tu madre me dijo que conseguiste un local para tu tienda de delicatessen.

—Sí —sonrió contenta—, la verdad es que ha sido toda una suerte. No fue fácil encontrar un sitio, pero no me puedo quejar.

—No tenía ni idea de que querías montar un negocio —me alegré—. Y ¿dónde lo tienes?

—En Ballina, está un poco lejos, bueno, en realidad a unos cuarenta y cinco minutos de casa.

—Vivías en Newport, ¿no? —me interesé un poco por su vida. Siempre me cayó bien aquella prima mía.

—Sí. Al ser Ed de allí, me asenté.

—Y ¿por qué Ballina? No es un pueblo del que haya oído hablar mucho. —Cogí mi copa de vino y le di un pequeño sorbo.

—Si te digo la verdad, yo quería asentar el negocio en Cong.

Fue oír el nombre de aquel pueblo y mi abuela alzó la vista para mirar a Siobhán.

—¿Qué se te ha perdido a ti en Cong? —Aquel comentario tenía la intención de sonsacar algo en especial.

—Abuela, no digas tonterías —intervine—. ¿Tú qué crees que le puede interesar del pueblo? Pues vivir el ambiente de la película de «El hombre tranquilo» —bromeé.

—Pues no vas muy desencaminada. —Siobhán rio por mi salida—. Pero hay que mirar por el negocio y hay que reconocer que cada día visitan muchos turistas el pueblo, y podría sacar dinero.

—Chorradas —insistió mi abuela—. Ballina es un buen pueblo.

—Yo nunca he estado en Cong. —Caí en la cuenta—. Podríamos ir un día de estos a visitarlo.

—Otra que tiene pájaros en la cabeza. Deja el pueblo para los turistas.

No comprendía qué tenía mi abuela en contra de aquel sitio. Yo recordaba haber visto la película de John Wayne y Maureen O'Hara de niña en casa de mi tío Morgan, el hermano de mi abuela. Me fascinaba aquella mujer pelirroja con la que también compartía nombre. De niña siempre me dijeron que tenía nombre de vieja. Pues en Irlanda a día de hoy, muy poca gente joven se llamaba así y yo me enfadaba diciendo que me llamaba Maureen por la gran actriz.

—Está claro que no quieres venir conmigo. No te preocupes, ya convenceré a alguien para que me acompañe.

La gélida mirada que me lanzó mi abuela me chocó. Aquel pueblo escondía algo que a ella no le gustaba y no estaba dispuesta a que yo lo pisara. Apoyé mi cabeza en el hombro de Aidan y sorbiendo de mi copa de vino, la miré fijamente tratando de averiguar su secreto, pero me fue imposible.

Mi prometido charlaba animadamente con mi hermano John, su mujer Cindy, su hermana Saoirse y con nuestro cuñado Connor. Viéndole conversar me vino a la memoria la primera vez que lo vi en mi casa. Las guardias que John y yo teníamos que hacer para curarle, nuestras charlas y cómo se metía conmigo para sacarme de quicio. Quién iba a decirnos que, después de tanto tiempo y tanto vivido, nos íbamos a ver en Blacksod, cenando en casa de mi abuela, a pocas horas antes de darnos el sí quiero.

—¿Todo bien, tía? —pregunté a la hermana de mi abuela Herminia, que había venido desde España para presenciar el gran día.

—Sí, hija. Aquí no me atrevo a abrir la boca, porque tengo a todos encima.  
—Su timidez era latente y me enorgullecía ver que se comunicaba con los demás, pese a su limitado conocimiento del idioma.

—No queremos que te falte de nada. Así que ábrela tantas veces como quieras.

—Si te vieran tus abuelos —se lamentó posando su mano sobre mi pierna—. Estarían muy orgullosos de ti.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Su única nieta se casa con la persona a la que ama, en un lugar de ensueño y teniendo el respaldo de toda su familia. Eso lo querría cualquier abuelo.

No pude decirle nada. Simplemente le sonreí y besé su mejilla. La quería tanto que era una parte esencial en mi vida. Era mi parte española a la que no estaba dispuesta a renunciar.

—Además, ¿cuánto hace que no vas a una boda de la familia? —la animé.

—Ni me acuerdo. Creo que la última que se casó fue tu prima Ayalga en Cudillero, y de eso hará unos cinco años.

—Vaya, Ayalga, hace mucho que no sé de ella. —Hice memoria.

—Todos te mandan recuerdos y felicitaciones.

—Sí, pero es como si al venir a vivir aquí todos se olvidaran de mí.

—No les hagas caso —le restó importancia—. Cada uno va a lo suyo. Que no tengáis contacto no significa que hayan dejado de quererte.

—Sí, tía, pero yo siempre que iba a tu casa, visitaba a la familia

—No te enfades. —Trató de tranquilizarme.

—En fin —le sonreí dándole una palmadita en la mano—, vamos a festejarlo todo lo que podamos. La desgraciada de mi madre no se casó, a Dios gracias, ni con mi padre, ni con nadie que nosotras sepamos. Así que esta boda vale por dos.

El pensamiento de mi madre me hizo arrugar el entrecejo, pero enseguida me olvidé de ella al ver el ambiente familiar que teníamos en casa. Poco después, al ayudar a recoger la mesa, coincidí con mi abuela en la cocina.

—¿Qué te sucede? —preguntó sosteniéndome la fuente de la carne.

—No es nada. Es simplemente que no me acordaba de la relación que tenía con una prima mía. Y es curioso porque nos criamos juntas en Asturias.

—No le des más vueltas. Sabes que con los años cada uno va a lo suyo y hace su vida. Eso no significa que te deje de querer.

—Eso es exactamente lo que me acaba de decir mi tía. Pero me choca, porque con Ayalga era especial. Recuerdo que al llegar a Irlanda era con quien más me carteaba.

—¿Ayalga?

—Sí, así se llama mi prima.

—Vaya, es curioso.

—¿Por qué? —cuestioné intrigada.

—Pues porque Ayalga es el nombre de unas ninfas celtas que tenían la capacidad de comunicarse con animales y plantas. Y su cometido era guardar tesoros.

—No, si al final las hadas, las ninfas, los leprechauns... todos me van a perseguir el resto de mi vida.

Posó su mano con delicadeza en mi mejilla y con ese cariño tan especial que me tenía, dijo:

—Maureen, tu destino estaba escrito desde el mismo día que naciste.

La cena transcurrió a las mil maravillas. Comida, bebida y música de fondo en el equipo con el grupo «Dubliners» en un ambiente más que familiar.

—¿Sabes que te quedan menos de veinticuatro horas para ser la señora de MacEoghain? —me preguntó Aidan al oído, mientras bailábamos abrazados.

Levanté mi cabeza de su cuello, contemplándolo con adoración.

—Todavía no me hago a la idea. Pero me muerdo de ganas —contesté mirándole a los ojos—. Te quiero tanto que me duele el corazón solo con pensar en ti.

Se acercó más a mí y me dio un fuerte beso en los labios. Era feliz.

Éramos felices.

En cuanto todos comenzaron a retirarse, mi abuela me hizo una señal y me apartó del grupo que seguía bebiendo en el porche de la casa.

—Cógete un chal y vente conmigo —ordenó.

—Abuela, te recuerdo que tengo que descansar. Mañana me espera un día muy ajetreado.

—No te preocupes, no tardaremos demasiado en volver.

Miré de reojo a Aidan, que se encontraba sumido en la conversación que mantenía con varios de los presentes, y con el único reflejo de la luz de la luna, caminamos en dirección al faro. Las luces de la bahía iluminaban la otra orilla.

—Vaya, todo esto está muy solitario —opiné a medida que iba caminando

agarrada a la barandilla del faro—. ¿Dónde vamos?

—Salta conmigo. —Me invitó a bajar a la zona rocosa que había a los pies del edificio.

—Hay que ver la energía que rebasas. Nadie acertaría sobre la edad que tienes.

—Ya veremos cómo estás tú cuando llegues a mi edad —dijo a medida que iba con cuidado a la hora de caminar por las rocas.

—Abuela, ten cuidado. La luz no es buena y...

No pude terminar la frase. La corriente de aire comenzó a recorrerme los tobillos. Mi trance fue leve y me permitió ver a la señora delante de mí. Giré la cabeza a la derecha y allí estaba mi abuela mirándome. Sabía que algo sucedía, pero no pude preguntarle nada. No sabía si ella también podía verla, pero sentirla seguro que sí. La corriente cesó y pude escuchar a la diosa con total claridad.

—*Dia duit, mo banríon* (hola, mi reina).

—*Dea-oíche, ma'am* (buenas noches, señora) —respondí.

—*Beidh an lae inniu ina lá tábhachtach duit. Beidh d'anam aontaithe le do chara. Ná bíodh eagla ort, is breá leis tú agus leanfaidh sé leat cibé áit a théann tú. Ach bí cúramach. Níl cairde ag gach duine. Caithfidh tú féachaint ar na daoine atá ag gabháil leat i do lá go lá.* (Mañana será un día importante para ti. Tu alma se unirá a la de tu amado. No tengas miedo, él te ama y te seguirá donde quiera que vayas. Pero ten cuidado. No todas las manos son amigas. Debes vigilar a la gente que te acompaña en tu día a día).

Mi cara era de asombro. No por el hecho de que Áine estuviera delante de mí y se me manifestara. Con el tiempo me había acostumbrado a sus apariciones. Algunas de ellas esperadas y otras no. Mi abuela me había llevado allí para que me reuniera con ella, pero no sabía cuál era el motivo.

—Maureen, arrodíllate —pude oír a mi abuela.

Intenté no caerme entre las rocas y obedecí. El sonido del mar, de repente, se hizo más fuerte. Era como si un gran oleaje hiciera énfasis a lo que iba a suceder. No pude evitar sorprenderme al ver que una figura envuelta en una gran luz salía del mar y se acercaba a Áine. Era una bella dama vestida de blanco, con una larga cabellera color miel y una profunda mirada. Aprecié una sombra tras ella, y en su tobillo una argolla dorada sujeta a ese halo de luz. Un grupo de pájaros revoloteaba a su alrededor en parejas. De repente el halo de luz disminuyó y me sonrió, para después dedicarme unas palabras.



—*Dia duit, Oonagh. Is é mo ainm Fand, bandia na n-uiscí úr agus domhain. Tá mé anseo chun tú a bheannacht leh Áine i d'aontas le do chara. Ná bíodh eagla ort is mise do chara agus do chosantóir. Aon uair is gá duit dom, beidh mé ann.* (Hola, Oonagh. Mi nombre es Fand, diosa de las aguas dulces y profundas. Estoy aquí para bendecirte junto a Áine en tu unión con tu amado. No temas. Yo soy tu amiga y protectora. Siempre que me necesites, allí estaré).

—*Íochtarach do cheann.* (Baja la cabeza) —me ordenó Áine.

Miré a mi abuela y ella seguía observándome. En un principio no sabía si ella podía ver lo que estaba sucediendo, pero algo me decía que sí. Su gesto de aprobación me dio la razón. Obedecí la orden de la diosa y en aquel instante noté un calor fuera de lo normal alrededor de mi cabeza. El mar se calmó de golpe y lo que primero comenzó como un susurro, siguió con las voces de las dos diosas al unísono.

—*Tabhair do chroí le draíocht fiáin, maidir leis an tiarna agus le mná an dúlra, seachas aon bhreithniú ar an saol seo. Ná caithfidh mórán nó beag, ná bíodh na daoine lag nó lag, ní chuma an chuma ar olc in aice leat, ná bronn ná náire náire. Tugtar na coimhlintí ársa duit, déan iad a thuiscint go luath agus déan iarracht, bí ceann le cumhacht na n-ilimintí, cuir mí-iompar agus luíonn taobh thiar de tú. Bí dílis do thiarna na foraoise, bí dílis do mhuire na réaltaí, bí fíor duit éin chomh maith, fíor le draíocht an dúlra thuas. Ná curse ar dhuine ar bith, mar sin ní gá duit a bheith damnithe trí uaire, agus má tá tú ag taisteal farraige agus talamh, lean an bealach céanna leis na seanbhealaí.* (Dale tu corazón a la magia salvaje, para el señor y la dama de la naturaleza, más allá de cualquier consideración de este mundo. No codicies grande o pequeño, no desprecies a los débiles o pobres, la apariencia del mal no permitiré cerca de ti, nunca te rindas ni ganes la vergüenza. Las armonías antiguas te son dadas, entiéndelos temprano y prueba, sé uno con el poder de los elementos, pon detrás de ti el deshonor y la mentira. Sé leal al señor de la madera salvaje, sé fiel a la dama de las estrellas, sé fiel a ti mismo, además, fiel a la magia de la naturaleza por encima de todo. No maldigas a nadie, para que no seas tres veces maldito, y si viajases océano y tierra, sigue el mismo paso de los senderos antiguos).

El oleaje volvió a golpear en señal de zanjar el ritual que acababa de recibir. En mi cabeza no sentía calor e intuí que quizá podía levantar mi mirada. Ellas seguían allí. Las dos juntas. Tan bellas e impresionantes. Cada

una me regaló una amplia sonrisa a modo de aprobación. Miraron a mi abuela y Áine la invitó a unirse con nosotras.

—*Tá sé do sheal, Brigid.* (Es tu turno, Brigid).

En ese instante sí que pude cerciorarme de que mi abuela estaba en toda aquella ceremonia. Si no podía verlas, seguro que podía oírlas. Se acercó a mí y se quitó la pulsera de piedras que siempre llevaba en su muñeca derecha. La cobijó entre las dos manos y también me ordenó que bajara la cabeza. Su ritual no fue distinto al de las dos damas. Posó sus manos sobre mi cabeza y volví a sentir el calor.

—*Ó, bandia, tu, cosaint; agus i gcosaint, neart; agus i neart, tuiscent; agus i dtuiscent, eolas; agus ar eolas, eolas an cheartais; agus ar eolas an cheartais, grá dó; agus sa ghrá sin, an grá ar gach annamh; agus i ngrá le gach annamh, grá dé. Bandia agus gach maitheas.* (Oh, diosa, tú, protección; y en protección, fuerza; y en fuerza, comprensión; y en la comprensión, el conocimiento; y en el conocimiento, el conocimiento de la justicia; y en el conocimiento de la justicia, el amor por ella; y en ese amor, el amor de todas las existencias, y en el amor de todas las existencias, el amor de diosa. Diosa y toda bondad).

Tras un largo e incómodo silencio decidí levantar la vista y me crucé con los ojos de mi abuela. Ella sonreía. Era un gesto de orgullo y se la veía feliz. Retrocedió un par de pasos y se posó junto a las dos diosas. Las tres recitaron a la vez:

—*Ardaigh do anam le nádúr na máthar agus an fharraige a luíonn linn. Chun na ndaoine a chuireann timpeall orainn agus ar an dea-cháil gur féidir le gach rud. Déan do chuid céimeanna a threorú ar an mbealach ceart agus tabhair do aoibh gháire brón a chur isteach i moilleas.* (Eleva tu alma a la madre naturaleza y al mar que nos baña. A los seres que nos rodean y al bien que todo lo puede. Guía tus pasos por el buen camino y regala tu sonrisa para convertir las penas en alegrías).

La paz que sentí en aquel instante fue indescriptible. Las tres hicieron un corro, sin tocarse miraron hacia arriba y alzaron las manos a la altura de la cintura. Un enorme halo de luz las cubrió y la corriente de aire que acostumbraba a sentir en mi cuerpo se convirtió en calor. No me molestaba, al contrario, era agradable y tenía algo en el ambiente que me tranquilizaba. De repente, unas pequeñas lucécitas comenzaron a volar alrededor nuestro. No sabía si eran luciérnagas o las hadas que siempre acompañan a Áine. Pero lo

que fueran, empezaron a cantar unos hermosos cánticos que me transportaron a otro estado de paz inimaginable.

En cuanto la luz menguó, las tres se separaron y me observaron. Áine habló la primera:

—*Amárach tosaíonn tú cosán nua. Ná bíodh eagla ort, baineann do chara leat. I dtréimhsí trioblóide agus éadóchais cling le miotail. Páirt a ghlacadh do namhaid. Beidh tú araon a bheith ar an neart.* (Mañana comenzarás un nuevo camino. No temas, tu amado te pertenece. En los momentos de apuro y desesperación aférrate al metal. Únete a tu enemigo. Los dos seréis la fuerza).

—*Tabharfaidh na héin leat i do thuras. Labhair leo.* (Los pájaros te acompañarán en tu andadura. Háblales).

Al terminar de nombrar a las aves, estas comenzaron a volar a mi alrededor, cosa que interpreté a modo de presentación por su parte. Me sorprendió que todos volaran en pareja y que estuvieran unidos por una cadena de plata por cada grupo de dos.

—*Breathnaigh ar an bhfarraige.* (Mira al mar) —ordenó Fand, mientras imitaba a Áine dirigiendo su mirada al agua.

De repente, un gran halo de luz se formó en un punto concreto de la costa. Allí pude ver tres figuras que se alzaron del agua levitando. Parecían sirenas por sus colas de pescado, sus orejas eran grandes y puntiagudas, sus manos tenían forma humana, pero palmeadas. Hubiese jurado que eran merrows, pero no estaba segura.

—*Beidh siad ag do thaobh freisin.* (Ellas también estarán a tu lado).

—*An bhfuil tú socair?* (¿Estás tranquila?) —preguntó Áine.

—*Sea, tá mé.* (Sí, lo estoy) —contesté confusa pero segura a la vez.

—*¿An bhfuil tú sásta?* (¿Eres feliz?).

—*Sea, tá mé.* (Sí, lo soy) —respondí a Fand.

—*Ansin, téigh abhaile. Beidh amárach a bheith ina lá draíochta.* (Entonces, márchate a casa. Mañana será un día mágico).

Las dos diosas se miraron entre sí y luego lo hicieron en dirección a mi abuela.

—*Tabhair aire di.* (Cuídala) —le ordenó Áine.

—*Sea, beidh mé.* (Sí, lo haré) —la tranquilizó mi abuela.

—*Slán, Oonagh. Slán Brigid.* (Adiós, Oonagh. Adiós, Brigid) —se despidieron las dos a la vez en una sola voz.

El oleaje volvió con furia y la luz de las dos mujeres comenzó a fusionarse y a elevarse dando vueltas como un torbellino. La gran bola se movió en el aire en dirección al mar y la perdimos de vista al sumergirse dentro del agua.

Miré a mi abuela que estaba de espaldas contemplando el mar donde había caído la luz.

—Tú lo has visto todo, ¿verdad? —fue lo primero que le pregunté.

—Así es —me contestó mientras se acercaba a mí y me extendía la mano.

—¿Cómo es posible que hayas podido verlas?

—Hay ocasiones en las que puedo. Pero no en todas, solo en las más importantes. Fue la diosa quien me dijo que viniera aquí contigo.

—¿Cuándo la viste?

—Anoche, en sueños. Ella apareció y me susurró las instrucciones. Lo que no sabía era que vendría Fand con acompañándola.

—Jamás la había visto antes. A Fand, me refiero.

—Yo tampoco, pero supongo que debe significar algo. Da igual, no le des más vueltas. Vamos, caminemos hacia casa.

—¿Y las merrows? Porque eran merrows, ¿verdad?

—Sí, lo eran. Pero no entiendo el significado que pueden tener esas criaturas en una bendición matrimonial.

—Puede ser que al dedicarme a la mar puedan ayudarme en algún momento. Aunque yo no recuerdo haberlas visto cuando encontré el Ádh mór.

—Supongo que ya era bastante ayuda la de la diosa Áine en aquel momento.

—Quizás tengas razón. Abuela, ¿tú sabes a qué se ha referido Áine cuando me ha dicho que me aferre al metal? ¿Y lo de mi enemigo?

—Pues si te soy sincera, no tengo ni idea.

—¿Puede tener significado con el anillo que me dio en el Ádh mór? Recuerdo que a todo el mundo le quemaba, excepto a mí.

—Quizás se refiera a eso. ¿Conseguiste averiguar qué poder tiene?

—No. Y te puedo asegurar que lo he intentado.

—Ya llegará el momento. Cuanto menos te lo esperes se hará notar. Lo que está claro es que él te pertenece.

El gran día llegó y el sol se hizo paso entre las nubes que el día anterior pretendían ensombrecer el momento de la unión.

El mayor secreto de una novia era su vestido y yo no podía ser menos. El mío era de cuello barco, dejando los hombros al descubierto, azul celeste, el azul representaba la pureza en la cultura celta, el cinturón de un verde pálido con símbolos celtas bordados a lo largo de este, y las mangas de gasa, al más puro estilo ninfa del bosque.

Mi peinado constaba de un recogido de trenzas que simbolizaban el poder y la suerte, con flores silvestres adornando mi pelo rojizo.

Una hermana de mi abuela, mi tía Muriel, me entregó un pañuelo bordado con los símbolos que había encima del dintel de la casa familiar, la triqueta y la cruz solar, más un espiral que se bordó con hilo de oro en el centro. Lo cosió con una puntada a un lado del vestido aquella misma mañana, como mandaba la tradición. Aquel pañuelo serviría para cubrir la cabeza de mi primerizo el día de su bautismo.

Aquello estaba siendo un verdadero ritual. Mi abuela había preparado una jofaina aparte, solo para mí. Decía que nadie podía lavarse las manos en el mismo lavabo que yo.

—Abuela, ¿no estás exagerando un poco? —me burlé mientras acababa de poner el lazo en el cuello a Charlie.

—¿Tú no querías una boda celta tradicional?

—Sí, pero para llegar a esto...

Miré a mi perro y sonreí al ver lo guapo que iba también.

—Tu abuelo y yo nos casamos con este rito, y mira, todavía seguimos juntos como el primer día. Siéntate que te coloque las flores del pelo.

Hice lo que me pidió, o más bien me ordenó.

—Solo espero que no me traigas a ningún druida, ni a ninguna niña vestida de hada. Tía Matilde, ¿a ti qué te parece? ¿Te lo imaginabas así?

—Para nada, hija. Pero estás preciosa —se enorgulleció mientras ayudaba a vestir a mi sobrina Briana y a mi ahijada Ailish.

—Abuela. —Me puse seria al ver que esta no decía nada—. No me habrás traído a un druida, ¿verdad?

—No seas tonta. Va a venir el padre Pafford, como lo lleva haciendo desde hace tantos años en esta familia.

—¿Cómo va por aquí? —curioseó mi tía Maeve al entrar al dormitorio—. Maureen... —Abrió la boca al verme y le costó cerrarla—. Estás preciosa.

—Gracias, tía Maeve. ¿Ha llegado Aidan?

—No, aunque no deben de tardar. La última vez que hablé con el tío Morgan dijo que casi estaban. Y de eso hace unos quince minutos.

Ansiaba el momento de verle, pero sobre todo para saber cómo iría.

—¿Vosotras sabéis cómo va vestido? —no pude evitar preguntarles.

—Por supuesto, pero no te lo vamos a decir. —Obvió tía Muriel.

—¡Oh..., vamos! —me fastidié—. Solo decidme si va a llevar pantalón o kilt —casi les supliqué.

—Irá tan guapo como tú —me tranquilizó tía Maeve—. Por cierto, Reilly ya ha llegado.

—¿Quién es Reilly? —Jamás había oído aquel nombre.

—¿Lo tiene todo listo? —Mi abuela hizo caso omiso a mi pregunta y se dirigió a su hija.

—Perfecto. Ha quedado precioso. —Sonrió ésta—. ¿Lo llevas todo, Maureen?

—Creo que sí. ¡Ah! —me quejé al notar el pinchazo de una horquilla—. ¡Abuela! Vigila al poner lo que sea que estés trasteando en mi cabeza.

—¿Qué zapatos llevas? —Inspeccionó tía Muriel.

—Los mismos que he estado llevando durante estas últimas semanas y tengo los cinco peniques dentro. —Moví mi pie derecho dando círculos, mostrándole mi calzado.

—Bien, algo viejo. Azul, tenemos el vestido. ¿Qué llevas prestado? —continuó con el interrogatorio.

—La liga de Cheryl. —La enseñé con picardía, levantándome el vestido.

—¿Nuevo? —La mujer no parecía muy convencida de que pudiera recordarlo todo.

—Los pendientes que me regaló mi tía Matilde.

—¿La pulsera de cascabeles? —intervino tía Maeve.

—Está ahí, encima de la cómoda. —La señalé.

—Las tiras de bandas con cascabeles también están listas en la cesta del

salón —puntualizó mi prima Cheryl, una vez terminadas de vestir las niñas.

—¿Dónde está Cindy? —pregunté al no haberla visto en todo el rato que había durado mi vestidura.

—Está con Alison y Dylan revisando la vajilla del banquete. No puede haber nada quebrado —contestó mi prima.

—Bueno —dijo mi abuela separándose de mí—, esto ya está. Levántate y date la vuelta.

Obedecí y me miré al espejo. La verdad era que ni yo misma me lo acababa de creer. Sonaba mal reconocerlo, pero estaba deslumbrante. Toqué con delicadeza mi peinado adornado con flores de Bells y silvestres, mis pendientes, mi vestido...

—Solo falta el colgante con la piedra de tu signo zodiacal —añadió sacándolo de un saco de terciopelo.

—Es igual que el que llevaste tú el día que te casaste —le recordó su hermana Muriel.

—Sí. A veces pienso que mi nieta es una pequeña reencarnación mía, en vida —dijo mirándome de una manera que solo nosotras sabíamos el motivo.

—Todo listo. —Cindy entró en el dormitorio—. Estás preciosa... —susurró por el asombro.

—Gracias —me emocioné.

—Ni se te ocurra llorar —me regañó Cheryl—. No quiero que echas a perder todo el rato que he pasado contigo maquillándote.

—Está bien. No sé si podré aguantar. —Tragué el nudo que oprimía mi garganta.

—Venga, que ya es la hora y seguro que Aidan debe estar esperando. Cindy, dile a mi hijo que bajamos.

Las dos nos quedamos solas en la habitación. Simplemente nos miramos y a mí me entró la risa.

—Es curioso que haga todo este ritual contra las hadas, cuando las dos sabemos lo que en realidad somos. Es irónico, ¿no crees?

—Lo sé, pero hay que seguir la tradición y no podemos levantar sospechas. Además, siempre hay algún hada suelta que hace de las suyas. Lo estamos haciendo bien, no te preocupes. Al final de la tarde, le daremos las gracias a Áine por protegernos el día de hoy. —Zanjó aquel momento con un firme movimiento de cabeza afirmativo.

En cuanto bajé la escalera, mi padre esperaba en la puerta de la casa. No

pudo articular palabra y tenía los ojos que se le iban a salir de las órbitas.

—Eres la novia más bonita que jamás he visto —balbuceó por fin.

—Gracias, papá. Espero que Alison no lo oiga o tendrás graves problemas. —Reí.

—Alison lo comprenderá. Ella también iba preciosa el día de nuestra boda.

En cuanto salimos, vimos un carro descubierto, adornado para la celebración, sujeto por una mula y un hombre de avanzada edad, vestido elegante a modo pueblerino, gorra incluida, que llevaba las riendas.

—Reilly —le llamó mi padre—, saca el cajón para que podamos subir a la novia.

—Así que este es Reilly... —pensé en voz alta.

—Sí, vecino del pueblo de al lado. Gran amigo de la familia.

—¡Espera, Maureen! —se apresuró Cindy a salir de la casa—. Has olvidado la herradura del ramo.

—¿Herradura? —No conocía aquella tradición y cogí la pequeña pieza en forma de calzado equino.

—Debes llevar una herradura en el vestido o en el ramo de novia, para que os dé fortuna durante el matrimonio —me aclaró mi padre—. Al igual que a tu ramo también se le agrega una rama de trébol y lavanda que significa: amor, lealtad, devoción y suerte.

—Las supersticiones no cesan. Y yo hablaba de las supersticiones gitanas...

El carro nos llevó ladera arriba. La ceremonia no iba a celebrarse en ninguna iglesia, pero el padre Pafford había accedido a oficiarla en Deirbhiles twist, como era nuestro deseo. Una explanada con un grupo de piedras colocadas de pie, formando un círculo.

La comitiva esperaba agrupada. En cuanto nos vieron llegar, se hicieron a un lado y permanecieron de pie. Aquel terreno era rocoso y nos fue imposible colocar sillas en las cercanías del lugar donde se iba a officiar el acto.

Y allí estaba él, junto al padre Pafford, vestido con un feileadh mor, una prenda irlandesa, anterior al kilt, que se recogía al hombro con un broche, una camisa blanca y un fajín verde.

En cuanto comencé a avanzar con la melodía «The Ballad of Tommie Drew» por el pasillo, del brazo de mi padre, pude ver sus ojos y su hermosa sonrisa. Se le veía feliz. Sabía que aquello lo estaba haciendo por mí. Quiso



casarse conmigo tiempo atrás, pero él se conformaba con una simple ceremonia y sin tantos quebraderos de cabeza. Aunque estaba convencida de que él no se arrepentiría de todo lo que mi familia había montado y quería que aquello fuera algo grande para recordar.

En cuanto estuvimos cara a cara, mi padre me entregó a Aidan, y mis hermanos, Jack y Molly, nos acercaron una bandeja con sal y otra con galletas de harina de avena, para que las tomásemos antes de la celebración.

El padre Pafford comenzó una ceremonia sencilla y hermosa a la vez. La entrega de los anillos y el pasar la cinta anudando nuestras manos, fueron los momentos más emotivos para mí y, al mirar a los demás, me di cuenta de que para ellos también.

El momento de recitar mis votos fue un algo muy emocionante. Pese a que estaba segura de lo que iba a hacer, lo iba a gritar a los cuatro vientos. Me iba a comprometer en una ceremonia demasiado importante para mí. Apreté con fuerza sus manos, respiré hondo y lo miré a los ojos:

—*Mé, Maureen, geallaim duit an chéad ghearradh de mo fheoil agus an chéad sip de mo fhíon. Ón lá seo, ní dhéanfaidh d'ainm ach scream san oíche agus i do shúile aoibh gháire gach lá. Beidh mé ina sciath duitse, mar atá tú domsa. Ní dhéanfar aon focal tromchúiseach a labhairt orainn mar go bhfuil ár bpósadh naofa inár measc agus ní chloiseann aon strainséir mo ghearán. Taobh amuigh de seo, caithfimid agus cuirfimid onóir ort tríd an saol seo agus an chéad cheann eile.*

Al terminar mi voto, todavía mirándole a los ojos, supe que él no había entendido nada. Pese a que su blanca sonrisa y sus ojos humedecidos me decían que le había gustado. Le devolví la sonrisa y, apretando sus manos de nuevo, la recité en inglés:

—Yo, Maureen, te prometo el primer corte de mi carne y el primer sorbo de mi vino. Desde este día solo tu nombre gritaré en la noche y para tus ojos sonreiré cada día. Seré un escudo para ti, como tú lo eres para mí. Ninguna palabra grave se hablará de nosotros porque nuestro matrimonio es sagrado y ningún extraño oirá mi agravio. Más allá de esto, te acariciaré y honraré a través de esta vida y en la siguiente.

En cuanto se hizo el silencio miré a mi familia y vi a mis tías y primas limpiándose las lágrimas con sus pañuelos. Me dio la risa tonta, pero era de felicidad.

—Maureen, ¿puedes acercarte? —el padre Pafford invitó a mi abuela.

Todo el mundo conocía la fascinación y la devoción de ella por la cultura celta. Era quien enseñaba las costumbres que sus padres le habían inculcado, tanto a ella como a sus hermanos. Sus recitales en irlandés eran conocidos en toda la comarca, y no les extrañó que también nos agasajara con ellos en aquel momento. Apartó al padre Pafford de su posición y se colocó mirando a los invitados, en medio de Aidan y de mí. Posó su mano derecha sobre nuestras manos unidas y la izquierda por debajo, cubriendo la unión.

—*Cé a ghlacfaidh tú de láimh? Cé a chuirfidh an fuinneamh chun ciorcal solais a fhíorú? Glaoim an solas, glaoim ar an tiarna agus ar an mhuire, is cuma cad ba mhaith leat glaoch orthu, glaoim ar cheithre choirnéal an domhain, an ciorcal seo a neartú agus lig an chumhacht ag fás, lig an grá sreabhadh.* (¿Quién les tomará de la mano? ¿Quién enviará la energía para tejer un círculo de luz? Llamo a la luz, llamo al señor y a la señora, como quieran llamarlos, llamo a las cuatro esquinas de la Tierra, fortalece este círculo y deja que el poder crezca, deja que el amor fluya).

No supe si Aidan sintió lo mismo que yo, pero mi sensación fue la de una corriente eléctrica y un destello que venía por detrás de una de las rocas. Sabía que era ella. Áine me estaba volviendo a dar su bendición. Mis labios dibujaron una sonrisa y una lágrima resbaló por mi mejilla. Mi abuela volvió a su asiento y nos quedamos solos en el altar.

Al retirarnos la banda de las manos, Aidan sacó una moneda de plata de su bolsillo y me la entregó:

—Te doy esto como muestra de todo lo que poseo.

Aquella moneda debería guardarla y entregársela a mi primogénito el día que se casara.

—No acostumbro a hacer este paso, pero tu abuela Maureen insistió en ello. Así que me trajeron un Quaich, para que acabéis de sellar vuestro amor —anunció el padre Paffort.

Jamás había visto un Quaich en una ceremonia. El único que vi fue uno que tenía mi tía Muriel en su casa y parecía ser el mismo en el que íbamos a beber. El recipiente era como una taza, pero constaba de dos soportes a los lados para poder sujetarlo con ambas manos. Era un símbolo de intercambio en la pareja recién casada. Tenía entendido que aquella venía de Escocia, pero alguna vez también se había realizado en formalismos de familias en Irlanda.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. —Fueron sus últimas palabras.

—Te quiero, Aidan —le dije antes de juntar nuestros labios a tiempo de que me escuchara, ya que el gentío comenzó a vitorearnos.

Aquel beso se negaba a tener fin. Era largo, dulce, tierno, sabroso y nuestras lenguas que tan bien se conocían no tenían en absoluto intención alguna de dejar de festejar aquel momento.

—Quiero hacerte muy feliz, señora MacEoghain —confesó al separarnos.

En cuanto nos giramos, vimos que cada invitado tenía su banda con cascabel y esperaban que pasáramos por el pasillo que habían creado para jalearnos con ellas. Como buena tradición irlandesa, los cascabeles ahuyentaban a las hadas para que no se entrometieran en aquel mágico momento.

El banquete, que constaba de exquisitas carnes y verduras, fue espectacular. El brindis lo hizo mi abuelo, con su copa de aguamiel en alto.

—Que el acto que nos ha juntado a todos aquí hoy sea el comienzo de una nueva vida llena de alegría y dicha. Brindo por vosotros. *Sláinte!*

—*Sláinte!* —coreamos todos al unísono.

Un pastel de cuatro pisos fue el colofón del festín. El primer trozo lo reservamos y lo guardaron en el congelador. Según la tradición, ese mismo trozo lo debíamos comer en nuestro primer aniversario de casados. Y el piso superior se debía bañar en *whiskey*, guardarlo y comerlo en el bautizo de nuestro primer hijo.

—No pierden detalle —dijo Aidan al darme un trozo de tarta para que comiera.

—No. ¿Te molesta? —pregunté con preocupación.

—Si no estuviera saliendo bien, sí que me molestaría. Pero ver tu cara de felicidad no tiene desperdicio. —Me dio un beso en la mejilla.

—Hasta Charlie está disfrutando —dije mirando al perro que comía en un rincón un minúsculo trozo de tarta.

—Atención, por favor —exclamó mi padre—. Esto de que se celebre la boda de Maureen y Aidan en tierras de los Walsh —se refería a la familia de mi abuela— tiene sus ventajas. Aquí casi todo el mundo tiene familia en los alrededores y algunos se han puesto en contacto con vosotros para participar en el día de hoy. Puesto que el motivo de la boda es honorando a nuestros antepasados celtas, qué mejor que amenizar la fiesta con un grupo de bailarines y músicos que vienen desde Belmullet. Démosles la bienvenida, por favor.

El escenario comenzó a llenarse de diez bailarines de Irish Treble, la danza típica irlandesa. El movimiento de sus pies y el sonido de las tablas eran hipnotizadores. Violines y flautas sonaban marcando el ritmo de aquellos jóvenes.

Las palmas y las risas de todos nosotros se unieron a ellos. En cuanto la música cesó, nos invitaron a Aidan y a mí a bailar. Pocas veces le había visto hacerlo, pero sabía que al primer baile no podía negarse. Aunque yo adoraba bailar, tenía que reconocer que sentía miedo a fallar o a que mis pies se tocasen. La superstición dice que los pies de la novia no pueden tocarse, por temor a que las hadas vayan a por ella. Puesto que es la más hermosa y ellas adoran esas cosas como tal. Tampoco puede cantar, ya que traía mala suerte.

En cuanto paré en un poste para hablar con mi tía Matilde, vi a mi abuela hacerme una seña. Me disculpé y fui en su dirección.

—Ahora es un buen momento. El sol ha caído y no levantaremos sospecha alguna. Subamos la colina.

Los invitados vieron cómo íbamos las dos cogidas de la mano, pero no echaron cuenta de ello. Todos decían que eran supersticiones de mi abuela y no se preocuparon.

Las dos paramos en un lugar donde no podíamos ser vistas. Nos colocamos una enfrente de la otra, nos dimos las manos y cerramos los ojos. Fue unos segundos más tarde cuando noté que un leve remolino de aire comenzaba a subir por mis pies.

—¿Lo sientes, abuela?

—Sí, ya está aquí —murmuró.

La corriente de aire se elevaba por las rodillas, muslos, cintura, hombros... Hasta llegar a la cabeza. A los pocos segundos comenzaron los susurros:

—*Oonagh... Comhghairdeas.* (Felicidades).

—*Go raibh maith agat go mór, madam.* (Muchas gracias, señora) — contesté sin darme cuenta.

—*Tagann duine éigin nua dúinn.* (Alguien nuevo viene a nosotras).

¿Alguien nuevo? Pero ¿estábamos mi abuela y yo solas? Abrí los ojos sin dejar de sentir el aire que nos protegía y vi cómo alguien se acercaba. Era una niña.

—*Beag banphrionsa.* (Pequeña princesa).

¿Pequeña princesa? En cuanto agudicé mejor la vista, me di cuenta de quien se trataba. ¡Era Briana!

—¡Abuela! ¡Briana está aquí!

—¿Cómo que está aquí? —No daba crédito a lo que le estaba diciendo.

En aquel momento la corriente de aire se evaporó y pudimos soltarnos las manos.

—¡Briana! —la llamé—. ¿Qué haces aquí?

—La mujer —dijo señalando al cielo.

—¿Qué mujer? —Quiso mi abuela hacerse la desentendida.

—La mujer me ha llamado —explicaba con total normalidad.

—¿Cómo que te ha llamado? Y ¿qué te ha dicho?

—*Beag banphrionsa*. (Pequeña princesa) —repitió la última frase que Áine pronunció.

—Abuela, ¿qué quiere decir esto?

—No tengo ni idea, pero no me hace gracia que involucre a la niña siendo tan pequeña. Solo tiene cuatro años.

—Hay que hacer algo.

—Briana, mírame —llamó su atención, tocándose el colgante que siempre colgaba de su cuello—. Brigid, a nadie le has de contar lo que ha sucedido aquí, ¿entendido? Brigid —recitó.

—Briana, ¿qué haces aquí? —pregunté.

—Quería ir con vosotras —dijo alzando las manos para dárnoslas a las dos.

Y respiramos aliviadas. No mencionaría a nadie lo que había ocurrido, ya que no lo recordaría.

Volvimos a la fiesta y me introduje en la pista de baile con los demás invitados, hasta que mis pies dijeron basta.

—Estoy agotada —dije sentándome junto a Alison.

—No me extraña. Demasiados nervios y demasiado jaleo —me dio la razón—. Todo es tan bonito que parece sacado de un cuento.

—¿Te volverías a casar con mi padre?

—Ahora mismo, sí, si él me lo pidiera —me confesó al momento y dirigiendo la mirada donde estaba.

—Pídeselo tú —bromeé—. El padre Pafford, lo tenéis aquí.

—No, Maureen. Hoy es tu día.

—¿Y tú crees que a mí me molestaría que mi padre renovara sus votos contigo, un día como hoy? Sería estupendo. No conozco pareja más enamorada que la vuestra.

—¿Quién os ha regalado la campana? —curioseó.

—Tío Morgan. Me dijo que la compró en Galway en un viaje que hizo hace poco. ¿Tú la has utilizado alguna vez?

—¿Te refieres a si alguna vez he querido tirársela a tu padre en la cabeza? —bromeó.

—Sé que jamás harías eso. —Le golpeé el hombro—. Pero seguro que alguna vez habrás discutido con él.

—Y la tradición dice que si discutís debéis hacerla sonar y así finalizar la discusión.

—A eso me refiero.

—No, no la he utilizado nunca. Pero sí que la tengo en un lugar visible, como ya sabes.

—La verdad es que, aunque coja polvo en invierno, encima de la chimenea queda de maravilla. —Reí apoyándome en su hombro—. Además...

Algo cortó lo que quería decir. Cerré los ojos y los volví a abrir. Creí por un momento que estaba soñando, pero todo apuntaba a que no. En una esquina, vi a Aidan acompañado por alguien que no tenía constancia de que estuviera invitado. Al menos él no me había dicho nada. Los dos hablaban animadamente y mi mirada se cruzó con la del invitado. Él hizo caso omiso a mis ojos y volvió a prestar atención a lo que fuera que Aidan le estuviera explicando. Busqué a mi abuela y en cuanto la encontré fui hacia ella, pero en el camino, mi tío Morgan me paró para felicitar me por mi gran día. Adoraba a aquel hombre, pero necesitaba alcanzar a mi abuela. Hasta que volví a divisarla junto a mi padre y me vio. Intenté que su mirada se dirigiera hacia la esquina, donde se encontraba el objetivo. Captó mi intención a la primera y se sorprendió tanto como yo. Con el máximo disimulo posible, inclinó la cabeza y se acercó a mí con el propósito de hablar con su hermano y yo poder adivinar qué hacía aquel hombre allí.

—Morgan, ¿qué tal te lo estás pasando?

—Maravillosamente. Le estaba diciendo a tu nieta que...

—Maureen, querida —le cortó—, Cindy te reclamaba hace un momento. Está dentro de aquella caravana intentando acostar a la niña —mintió.

—Oh. Iré a ver. Seguramente será para que la ayude.

Dejé a los dos hermanos hablando y caminé sorteando a la gente hasta mi destino.

—Aidan, cariño. —Le pasé la mano por la espalda.

—Maureen —se alegró de verme—, ¿recuerdas a Aleksei Kuznetsov?

—Por supuesto. Su cara me era familiar. ¿Qué le trae por aquí? —disimulé.

—Tenía prevista una sesión fotográfica en Westport, pero se aplazó hasta mañana y recordé que la semana pasada Aidan me dijo que estaríais aquí. —Sonrió.

—Cariño, me apetece una copa —le sugerí a mi esposo.

—En seguida voy a por ella. ¿Kuznetsov? —le preguntó ofreciéndole otra a él.

—Sí, gracias. Muy amable. —Aceptó también.

Los dos sonreímos y no hablamos hasta que Aidan estuvo a unos metros.

—¿Se puede saber qué narices haces aquí, Jack? —le pregunté entre dientes, simulando una sonrisa.

—He venido a avisarte. Tenemos que hablar.

—Si piensas que me vas a fastidiar el día de mi boda, ya puedes irte por donde has venido.

—Yo cumplo órdenes.

—Y yo te digo lo que pienso. A tozuda no me gana nadie. ¿O hace falta que te recuerde nuestra misión en el Fomoré?

Volvió a sonreír y a recordar los dos meses que pasamos en alta mar, en la búsqueda del barco *Ádh mór* cerca de la desaparecida isla Hy Brasil. Aunque lo que yo prefería borrar de mi mente fue el beso que nos dimos aquella tarde en un *pub* de Dublín.

—Debo de reconocer que eres una digna calcomanía de tu abuela.

—Di lo que sea que hayas venido a decirme, pero rápido, por ahí viene Aidan.

—Está bien. ¿Conoces Tara?

—Creo que he visto un par de veces la película de «Lo que el viento se llevó» —ironicé, al recordar que Tara era el nombre de la casa de Escarlata O'Hara.

—No seas tonta —me regañó—. Busca información de la colina sagrada y las piedras azules.

—¿Ahora también debo buscar información sobre canicas? —volví a ironizar.

—No empecemos, Oonagh —me llamó por el nombre en clave que me puso la Organización.

Aidan llegó con las copas para Jack y para mí.

—Toma, cariño —dijo dándome un beso seguido de la bebida.

—Gracias. —Le sonreí—. Entonces, ¿le gusta el paisaje, señor Kuznetsov?

—Por supuesto —aseguró con un fuerte acento ruso—. Debo reconocer que esta zona es preciosa y digna de varios días de sesiones fotográficas.

Aquella reflexión me fastidió. Lo último que deseaba era tener a Jack cerca durante mi luna de miel.

—Debería visitar la parte alta del condado de Donegal. —Intenté alejarlo todo lo que pude—. Los pueblos de esa zona son una maravilla.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió—. Gracias por el consejo.

—Abuela —la llamé al ver que pasaba delante de nosotros—. Te presento al señor Kuznetsov. Amigo de Aidan. Me comenta que le gusta Blacksod para hacer una sesión de fotografía. Aunque le he aconsejado la parte alta del condado de Donegal.

—Oh, por supuesto —me dio la razón mientras le ofrecía la mano a Jack para que este la besara—. El condado de Donegal es maravilloso. No tanto como el de Mayo, pero los acantilados y los prados son magníficos. De todos modos, le puedo mostrar una vista maravillosa que tenemos aquí, colina arriba —lo invitó, tendiéndole la mano.

Jack nos miró a Aidan y a mí, extrañando.

—Yo de usted, no haría esperar a mi abuelita —dije con sorna—. Le puedo asegurar que es muy tozuda —recalque la última palabra— cuando se lo propone.

Jack obedeció y los dos caminaron colina arriba. Estaba convencida de que Jack le contaría el plan a mi abuela. Sabía que él simplemente cumplía órdenes, pero no era el día, ni el momento.

—¿Dónde se supone que vamos a dormir? —preguntó Aidan, colocándose tras de mí, abrazando mi cintura y besándome castamente el cuello.

—¿No te lo han contado?

—Me dijeron un lugar, pero seguro que me tomaron el pelo.

—¿Qué lugar?

—La cabaña de un pastor.

—Lo siento, querido —dije echando mi cabeza hacia atrás—, pero no te han tomado el pelo.

—Bromeas. —Se irguió al momento.



—¿Por qué voy a bromear con algo así? Nos hemos casado siguiendo no sé cuántos rituales en la tierra de mis antepasados. ¿Te extraña seguir con la tradición? Te aseguro que la cabaña está reformada y limpia. Yo la visité la última vez que estuve aquí.

—¿Es cómoda? —cuestionó hundiendo su nariz en mi pelo.

—No probé la cama, pero se ve muy acogedora. —Sonreí al notar las cosquillas en mi oreja.

No se despegó de mí. Estábamos de pie en una esquina, veíamos a todos bailar y cantar sin preocupaciones. Miré hacia la colina y perdí de vista a Jack y a mi abuela. Creí que todo había salido bien y si algo se había torcido, no nos enteramos en absoluto.

Eché mi cabeza hacia atrás y la dejé reposar en el pecho de Aidan, mientras le agarraba las manos que estaban entrelazadas en mi cintura.

—No voy a olvidar este día mientras viva —confesé con la vista clavada al frente.

—Yo tampoco. —Me besó durante un rato en la cabeza, dejando sus labios pegados a mi cabello.

Suspiré a modo de cansancio y él me meció.

—¿Estás cansada?

—Te mentaría si te dijera que no. Han sido muchos días de nervios y el ritual de esta mañana en casa de mi abuela ha sido de todo menos tranquilo.

—¿Nos vamos?

—No, espera. Faltan unas danzas más y todavía debo tirar el ramo.

Cuando dijimos adiós, la mayoría alegaban de estar cansados, pero sus copas de *whiskey* seguían llenas y no se veían por la labor de malgastar aquel elixir. Reilly fue a por la mula y nos condujo hasta la famosa cabaña de la zona.

—Gracias, Reilly —agradecí al bajar del carro.

—No hay de qué —murmuró pipa en mano y levantó su sombrero a modo de agradecimiento—. Ha sido una gran boda *comhghairdeas leis an dá!* —Nos felicitó a los dos—. Y tú, muchacho —se dirigió a Aidan—, cuídala, porque te aseguro que los Walsh no se andan con chiquitas. —Hizo mención a la familia de mi abuela.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió y elevó las manos a modo de no querer hacer nada malo—. Gracias por el aviso.

—Mis mejores deseos para los dos. La llave está en ese tiesto. —Sonrió y

arrió la mula—. *Ádh mór!* —Nos deseó buena suerte.

—*Bhuíochas!* —le agradecemos al unísono.

—Me gusta la gente de aquí. Es tan... —buscó la palabra—, peculiar.

—Sí. —Le di la razón y mientras me acerqué al tiesto a coger la llave.

Abrí la puerta, pero al intentar entrar, Aidan me cogió de la mano y me paró.

—Espera. Puesto que el día ha sido tan tradicional, no perdamos una de las mejores costumbres —dijo cogiéndome en brazos—. Y si me dices que tus antepasados no hacían esto, me da igual. Yo sí lo haré.

—¡Aidan! —Reí pasando mis brazos por su cuello.

—¿Le molesta, señora MacEoghain?

—En absoluto, querido esposo. —Besé con fuerza sus labios.

Pasamos el umbral de la puerta y nos quedamos sorprendidos al ver el interior de la estancia. Una gran cama con colcha de color esmeralda hecha a mano, con una bonita cómoda al lado, unas flores frescas encima de una mesa surtida con un plato de dulces, una botella de hidromiel y dos copas. Al lado había una puerta que se veía de nueva construcción, que daba a un pequeño aseo con una simple taza, un lavabo con su espejo y un plato de ducha. La cabaña tenía luz eléctrica, pero tanto en la cómoda como en los dos taburetes que ejercían de mesita de noche, había unos cuencos con velas.

El techo era bajo y las vigas eran vistas por dentro. No quería romper la magia del lugar y decidí encender las velas. Era el toque perfecto. Encima de una estantería, había otro tipo de cuenco con cuatro velas aparte. Aquellas era mejor no tocarlas. Sabía para qué eran y no tenía intención de molestar a nadie aquella noche. Los espíritus debían descansar.

—¿Ha salido todo como querías? —preguntó acercándose a mí.

—Mejor de lo que jamás podría imaginar. Gracias.

—Gracias ¿por qué?

—Por hacer realidad el sueño de casarme con el rito celta.

—Tu familia ha tenido que ver en eso más que yo.

—Pero tú aceptaste. Aidan... —no sabía cómo decirle aquello—, gracias.

—Me las acabas de dar. —Rio.

—No me refiero a la boda. Me refiero a la paciencia que tienes conmigo. Sé que desde que terminé mis exámenes en Dublín he estado bastante ausente. Pero...

—Pero es tu trabajo —me apoyó—, y como me avisaste una vez, ya tenías

claro lo que querías antes de conocerme.

—Sí, pero, aunque la cosa se complicó en Dublín después de los exámenes, has estado ahí.

—Te refieres a que tu viaje a Dublín se alargó más de la cuenta —adivinó.

—A eso me refería. —Le hice carantoñas a modo de disculpa—. Otra persona hubiera desistido.

—¿Creías que te iba a dejar? —se sorprendió.

—No te hubieran faltado motivos. Te expliqué que eso sería habitual.

—Te mentiría si te dijera que me da igual. Quiero estar contigo, pero... —suspiró profundo, subiendo los hombros a modo de resignación—, lo comprendo. No te puedo hacer elegir entre el mar o yo.

Lo miré fijamente. Sinceramente, esperaba que nunca me hiciera aquella pregunta y jamás me lo llegué a plantear. En aquel momento, se me pasó por la cabeza que eso era mi mayor temor. Mi mente se nubló y lo único que veía era la imagen de mi vida a bordo del Fomoré. Las largas noches de soledad en alta mar, anhelando el calor de sus brazos y sus besos, y los largos días acompañada del placer de la brisa marina y la maravillosa vista del ancho mar. Mi compañía especial de Áine y sus corrientes de aire...

—Maureen —me despertó de mi embobamiento—, ¿estás bien?

—Sí. —Le sonreí a modo de disculpa inocente.

No hizo falta decir más. Nuestras miradas comenzaron a hablar por sí solas. Se agachó y me besó con dulzura los labios. Me fascinaba solo con el hecho de hacerme a la idea de que, a partir de aquel día, Aidan iba a ser mío y yo estaba dispuesta a ser suya. Llevábamos años juntos, pero ese día marcó oficialmente nuestra unión. Estábamos unidos ante los ojos de Dios, pero los dos nos tomamos aquello como algo muy serio.

Sus tiernas caricias tenían una facilidad asombrosa de hacerme estremecer. Un reguero de besos recorrió mi cuello y un leve gemido salió de mi boca. Volvió a mirarme y apoyó sus manos en mis hombros. Me regaló una tierna sonrisa, besándome la nariz, e hizo que me diera media vuelta quedándome frente al espejo. La vista que tenía delante no podía ser más dulce. Yo vestida de novia, con Aidan detrás mirándome a través del reflejo. Volvió a besarme el cuello y reconozco que aquella imagen permanecerá en mi retina hasta el día que me muera.

Cogió el lazo del corsé y poco a poco fue aflojándomelo. Le agradecí que no tuviera prisa y me permitiera disfrutar del momento. No esperó y, al

terminar de quitarlo, subió las manos hasta mis hombros y deslizó suavemente el vestido hacia abajo. Mi cuerpo en ropa interior reflejado en el espejo me hizo sentir una desnudez distinta a lo que a ropa se refería. Me sentía como un paquete de regalo que a medida que le quitas el envoltorio ansías por descubrir el contenido del interior. La delicadeza que estaba teniendo me estaba resultando de lo más placentera. Deslizó sus dedos por mi mejilla, mirándome a través el espejo. Alcé mi mano y le toqué el pelo, a lo que él se inclinó para besarme el cuello. Mi bajo vientre comenzó a palpitar. No quería esperar más, me di la vuelta y lo miré a la cara. Lo devoré solo con mis ojos. Comencé a desabrocharle la camisa y al abrirla y dejar su pecho al descubierto, se lo besé. Reconozco que tenía prisa, pero veía que él se lo estaba tomando tan en serio y con tanto tacto que me costó horrores controlarme. Pero no pude más, me puse de puntillas y le besé los labios. Un beso carnosos que me dejó con la miel en los labios.

—Te quiero —le susurré—. Te quiero, Aidan... —repetí rozando mis labios con los suyos.

—Maureen... —me imitó, jadeante.

Hasta que no pudo más, me alzó en brazos y me cargó hasta la cama. Me dejó caer en ella, se quitó la camisa y la falda, y se tumbó encima de mí.

Sus besos eran vida, el oxígeno que yo necesitaba para vivir. Mis manos se deslizaban por sus brazos y su espalda. Su erección era tan notable que no quise esperar. Tenía prisa. Había estado esperando demasiado. Reí al percatarme de que no llevaba ropa interior, y él hizo lo mismo al darse cuenta de mi descubrimiento. Pero él sí que se deshizo de la mía. Nuestros cuerpos se conocían desde hacía años, pero no nos cansábamos el uno del otro. Lo obligué a entrar y, una vez en mi interior, no me hubiese importado que el tiempo se hubiera parado. Sus dulces y suaves embestidas eran insaciables para mí. Sus besos, sus palabras y el juego que llevaba a la práctica era lo que más plena me hacía sentir. Sabía cómo satisfacerme. Nunca me había acostado con otro hombre y no sabía, ni deseaba, tener que descubrirlo. Estaba amoldada a él. Fue mi maestro y nunca me cansaba de aprender más. Mis jadeos eran sonoros y los suyos no tardaron mucho en unirse a los míos. Hasta que no pude más. Mi cuerpo me avisó de que llegaba el momento.

—Aguanta, mi vida. Todavía no. —Jadeaba dulcemente—. Déjame disfrutarte más.

—Ah... —gemí.

—Maureen... —besó para mantenerme ocupada—, espérame... Vamos, cariño... Tú puedes. Quiero saciarte.

Me estaba costando horrores. Mi cuerpo temblaba y deseaba explotar. Era como si el corazón se me fuera a salir por la boca. Pero él sabía perfectamente cómo controlarme. Fue inevitable. Un fuerte espasmo invadió mi cuerpo y caí rendida, milésimas de segundos antes que él.

Tardé unos instantes en reponerme y sonreí al verle la cara.

—Ahora sí que soy oficialmente la señora MacEoghain —bromeé, pero a la vez hablaba en serio.

—Y yo estoy tan contento por ello que jamás podré agradecerte lo feliz que me haces —dijo dándome un fuerte beso en los labios.

—¿Has visto tu hermana lo feliz que parecía?

—Sí, la verdad es que hablé con ella mientras me vestía y estaba muy emocionada. Jamás imaginó verme casado, y menos con un ritual como el que se estaba llevando a cabo. —Rio.

—Ha sido un gran apoyo para mí. Su papel de dama de honor era crucial en este gran día. ¿Sabes que fue ella quien nos ayudó a elegir vestidos?

—¿Mi hermana? —se sorprendió.

—Ajá. —Asentí.

—¿Saoirse? —No se lo podía creer.

—A menos que tengas alguna otra hermana secreta, sí. Tú hermana mayor, Saoirse, me echó una mano con los vestidos de dama de honor y puso su granito de arena en los preparativos.

—Tendré que hablar con Connor para que ellos también planeen casarse.

—Sinceramente, cariño, no imagino a Connor en una ceremonia así. Le pega más una con banda sonora de Metallica y Guns and Roses. —Reí.

—Si tú me hubieras dejado, también habría sido la nuestra —bromeó hundiéndome su cara en mi cuello.

—La próxima vez que nos casemos, será como tú quieras.

—¡Júramelo! —Alzó la cabeza de golpe.

—Te lo juro por lo más sagrado. —Elevé mi mano.

—¿Sin rituales?

—Sin rituales. Del modo que tú quieras.

—Esto hay que celebrarlo —se emocionó alzando la sábana y adentrándose para disfrutar de mi bajo vientre.

Era curioso ver cómo el chico malo del que me enamoré se había convertido en un ser tan dócil. Siempre creí que el mundo en el que se envolvía le había marcado su personalidad y no se podía permitir el lujo de bajar la guardia. Los problemas de su padre y el fuerte carácter de su madre calaron demasiado en él. Llegando incluso a forzar a su hermana a que les abandonara. Quería lo mejor para ella y sabía que el único modo de salvarse era huyendo lejos de Cork.

Pasamos la noche en nuestra postura favorita. Me recosté en su pecho y él me abrazó, regalándome de vez en cuando un beso en la cabeza o una simple caricia a media noche. No tardó en quedarse dormido y a mí me dio tiempo de asimilar lo ocurrido durante todo día. Intentando no olvidarme de nada. Incluso la escena en la colina con Briana y lo de Jack. Me fastidiaba que se hubiese presentado en plena celebración. No me habría molestado si el fin de la visita hubiese sido otro. Encantada le habría invitado y tendría su cubierto en la mesa. Pero el tema de Tara y las piedras azules me descolocó.

Sabía que la colina de Tara había sido escenario de acontecimientos relacionados con los celtas. Era algo sagrado para ellos. Pero ¿qué tenía yo que ver con aquello? Era experta en el tema celta, pero en el idioma, no tanto en la mitología, y menos en cosas que no tuvieran relación con el mar. Algo me decía que estaría relacionado en pleno campo y no tendría que embarcar.

La respiración de Aidan era bastante profunda y supuse que estaba dormido. No me equivocaba. Dormía plácidamente, pero a mí me era imposible conciliar el sueño y, al levantarme para ir al baño, apenas se inmutó. Entré al aseo y al verme reflejada en el espejo me fijé en mi cara. Una leve sonrisa se me escapó. Era feliz, acababa de dar un paso enorme en un compromiso con la persona que amaba. Me sumergí en mis planes de futuro cuando de repente volvió a aparecer en mi mente Jack. Me repetí que si había llegado hasta allí no sería por una tontería. Sabía que Byrne me apreciaba y no le hubiese mandado para nada. Seguro que le había contado lo que fuera a mi abuela. No tenía mi teléfono en la cabaña, pero la curiosidad me comía por

dentro. Mi deuda con la Organización era tan grande después de lo sucedido en Dublín, que yo misma llegué a involucrarme demasiado sin quererlo.

Salí de la cabaña con la única ropa del día anterior, tenía unos quince minutos a pie hasta llegar a casa de mi familia, ladera abajo. La oscuridad de la noche, la naturaleza, mi soledad y mi vestido a modo de ninfa, era como un ritual. Las historias de hadas que mi abuela me había contado desde la primera vez que llegué a Blacksod con cinco años, me vinieron en conjunto a la memoria. No tenía miedo, era como si aquel fuese mi lugar. La tierra a la que pertenecía, llegándolo a unir en cierto modo con mis raíces asturianas. Solo yo podía entender la mezcla de sentimiento tan incomprensible para algunos.

La casa de mi abuela estaba cerrada, sabía donde se encontraba la llave, como todos los miembros de la familia, y pasé intentando hacer el mínimo ruido. Me quité los zapatos y subí las escaleras sigilosamente. Abrí con cuidado la puerta de su dormitorio y vi a los dos durmiendo plácidamente. Me acerqué al lado de mi abuela y le toqué el brazo con cuidado. Un toque más y abrió los ojos de tal modo que estuvieron a punto de salirse de las órbitas. Le tapé los labios con el dedo, me sacudí el codo izquierdo y le hice un gesto juntando los dos dedos índices y los dos pulgares a modo de triángulo. Ella sabía el significado de la señal.

Salí de la casa con el mismo cuidado que tuve a la hora de entrar y la esperé en el faro. No tardó mucho en llegar.

—¿Sabes que casi matas a tu abuela de un susto? —renegó mientras se cubría con un chal que traía con ella.

—Siento haberte despertado —me disculpé.

—El que me despertaras es lo de menos. Pero no es demasiado normal que te despierten con un vestido de novia. Por un momento he llegado a pensar que me había muerto y un hada enviada por Áine me pedía que fuera con ella. Incluso creía que serías una Banshee.

Me miré de arriba abajo y la verdad es que tampoco estaba muy equivocada. Mi vestimenta y el despertarla en pleno sueño podían llevar a una tétrica confusión.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema en la cabaña?

—No. En la cabaña todo está en orden.

—¿Algún problema con Aidan?

—Tampoco. Aidan duerme plácidamente, como el resto de la familia.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? —se desquició el recordar que la había sacado

de la cama.

—¿Qué quería Jack?

—¡¿Para eso has venido?! —No se lo podía creer.

—He venido porque no es muy normal que alguien de la Organización, y más Jack, venga a interrumpir con su presencia en uno de los días más importantes de mi vida. Y sabes tan bien como yo que Byrne no lo hubiese tolerado a menos que sea muy urgente.

—No te preocupes por él, se marcha mañana a primera hora.

—Me parece perfecto, pero ahora dime a qué ha venido.

—¿Qué te dijo a ti?

—Solo le dio tiempo a decir que buscara información de Tara y de las piedras azules.

—¿Solo eso? —se extrañó.

—Sí, al momento llegó Aidan y tuvimos que cambiar el tema. Luego llegaste tú y te lo llevaste colina arriba.

—Byrne se pondrá en contacto contigo en breve. Ahora lo que debes hacer es empaparte de la historia de las piedras azules.

—Las piedras azules —volví a repetirme—. ¿Y Tara? Te recuerdo que también la nombró.

—La colina sagrada guarda infinidad de historias y te sería imposible memorizarlas todas. Pero busca todo lo que te sea posible y que tenga relación con las piedras.

—¿Te han dicho algo de embarcar?

—No mencionó para nada el mar, pero no descartes tener que viajar. Así que comienza a buscarte una excusa para Aidan.

—¡Joder, abuela! Acabo de casarme y ya tengo que dejarle. Nunca creí que esto iba a ser así.

—Nadie te obligó aceptar, pero hiciste un juramento.

—Te mentiría si te dijera que nunca me arrepentí de aquel día. Pero sé que hubo gente que murió para que nosotros pudiéramos seguir nuestras vidas.

—Byrne te propuso librarte de ellos a cambio de que entraras en la Organización. Y no olvides tu don. Has nacido para esto.

—Lo sé y por eso mismo me fastidia vivir en una mentira. Estoy convencida de que si Aidan supiera todo lo sucedido en Cork y Dublín no se lo perdonaría. Me diría que he arriesgado demasiado por su culpa. Y... lo de mi don... —dudé—, quizá lo consiguiese entender algún día.



—Y en parte tiene razón. Pero por otra, debería estar orgulloso de ti, al ver hasta dónde eres capaz de llegar por él.

El ruido del mar picado nos hizo callarnos de golpe y las dos miramos la bahía. Éramos tan iguales, que nos bastaba mirarnos para comprendernos y nuestro silencio hablaba por sí solo entre nosotras.

—¿Qué opinas de lo sucedido con Briana?

—Te mentiría si te dijera que no he vuelto a pensar en ello. He llegado a la conclusión de que no hay que preocuparse demasiado por ella. Pero no bajemos la guardia. Es posible que sea una elegida también y pueda decir cosas que no son del todo normales.

—Cuando hablas de normales, te refieres a las cosas que vemos nosotras, ¿no?

—Así es. Así que cuando John o Cindy noten algo raro y nos lo digan, debemos quitar el máximo hierro posible.

—¿Tú crees que ella también la ha podido ver?

—No estoy segura, pero lo que sí parece ser es que la ha oído. Y con eso ya tenemos una señal. —Volvió a mirar el mar—. Es tarde, deberías volver con tu marido. No le des más vueltas. Disfruta de tu matrimonio ahora que acaba de comenzar. Ya hablaré con Byrne y le daré mi palabra de que te pondrás manos a la obra en cuanto vuelvas a Cork.

—Gracias, abuela. —La abracé con fuerza.

—De nada, cariño. —Me acarició la espalda con mimo—. Solo te pido una cosa —dijo separándose de ella y apoyando sus manos en mis hombros—. Prométeme que vas a ser feliz. Que la Organización no te impida disfrutar de tu vida. Aidan es buen chico y te quiere.

—Yo también le quiero —protesté al no comprender su comentario.

—Lo sé, pero en esta profesión cuesta mucho mentir a la persona a la que amas. Te lo digo por experiencia. Tu abuelo lleva haciéndome sentir la mujer más maravillosa de faz de la Tierra desde el día en que nos conocimos. Tu marido me recuerda mucho a él. No lo dejes marchar y ten paciencia.

—No quisiera perderle. Para mí ha sido un gran paso venir hasta Blacksod para casarme con él. Y me consta que él aceptó a hacer todo este *show*, como él lo llama, por mí. Sabe que yo quería algo exactamente como lo que hemos pasado y es feliz viéndome sonreír.

—Que Dios os bendiga. Venga, será mejor que te vayas —me animó a marcharme.

—Gracias, abuela. —La besé en la mejilla—. *Oíche mhaith*. —Le di las buenas noches.

—*Oíche mhaith, mo stór*. (Buenas noches, querida) —se despidió ella también.

\*\*\*

Nuestra luna de miel fue de todo menos íntima. Lo que habíamos planeado para que fuera una semana tranquila e idílica en Mykonos, Grecia, resultó ser una pesadilla para mí. Mientras Aidan salía cámara en mano a hacer fotografías por las islas paradisíacas, yo aprovechaba para estudiar todo lo relacionado con la colina de Tara y las dichosas piedras azules, a escondidas de él.

—¿Estás mejor? —preguntó entrando a la habitación del hotel y saliendo a la terraza donde yo estaba, en una tumbona bajo una sombrilla.

—Sí, gracias —respondí acunando sus mejillas con mis manos y aceptando su dulce beso.

—¿Has comido algo? —se interesó mientras se sentaba en la tumbona que estaba junto a mí.

—No me apetecía nada —mentí al recordar mi escapada al bar y comerme un delicioso Meze, un aperitivo típico griego, y una succulenta Moussaka—. Y tu excursión, ¿cómo ha ido?

—Genial. Vengo fascinado con todo lo que he visitado. Te he echado de menos. —Volvió a besarme lentamente.

—Yo también a ti, pero debía descansar. Sabes que cuando sufro de jaquecas soy muy mala compañía y necesito estar sola —volví a mentir, ya que en mi vida había sufrido un fuerte dolor de cabeza.

Lo miré a los ojos y sonreí.

—¿De qué te ríes? —Se extrañó sonriendo él también deduciendo que sería algo divertido.

—De nada en concreto. Simplemente que me siento bien. —Me acerqué a él y me senté a horcajadas, rodeándole el cuello con mis brazos—. Creo que la felicidad debe de ser algo parecido a esto.

—Pienso igual que tú. —Me dio la razón besándome con tranquilidad y acariciando mi muslo.

De repente paró de besarme.

—¿Qué sucede? —Me extrañó su gesto.

—¿No estarás...? —Me miró fijamente a los ojos.

—No estaré, ¿qué? —Al tardar su respuesta, la deduje—. ¿Embarazada?

—Tú no acostumbras a tener dolores de cabeza y que los tengas ahora...

—¡Aidan! —Le di un golpe en el pecho—. ¡No seas tonto! ¿Te estás escuchando? ¿Quién te ha dicho a ti que a las mujeres les duele la cabeza cuando están embarazadas? Además, eso es falso —me burlé en su cara—. ¿Me has visto vomitar?

—No. —Fue rotundo.

—Esa quizá sea la razón por la que podría acercarse más al embarazo. Pero —le di un largo beso—, de eso no tienes por qué preocuparte ahora mismo. —Seguí besándole con esmero—. A menos que —paré en seco—, ¿tú quieres que me quede embarazada? —Aquel tema no lo habíamos tocado nunca. Y menos teniendo a mi sobrina Briana en casa.

—Con el tiempo, sí. —Fue claro en la respuesta.

—Estoy de acuerdo con lo de «con el tiempo».

—¿Tú quieres?

—Prefiero esperar y disfrutar lo que tenemos. El trabajo me está yendo muy bien y no quiero jugármela por un embarazo.

Su mirada fue penetrante y terminó con una leve sonrisa. Aquello me hizo dudar, ¿de verdad quería esperar? Yo seguro que sí. Entre el NMCI y la Organización, un bebé lo único que crearía sería más confusión en mi vida. Tenía claro que quería esperar. Claro que me apetecía sellar nuestro amor con algo tan único como un hijo, el decidir aplazarlo no me convertía en egoísta, sino en realista.

Con los años me había vuelto experta en cambiar de tema, a mi manera, y decidí llevarlo a la práctica.

Comencé a darle leves mordiscos en el cuello a medida que le acariciaba el costado. No se movió, es más, inclinó la cabeza para darme más espacio para ello.

—El que no tengamos prisa en ser papás no significa que dejemos de practicar para encargarlo —le susurré.

—Me encantan estas prácticas —dijo levantándose conmigo auestas.

Me cargó hasta el borde de la cama y allí me dejó caer. No apartó su mirada de mí mientras se quitaba la camiseta. Su torso estaba sudoroso, pero me daba igual. Sus tatuajes tenían un brillo que resaltaban más si cabía su cuerpo, tan perfectamente esculpido. Los dos habíamos madurado y nos conocíamos a la perfección. Se acercó a mí y mi primera reacción fue abrir

los brazos y las piernas, para abrazarle, pero no aceptó.

Cogió los bordes de mi bikini y lo deslizó hacia abajo, deshaciéndose de él. Me dedicó una mirada desafiante, acarició mis muslos y volvió a abrir mis piernas, mientras se ponía de rodillas. Me arrastró hacia él, las colocó encima de sus hombros y posó sus manos en mis nalgas. Volvió a fundirme con su mirada, segundos antes de poner sus labios en mi sexo. «Ahhhh». Nunca me acostumbraría al buen trabajar de aquellos labios en mi bajo vientre. Comenzó a succionar lentamente intercambiándolo con lentos movimientos de lengua que me hacían agarrarme con fuerza a las sábanas. Continuaba con su labor y me toqué por instinto el pecho, pero la parte superior me sobraba. No quise que parara y como pude me desabroché la pieza. Completamente desnuda, con una mano le agarré el pelo, mientras continuaba succionando y con la otra no cesaba en tocarme el pecho. Los calambres eran cada vez más notorios. Sabía bien lo que hacía y cómo me gustaba. Por un momento lo vi alzar su mirada y nuestros ojos se fijaron sin descanso.

—Ven... —le susurré, a lo que él hizo caso omiso.

Mis espasmos comenzaban a ser más continuos y las famosas estrellitas anunciaban lo inevitable. Mi explosión fue total. Pero fue simplemente eso, mi explosión. Se deshizo del resto de su ropa en los segundos que trataba de reponerme, se tumbó junto a mí, se recostó y con la yema de sus dedos comenzó a recorrer mi pecho. El cosquilleo fue tal que por un instinto me moví intentando dar media vuelta, pero él se apresuró cogiendo mi muñeca y forzándome a seguir tumbada boca arriba. Se acercó y me besó con tal frenesí que deduje que estaba bastante excitado. Me reí y le miré:

—No te muevas —me susurró—, no te muevas —repitió, pero sin mover un músculo y mirándome fijamente—. Maureen...

—Entra —rogué.

Apenas se movió, su objetivo era colmarme a besos, mientras me acariciaba el vientre y bajaba la mano a mi sexo. Pero no estaba dispuesta a quedarme quieta. Cogí impulso y me coloqué a horcajadas sobre él.

—Vamos mal —le advertí—. Tú dijiste que tu deber era el de complacerme, ¿no? —Le agarré las manos, colocándolas en mi pecho, y acabé introduciendo su miembro dentro de mí—. Ahora lo vamos a hacer a mi manera.

Comencé a moverme lentamente, sin quitar mis ojos de los suyos. Mi cabalgar empezó a darse más brío y... Mi móvil sonó a modo de mensaje. Él

miró hacia la mesita y yo le cogí la mejilla para que se olvidara. No estaba dispuesta a que nadie interrumpiera aquel momento. Me agaché para pasar mi lengua por sus labios y levantó la cadera de tal modo que me abrazó y me dio la vuelta.

—Tú ganas. —Se rindió—. Quería hacerte sufrir, pero has sido más lista de lo que esperaba.

—Aprendo rápido. —Sonreí alzando mi cadera.

—¿Me concede este baile? —se burló.

—Con mucho gusto —agradecí, sabiendo qué significaba aquello.

Sus embestidas comenzaron lentas, alzó mis brazos y me hizo agarrarme a la almohada. A medida que deslizaba sus manos por mis brazos, bajó a besarme pausadamente permitiendo que nuestras lenguas jugaran hasta saciarse. Se separó, me miró, besó mi nariz y preguntó:

—¿Estás lista?

—Sí —contesté excitada.

—No te sueltes de la almohada, ¿de acuerdo? —Bajó para besarme y no darme tiempo a contestar.

Otro mensaje sonó en el móvil. Intuía de quién era y estaba dispuesta a tomar cartas en el asunto. Alcé la cadera llamándole la atención, para que olvidara el sonido del teléfono.

Asentí con la cabeza y sus movimientos comenzaron poco a poco, para dar paso a acelerarse. Adoraba sentirme mimada por él en la cama, pero de vez en cuando agradecía su lado más salvaje.

Sus embistes eran duros y mis pechos me dolían por el fuerte movimiento, pero me gustaba. Hasta el orgasmo era diferente y la sensación de saciedad era total.

Cinco minutos de descanso y recordé el sonido de mi móvil. Era inútil desconectarlo. Siempre que la Organización necesitaba algo, aquel aparato hacía caso omiso a la desconexión. Un mensaje era un aviso. Dos, significaba que era importante. No quise esperar al tercero, que daba paso a la urgencia.

—Será mejor que te duches —le dije riéndome.

—¿Huelo mal? —se preocupó.

—Cariño, has pasado el día entero de arriba abajo, y para postres lo rematas conmigo.

—Sí, la verdad es que estoy muerto. Me ducharé y si quieres luego podemos salir a cenar, los dos juntos. ¿Te apetece?

—Me apetece —asentí.

En cuanto cruzó la puerta del baño, me apresuré a coger mi teléfono. Fui a la bandeja de entrada y vi los dos mensajes.

Keegan Hayes:

Old Port of Mykonos City, Restaurant Alegre. 10 p.m. Entrega.

Perfecto, mi queridísimo compañero Keegan Hayes me pifiaba mi luna de miel y encima debía estar allí a la hora acordada.

Siguiente mensaje:

Keegan Hayes:

¿Me has entendido?

¡¿Cómo que si lo había entendido?! ¡Por supuesto que lo había hecho! No era tonta. Tal me mosqueó el segundo mensaje que le contesté escueta:

Maureen:

Ok.

Dejé el teléfono encima de la mesita y volvió a sonar. «¡¿Qué coño?!». Lo cogí y el siguiente mensaje me sorprendió más si cabía:

Keegan Hayes:

No llegues tarde.

Intuí que el mensaje lo mandaba el propio Keegan Hayes, y si era así... íbamos mal. Íbamos muy mal.

Propuse a Aidan cenar cerca de la zona donde había quedado con Hayes. No fue difícil que aceptara ya que estaba en primera línea de la playa y al ver las fotografías del lugar era imposible declinar la invitación.

Grecia era un país maravilloso y sus islas le hacían justicia. Un paseo con mi esposo por el paseo marítimo y la magnífica vista de la playa con su puesta de sol era difícil de superar.

—Quieta —me ordenó sacando su cámara—, te voy a hacer una foto. Ponte en ese lado.

No era la primera vez que me ordenaba posar para él, y obedecí. Aidan era muy meticuloso en su trabajo y no dudaba en darme órdenes en cada gesto.

Los turistas paseaban comiendo sus helados, parejas cogidas de la mano, niños corriendo... A todos se les veía disfrutar de su paseo. A todos menos a uno. Un joven de estatura media, rubio, pelo corto y con la mirada clavada en mí, estaba sentado en una terraza: Keegan Hayes.

Disimulé mi confusión siguiendo las órdenes de Aidan. Byrne y Frank me entrenaron en mi última misión para comunicarme con los miembros de la Organización. Decidí hacerle saber que le había visto y comencé con los

gestos: me toqué la parte superior de mi oreja derecha, en señal de saludo, fijé la vista al rincón y su respuesta no se hizo esperar. Repitió mi gesto. Confirmado, ya estábamos los dos en contacto.

—No te muevas. La luz no es la mejor y quiero coger un buen enfoque.

Mientras esperaba, Hayes hizo otra señal: se sacudió el codo derecho diciéndome «dentro». No era fácil, Aidan estaba demasiado entusiasmado con el tema de las fotos y no me podía escapar así como así. Le hice una señal tapándome el ojo izquierdo: «Después», le contesté. Lo miré y no se inmutó. Se tapó el ojo derecho refiriéndose a «ahora». No pensaba hacer nada hasta que no viera que Aidan no sospechaba. Volví a taparme el ojo izquierdo y me mordí el labio inferior, «comer», por si no me había entendido.

Parecía fastidiado, pero era lo que había. Respondió tocándose la nariz para abajo: «Bien». Al ver que se levantaba, volví a centrarme en Aidan, obedeciendo sus instrucciones.

En el restaurante no había un alfiler. Las mesas estaban ocupadas por turistas deseosos de deleitarse con los manjares de la zona. Ensalada griega y cordero fue nuestra elección. A cada mordisco que daba a mi cena, no apartaba mi vista de la mesa del rincón. Hayes disfrutaba de su plato, aunque no de la misma manera que yo del mío. Se le veía impaciente, pero recordé sus modales en los mensajes de móvil. Aquel tipo tenía pinta de tener prisa y yo estaba dispuesta a pagarle con la misma moneda. Jack tenía razón en que yo era tozuda como mi abuela. Ya no pudo más y se tapó el ojo derecho: «ahora». Quise hacerle sufrir más y me pellizqué la ceja izquierda: «no». Pero al ver la reacción de su cara, me di cuenta de que el juego había llegado a su fin. Me toqué la nariz hacia abajo: «bien», y guiñé el ojo derecho, «derecha», en dirección a los servicios.

—Voy un momento al servicio —me excusé cogiendo el bolso y le di un rápido beso en los labios—. No tardo —le prometí.

Miré a Hayes en el rincón y exploré el lugar mientras me dirigía al aseo. Había encontrado el sitio perfecto para esconder la tarjeta con la información. Una vez dentro del servicio, hice tiempo buscando la minúscula pieza en cuestión. Salí en cuanto lo vi oportuno y mi sorpresa fue que me lo encontré en el pasillo. Me cogió del brazo y me obligó a entrar en un cuarto del personal del restaurante.

—¿Te has divertido? —me preguntó entre dientes sin soltarme el brazo.

—¿Buscas esto? —Le mostré la tarjeta con una sonrisa desafiante.

—No juegues conmigo, Oonagh.

—Lo mismo te digo... Hayes —recalqué su nombre—. Y no hace falta que me repitan las cosas. Las entiendo a la primera. —Aspeé el brazo para que me soltara—. Coge la dichosa tarjeta y desaparece. Por cierto, no entiendo por qué tenemos que recurrir al sistema de tarjetas. ¿Qué pasa, no funciona el correo electrónico?

—Ha habido problemas con la red. Por lo visto hay algún infiltrado. No te voy a decir más, habla con Byrne si tienes dudas. Estate preparada mañana. Tendrás noticias mías.

—Entre todos os habéis propuesto joderme la luna de miel y no lo vais a conseguir.

—Ese no es mi problema. —Se acercó más a mi rostro—. Espera mi mensaje.

Y salió del cuarto con esas simples palabras. Respiré hondo y me apoyé en la pared al notar que me flojeaban las piernas. No comprendí por qué me dio aquella sensación. Estaba convencida de que miedo no era. Hacía mucho tiempo que había perdido el miedo propio. Ese tema lo trasladé a mi familia. Luchaba día a día para que no les pasara nada. La sombra de la banda de Horgan's Quay todavía seguía allí, al no saber nada del padre de Aidan. No me servía el que Byrne me dijera que la banda había desaparecido.

Volví a respirar hondo. Hayes había dejado un aroma en el ambiente que me resultaba molesto y agradable a la vez, y yo también salí del cuarto antes de que entrara alguien del personal o incluso de que Aidan se preocupara por mi tardanza.

—Me apetece un paseo por la playa —propuse al llegar a la mesa.

—Sí, a mí también me irá bien para bajar la cena.

Al pedir la cuenta, dirigí la vista hacia la esquina del restaurante y allí seguía Hayes mirándome fijamente. ¿A qué esperaba? ¿No tenía ya la tarjeta? Intenté hacer caso omiso. Ni me esforcé en hacerle ningún gesto más. Me centré en Aidan y quise olvidarme de lo sucedido en aquel restaurante. Subimos al coche y volvimos a la zona de nuestro hotel en Agios Ioannis.

—Es demasiado fácil acostumbrarse a esto. Podría quedarme a vivir aquí el resto de mi vida.

Me senté en el borde de la piscina que teníamos en la terraza cuando llegamos al hotel después de dar el paseo.

—Podríamos pensar en hacer alguna cosa. —Se sentó junto a mí,



besándome el hombro.

—Tú lo tendrías fácil a la hora de hacer fotografías. No conozco mejor lugar que este.

—Y viajar de isla en isla buscando rincones que fotografiar, ¿no? Eso sí sería vida.

—¿Te lo has propuesto alguna vez? —Lo miré fijamente a la cara—. Aidan, con tu trabajo podrías viajar y ganarte la vida así.

—No suena mal. —Sonrió—. ¿Vendrías conmigo? Piensa que entonces no tendríamos lugar fijo.

—Yo iría contigo donde hiciera falta, pero recuerda que tengo un trabajo que me ata bastante. Entre el NMCI, el puerto y Dublín, es muy complicado. Viajar sí que viajo a menudo, pero no a lugares tan maravillosos como los que podrías fotografiar tú.

—Entonces no me interesa. Me he acostumbrado a estar contigo y no te voy a dejar así como así. —Me abrazó con fuerza.

—Creo que con todo lo que hemos pasado juntos, podríamos escribir un libro —bromeé, acariciándole el brazo.

—Y seguro que sería un *best seller*. De eso no me cabe la menor duda. —Hundió su cara en mi cuello.

—Aidan, ¿crees que hemos cambiado?

—¿A qué te refieres?

—Tú ya no eres el chico malo de quien me enamoré —rectifiqué al ver que se separaba de mí—. Me refiero a que cuando te conocí siempre estabas en problemas causados por la banda de Frank. Ahora tienes un buen trabajo como fotógrafo y otro en el *pub* de mi familia, tenemos una relación estable desde que nos fuimos a vivir juntos. Y yo... —Enmudecí.

—Y tú sigues siendo la misma cabezota de quien me enamoré desde que te veía caminando dirección al colegio con tu amigo Dylan. Además, estoy muy orgulloso de ti. Has conseguido lo que te has propuesto y me consta que no ha sido fácil. —Me besó la sien.

—No quiero que convirtamos nuestra vida en común en una rutina.

—Nunca es una rutina. ¿A ti te da esa sensación?

—No, pero tampoco quiero caer en ella.

—La rutina solo será si los dos nos dejamos y nos conformamos con lo que tenemos —dijo quitándome un mechón de la cara—. Maureen, te quiero tanto o más que el primer día. Si he cambiado espero que sea para bien. Pero te

puedo asegurar que mis sentimientos hacia ti no han menguado. Al contrario, cada día te amo más.

Me miró fijamente a los ojos y me besó con dulzura.

—Aidan —le susurré en su boca—. Dios, no me dejes. Por favor, no me dejes —le supliqué apoyando mi cabeza en su hombro.

La nueva misión me vino a la mente y no quería que él se enterara.

—Eso es lo último que haría. Te debo tanto, que te has convertido en alguien indispensable en mi vida. Aunque si echas de menos al chico malo, podríamos hablarlo —bromeó.

—Eso mejor lo dejamos para la intimidad. —Le seguí la broma guiñándole un ojo.

Se hizo un largo silencio. Los dos mirábamos el reflejo de la luna en el agua de la piscina y él se tiró vestido.

—¡Estás loco! —Reí al verle frente a mí, haciendo pie en el agua.

—Vamos a cumplir dos de tus deseos: olvidémonos de la rutina y da la bienvenida por una noche al chico malo de quien, según tú, te enamoraste.

Se acercó a mí y pasó sus mojadas manos por mis muslos.

—¡Aidan! —Reí por sus intenciones.

—Vamos, nena, estamos solos. Tenemos la piscina para nosotros y no hay nadie más. Disfruta del momento —me animó cogiéndome por la cintura y metiéndome con él en el agua.

Me deslicé entre sus brazos, lo abracé con fuerza y lo besé. Bajó sus manos por mis muslos y los alzó para que mis piernas se entrelazaran en su cintura.

—Te dije que estabas loco, pero yo también me estoy uniendo a tu locura.

—Déjate llevar. —Me acorraló en el bordillo de la piscina y desabrochó los botones de mi vestido—. Prometí que cuidaría de ti y que no permitiría que nada malo te pasase.

Poco a poco fue deshaciéndose de nuestra ropa. No dejó que moviera ningún músculo al respeto y a medida que lanzaba las prendas fuera de la piscina, me iba besando con una dulzura extrema.

Nuestras lenguas se conocían a la perfección, pero disfrutaban explorándose. El tacto de su piel bajo el agua era placentero y mis manos no se cansaban de recorrerlo. Su torso firme, sus hombros bien formados, su espalda robusta.

—No me quiero ir —me quejé abrazada a él.

—Ya somos dos, pero el deber es el deber. Te prometo que en cuanto pueda, te llevaré a otras vacaciones parecidas a estas.

Hayes volvió a ponerse en contacto conmigo, citándome en la iglesia Panagia Paraportiani. Tras buscar en el mapa donde se situaba dicho monumento y rompiéndome los sesos para engañar a Aidan y que me llevara allí, a la hora volvió a mandarme un mensaje diciéndome que se abortaba la misión, que ya tenía toda la información necesaria. Tras maldecirle mil veces, caí en la cuenta de que algo me decía que aquel hombre y yo no íbamos a trabajar bien. Deseaba que no se me encomendara ninguna misión con él.

Pero tras aquel fallido propósito de encuentro, me alegré de que no se requirieran mis servicios durante el resto de mi intento de luna de miel.

Nuestra llegada a Cork fue bastante agobiante, la verdad. Nos acostumbramos tanto a la tranquilidad y al clima de Grecia, que el ambiente irlandés nos superó. Pero no nos quedó más remedio que hacernos a la idea.

Un día en casa estaba dispuesta a terminar con la humedad que había salido en el techo de mi baño. Decidí llamar al seguro para que vinieran a mirarlo. Busqué mi agenda, pero no había manera. En mi dormitorio no estaba. En mi despacho, tampoco. «Agendita, ¿dónde estás? Quizás estará en la cocina», pensé. Bajé al salón y allí estaba Briana dibujando en la mesita de café.

—No está en la cocina, está en el armario —dijo sin dejar de pintar.

—¿El qué? —no entendía a qué se refería.

—Lo que buscas —contestó sin alzar siquiera la vista de su papel.

—Y ¿qué se supone que estoy buscando? —Estaba confusa al no comprender lo que quería decir la niña.

—La libreta donde tienes los números de teléfono.

—Y ¿tú cómo sabes qué estoy buscando? —Abrí el armario y, efectivamente, la agenda estaba allí—. Briana —llamé su atención—, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—La pusiste tú el otro día —dijo mirándome de la manera más obvia. Su tono de voz, pese a su edad, no era muy infantil.

Hablaba más como una niña de ocho años, que de cuatro.

—¿Cómo has adivinado que venía a buscar esto? —Mi curiosidad era desbordante.

—Porque tú me lo has dicho.

—No, yo no te he dicho nada.

—Sí, has dicho: Agendita, ¿dónde estás? Quizás estará en la cocina.

Me senté en el sofá del susto. Si yo había estado arriba buscando la libreta, era imposible que la cría me hubiera oído, ya que de mi boca no había salido ni una sola palabra. La observé y ella no cesaba en su tarea. Mil y una teorías me vinieron a la cabeza. ¿Podía Briana escuchar el pensamiento? Decidí hacer

una prueba. Me concentré y pensé en pedirle algo: «Briana, por favor, ¿podrías cambiar el canal del televisor?».

—¿Qué quieres ver? —preguntó levantándose a por el mando del aparato.

—No me lo puedo creer —murmuré para mí—. Briana, cariño, ven aquí con tía Maureen. —La invité a sentarse junto a mí—. ¿Hace mucho que haces eso? Ya me entiendes, lo de saber lo que la gente piensa.

—No lo sé —contestó alzando los hombros.

—¿Lo has hecho con alguien más?

—No, solo contigo. Ayer decías que la película que el tío Aidan estaba mirando era un rollo y que querías ver tu serie favorita.

Mis ojos se abrieron como platos y se me escapó la risa al recordar el momento. Era cierto.

—¿Quieres decir que no te pasa con mamá o con papá?

—No.

—Bien, este será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Parecía que había convencido a la niña, y le hacía ilusión tener un secreto con su tía. Aquello no era un juego y nos podría traer más de un problema. Debía hacer el esfuerzo de no pensar en la Organización siempre que ella estuviera cerca. En aquel momento me vino mi abuela a la cabeza, y me fui a toda prisa en busca del teléfono.

—Tenemos un problema —le comenté en cuanto descolgó—. Briana también tiene un poder.

—¿Cómo va a tener un poder? No es más que una cría. —Le restó importancia.

—La niña está aquí conmigo y tiene telepatía. Eso sí, me ha dicho que solo lo tiene conmigo.

—Júrame que no mientes.

—¿Para qué narices te voy a mentir? Te he llamado en cuanto me he cerciorado de que es cierto. Además, ya le he hecho una prueba. La niña oye lo que pienso.

—Voy para allá, y como lo que me estás contando sea una broma...

Mi abuela consideraba su misión algo demasiado serio como para tomarse aquel tema en broma, así que se plantó en mi casa en menos que cantaba un gallo.

—¿Dónde está? —preguntó entrando.

—En el salón. —Le cogí el bolso—. Tenemos suerte que estamos solas.

Aidan se encuentra en el estudio y no se ha enterado de nada.

—¡Nana! —La niña se tiró a los brazos de su bisabuela.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó sin esperar respuesta—. ¿Qué pintas?

—Un bosque con árboles.

—¿Y qué más hay por ahí? —El interrogatorio Walsh estaba comenzando.

—Pájaros, ciervos, ardillas...

—¿Esto es un río?

—Sí.

—¿Y qué es eso que estás dibujando en el río?

—La mujer —contestó firme.

Mi abuela y yo nos pusimos en alerta.

—¿Cómo que la mujer? Explícame.

—Es muy guapa, morena, tiene el pelo muy largo y se lo peina en la orilla del río... —Esperó unos segundos mirando a mi abuela—. Sí.

—Sí, ¿qué? —preguntó la abuela.

—Es Áine.

—¿Y tú cómo sabes que se llama Áine?

—Porque me lo has dicho tú.

—Yo no te he dicho nada, Briana.

—Sí, lo has dicho, pero no has movido los labios.

En aquel momento, ya salió de dudas y me dio la razón. La niña podía leer la mente, tanto la mía como la de mi abuela.

—Hay que hacer algo. He pensado el nombre de la diosa y lo ha escuchado —me susurró.

—Y ¿qué hacemos? —Estaba perdida. Ella era la veterana en el tema.

—No me queda más remedio que hacerlo. Briana, mírame —llamó la atención de la pequeña y se tocó el colgante—. Brigit. No puedes hablar con nadie de la señora Áine. Solo lo harás con tía Maureen y conmigo, cuando estemos solas. Tampoco dirás a nadie que puedes saber lo que pensamos tía Maureen y yo. Brigit. —Soltó el colgante y siguió la corriente—. ¿Vas a dibujar más cosas?

—¡Un leprechaun! —Cogió un lápiz de color verde para dibujar el famoso duende irlandés.

—¡Dios! Solo tiene cuatro años —me asombré.

—Debimos tomarnos más en serio lo que sucedió en la colina el día de tu boda.

—En fin, ya está. Si le has echado un conjuro o lo que sea, no hablará con nadie del tema.

En aquel momento se abrió la puerta del estudio y Aidan salió con una carpeta.

—Hola, abuela —la saludó con un beso en la mejilla.

—Hola, querido. Briana, ¿por qué no le enseñas a tío Aidan tu dibujo? Aidan, presta atención, que vale la pena. —Quiso probar.

—Es un bosque —explicó la niña—, con árboles, pájaros, un río, ahora estoy dibujando un leprechaun.

—Y ¿qué es eso que hay en el río? —preguntó ella.

—Es una señora que va a beber agua —dijo con la imaginación propia de una cría.

Tras aquella respuesta, respiré hondo.

Antes de cenar Aidan, Briana y yo decidimos jugar a las cartas. No dejaba de darle vueltas al tema de mi sobrina y cada vez que la miraba, ella desviaba la vista. Briana fue a coger carta y me observó fijamente. La contemplé sin saber qué significaba aquel gesto.

—Me planto —zanjó mostrándonos sus cartas.

Miré las mías y mis ojos se desviaron a los de la niña. ¡La madre que la parió! Mi cara era de asombro al comprender lo que había sucedido.

—Cariño, ¿me puedes traer un refresco, por favor? —pedí a Aidan.

—Sí. Esta niña nos está dando una paliza que ya aburre, la verdad —refunfuñó levantándose del sofá.

Cuando me cercioré de que estaba en la cocina, me acerqué a Briana.

—¿Sabes que eres una tramposa?

—¡No lo soy! —protestó.

—Ah, ¿no? ¿Me puedes decir qué cartas tenía yo?

—Un seis, un tres, otro tres y un diez.

—¡Sabías mis cartas! Recuérdame que no vuelva a jugar contigo.

—Pero ¡yo no las he visto! —trató de excusarse.

—Ya hablaremos tú y yo del tema en otro momento.

—¿Qué hacéis? —preguntó Cindy entrando en casa con las bolsas de la compra.

—Aquí, aguantando la paliza que nos está dando tu hija —dijo Aidan saliendo de la cocina.

—Anda, juega tú con ella. Seguro que le gustará. —Miré a la niña,

sabiendo que con su madre no tenía nada que hacer.

Al día siguiente en la oficina, me vino a la mente el poder de mi sobrina. ¿Estaba la niña destinada a formar parte de la Organización en un futuro? Estaba claro que no debía pasar ninguna prueba, porque ya había demostrado su don. Aunque yo también noté el mío el primer día que pisé tierra irlandesa con doce años y no formé parte en la Organización hasta los veintiuno. No sabía hasta qué punto podía tener telepatía conmigo. En casa lo había probado un par de veces, pero no más. Decidí hacer una prueba. Ella estaba en el colegio y sería cuestión de mandarle algún mensaje. Pero tenía que ser algo directo. Intenté en llamarla mentalmente: «Briana, ¿podrías traerme un trozo de papel doblado cuando llegues a casa?». Por intentarlo no perdía nada. Estábamos a kilómetros de distancia, pero quizá mi mensaje le llegara.

Al entrar en casa decidí yo misma ir a buscarla. John esperaba fuera en la calle a que saliera.

—¿Qué haces aquí? —Se alegró al verme.

—Tengo que ir a entregar un sobre en la calle de atrás y he pensado en pasar a buscar a la niña.

—¿Ha ido bien en el trabajo?

—Sí. —Le sonreí—. John, si quieres ya me encargo yo de la niña. No hace falta que te la lleves al *pub*.

—¿No te importa?

Pensé con rapidez qué le iba a decir para poder llevarme a mi sobrina sin que sospechara.

—No, en absoluto. La llevaré un rato al parque y luego vamos a casa. Sin problemas.

—Gracias, te lo agradezco —dijo dándome un beso en la mejilla y yéndose camino al *pub*.

En cuanto salió mi sobrina, se alegró de verme. La verdad era que no se extrañó demasiado de que estuviera allí.

—¿Ya se ha ido? —preguntó.

—¿Quién? —dudé a quién se refería.

—Papá.

—Sí, se ha marchado a trabajar porque yo estaba aquí. ¿No te gusta?

—Sí. Ahora vamos al parque, ¿no?

—¿Tú quieres ir al parque?

—Sí. Se lo has dicho a papá.



De acuerdo. Me leía la mente a una distancia considerable, ya que mientras hablaba con mi hermano, lo iba pensando. No era que me alegrara demasiado, pero era lo que había. Aquel poder suyo me intimidaba. Me daba la sensación de que no podía pensar cualquier cosa estando ella presente... O sin estarlo.

Cogió su mochila, la abrió y sacó algo de su interior.

—Toma —dijo dándome un folio.

Era lo que sospechaba, el papel doblado.

Al día siguiente me encaminé hacia mi abuela cuando llegué al *pub*.

—Confirmado. La niña me lee la mente aunque yo esté a kilómetros de distancia.

—Vaya con Briana —dijo ella aún sin acabárselo de creer—. ¿Ha hecho más cosas?

—¿Que si ha hecho más cosas? —repetí—. He jugado a las cartas con ella y ha adivinado las que yo tenía. Le he pedido desde mi oficina que me diera un simple papel doblado. Ayer «escuchó» la conversación que tuve con su padre mientras esperábamos a que saliese del colegio. ¿Quieres que hagamos una prueba? Pídeme algo. Lo que quieras. ¿Quieres que te dibuje algo? ¿Una flor? ¿Una casa? Piénsalo, no te cortes. Está arriba, lo sabremos en unos minutos.

—Está bien. Que dibuje una casa blanca, con el tejado gris y una flor azul.

—¿Tejado gris y flor azul? —me extrañó su decisión.

—Eso mismo. Así no hay trampas.

—¿Quieres que te lo baje cuando termine?

—Por ejemplo.

—¿Hacemos apuestas?

—Déjate de tonterías.

—Abuela, piensa todo lo que acabas de decir —le pedí.

Nos unimos a mi padre y a mi abuelo, que estaban en la barra después de tener ese pensamiento que entre las dos habíamos tramado.

—John me ha dicho que zarpas en breve. ¿Es eso cierto? —preguntó mi abuelo.

—Cierto. Todavía no sé lo que es. Creo que es referente a un pesquero. No estoy segura. Pero se dice que la aventura durará uno o dos meses. No lo sé.

—Miré de reojo a mi abuela, porque ella sabía qué debía hacer al respecto.

—Lo importante es que gracias a estas misiones que te ofrecen tienes la posibilidad de ganar más experiencia y poder subir de categoría —puntualizó mi abuela.

—Lo que no entiendo es por qué siempre tienes que ir a Dublín. ¿No es el puerto de Cork lo suficiente importante para esas salidas? —preguntó mi abuelo—. Mi hermano Caoilte dice que desde aquí también salen pesqueros.

—Abuelo, estamos hablando de la capital. Supongo que allí también debe haber otro tipo de control.

—Quizá el personal de Cork no sea tan experimentado en el tema y por eso deba ir a Dublín.

¡Bien por mi padre! No lo hubiera dicho mejor. En aquel momento la puerta abatible del recibidor de casa se abrió.

—¡Nana! —entró Briana corriendo con un papel en la mano.

—Hola, querida. —Mi abuela mostró su alegría al verla—. ¿Qué es esto?

—Un dibujo para ti. —Le entregó la obra de arte.

—Vaya, vamos a la mesa y me lo enseñas.

Cuando las tres estábamos en una mesa lo suficientemente apartada de los demás, decidimos fijarnos en el dibujo. Efectivamente, era una casa con el tejado gris y una flor azul.

—¿Y ahora qué? —Mi tono era triunfal.

—Vamos a ver, aquí hay que hacer algo. No puede ser que de todo lo que pienses se entere la niña.

—¿Solo oyes a la tía Maureen? —preguntó mi abuela.

—No. A ti también. ¿De qué tonterías estabais hablando antes?

—¿Tonterías? ¿Cuándo hemos dicho nosotras nada de tonterías?

—Sí. La abuela antes te ha dicho «déjate de tonterías» —imitó su tono al hablar.

—Anda y vete a jugar un rato con papá —ordenó mi abuela.

Se me escapó la risa, aunque aquello era más serio de lo que parecía. Mi abuela y yo hablábamos muchas veces de trabajo y era posible que pensáramos después sobre el tema. No era plan de que la niña se enterara.

—¿Por qué no hacemos que se le pidan las cosas nombrándola? —Se me ocurrió.

—¿A qué te refieres?

—Pues que haga caso solamente cuando la nombremos. Por ejemplo, yo ayer la nombré y le pedí que me entregara el papel doblado. Más o menos como lo que tú haces con tu nombre.

—No suena mal.

—Sé que no suena mal, pero tendrás que hacerle algo, ¿no?

—Tienes razón. Briana, ven un momento —volvió a llamarla y, cuando la niña estuvo con nosotras y la gente no miraba, cogió su colgante para luego decir las siguientes palabras—: Brigit. Briana, no harás caso de nuestros pensamientos, a menos que nosotras te nombremos. Cada vez que te pidamos algo, primero diremos tu nombre. Brigit. —Se soltó el colgante y sonrió a la pequeña—. Toma tu dibujo y entrégaselo al abuelo Séan. —En cuanto se dirigió a la barra me ordenó—: Pídele cualquier cosa, pero sin nombrarla.

—Eso es difícil. Ahora por inercia me sale su nombre en la mente.

—Pues nómbrala mentalmente y pídele un posavasos.

—¿Por qué no se lo pides tú? Así veremos si obedece tus órdenes igual que las mías.

E hizo exactamente lo que se le pidió. Trajo un posavasos cualquiera. No supimos por qué, pero llegamos a la conclusión de que si ella sentía aquel algo, era porque en un futuro le sería, o nos sería, de utilidad.

Byrne me citó a primera hora de la mañana en el despacho de Duff, en el NMCI. Ya era la segunda vez que venía hasta Cork y la verdad, cada vez me resultaba más incómoda aquella situación. Mi olfato me decía que si iba hasta allí era porque algo se cocía de más y no podía darnos mucha información. Por mi mente comenzaron a pasar miles de motivos, a medida que iba conduciendo mi coche a la central.

—Quizá el tema de los correos electrónicos no funcione todavía — comencé a hablar sola sin apartar la vista de la carretera—. También puede ser que hayan descubierto quién es el topo y lo quieren despistar. La última vez que estuve en la central de Dublín había demasiada gente pululando por los pasillos, y todo el mundo puede ser sospechoso. Vale que estaban trabajando, pero quizá sea algo que no quiere que nadie escuche.

El camino a la escuela naval se me hizo cortísimo. Supuse que el hecho de que tuviera la mente tan ocupada haciendo suposiciones por la reunión hizo que apenas me diera cuenta del recorrido que estaba realizando.

—Por favor, que no venga Hayes al encuentro —supliqué intentando aparcar.

En la entrada de las oficinas había dos soldados charlando amigablemente y en cuanto me vieron, se cuadraron y me saludaron.

—Tranquilos, que soy civil —les calmé con una amplia sonrisa—. Conmigo no hacen falta tantos formalismos. Además, nos vemos casi todos los días. ¿A qué viene esto?

—Lo sabemos, señorita Hagarty, perdón, señora MacEoghain —corrigió por mi nuevo nombre de casada—, pero tenemos orden de tratarla como a un superior.

—¿Quién les ha dado la orden? —me extrañé.

—El Capitán MacKenna.

—¿MacKenna? Pero si apenas he hablado con él un par de veces.

—A nosotros nos dieron la orden ayer por la tarde en cuanto usted abandonó las estancias.

—Está bien, gracias. Y... —los miré sin salir de mi asombro— pueden descansar.

En cuanto entré en el edificio todo parecía igual. Las secretarias y los oficiales de recepción seguían sus tareas y al verme alzaron la vista y me saludaron dándome los buenos días.

—Buenos días —contesté amablemente y me acerqué a un soldado español con quien tenía muy buena relación—. López, ¿podrías venir un momento, por favor?

—Por supuesto, señora MacEoghain.

—Déjate de tonterías, que tú y yo hemos compartido clases y siempre me has llamado por mi nombre de pila. ¿Me puedes explicar a qué viene toda esta tontería de los saludos?

—Recibimos un comunicado ayer por la tarde y entre uno de los puntos estaba el de tratarla como a un superior más.

—¿Tratarla? López, la próxima vez que estemos los dos solos y me trates de usted y me nombres por mi apellido, te vas a enterar —amenacé.

El soldado miró a su izquierda y a su derecha y después me contempló fijamente.

—Maureen, yo cumplo órdenes. No tengo ni idea de qué va esto, pero no seas tonta y aprovecha lo que puedas. Has estudiado aquí, has sacado las mejores notas de nuestra promoción, tienes despacho propio para estudiar cartas navales y descifrar antiguos diarios de Bitácoras. Creo que te mereces todo esto, ¿no crees? Y te lo digo como amigo, no como soldado.

—Es que la diferencia está ahí. Yo no soy soldado, y lo sabes. Soy civil.

—Te repito que aproveches y...

En aquel momento se abrió la puerta de la calle y era Chloé Byrne que se acercaba junto a Duff.

López se separó de mí y se llevó la mano a la frente a modo de saludo.

—Caramba, ¿ya tienes rango? —se enorgulleció Chloé.

—Te puedo asegurar que no tengo ni idea de qué va esto. Y no creas que me agrada demasiado. Es más, te confieso que me incomoda que compañeros míos de promoción me traten así. Por lo visto, MacKennan les ha avisado de ello —le expliqué a medida que nos acercábamos al ascensor.

—No le des importancia —me tranquilizó Duff—. Tu esfuerzo ha merecido la pena. Supongo que el Capitán lo habrá decidido así por todo lo que estás haciendo del papeleo y las misiones que se han asignado.

—No digas tonterías, Duff. Si supieran mi verdadera función en el NMCI apostarí que me mirarían de otra manera.

—Sí, claro. Te harían una reverencia —bromeó Chloé.

—¿Vienes sola? —cambié de tema al verla cargando una gran carpeta.

—No, mi padre se me adelantó de buena mañana. Creo que hará unas dos horas que está en el despacho.

Y así fue. En cuanto entramos en la sala de juntas, Byrne estaba enfrascado en un mar de papeles esparcidos por la mesa.

—Buenos días —saludé al quitarme la chaqueta e intentando descifrar qué significado tenían aquellos papeles.

—Hola, Maureen, acércate un momento. —No fue muy cortés que digamos, si teníamos en cuenta que hacía tres semanas que no nos veíamos—. ¿Me puedes descifrar qué pone aquí? —Señaló la copia de un libro bastante antiguo.

—Sí, claro.

—Por favor —dijo sin darle demasiada importancia. A Byrne le preocupaba algo y necesitaba mi ayuda con urgencia.

Me acerqué al punto en cuestión y tras leer en inglés un largo párrafo, vi cómo el dedo índice de Byrne señalaba una frase en concreto.

—*Na héin agus an fharraige, garda an treasure.* —Leí la frase para que me escucharan los tres y automáticamente la traduje—. Las aves y el mar guardan el tesoro.

—¿De dónde has sacado esto, papá? —preguntó Chloé.

—Son los documentos que me enviaron ayer a casa. El sobre no tenía remitente y tampoco estaba escrita la dirección de casa. Eso significa que alguien lo dejó directamente en el buzón. He intentado averiguar las huellas dactilares con el material que tengo en el sótano de casa y no he podido detectar nada.

Aquella frase me recordó algo. Me quedé pensativa mirando el papel y luego fijé mi mirada en el gran ventanal.

—¿Qué piensas, Maureen? —Por fin Duff abrió la boca.

—Creo que sé qué significa esto.

—¿Te lo acaba de decir la diosa? —Byrne se estaba poniendo muy nervioso.

—No. Esto no tiene nada que ver con Áine. Ese mensaje se refiere a Fand.

—¿Fand? —Chloé frunció el ceño sin comprenderlo.

Me giré y miré a Byrne a los ojos.

—Ha desaparecido el Caldero de Dagda, ¿no es así?

—Así es. —El hombre me estaba escuchando con mucha atención.

—¿Quién es la diosa que custodia el caldero de la abundancia? —Al no recibir respuesta, yo misma les saqué de dudas—. Fand. Ella es la diosa de las aguas y siempre va acompañada por aves.

Me atreví a acercarme a la puerta de la sala que, aunque estaba cerrada, me aventuré a pasarle el cerrojo. Los tres allí presentes no me advirtieron de mi osadía porque sabían que algo importante les iba a explicar.

—La noche anterior a mi boda, mi abuela me llevó al faro de Blacksod. Nada más pisar las rocas de la playa se me apareció Áine acompañada de Fand. Ella se presentó y me dijo que los pájaros me ayudarían si alguna vez estaba en apuros. Estos volaron en pareja alrededor de mi cabeza atados con unas cadenas plateadas. La mitología dice que Fand también vuela en pareja, pero con su hermana Li Ban y con una cadena de oro que las une a las dos.

—Entonces sí que es ella. —Byrne no pudo más con su entusiasmo—. Falta saber qué quiere decir el mensaje.

—Pero hubo un detalle que me llamó la atención. Áine me dijo que, si alguna vez tenía problemas, me aferrara al metal, y que me uniese a mi enemigo, que juntos seríamos fuerza. Cosa que mi abuela y yo intuimos que se refería al anillo que encontramos en el interior del Ádh mór, pero en lo que se refiere a los enemigos, no tengo ni idea.

—¿Has descubierto ya qué poder tiene el anillo? —Quiso saber el jefe, obviando la segunda parte de la cuestión, supuse que por no saberla tampoco.

—La verdad es que no. Y le puedo asegurar que lo he intentado mil veces preguntándole a la misma diosa. La he invocado para pedirle ayuda al respecto y no me ha contestado siquiera.

—Bueno, entonces... —Byrne se disponía a proseguir.

—Disculpe —la interrumpí—. Pero hay algo que quizá no tenga importancia, aunque a mí me llamó mucho la atención aquella noche.

—Tienes razón. ¿Qué te hicieron?

—Aparte de bendecirme para mi futuro enlace, mi abuela también se unió a ellas, cosa que pude corroborar y supe que a veces, también las siente y la ve. Pero antes de despedirse Fand me pidió que mirara hacia el mar y allí se alzaron tres merrows.

—¿Merrows? —Chloé tenía los ojos y la boca abiertos al máximo.

—Así es. La diosa me dijo que ellas también estarían a mi lado.

—Creo que algo gordo se avecina —susurró Byrne.

—¿A qué te refieres? —Su hija se sentó a su lado y se inclinó hacia él.

—Lo de la bendición de Maureen lo veo bastante normal. Es más, es un gran gesto por parte de las diosas. Pero lo de que los pájaros y las merrows estarán cuando los necesites y, que encima te digan que en caso de apuro te aferres al metal o que te unas a tu enemigo... Eso me hace sospechar que algo no va bien. Estoy de acuerdo con que muchas veces arriesgamos nuestras vidas para salvar lo que es nuestro. Todo lo que nuestros antepasados perdieron y les fue arrebatado, nos pertenece y luchamos con uñas y dientes por ello. Pero nos están avisando de algo. A día de hoy están desapareciendo tesoros. No hablo de objetos que hace siglos que están escondidos en castillos, montículos e incluso bajo el mar. Alguien nos quiere hacer la vida imposible y tenemos que estar en alerta.

—Tienes razón. Lo de los tesoros es algo nuevo. El hecho de que los correos electrónicos, e incluso algunos de los teléfonos, estén pinchados, nos hace sospechar de todo el mundo.

—Maureen, dijimos que nuestra última pista del caldero estaba en Nueva York. Debes partir lo antes posible.

Aquella noticia me hizo iluminar los ojos en demasía. Me moría de ganas de volver a viajar a la ciudad de los rascacielos con Moore. Aquel transatlántico era un sueño para cualquier marinero y mi cara reflejó mi entusiasmo. Byrne se aproximó a la puerta y quitó el cerrojo cuando terminamos la conversación que no podía ser oída.

—Adivino lo que estás pensando y creo que esta vez no podrá ser —Byrne se adelantó para despertarme de mi sueño.

Tras un largo suspiro, continuó:

—Mañana por la mañana vuelas desde Dublín. No podemos arriesgarnos a perder tiempo en un crucero. Pensabas que irías con Moore, ¿verdad?

—La verdad es que sí. —Me apené.

—Lo que sí lamento es que tendrás que volar sola.

De repente la puerta se abrió y apareció Jack, al que todavía no había visto desde hacía días.

—¿Volar adónde? —preguntó mirándonos a ambos.

—¿Sola? ¿A Nueva York? —Seguí a lo mío, sin prestarle atención.

Volví a rebobinar mentalmente lo que me acababa de decir el jefe y no



escuché a mi querido compañero hablar, pero enseguida interrumpió la conversación de nuevo.

—¿Dónde hay que volar? —preguntó entusiasmado.

—¿Tienes miedo? —Byrne continuó con la conversación.

Estaba convencida de que no esperaba mi reacción.

—¿Me estáis escuchando? —insistió Jack.

—Sí, Jack —espetó tajante nuestro jefe, mirándole por encima de sus gafas—. Tú no volarás a ningún sitio. Te necesito para el papeleo de los próximos días.

Pude apreciar un leve gesto de enfado, algo que me lo confirmaron sus puños apretados a ambos lados de sus costados. Me observó de reojo con mala cara, pero cambió su posición en cuanto se dio cuenta de que le miraba.

—Bien.

Fue lo único que dijo antes de desaparecer dando un sonoro portazo, momento en el que Byrne puso los ojos en blanco y resopló. Seguí con nuestra conversación pendiente sin darle más importancia al tema.

—¿Usted cree que después de lo vivido desde que estoy en la Organización, puedo tener miedo? Además, le recuerdo que no viajo sola. —Me señalé el anillo—. Aunque no sepa qué demonios de virtud tiene este chisme, al habérmelo dado Áine me hace estar unida a ella y sé que no va a dejar que me suceda nada.

—Pues bien, tu misión es la siguiente: te mentiría si te dijera que tenemos rastro fijo. Lo siento, no tenemos ni la más remota idea de quién tiene el caldero, dónde se puede encontrar, ni conocemos ningún contacto allí que nos pueda guiar. Lo único que te puedo aconsejar es que te guíes por su instinto, que sé que lo tienes muy agudizado, y que te muevas por lugares donde irían los irlandeses. Te aconsejo Brooklyn, por ejemplo. Ese distrito fue sobrepoblado por irlandeses durante la época de emigración de los años sesenta. Hay parroquias, *pubs*, centros culturales e incluso podrías encontrar algún que otro negocio irlandés.

A medida que me iba dando instrucciones, yo iba haciéndome un planning mental. Escuchaba sus consejos y me estrujaba la mente por si había algún otro sitio que él no nombrara y me pudiera ser de gran ayuda.

En aquel momento llamaron a la puerta. Los cuatro dirigimos nuestras miradas a la misma dirección.

—Adelante —dijo Byrne.

Mi sorpresa fue que la persona que deseaba entrar era el Capitán General MacKennan. El más alto cargo que había en aquellos momentos en la base.

—Buenos días. —Entró en la sala con un protocolario saludo militar.

—MacKennan —Byrne se alegró y se levantó para estrecharle la mano—, me alegra verle aquí.

—Para mí también es un placer, Byrne. Ayer por la mañana fui informado de su visita a la base y siempre es agradable tener a alguien de la central de Dublín con nosotros. Las últimas veces que usted la ha visitado, he estado ausente.

—Es lo que tiene tener tanta responsabilidad —le halagó.

Aquella conversación absurda de peloteo me estaba cansando. Pero aquel hombre era mi superior en Cork y no podía bajar la guardia.

—¿Está todo bien? —Dirigió desde la lejanía una breve ojeada al papeleo que había encima de la mesa.

—Sí, por supuesto. Contar con la señora MacEoghain es siempre de gran utilidad. —Me felicitó Byrne.

—Por ello también venía. —Se giró y se acercó a mí—. Señora MacEoghain, quiero felicitarla por el gran trabajo que hizo con los libros del barco Eachtra (aventura). Gracias a usted hemos podido averiguar cuál fue la verdadera ruta que realizó la embarcación. Por ello, he dado orden de que se le trate como un miembro más del cuerpo de marina.

—Le agradezco el gesto, señor, pero le recuerdo que yo no soy oficial —me excusé.

—Lo sé. —Rio—. Tranquila que no voy a tratar de convencerla para que se enrole en la marina, ya que me consta que otros ya lo intentaron sin éxito. Pero mi gratitud hacia el resultado de la investigación es enorme y es mi manera de agradecerse.

A Byrne aquella visita le estaba resultando un poco molesta. No porque rechazara el mensaje que había venido a dar el Capitán, sino, simplemente, porque había interrumpido el desarrollo de un plan que se tenía que llevar a cabo cuanto antes.

El silencio que se creó en aquel momento nos resultó a todos incómodo, y MacKennan por lo visto se dio por aludido.

—Bien, entonces les dejo con sus quehaceres y yo vuelvo a mi despacho. Si necesitan cualquier ayuda que yo pueda proporcionarles, no duden en hacérmelo saber.

—No se preocupe que lo haremos. Gracias por su ofrecimiento.

En cuanto Duff cerró la puerta, los cuatro soplamos de alivio.

—¿A santo de qué ha venido esto? —pregunté.

—Fácil, quería saber qué estábamos planeando y la excusa de tu éxito de los libros le ha venido de maravilla —me aclaró Byrne.

—No es el primer libro que descifro y es la primera vez que me felicita en persona. Además, ha ordenado a todos los soldados que me saluden como a un superior más.

—Hace poco que está en el cargo y parece que se le ha subido un poco. No se lo tengas en cuenta y aprovecha todo lo que puedas, ahora que lo tienes comiendo de tu mano —me animó Duff.

—En fin, volvamos a lo que estábamos hablando. ¿Tienes alguna duda al respecto? —me preguntó Byrne—. Espera, tengo un mapa por aquí.

—No. Visitar lugares frecuentados por irlandeses, parroquias de Brooklyn, *pubs*, intentaré darme una vuelta por el consulado irlandés... Por cierto, ¿dónde me alojo?

—Te alojarás en Brooklyn Heights. —Señaló un punto del mapa que había extendido encima de la mesa—. Junto el puente de Brooklyn. Es una zona frecuentada sobre todo por deportistas, mucha juventud y padres que van a pasear y jugar con sus hijos. Es tranquila y no vas a tener problemas a la hora de trasladarte a la isla de Manhattan, porque tienes las paradas de metro cerca de la casa que tiene la Organización allí.

En cuanto llegué a casa, Aidan estaba preparando la cena junto a John y Briana.

—Caramba —me alegré de verles a los tres—, ¿os habéis puesto de acuerdo para cocinar juntos? ¿Corremos el riesgo de intoxicarnos?

—No lo dirás por mí, ¿verdad? —Aidan rio con un cuchillo en la mano.

—Por ti no, cariño —lo tranquilicé dándole un largo beso en los labios—. Lo digo por mi hermano. Creo que la única vez que lo veo cocinar, es cuando pone las *pizzas* en el horno o los sándwiches en la sandwichera.

—Ja, ja, ja —se burló el aludido—. Te recuerdo que nunca es tarde para aprender. Y a mi hija le gusta como cocino, ¿verdad, cariño? —preguntó a la pequeña que jugaba en la mesa de la cocina.

—Prefiero la comida de tío Aidan —soltó Briana, sin ningún miramiento de herir a su padre.

—Adoro la sinceridad infantil. —Besé a mi sobrina en la frente.

Miré a mi hermano John y le hice una señal para que saliera de la cocina. Necesitaba hablar con Aidan y lo quería hacer cuanto antes. Apostaría que aquella petición no le molestó en absoluto. Le estaba librando de cortar cebollas para el guiso.

—Briana, vamos a bañarte y así estarás lista para la cena.

La niña intentó protestar, pero al verse en brazos de su padre y que este estaba dispuesto a jugar con ella, desistió en poner resistencia.

—Cobardes —protestó Aidan al verse solo—. Ha aprovechado que has llegado tú para librarse él de cocinar.

—No pasa nada. Yo te ayudo. ¿Qué quieres que haga?

—Parte las cebollas que tu hermano no se ha atrevido a cortar. Luego las patatas y las zanahorias.

Me puse manos a la obra y comencé a pensar cómo le iba a decir que me tenía que ir. Pero no valía la pena. Las cosas cuanto antes las digas y con menos rodeos te andes, mejor.

—Aidan, mañana me marchó a Nueva York.

—¿A Nueva York? —Se asombró.

—Sí. Por lo visto hay una reunión importante relacionada con el tema naval y el NMCI me ha elegido a mí. —Mentira a medias, como siempre.

—¿Y eso cómo me lo tengo que tomar?

—¿A qué te refieres? Serán solo tres días. No estaré una larga temporada en alta mar. Además, voy y vengo en avión. Y voy sola.

—No me refería a eso. —Sonrió—. Aunque no quita que me alegre de que sea en avión y solo tres días. Mi pregunta es si debo felicitarte. Si te eligen a ti para un tema de naval en Nueva York, es buena señal, ¿no? No hace demasiado tiempo que te licenciaste y ya te solicitan representar el NMCI.

Pobre Aidan, estaba viviendo con una verdadera mentirosa y encima me felicitaba por algo que no era del todo verdad.

—Supongo que sí. —Sonreí—. Te dije que poco a poco voy escalando. El camino está siendo duro, pero está valiendo la pena. Por cierto, ¿sabes que el Capitán General ha dado orden de que me saluden los soldados como si yo fuera un mando?

—¡Bromeas! —No se lo creía.

—¡Te juro que no lo hago! Es más, ha venido él en persona a felicitarme por la resolución de unos libros náuticos.

—Eres una *crack* y esa es una de las razones por las que me enamoré de ti.

—Se acercó y me dio un largo beso en los labios.

Yo me dejé llevar y supuse que la culpabilidad que sentía en aquel momento hizo que me excediera en mi entrega.

—La puerta está abierta —me advirtió sin dejar de besarme.

—Es la hora del baño y a Briana le gusta jugar con su padre. —Le resté importancia.

—Cierra la puerta ahora mismo o no respondo. Eres la culpable de que este de aquí abajo —me cogió la mano y me la pasó por encima de su entrepierna— esté así ahora mismo.

—Yo también estoy demasiado caliente como para perder el tiempo en subir a la habitación.

Corrí hacia la puerta, la cerré y eché el pestillo. Al darme la vuelta comencé a quitarme el jersey y a desabrocharme el pantalón.

—Como no apagues el fuego, creo que la cena se va a quemar.

Hacía mucho tiempo que Aidan y yo no cometíamos una locura como aquella. Desde que vivíamos en la casa, nuestros momentos íntimos se habían reducido a nuestro dormitorio. El hecho de compartir estancia con otra pareja y una niña, nos privaba de hacer cosas como esas.

Mi aterrizaje en el aeropuerto de JFK no fue de los mejores y aquello ya me puso de mal humor. Dicen que lo que mal comienza, mal acaba. Pero yo iba a poner todo mi empeño en que no fuera así.

El taxi me dejó en Remsen St y al entrar en la casa noté un frío que no era muy normal.

—Espero que estés conmigo —hablé en voz alta.

Cada vez que sentía más frío del habitual era señal de que Áine estaba a mi lado. Así que me tomé aquello como que las dos íbamos a compartir la estancia. La casa era la típica adosada, con el exterior adoquinado de color rojo y con unos grandes ventanales que dejaban entrar la claridad. Al final de la calle se encontraba un paseo que daba al río Hudson y al otro lado del río estaba la isla de Manhattan. La verdad, el lugar era bonito. Miré mi reloj y me di cuenta de que no era momento de dirigirme a la isla. Era tarde y mi estómago rugió más de la cuenta. La comida del avión había sido nefasta y apenas había probado bocado. Busqué en Google algún lugar cercano donde poder comer decentemente y la casualidad quiso que en la calle de al lado hubiera unos cuantos restaurantes. Me decanté por un tailandés y al llegar a casa con la bolsa de comida, el frío se hizo más intenso.

—Perdone, señora, pero fuera hace frío y no me apetece cenar con el abrigo puesto. ¿Sería usted tan amable de bajar la intensidad de su presencia para poder ponerme cómoda?

Siempre que hablaba sola con ella, lo hacía en inglés. Otra cosa era que se me apareciera y me hablase directamente. Entonces, solo entonces, me dirigía a ella en irlandés.

Con la calefacción a una temperatura considerable y el camión puesto, tenía los pies helados. Así que, en el momento de irme a dormir a la planta superior, tuve que ponerme unos calcetines gruesos. Nunca entendí qué tenía aquella diosa con los pies. Quise comprender que era su manera de hacerse notar. Pero eso era lo que yo imaginaba, ya que en casa jamás me pasaba. Solo cuando viajaba y debía dormir sola en una habitación o en un camarote.

Al día siguiente me dispuse a dirigirme a las parroquias de la zona de Brooklyn que había estado buscando la noche anterior. En ninguna pude encontrar nada relacionado con el mundo irlandés antiguo. Todos los tesoros que tenían eran tallas modernas y los cálices con los que daban misa eran tan sencillos como las copas de metal que tenía mi abuela en su casa de Blacksod. Me hice pasar por estudiante y mentí explicando que mi tesis iba sobre los feligreses irlandeses en Nueva York. Pero todos me decían lo mismo: solo las beatas más mayores eran las únicas que iban a misa los domingos. Y la juventud que acudía, eran la que en breve recibiría la primera comunión.

Al llegar a casa, me quité el abrigo, lo colgué en el perchero de la entrada y recibí un mensaje de Chloé.

Chloé Byrne:

En la calle siete, cerca de la tercera avenida, está el McSorley's, el *pub* más antiguo de Nueva York. Date una vuelta por allí, a ver qué tal.

Maureen:

Gracias. Voy ahora mismo, que seguro que estará abierto.

Volví a descolgar el abrigo y salí de casa con la intención de dirigirme a la parada de metro. Pero cambié de idea al mirar el reloj y darme cuenta de que era tarde y estaba cansada. Así que paré el primer taxi que pude y me dirigí al *pub* en cuestión.

A medida que el taxi iba doblando calles y esquivando coches, me alegré de no haber cogido el metro. Seguro que me hubiera perdido. Era una zona donde las calles no estaban todas numeradas y era fácil desorientarse. Al bajar del vehículo y ver la entrada del *pub*, el corazón me dio un vuelco. Me acordé del Hagarty's y me entraron unas ganas enormes de sentarme en la barra y tomarme una buena pinta de Guinness. Al abrir, el mismo olor ya me trasladó a Cork. La decoración era muy antigua y había leído de camino al *pub*, que era el más antiguo de la isla de Nueva York.

—*Fáilte*. (Bienvenida) —me saludó el camarero más mayor.

—*Go raibh maith agat go mór*. (Muchas gracias). ¿En serio me va a hablar en irlandés? —me emocioné.

—No creo que lleguemos muy lejos. Solo sé cuatro palabras, pero apuesto a que tú sabes más que yo. Además, tus rasgos te delatan. ¿De qué parte de Irlanda eres?

—Lamento decirle que, pese a mi pelo rojizo y mis ojos claros, solo soy mitad irlandesa. —Teatralicé mi pesar—. La otra mitad es española.

Al decir mi procedencia, una chica que estaba tomando una cerveza en la barra junto a un chico se giró de golpe y me se dirigió a mí.

—¿Eres española? —la chica me preguntó en español.

—Sí. Nacida en Asturias. Madre española y padre irlandés, de Cork.

—Ah, ¡Cork! —El camarero de detrás de la barra rio y me señaló—. La ciudad rebelde. Gran ciudad y gran gente. ¿Qué te pongo? ¡Invita la casa!

—Una Guinness, por supuesto. —Le guiñé un ojo.

—Yo también soy española —se presentó la chica—. De Madrid. Me llamo Eugenie Bilder.

—¿Eugenie? ¿Bilder? Ni el nombre ni el apellido son muy españoles que digamos. Yo soy Maureen —me presenté.

—Madre inglesa y padre español, pero nieta de alemán. ¡Vaya mezcla la mía! —bromeó—. ¿Vives por aquí?

—No, estoy de viaje relámpago por estudios, y quería saber los lugares donde puedo encontrar irlandeses. Es el trabajo final de carrera, ya sabes.

—Oh, sí. Yo soy arquitecta y también recuerdo mi tesis.

—¿Conoces algún sitio en el que pueda encontrar irlandeses de los antiguos? Me refiero que sean los primeros lugares donde se asentaron.

—¿Has mirado en Brooklyn?

—Estoy alojada por allí, pero no han sabido ayudarme en las parroquias que he visitado.

—Antes había una oficina en el Five Points, pero hace años que dejó de existir —me informó el camarero—. Hace décadas te hubiera prohibido acercarte por allí, puesto que era un punto donde la delincuencia era altísima y donde se ajustaban demasiadas cuentas. Pero podrías mirar en el consulado irlandés.

—Tenía previsto visitarlo mañana.

—Ellos te informarán. De todos modos, tengo entendido que en la zona oeste de la isla, en el Hell's kitchen, se asentaron muchos irlandeses a principios de siglo.

—Muchas gracias por la información —le agradecí bebiendo mi primer sorbo de cerveza y marcando mi bigote con espuma blanca.

No podía ser descortés y decidí tomarme otra pinta más con la pareja que acababa de conocer. Eugenie trabajaba en una de las oficinas del gran arquitecto Norman Foster, y su novio Paul lo hacía en seguridad diplomática, no pudo decirme más. Se les veía una pareja maja y me dijeron que ellos



también vivían en Brooklyn. Concretamente en Remsen Street. ¿Casualidades de la vida? Fue una buena oportunidad de compartir taxi a la hora de volver a casa.

En cuanto me levanté al día siguiente, me dirigí al primer Starbucks que encontré y mientras desayunaba cogí mi *tablet* y me marqué un recorrido para poder visitar los lugares que podrían serme útiles. Lo bueno que tenía Manhattan era que había bastantes iglesias y que muchas de ellas eran irlandesas: Trinity Church, la iglesia de Santa Brígida, la catedral de Nueva York...

Fui directa a la zona donde la noche anterior me habían aconsejado, pero no supe por dónde comenzar. Hell's Kitchen me pareció lo que su nombre significaba: un infierno. Pero no porque no me gustara la zona, sino porque no sabía qué buscar, ni por dónde comenzar. Empecé a mirar los nombres de los negocios que se veían por la calle, pregunté si había alguna casa de reunión de irlandeses, me hice pasar por ciudadana nueva y quería conocer paisanos... Nadie supo ayudarme.

Eran las tres de la tarde. Yo estaba famélica y decidí entrar en algún lugar de comida rápida. Pero a medida que iba caminando dirección sur, recordé un sitio que quizá tuviera historia. No solo irlandesa, si no de historia general de los inmigrantes que llegaron a Estados Unidos. La Isla de Ellis sería el lugar idóneo donde buscar alguna pista. Entré en un Pret A Manger y mientras me comía un bocadillo de pastrami con un café, busqué en mi *tablet* información acerca de la isla. Por lo visto, dentro del edificio principal había una especie de museo donde se exhibían prendas y propiedades típicas del país de donde venían los nuevos ciudadanos americanos.

Con el bocadillo terminado y el café en mano, me dirigí en dirección a la entrada de metro más cercana. La verdad era que no estaba acostumbrada a coger metros, siempre había ido en autobuses y, reconozco, que al bajar las escaleras estaba muy perdida. Compré mi billete, miré el mapa que había colgado y como si alguien me diera un empujón, me adentré en el primer vagón que se abrió. Miré las paradas que se anunciaban en el cartel de encima de las puertas y la única que me sonaba era la de Wall Street. Intenté abrir mi teléfono, pero la cobertura era nula. ¡Maldita fuera! El vagón estaba atestado de gente, pero no pregunté por pudor. ¡Sería tonta! No quería que me tacharan de cateta de pueblo. Así que yo, como si fuera muy decidida, esperé contemplando las paradas. Cuando me iba acercando a la zona financiera,

hasta ahí sabía que iba en la buena dirección porque Battery Park estaba en aquella zona, noté cómo mis pies comenzaban a sentir el remolino de aire.

—No, ahora no —susurré.

Alcé primero un pie y luego el otro, para ver si así espantaba a la señora, pero no hubo manera. El aire comenzó a subir por las rodillas y oí un susurro.

—*Faigh taobh amuigh*. (Sal afuera).

En la próxima parada donde el vagón paró, decidí obedecer y bajé.

—Bien, y ahora qué. —Miré el cartel de la estación que había en la viga del andén y me sorprendí—. ¡Esta no es la parada donde debía bajar! —me enfadé.

Seguro que más de un transeúnte me miraría con cara de asombro como si fuera una loca que hablaba sola.

Subí por las escaleras y al encontrarme en la calle, no supe hacia dónde tirar. Estaba justo en la Trinity Church, en plena avenida Broadway. Intenté caminar dirección a Battery Park para coger el ferry que me llevaría a la isla de Ellis, pero de repente una serie de coches comenzaron a cortarme el paso. No era que se pusieran delante de mí, pero parecía que el tráfico se había vuelto denso y no había manera de que los semáforos se pusieran en rojo para ellos.

Miré alrededor y mientras esperaba, vi que junto a la iglesia del Trinity había un cementerio. ¡Buena idea! Intenté buscar la entrada del enrejado y justo cuando iba a entrar por la puerta, el tráfico cesó y el semáforo se puso en verde para los peatones. Me quedé dudando por un segundo. Cementerio o isla. Isla o cementerio. Mi cabeza iba de un lado a otro y no había manera de decidirme. ¡A la porra! Casi estaba anocheciendo y no era momento de perder el tiempo con el ferry pudiendo visitar algunas lápidas que podrían darme alguna pista. Pero mi gozo cayó en un pozo. Allí no había pista alguna que me pudiera llevar a ningún lugar concreto. La diosa tampoco daba señales de vida y yo ya comenzaba a estar un poco harta.

Desistí y, al volver a la avenida, un agradable aroma a café impregnó mis fosas nasales. No estaba dispuesta a volver a bajar al metro. Estaba demostrado que el transporte subterráneo y yo no nos entendíamos, así que caminé para tomarme un café caliente y después cogería un taxi para volver a casa. A medida que iba caminando dirección norte, el aroma se hizo más intenso. Incluso un gran impulso de cambiar de acera me hizo sentir como un animal que va siguiendo el rastro de comida. Solo me faltaba alzar la nariz y

mover el trasero con alegría. Pasé junto al Red Cube y desde allí pude ver que justo en la esquina de atrás había un Starbucks. ¡Café! Llegué a creermelo que era una yonqui en busca de droga. Necesitaba aquel líquido oscuro como agua de mayo. Y fue entonces al llegar a la puerta del local cuando Áine volvió a hacer de las suyas.

—¡Vamos, hombre! ¡No me fastidies! Me has sacado de una parada de metro que no era la que quería, has provocado tránsito para que no vaya a la isla de Ellis, porqu

sé que has sido tú, acabo de saltar la valla de un cementerio buscando lápidas y ahora que me apetece un café, ¿me dices que aquí pasa algo?

Miré alrededor y no vi nada que saliera de lo normal. A menos que no hubiera una secta clandestina en alguno de aquellos sótanos, yo no veía nada sospechoso. Allí todo eran edificios altos y no me veía capaz en un par de horas yendo puerta por puerta buscando irlandeses y diciendo: «Hola, buenas tardes, mi nombre es Maureen y vengo de Irlanda. ¿Tiene usted o sabe dónde puedo encontrar el Caldero de Dagda del siglo VII que ha sido robado?».

El aire de Áine no cesaba e iba subiendo por mis rodillas. Vale, aquello era más serio.

—*Cá háit?* (¿Dónde?) —pregunté.

—*Tá sé fós nach bhfuil an t-am, ach beidh a tharlaíonn anseo.* (Todavía no es el momento, pero sucederá aquí) —me contestó.

Vale, perfecto. La propia diosa me dijo que me fuera para mi casa, que no había nada que hacer. No valía la pena seguir haciendo el panoli, ni interpretando a un detective frustrado. En más de una ocasión me veía como el propio detective Colombo dando palos de ciego. Me faltaba la gabardina roñosa y los puros a medio fumar en los bolsillos.

Pero, en fin, la cuestión era que al día siguiente debía volver a casa como estaba previsto.

Al llegar a casa, el ambiente era gélido. Me acerqué a conectar la calefacción y comencé a quitarme la ropa para ponerme cómoda.

—Está bien, ya has conseguido lo que querías, ¿no? —comencé a hablarle—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Me hubiera ahorrado un montón de caminatas inútiles. Aunque al menos he hecho algo de turismo, eso sí. Seguro que te lo has pasado bien viendo cómo miraba lápida por lápida los nombres de los difuntos. La próxima vez que salgamos de misión, te pido por favor que comiences por ahí. Me refiero a que no me dejes hacer el tonto, que lo que he

hecho ha sido perder el tiempo. —Me dirigí al salón, me senté en el sofá y me quité las botas para ponerme cómoda—. ¿Tú no sabes las ganas que tengo de volver a casa y dormir abrazada a mi esposo? Como suena, ¿verdad? «Esposo». Parece mentira que después de tanto tiempo, una simple ceremonia y un cambio de nombre pueda significar tanto.

—*Do fhear beloved*. (Tu hombre amado) —me susurró.

—*Sea, mo fhear beloved*. (Pues sí, mi hombre amado) —le di la razón abrazando un cojín.

—*Is breá*. (Amor).

—*Is breá* —repetí.

Taragh

Miré mi reloj, inquieta, dadas las horas que se me estaban haciendo en pleno Dublín. No quedaba un alma en la calle, pero yo seguí en mis trece, sentada en una de las cafeterías que quedaban abiertas. Tamborileé mis dedos sobre la madera de la mesa, mirando desafiante al hombre que tenía delante de mí.

—No sé qué más quiere que le diga, señora O’Kennedy.

Movió sus hombros con miedo, mirando a su alrededor, intimidado al sentir mi escrutinio.

—Si dice la verdad, señor White, no entiendo el motivo por el cual no puede dejarme ver la pieza.

—¡Es una reliquia antigua! —se desesperó, reajustándose la corbata con dificultad. Calmó su tono al ver que mi ceja se alzaba de manera temeraria—. Disculpe, no quería usar ese tono, pero, entiéndame. Estos meses ha sido muy insistente en este tema, y para poder conseguir que eso se llevase a cabo tendría que pasar por muchos cargos que no estarían dispuestos a que un civil tocara semejante joya.

Tomé una gran bocanada de aire, tratando de calmar los instintos asesinos que comenzaban a florecer en mí a causa del director general del Museo Nacional de Irlanda. Llevaba meses intentando dar con el paradero de broche de Tara y la única opción que me quedaba era que me dejaran ver el broche de una forma u otra, por lo menos para verificar que no era el original.

Por otro lado, no me había olvidado de la niña pelirroja que todavía tenía un trato conmigo, y esperaba que después de toda la fase de su atontada boda, recordase que seguíamos manteniendo un plan si no quería que su ya esposo se enterase de los trabajos que su mujer tenía a sus espaldas. Tenía pensado llamarla esa misma semana y, de no conseguir hablar con ella, ya me he encargaría de hacerle una visita poco cordial por su desfachatez.

Me levanté de la silla dando un fuerte manotazo a la mesa, gesto que hizo que el hombre que había ante mí diera un respingo sin poder evitarlo. Me

contempló horrorizado sin saber cuál sería mi siguiente paso, dadas las circunstancias de quién era y, sobre todo, porque sabía que no me andaba con rodeos.

Me temía.

Y eso me encantaba.

Salí de aquella cafetería con un pensamiento en claro. Si no lo hacíamos por las buenas, lo haríamos por las malas que, a fin de cuentas, siempre era la mejor solución para no tener que aguantar tantas gilipolleces por parte de gente como White.

Encaminé mis pasos hasta el aparcamiento donde había dejado mi coche y, al llegar, divisé una sombra apoyada sobre el capó del vehículo. Con rapidez me eché mano a la espalda, sujetando con fuerza mi pistola, que últimamente siempre me acompañaba.

—No vas a necesitar eso —añadió la voz de la sombra en cuestión, cuando vio mis claras intenciones.

Anduve cuatro pasos más hasta que llegué a su altura, y lo miré encañonándole con el arma. Él también sostenía una en su mano derecha.

Había cambiado. Su pelo estaba completamente rapado, sus gestos más fieros, e imponía más que antes. Se notaba un cambio considerable que no recordaba, ya que llevaba meses sin saber nada de él, pese a mis intentos por encontrarle.

—¿Cómo te va la vida de casada? —ironizó, pero sabía que después de esa capa estaba el dolor. Dolor que yo veía sin que él se diese cuenta.

—¿Qué haces aquí? —espeté de malas formas, elevando la pistola hasta su rostro.

—Estaba buscándote. Obvio. Baja la pistola. —La señaló.

No meneó ni un músculo. Sus brazos seguían cruzados en su pecho, mientras que su pierna se sostenía doblada, apoyada en la matrícula de mi coche.

—No creo que me necesites para nada, Frank, pero yo sí tengo una cuenta pendiente contigo.

No hice caso a su petición, por lo tanto, seguí en la misma posición.

—Ese era el trato que habíamos acordado. Yo solo lo llevé a cabo. Está claro que te has dejado guiar por unos sentimientos que antes no tenías, y él seguirá sin quererte toda la vida.

Di dos pasos más hasta que el arma topó con su pecho. Me acerqué con la

amenaza reflejada en mi rostro y sin titubear le quité el seguro para dispararle.

—No sabes una mierda, y creo que no estás en disposición de ponerte chulo —siseé.

—Tú tampoco.

Sentí la punta de su pistola en mi abdomen, aunque sabía que no dispararía. Nos retamos con la mirada hasta la saciedad como auténticos rivales y, cuando menos me lo esperaba, sus labios chocaron con los míos, momento en el que me aparté de él con rapidez. Presioné la pistola sobre su pecho, pero antes de poder llevar a cabo el acto, me di cuenta de que una patrulla de policía entraba en el interior del aparcamiento, dejando su coche cerca de nosotros.

Pasé por su lado con disimulo, escondiendo mi arma al ver que se detenían, y abrí la puerta lanzando el bolso en el interior, comportándonos con normalidad. Sostuve el marco con mi mano, momento en el que se dio media vuelta y llegó a mi posición, acercándose de manera peligrosa, escondiendo su arma también. Uno de los policías se bajó y nos miró a ambos con interés.

—Te echo de menos... —murmuró Frank contemplando mis labios.

—Yo no.

No le quité los ojos de encima, pero él sí que lo hizo para volver de nuevo a mis labios como si nada.

—No has creído nada de lo que te dije. Te avisé y, aun así... —Río de manera sarcástica.

—Tus mentiras son solo eso, Frank, mentiras. Y te recuerdo que tienen las patas muy cortas —añadí sin darle importancia a todo lo que me estaba diciendo—. No pienso dejar que quedes impune por lo que hiciste. Teníamos un plan. Mí plan —recalqué—, y yo misma lo aborté. No eras nadie para entrometerte en mis asuntos —escupí con rabia.

—Yo no te he mentado. —Me fulminó con los ojos—. Y solo quería que fueses libre —se desesperó, pero lo disimuló ya que la policía nos seguía observando. De hecho, me pareció ver que estaban haciendo tiempo hasta que nos marchásemos.

Asentí haciendo una mueca con mis labios en señal de que me importaba una mierda lo que me dijese, y metí mi cuerpo dentro del coche, pero, al intentar cerrar la puerta, este la sujetó con fuerza.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas conmigo? —preguntó, derrotado.

Giré mi rostro con un pasotismo alarmante, le miré con desprecio y contesté:

—Nada. No tienes que hacer nada. Teme el momento en el que nos volvamos a encontrar —amenacé con firmeza.

Di un fuerte tirón y su agarre se soltó. Aceleré mi coche y salí de allí sin más, viendo por el espejo retrovisor cómo aquel hombre se quedaba parado mientras yo desaparecía entre la niebla de Dublín a altas horas de la noche.

No comprendía su insistencia para estar conmigo. Llevaba meses sin verle desde la última vez, y ya le había dejado las cosas claras, ¿por qué seguía insistiendo? Simplemente fue un escape pasajero que pasó a mejor vida, y ahí debía de quedarse. Yo no estaba para tonterías, y mucho menos una de ese calibre, además, tenía claro que el plan que llevó al pie de la letra con Mick, lo iba a pagar con su muerte. Tarde o temprano, lo haría.

Un rato después llegaba a la entrada de la mansión, dejando el coche de cualquier manera en la entrada de la vivienda. Ryan pasaba por allí, momento en el que abrí mis ojos pensando que sería una alucinación, y este paró su paso al verme ya que llevaba sin saber nada de él una semana, el tiempo que estuvo en Colombia resolviendo varios asuntos. Me bajé y lo saludé con un movimiento de cabeza que él imitó.

—¿Qué forma de aparcar es esa? —se escandalizó.

—¿Estás aquí? —pregunté sin poder creérmelo.

—Te están esperando —sonó socarrón, obviando mi pregunta.

La relación entre nosotros había mejorado de una forma que jamás hubiese imaginado. Se había convertido en mi mano derecha, y no había momento en el que no me brindase su apoyo para cualquier cosa, suponía que las circunstancias que vivimos meses atrás así lo quisieron.

—¿Dónde? —pregunté.

—Relajándose un poco. —Sonrió mostrando su perfecta dentadura.

Le devolví el gesto y entré a toda prisa en el *hall*. Tiré la chaqueta y el bolso al suelo, sin importarme si se manchaba o no, y encaminé mis pasos hasta la parte trasera de la mansión donde estaba la piscina cubierta. Abrí la puerta como un vendaval, entrando de la misma forma al cerrar.

Y lo vi.

Estaba de espaldas, sumergido en el agua que le llegaba hasta la cintura. Apoyé mi cuerpo en la puerta, soltando un resoplido que me vació los pulmones, y lo observé. Movía sus enormes brazos hacia delante y hacia atrás, haciendo que todos los músculos se le marcasen de forma irresistible. Crucé los míos a la altura de mi pecho, sin quitarle los ojos de encima, y suspiré.



—Hola, mi reina vengadora.

Sonreí al escuchar su rudo tono de voz y la forma en la que había decidido llamarme desde aquella dichosa fiesta de disfraces.

—Hola, dios del inframundo —contesté con el mismo tono de chulería.

Lo inspeccioné todo lo que pude y más, hasta que se giró y sus cristalinos e intensos ojos se colocaron en mi rostro. Sentí que el pecho se me oprimía, y recordé los peores momentos de mi vida sin poder evitarlo.

Cuando estuvimos en Glendalough, Mick disparó a Cathal, quién estuvo dos semanas en un hospital luchando por su vida y, obviamente, lo hizo con uñas y dientes hasta que consiguió seguir respirando, acto que me confirmó que era un hombre difícil de matar, pero también difícil de vencer. En el momento en el que cayó a mis pies, Mick trataba de escapar del valle de los dos lagos, y lo hizo, pero con eso se llevó la vida de Jackson, al que disparó e irremediamente una de las balas alcanzó su corazón, por lo que murió en el acto. Pensé que tanto Ryan como Jackson habían desaparecido tras la orden de Cathal, pero no fue así. Ambos esperaban a la salida en el mismo coche que llegaron y, cuando escucharon los disparos, no dudaron en entrar cruzándose con las balas que Mick soltó sin ton ni son con tal de escapar.

La mano de Cathal me hizo un movimiento para que me acercase a él y, de manera automática, mis pies tomaron el control de su orden dirigiéndose hacia donde estaba. Me quité los tacones, lanzándolos a otro extremo de la sala, y remangué mi corto vestido lo suficiente para que no se mojase con el agua al sentarme en el bordillo de piedra, dejando que el borde de encaje que finalizaba en esta se viese. El tema de que las medias lo hicieran, era lo de menos.

—¿Cómo te ha ido en Colombia? —me interesé.

Dejé mis piernas dentro del agua, y él se entretuvo en coger la derecha, arrugar el entrecejo y mirar mis medias con mala cara. Llegó hasta el borde de la liga, la sujetó con sus largos dedos, y comenzó a tirar de ella hacia abajo hasta que la sacó por mi pie. Se tomó su tiempo en contestar, lo que hizo que pudiera escuchar un leve gruñido que salió de su garganta y, tirando de la media de la pierna izquierda, contestó:

—Fatal. Ese cabrón es tan ágil que sabe hacerse una gota de agua. Pero lo encontraré. —Su tono fue determinante.

—¿A él o al caldero?

Lo miré ensimismada. Este levantó la cabeza y fijó sus grandes ojos en mí

con ferocidad.

—A los dos —sentenció.

Tenía serias dudas de cuál era el cometido de Cathal hacia Kellan. Si tan solo le quería para recuperar el caldero, o había más parte de venganza por mi secuestro en todo aquello. Masajeó ambas piernas con delirio, soltándome una pullita que me hizo sonreír.

—Como tú no has querido acompañarme...

—Ya sabías que hoy tenía reunión con White —me excusé.

—¿Y bien? —Alzó una ceja, encajándose entre mis piernas hasta quedar demasiado pegado a mí.

—Asegura que no puede darme acceso para que inspeccione el broche. —  
Me crispé.

Asintió con pesadez, acercándose de manera peligrosa a mí boca.

—¿Vendrás conmigo a Nueva York? —musitó en ella de forma sensual.

Lo miré con deseo, sin perder detalle del movimiento que sus labios hacían al hablar.

—Y ¿cuándo vamos a Noruega?

—Después de volver de la reunión allí —contestó de manera obvia.

—Mmmm...

Enredé mis manos en su pelo tirando hacia atrás con suavidad. Alzó sus ojos hasta que se encontró con los míos, y pude apreciar que entreabría sus labios.

—¿Piensas besarme ya? —pregunté sin romper nuestra conexión, desesperada por ese contacto.

No contestó. Tampoco hizo falta.

Estampó su boca contra la mía, devorándola hasta la saciedad. Sentí su lengua hurgar en mi interior hasta que topó con la mía en una batalla infernal. La intensidad del momento subió y, finalmente, terminé metida en el agua con mis piernas entrelazadas en su cintura, notando cómo mi vestido se empapaba por completo. Restregué mi cuerpo con urgencia por el suyo, bajando mis manos hasta que toqué su erección que pedía a gritos ser atendida. Gruñó sobre mi boca, momento en el que escuché un leve carraspeo a mis espaldas y me giré para encontrarme con Ryan de pie. Sus manos estaban entrelazadas a la altura de su vientre y miraba hacia otra parte de la sala.

—Cathal —lo llamó, últimamente pocas veces le llamaba señor O’Kennedy, excepto cuando estaban en reuniones—. Te esperan en cinco

minutos para una conferencia.

—¿Quién? —Arrugó su gesto a la misma vez que lo endurecía.

—Johnson.

Asintió dándole a entender que iría, y este se giró con lo que me pareció una leve sonrisa en los labios hacia a la salida. Cathal acarició mi cabello de una forma especial que pocas veces tenía, que cada vez era más sucesivo, y su voz resurgió por toda la sala con fiereza. Como de costumbre.

—¿Recuerdas la reunión que tuve con Andrew hace unos meses?

Elevé mi rostro para mirarle y asentí arrugando el entrecejo. Exhaló un fuerte suspiro y prosiguió:

—Antes de conocerte, él se puso en contacto conmigo, con un interés que no llegué a comprender. Ya sabes que la gente que estamos en este mundo nos conocemos.

Acentué mi entrecejo al darme cuenta de que me estaba contando algo que no venía a cuento, separándome de él, gesto que no permitió, volviendo a pegar mi cuerpo a su pecho.

—¿Te refieres a que mi abuelo también tiene interés por los tesoros celtas?

—Más o menos, solo que él lo único que ansía es el dinero —no dije nada y esperé a que continuara, la impaciencia estaba pudiendo conmigo—. Como te decía, me llamó asegurando que sabía cosas sobre el paradero de otro de los tesoros de Irlanda. —Me miró, y mis ojos conectaron con los suyos—. El broche de Tara.

Un nudo se instaló en mi garganta al comenzar a encajar las piezas del puzle, pero no abrí la boca.

—Me dio toda la información referente a ti, y la forma más rápida para que llegases a mí.

—Kathleen... —musité casi sin creérmelo.

—Sí. El trato era sencillo. Tú ya no tenías nada. Estabas sola. Yo le ofrecí aquella desmesurada cantidad de dinero a tu amiga para que te trajese a nuestro encuentro en el Grand Hotel, y yo tenía un plan para después.

No le dejé que continuara, puesto que todo estaba tomando forma en mi cabeza de manera consistente.

—Te casabas conmigo para conseguir el supuesto broche que yo tenía.

Asintió quedo, sin mostrar ningún signo de emoción en su rostro.

—Dos semanas después de haber firmado los papeles del matrimonio, cuando trajiste tus cosas, me di cuenta de que era imposible que tuvieras el

broche, puesto que me encargué de inspeccionar las pocas pertenencias que habías tenido, aparte de investigar todo lo que te rodeaba y seguirte durante ese tiempo para ver si lo tenías escondido en otro lugar.

Sabía que Andrew se las traía y era de esperar que su acercamiento a mí, años atrás, tuviera algún fondo que no supe ver.

—Él... —dudé antes de hablar—. ¿Él mató a mis padres?

Asintió, y a mí me partió el alma en dos. No tuve una relación cercana con mis padres pero, a fin de cuentas, mi padre era su hijo, era de su sangre.

—Ocasionó aquel accidente con el camión. Todo estaba planeado mucho tiempo atrás. Lo que nunca llegamos a descubrir fue dónde estaba el broche, puesto que tus padres sí lo sabían. —Hizo una pequeña pausa, suspirando—. Cuando volvían del trabajo, Andrew se encargó de quitarse del medio los estorbos, pensando que el broche te lo habían entregado.

Tragué el nudo de mi garganta, sin saber de qué manera barajar los sentimientos que estaban floreciendo en mi interior. Todos ellos asesinos hacia el maldito de mi abuelo, si es que se lo podía considerar como tal.

—Hijo de puta... —siseé con rabia—. ¿Y por qué vino a casa?

—Para saber cómo iba la investigación sobre el broche. Sigue emperrado en que lo tienes escondido. —Me miró negando con la cabeza y, tras un pequeño silencio, continuó—: Hay más —añadió; yo callé—. Hace dos días, Ryan descubrió que Frank también estaba trabajando para él. Todavía no sé el motivo, pero pronto lo averiguaré. Hay algo que se nos escapa de las manos y no sé qué puede ser.

Tomé una gran bocanada de aire antes de contarle lo que Andrew me había dicho. Desde que nuestra relación comenzó a fluir, ambos pusimos de nuestra parte, y entre los dos dejé de haber secretos que no debían guardarse. Acudía con asiduidad a las reuniones que Cathal tenía, e incluso me dejaba participar en todas las que podía, siempre pidiendo mi opinión sobre el trato al pacto que se llevara a cabo con sus contactos.

—Sin embargo, mi abuelo me contó una versión completamente distinta a la que me estas explicando —gruñí. Sentía la rabia quemarme las entrañas—. Él siempre me dijo que el broche lo tenía Maureen, la chica que está con Aidan, el hijo de Mick, ¿recuerdas?

Asintió achicando sus ojos, sin saber adónde quería llegar.

—Ese es el principal motivo por el cual he estado siguiendo los pasos de la niñata pelirroja, pero empiezo a darme cuenta de que ella no tiene nada que

ver, y que aquí los únicos engañados somos nosotros, solo que no sé el motivo aún.

—No entiendo su juego —afirmó—. Pero si piensa que puede marearnos de esta forma, tendremos que darle un buen escarmiento e ir por delante de sus pasos —aseguró con tono firme.

Pensé. Le di mil y una vueltas a todo lo que me había contado, y seguí sin saber de qué manera controlar la situación. Tenía que cavilar con la mente fría, no debía delatarme ante Andrew, y esperaría el momento oportuno para machacarle como a una hormiga.

Entré en mi habitación minutos después de que Cathal se marchase a su despacho para hacer la reunión pertinente con aquel hombre y quité la ropa mojada de mi cuerpo, colocando sobre este una camiseta cualquiera para dormir.

Robín Johnson.

El dueño del prostíbulo con más lujo de toda América, al que acudiríamos esa misma semana para la reunión que se celebraba una vez al año, y esa vez dio la casualidad que se hacía en Nueva York, concretamente en la zona financiera, por detrás de Wall Street. Un sitio donde los altos ejecutivos campaban a sus anchas, y donde algo como aquel negocio pasaba completamente desapercibido.

Me senté en la cama para comprobar la última documentación que me había llegado respecto al dichoso broche, y pensé en la pelirroja. Su mutismo me empezaba a cansar y tenía que tomar cartas en el asunto, pero con la recuperación de Cathal y sus negocios, lo había olvidado por completo.

Tiré mi teléfono sobre la cama cuando miré la hora y comencé a verificar todos los papeles que tenía delante, pero el pensamiento de mi abuelo no conseguía sacármelo de la cabeza. ¿Por qué demonios estaba jugando con los dos? ¿Qué sacaba él de todo eso? Y, lo peor, ¿qué cojones hacía Frank trabajando para él en la sombra?, ¿con qué cometido? No le había contado a Cathal el pequeño encuentro que había tenido con Frank en los aparcamientos de Dublín, pero preferí dejar el tema tranquilo por lo menos hasta que volviésemos de Noruega.

La reunión en Nueva York era para algunos de los mafiosos más peligrosos que, de una manera u otra, estaban involucrados en temas ilegales, ya que muchas veces se cubrían las espaldas los unos a los otros, detalle que hizo plantearme la posibilidad de que Kellan estuviese allí también. Si él aparecía, el caldero no debía de andar muy lejos. Era un tipo listo de más y no dejaría ningún cabo suelto, pero Cathal lo era aún más y estaba segura de que se adelantaría a sus movimientos antes de lo imaginable.

Unos minutos después, sumida en la montonera que tenía delante, escuché la puerta de mi habitación abrirse, y lo que vi fueron las imponentes piernas del hombre que me hacía suspirar. Levanté la cabeza, cerrando la carpeta que en ese momento mantenía sobre mis manos, y le miré.

—¿Por qué estás aquí? —Se extrañó.

—¿Dónde se supone que debería de estar? —Alcé una ceja.

—¿En nuestra habitación? —recalcó ese «nuestra».

—Cuando termine con esto, iré. —Sonreí.

Se acercó de manera peligrosa hacia mí, sin apartar sus hermosos ojos de mi cuerpo hasta que llegó al filo de la cama. Cogió las carpetas con una sola mano y las lanzó a la otra punta de la habitación, esturreando todos los papeles por el suelo. Sus manos cayeron a ambos lados de mis costados, inclinándose hacia delante para quedar de cara a mí, tan cerca, que mis fosas nasales se impregnaron de ese olor tan varonil que siempre desprendía.

—Te recuerdo que tenemos algo pendiente.

Arqueé mis cejas a la vez, esperando a que continuase con la explicación de dicho tema, pero no lo hizo. Aproximó una de sus manos a mi muslo, para subir con su dedo índice hasta el filo de mi camiseta, la misma que remangó hacia arriba dejándola hecha un remolino en mi cintura. Admiró mis largas piernas con devoción y después suspiró.

—¿No me has echado de menos? —preguntó, tirando de mi oreja con un leve mordisco.

Gemí sin poder evitarlo. Elevé mis manos hasta colocarlas en su pecho y delineé con mi dedo su fuerte torso, echándolo hacia atrás. Achicó sus ojos al ver que me alejaba de él, momento en el que enredaba una de mis piernas en su cintura para tirar con fuerza de su cuerpo hacia mí.

Cayó con ambas manos al lado de mi cabeza sobre la cama, con una sonrisa lasciva que prometía demasiadas cosas como para ser verdad. Acerqué mi boca a su labio, bajo sus expectantes ojos que no dejaban de analizarme. Lo mordí y tiré de él hasta que lo solté segundos después.

Me contemplaba extasiado, o eso me pareció a mí, y evité hacerle la pregunta estrella de si había estado con otras mujeres. No quería saberlo, y por más que intentara que ese pensamiento no pasara por mi cabeza, me era imposible.

Di un golpe en seco contra su trasero, instándole para que se moviese, pero este no hizo nada. Se quedó quieto sin menear ni un solo músculo. Sonreí con

malicia cuando bajé mis manos por sus ponentes brazos hasta llegar a sus muñecas, y después las dejé en el filo de su camiseta, por lo que le obligué a incorporarse para sacársela por la cabeza.

Admiré aquel tatuaje con mi nombre que marcaba su corazón, y pasé mis dedos por él sintiendo la presión tan extraña que se me instalaba en el corazón cada vez que lo veía. Descendí con mis manos juguetonas hasta la cinturilla de su pantalón, pero él siguió en la misma posición, sin quitarme los ojos de encima.

Si hubiese sido en otras circunstancias, quizá me habrían intimidado sus océanos que traspasaban hasta la más pura de las almas, pero por aquel entonces ya me había hecho a él y conocía perfectamente esa expresión.

La de no saber cómo barajar lo que sentías.

—¿Vas a mirarme durante toda la noche? —pregunté con picardía.

—Lo haría encantado —añadió con chulería.

—Te aburrirías un poco.

Torcí el gesto con una sonrisa en los labios cuando desaté el botón de su pantalón y tiré de él hacía abajo dejándolo solo con el bóxer. Me relamí mojando mis labios de una manera tan sensual que noté que su cuerpo temblaba, seguramente por no saber de qué manera contenerse. Al ver que seguía en la misma posición, decidí hacer que perdiera los pocos papeles que le quedaban.

Metí mis manos por el bajo de mi camiseta de dormir y la saqué por mi cabeza para quedarme completamente desnuda. Arrastré mi trasero hasta el centro de la cama y, como si todo estuviera más que planeado, me senté en el centro colocando mis manos a ambos lados de mi cuerpo de manera chulesca.

—Bueno, no estamos en las mismas condiciones puesto que tú sigues llevando una prenda, pero si quieres podemos tirarnos así toda la noche —añadí altanera.

No desvió la mirada, sino que la intensificó de tal forma que creí que comenzarían a salirme llamas de la piel de un momento a otro por su culpa. Se pasó la mano por el mentón, haciendo que los músculos de ese brazo se marcaran de manera considerable y, seguidamente, se pasó su dedo pulgar por los labios.

—¿Vas a venir conmigo a Noruega? —preguntó con voz ronca, pero firme como una roca.

—¿Y si te digo que no? —le piqué.



Alzó una ceja, seguida de una pequeña carcajada irónica que salió de su boca. Entreabrió sus labios, chascándolos a la misma vez, se pasó de nuevo el dedo por los labios y dio un paso adelante para colocarse en el filo de la cama. Su enorme mano se aferró a mi tobillo derecho, para instantes después tirar de él hasta que me quedé tumbada, siendo arrastrada con una sola mano hasta el borde.

Reí como una demente cuando me dio la vuelta con un movimiento, lo que hizo que quedase bocabajo, con la cara pegada a la colcha. Sus dedos se clavaron en mi cintura de una forma brutal, y sentí su aliento pegado a mi oído.

—Si me dices que no... —dejó la frase en el aire, y noté sus movimientos al hacer desaparecer la única prenda que le cubría—, mañana te subiré al avión a rastras, te llevaré con esa simple camiseta que tenías ahora mismo, y después te pasearé por todo Nueva York.

Su tono era duro y temible, pero sabía que se estaba divirtiendo con su explicación, al igual que yo era consciente de que, de no irme con él, lo haría. Volví a reír sin preocuparme su reacción que no tardó en llegar.

Un enorme dolor se implantó en mi hombro cuando sus dientes se clavaron en él, al mismo tiempo que sentí su intrusión con fuerza. Agarré las sábanas, jadeando, y bajé la cabeza para tratar de tomar una gran bocanada de aire, sabiendo lo que estaba por venir.

—Deja de retarme, Taragh.

Volví a reír como una puta demente.

—Nunca —sentencié.

Y eso lo único que desató fue a la bestia que habitualmente salía a pasear, la misma que llegaba a mis entrañas con una brutalidad desmedida que me hacía perder la cabeza.

A la mañana siguiente, me encontraba sentada en las escaleras viendo a Kirt pasear de un lado a otro, los rayos del sol eran tenues y todavía no llegaban a iluminar el cielo. Así que me permití una soledad que terminó pocos minutos después cuando escuché unos pasos detrás de mí.

—¿Qué haces aquí?

Sujeté la manta que me había echado por encima del cuerpo, cuando se sentó a mi lado sin camiseta y descalzo. Lo observé de pies a cabeza y negué.

—Vas a coger una pulmonía a estas horas. —Movié sus ojos al león.

—Habla el que sale a medio vestir.

—Bueno —sacó un cigarro de la cajetilla de tabaco—, si enfermo, por lo

menos tengo asegurada la atención de una enfermera.

—Yo no sé hacer de enferma —continué con su broma.

—De ser así te conoces bastante mi anatomía. Con eso me basta.

Giré mi rostro y lo vi sonreír, algo que últimamente hacía mucho.

—¿La maleta? —sonó amenazante.

—En su coche, señor O’Kennedy —contesté como si estuviera indefensa ante semejante tirano.

Tiró de mi muñeca hacía él, mientras soltaba una gran nube de humo a nuestro alrededor. Acabé a horcajadas, mirándolo.

—Me gusta que seas obediente —murmuró en mi boca.

—Y a mí no me gusta que me des órdenes —espeté.

—No lo hago.

Negó con sus labios sobre los míos, haciendo que un cosquilleo se instalara en esa zona. Envolvió con sus manos mi cuerpo y el suyo, tapándolo con la manta hasta que los dos quedamos debajo de ella. Después, una de ellas se interpuso entre su pantalón de pijama y mi vientre, haciendo que notara cómo lo abría lo suficiente para que su miembro asomase.

—¿No te cansas? —pregunté, juntando mi frente a la suya.

Alzó mi trasero desnudo, ya que lo único que llevaba era la manta y la camiseta de dormir, y lo soltó con una lentitud aplastante hasta que me encajé a la perfección sobre él. Gemí en su boca, y este besó mis labios con parsimonia, dando castos besos en ellos.

—Una semana de seco es mucho tiempo. Si me hubieses acompañado... —renegó.

Ese detalle me hizo adivinar que no había tenido compañía de otras mujeres, cosa que agradecí. Lo miré fijamente a los ojos, cuando se recostó lo justo hacia atrás dejando parte de su cuerpo apoyado en el siguiente escalón.

—Baila para mí —musitó con voz ronca.

Sonreí en el instante en el que su mandíbula se tensaba al notar mis movimientos ascender para luego caer con brusquedad sobre su miembro. Mi danza fue lenta y dolorosa, hasta que por sí sola comenzó a coger una velocidad que no esperaba, dado el inminente orgasmo que empezaba a formarse en mi interior. Me aferré a sus hombros, clavando mis uñas en ellos, y me di cuenta de que él también deseaba lo mismo cuando sujetó mis caderas con fuerza, ayudándome a subir y bajar a la misma velocidad que yo. Eché mi cabeza hacia atrás al sentir los interminables pinchazos que me atravesaban el

cuerpo, pero su mano se colocó en mi nuca, pegándola a su frente.

—Mírame —exigió—. No quiero que me apartes la vista nunca más —sonó determinante.

Imaginé el motivo por el cual cada vez que nos acostábamos, más bien me exigía, que no apartase los ojos de él, y ese gesto me gustó, puesto que era una manera de saber que lo que estaba pasando era tan real como que seguía respirando.

Mis manos se fueron a su pelo, agarrándolo con saña desde la parte de atrás, de manera que podía verme a la perfección el rostro iluminado por los rayos del sol que acababan de salir. Moví mis caderas en círculos intentando retrasar lo inevitable, y este negó con la cabeza dándome a entender que necesitaba terminar de la misma forma que yo; con urgencia. Volví a resbalar por su gruesa envergadura, hasta que minutos después, un gemido ronco por su parte me arrastró al más delicioso de los placeres.

Después de varias horas de vuelo, llegamos al aeropuerto de JFK, en Nueva York, a media tarde aproximadamente, esa noche tenían la dichosa reunión en el prostíbulo de Johnson, y todavía no sabía qué hacía yo allí exactamente. Miré a Cathal, que hablaba por teléfono de camino al hotel, que se encontraba en una de las calles cercanas al lugar que teníamos que visitar esa noche.

—Bien. —Bufó y colgó.

Tiró el teléfono al centro de los asientos, y lo miré cuando vi que sus ojos se perdían en la carretera. Iba con un traje chaqueta azul marino que le quedaba como un guante y una camisa de color celeste, vestimenta que no le restaba para nada el porte temible que siempre tenía. Coloqué una de mis manos sobre la suya que reposaba en el asiento del medio, y la apreté. Este volvió sus ojos hacia el agarre y después a mí.

—¿Todo bien?

—Todo mal —gruñó.

Moví mis hombros sin saber a qué se refería, hasta que por sí solo, habló:

—Kellan no estará en la reunión. No ha confirmado la asistencia.

Aprecié que apretaba su mandíbula con fuerza, a la misma vez que las aletas de su nariz comenzaban a hincharse, dando paso al tremendo cabreo que llevaba a cuestas. Sellé mis labios sin saber qué decirle, pero no solté su mano, ya que sus dedos se enlazaron en los míos en un acto cariñoso que yo sabía que solo buscaban una paz que no era capaz de encontrar.

El hotel en el que nos alojamos era todo un lujo al alcance de muy pocas personas. Cathal fue a la recepción para entregar su documentación, mientras que yo le esperaba unos metros atrás, admirándolo todo.

—Listo. ¿Subimos?

Asentí y nos encaminamos hacia los ascensores, para después llegar a una suite en la que no había ni un solo detalle que se le escapase. Mis ojos rodaron por toda la estancia, admirando la mezcla de colores marrón y oro que tenía la estancia, cosa que le daba un toque señorial, pero a la misma vez muy moderno y llamativo. Anduve unos pasos hasta que llegué a la terraza, viendo de reojo que Cathal se quitaba la chaqueta y la depositaba sobre el respaldo de unas de las sillas de la habitación.

—Ese edificio que ves ahí enfrente es local de Johnson. Donde iremos en unas horas. —Lo señaló.

—Parece un edificio normal.

—Tiene que serlo, si no, no pasaría desapercibido.

Se metió una de las manos en el bolsillo de su pantalón, mientras que con la otra sacaba un cigarro, colocándose en mi misma posición para ver la calle.

—¿Quieres que vayamos a cenar algo? —preguntó cuando admiraba las vistas tan impresionantes de la ciudad.

—No tengo apetito, pero si quieres te acompaño.

Alzó las cejas sorprendido.

—No he conseguido matarte yo en todos estos años, y al final te me vas a morir de hambre.

Me hizo gracia ese «te me vas», como si le perteneciera, pero no mostré ningún gesto respecto a ese tema.

—Sabes que yo te habría matado antes —chuleé.

Se paró durante unos segundos sin quitarme los ojos de encima, dio una calada a su cigarro y, cuando soltó el humo, contestó:

—Tú siempre podrás acabar conmigo.

Lo miré, pero no dije nada. A veces sus confesiones me dejaban fuera de lugar, jamás me habría imaginado lo que realmente sentía por mí, y eso era algo que todavía me asustaba, aunque ya empezaba a acostumbrarme a ello. Le quité el cigarro de las manos para darle una calada, y después se lo devolví. Me giré en mi posición, entrando de nuevo en la habitación y, con tono chulesco, le dije:

—Vamos, que no quiero que se muera de hambre, señor O’Kennedy.

Cathal

A media noche traspasábamos las grandes puertas del edificio de Robín Johnson, en dirección al interior de su despacho, puesto que habíamos quedado en vernos a la una de la madrugada. Marco, el italiano, y su mujer, Valentina, también aparecieron en la reunión tal y como esperaba. Avanzamos mediante el barullo de gente hasta que llegamos a la barra, donde inspeccioné la zona encontrándome con más personas que estaban unidas a esta reunión en la que solo unos pocos conseguimos entrar. Era obvio que no todos podíamos seguir unas pautas que hasta yo mismo me saltaba de vez en cuando, así solo algunos, los más conocidos, estábamos dentro de esa especie de círculo que Johnson había creado hacía años.

—¿Esperas aquí con Valentina?

Me giré para mirarla. Taragh torció el gesto, y recordé la primera vez que se vieron cuando la saqué a rastras de la mansión, para reunirnos con ellos en el Grand Hotel de Malahide. Tuve que sonreír ante ese recuerdo, pero sobre todo al saber que no le hacía gracia tener que quedarse con ella.

—Te diría que esperaras con el resto de mujeres que han venido, pero no creo que te lleves bien con ninguna.

Arqueó una ceja, sabiendo que me refería al efecto que causaba en muchas de aquellas mujeres, ya que casi todas, por no decir el círculo entero, tenían maridos o parejas que dejaban mucho que desear. La única que se salvaba en ese sentido era Valentina, que de momento no había caído en mis redes, aunque por ahora tampoco tenía intención de desmontar todo lo que había conseguido con Taragh por un simple polvo.

Se cruzó de brazos, intentando no mostrar el enfado que sentía, y tuve que sonreír.

—Me están esperando. —Le di un beso casto en sus labios que no correspondió—. Nos vemos luego.

Giré sobre mis talones, escuchando cómo resoplaba sentándose en la barra junto a Valentina, que trató de darle conversación de inmediato. Al llegar a la

puerta acolchada de color negro, me volví para mirarla y allí estaba, con su gesto serio, su mirada implacable y sus pocas ganas de abrir la boca para entretenerse en el tiempo en el que estuviéramos allí. Sonreí dándome cuenta de lo parecidos que éramos, aunque eso ella no lo supiese todavía.

—Tienes una mujer difícil, amigo.

Miré a Marco soltando un pequeño resoplido que le sirvió como contestación. Abrí la puerta con decisión y ya estaban todos allí, excepto uno. Los repasé uno a uno, éramos nueve en total. Había de todo, desde narcos, hasta ladrones a los que les pagaban unas sumas de dinero desorbitadas por llevar a cabo sus trabajos. El único que robaba tesoros y los vendía por cantidades de dinero desmesuradas era yo. Lo demás eran trapicheos pasajeros que realmente me importaban una mierda, ya que no me daban la rentabilidad que quería, y eran solo quebraderos de cabeza que estaba dispuesto a dejar.

—Johnson —lo saludé con un apretón de manos.

—O’Kennedy. —Imitó mi saludo con una sonrisa, palmeando mi espalda también.

Nos sentamos en una larga mesa de madera, y aprecié el gesto del hombre que nos había reunido. Llevaba un traje demasiado cantoso para mi gusto. Era de un dorado particular, más bien tirando a apagado. Lucía su pelo completamente blanco, era un tipo alto, no en exceso, pero lo suficiente. Sus ojos cristalinos se fijaron en mí en el momento en el que le escrutaba, y su mentón se marcó más al escuchar las primeras palabras que dije:

—¿Cuál es el motivo de esta reunión tan urgente?

—No es urgente, simplemente tocaba. Ya sabes que todos los años la hacemos.

—No por estas fechas.

Los demás se mantuvieron al margen, en silencio. Siempre era el único que hablaba más de la cuenta, en realidad.

—Como bien dices, hemos cambiado la fecha, pero eso es porque tengo novedades muy buenas para todos nosotros. Aunque nos falta Kellan, os informaré, y me encargaré de que la información le llegue para poder usarla también.

Suspiré, apretando mis dientes tanto que creí que me saltarían por los aires. La rodilla de Marco impactó con la mía por debajo de la mesa cuando solté:

—Si quieres puedo ir yo personalmente a dársela.

Miré al italiano con mala cara, gesto que él omitió como si no hubiese pasado nada.

—Lo veremos al final.

Dejó de lado mi comentario y continuó con la charla cuando cuatro prostitutas del local entraban en la sala.

—He pensado que esta reunión la podemos hacer más amena, para los que queráis participar, por supuesto.

Su sonrisa burlona se instaló en su rostro, y tuve que negar con la cabeza elevando mis ojos al techo. Dos chicas se metieron de rodillas bajo la mesa, mientras que las otras se quedaban de pie, ligeras de ropa, paseando sus delicadas manos por los hombros de los hombres que tenía a ambos lados. Tanto Johnson como yo presidíamos la mesa, uno en cada punta.

—He conseguido unos contactos que nos vendrán genial para las aduanas de Brasil y Rusia. El trato no ha sido fácil, y todos tenemos que poner de nuestra parte...

—¿Cuánto? —lo corté.

Puso mala cara y resopló, pero aun así continuó respondiendo a mi pregunta:

—Tendremos que darles un quince por ciento de lo que acordemos al pasar por cada...

—¿¡Un quince por ciento!? ¿Tú te has vuelto loco? —saltó el polaco, con el que no tenía mucha relación, a decir verdad.

—Si me dejáis terminar...

—Yo no lo veo tan mal —puntalicé, tratando de que el ambiente se destensara—. Contando con la de rodeos que tenemos que dar cada vez que pasamos por allí el material, si lo sumas, tienes más gastos que darle un quince por ciento al contacto.

—¡¡Pero es demasiado!! —se enervó dando un puñetazo en la mesa.

—O'Kennedy tiene razón, si te pones a hacer cuentas, pagas más cada vez que tienes que llevar algo al país.

El polaco negó con la cabeza sin estar de acuerdo, sentándose de nuevo.

—Niña, haz que se tome las cosas de otra manera —añadió Johnson, refiriéndose a la chica que había de rodillas bajo la mesa.

Este cambió su gesto, y todos escuchamos el sonido de su bragueta al bajarse.

—Continuemos. —Dio una palmada al aire y prosiguió—: Además de esto, me gustaría que aclarásemos los términos para llevar las zonas de cada país. No nos interesa estar entrometiéndonos en los asuntos de los demás y estar pisoteándonos como subnormales.

Escuché el discurso de todo lo que había ido a explicar, y cuando terminó de hablar decidí que era el momento adecuado para exponer mis nuevas condiciones.

—Respecto a la zona de Irlanda, en lo que se refiere a drogas, a partir de ahora será Marco quién maneje el cotarro. Me retiro.

El silencio se hizo en la sala y los ojos volaron los unos a los otros. El polaco apretó los puños, me imaginé que el motivo era que se estaba corriendo como un desquiciado en la boca de la prostituta, y esperé con firmeza a que alguno de los presentes hablara.

—Pero... —la voz de Johnson fue la primera, solo que no llegó a decir nada.

—¡Eso no es justo! ¡A mí me pertenece por cercanía! —espetó el inglés.

Puse los ojos en blanco, y escuché la risa diabólica de Marco.

—Dado que es mi zona, yo decido a quién le dejo el puesto. En este caso es a él. —Señalé a Marco—. No a ti. Además, tú ya tienes suficiente con toda Inglaterra, ¿qué cojones te importa? —Bufé.

—¡¡Claro que me importa!! Estoy perdiendo dinero.

—Quieres acapararlo todo y no podrás. Igualmente —lo miré fijamente—, yo decido.

—Por esa regla, O’Flannagain debería de quedarse con esa zona. ¡Él también es irlandés!

Reprimí el impulso de pegarle un golpe allí mismo al recordarme al hijo de puta de Kellan.

—Sí O’Kennedy dice que...

El inglés cortó a Johnson por segunda vez.

—¡No! —Se levantó de su asiento con rapidez—. El italiano ya tiene su función en su país con las drogas, ¡en Irlanda no pinta nada!

—¡Ya está bien! —grité con rudeza.

Di un fuerte puñetazo a la mesa, y pude ver cómo menguaba ante ese gesto.

Se reajusto la corbata y tiró de las solapas de su chaqueta en un gesto más que incómodo. Hice una mueca con los labios, dándole a entender que me importaba una mierda lo que pensase, y miré a Johnson dejando el tema



zanjado.

—¿Alguna cosa más?

Trató de abrir la boca, pero enseguida la cerró, cuando otro de los presentes, en este caso el chino, comentó algo sobre una nueva estructura que quería montar en el sur de China. No le presté atención ya que mi mente comenzó a divagar en cosas que no venían a cuento, ni mucho menos era el momento para ello.

Pensé en la mujer que me esperaba tras aquellas puertas, en lo fácil que sería marcharse con ella, los dos solos, en busca de tesoros olvidados o reliquias importantes de las que pudiéramos sacar una gran fortuna e, inconscientemente, sonreí como un imbécil.

Que había hecho aquella mujer conmigo...

Noté que unas manos me trasteaban el pantalón y pegué un respingo sin pretenderlo.

—Tranquilo, O’Kennedy, de momento mis chicas no muerden.

La carcajada de Marco fue evidente en la sala, y le contesté mirándole con mala cara y gesto desafiante. Me levanté de la silla como un resorte, dirigiéndome a la salida bajo los expectantes ojos de todos.

—¿Adónde vas? —preguntó Johnson de nuevo.

—Creo que la parte que me interesaba ya la hemos terminado, y me están esperando.

—Pero...

—Nos vemos fuera.

Sin esperar respuesta, abrí la puerta y salí con la misma chulería de siempre hacia la gran sala donde la música resonaba de forma atronadora. Entrecerré los ojos, buscando por la sala a mi mujer, y no di con ella. Me encontré a Valentina sola en la barra, así que aligeré mis pasos hasta que llegué a su posición.

—¿Y Taragh?

—Creo que ha salido a la calle. Hace un rato que se fue.

Alcé una ceja sabiendo que lo habría hecho seguramente para deshacerse de su compañía y, cuando salí al exterior, efectivamente me la encontré sentada en el muro de piedra de uno de los edificios que había alrededor, con un cigarro en los labios y en su otra mano una copa. Me vio a lo lejos, pero no cambió su gesto. Me acerqué a ella con pasos decididos hasta que llegué a su altura y me coloqué frente a ella. Abrí sus piernas para poder estar lo más

cerca posible, y me miró.

—¿Qué haces aquí?

—Fumar —respondió escueta.

—¿Ah, sí? —ironicé. Ella sonrió, y me pareció no haber visto una sonrisa más bonita en mi vida—. Has dejado a Valentina en la barra.

—Me aburría su conversación.

Una carcajada salió de mi garganta, y saqué un cigarro, observándola.

Recordé sus ojos el día que fue a matarme, pero también supe que no sería capaz de hacerlo. Sus sentimientos eran más fuertes de lo que se imaginaba, suponía que como los míos. No recordaba el momento exacto en el que la rabia recorrió todos mis poros, pero sí sabía que todo eso se había ocasionado el día en el que desapareció de aquella fiesta con Frank. Deseé matarla con mis propias manos, pero al instante supe que si lo hacía, sería mi perdición.

—O’Kennedy...

La voz de Johnson a mi espalda me hizo girarme en su dirección, y vi que venía a mi lado, mirando de reojo a Taragh.

—Señora O’Kennedy —la saludó con un movimiento de cabeza, para después coger su mano y depositar un fugaz beso.

Beso que borré de su mano en cuanto se la soltó, colocando la mía sobre la de ella. Johnson me contempló con las cejas alzadas sin poder creerse lo que había hecho.

—Lo mío no se toca, Johnson —rugí sin quitarle mi mirada aniquiladora de encima.

—Perdona, O’Kennedy, no era mi intención molestarte.

Solté un fuerte suspiro y miré a Taragh que, con los ojos brillantes, contemplaba la escena como una demente. Más o menos como lo era yo.

—Tengo que comentarte una cosa —espeté de malas formas—. Te espero dentro. —Miré a mi mujer.

Asintió queda, sin moverse de su posición, y con una chulería innata dio una calada a su cigarro riendo a la misma vez que movía su cabeza de manera negativa.

—Y, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó cuando se sentó en el sillón de su despacho.

Tomé posición frente a él y lo contemplé con gesto serio.

—¿Dónde está Kellan?

Puso los ojos en blanco, después resopló.

—No entiendo por qué os lleváis tan mal. Cada uno debería de hacer su vida, sus negocios, su...

—Y no debería de tocar a mi mujer y robarme en mi propia casa —rugí.

Se calló durante unos instantes, para pasarse la mano por la cara a modo desesperado.

—Tú también has tocado a las mujeres de los demás, O’Kennedy, aquí nos enteramos de todo.

—Yo no las busqué —me defendí, pero ese no era el punto clave de lo que quería hablar con él.

—¿Cómo que te ha robado? ¿Él fue quién se llevó el caldero?

Asentí.

—Me importa una mierda cómo reaccionen las demás. A la mía — recalqué, señalándome con un dedo—, el que la toca, muere.

Tragó saliva visiblemente y se recolocó en su asiento.

—Pero eso...

—No doy con su paradero, si lo encuentras, espero por tu bien que me llames de inmediato.

—O’Kennedy, las cosas no funcionan así, no puedes ordenarme...

Me levanté al igual que lo hice en la reunión y lo miré por encima de mi hombro.

—Por la cuenta que te trae, espero noticias tuyas.

Me encaminé hacia la sala del local, momento en el que llamaba a Taragh que volvía a la posición de antes, solo que esa vez parecía tener una conversación amena con Marco y Valentina.

—Nos vamos.

—¿¡Ya!?! —preguntó Marco.

—Mañana nos marchamos a Irlanda a primera hora de la mañana.

Me miró sin entender el motivo, pues habíamos quedado en que pasaríamos tres días en Nueva York.

—Bien. Entonces, amigo —me extendió la mano—, nos veremos en breve.

Sujeté la muñeca de ella con fuerza, sin ser consciente. La rabia salía por cada poro de mi piel y no pude evitar ese gesto. Me miró con extrañeza y antes de marcharnos, Valentina le hizo un gesto con su rostro a modo de despedida, el mismo que imitó Taragh con una falsa sonrisa. Sorteábamos a la gente para llegar a la salida, cuando a lo lejos vi el horripilante traje chaqueta de Johnson acercarse a mí con decisión.

—¡Eh, O’Kennedy! ¿Adónde vas? —Palmeó mi espalda al ver mi gesto serio—. Vamos, hombre, no te marches, quédate un poco más.

—Johnson... —resoplé.

—¡Venga ya! ¿Desde cuándo el gran O’Kennedy se acuesta a la hora de los niños? Además —murmuró lascivo, con cara de sádico—, te he reservado cuatro de mis putas, las mejores de toda América, para ti solo. —Me guiñó un ojo.

Sin querer, mis ojos se fueron a los de la mujer que tenía a mi lado, y vi que me contemplaba con mala cara, apretando sus uñas en mi carne.

—Otra vez será, mañana salimos temprano —contestó ella por mí.

Johnson volvió sus ojos hacia ella con asombro, y después los pasó a mí, esperando mi respuesta.

—¿Qué me dices? Así de paso, concretamos unas cuantas cosas que no me has dejado terminar de explicarte antes. —Sonrió.

Aparté la mano de Taragh con delicadeza, dándome cuenta del cabreo monumental que comenzaba a tener por mi reacción y, sin más, le dije:

—Espérame en el hotel. En un rato iré.

Taragh

Ofuscada y cabreada hasta decir basta, me giré aniquilando a Cathal con mis ojos en dirección a la salida. Si quería guerra, la iba a tener.

Al salir, el aire abofeteó mis mejillas de tal manera que me vi obligada a subir mi abrigo hasta el final, intentando cubrirme de la manera que fuese para que el frío no calara mis huesos. Con pasos decididos, anduve hasta que llegué a la calle paralela donde estaba el hotel, cuando en realidad lo que quería hacer era desaparecer de allí. No entendía la presión que llevaba auestas en el pecho. Él era así, siempre lo fue, y por mucho que hubiese descubierto que me amaba no iba a significar que tendría que cambiar su vida por completo.

Entré en la recepción como un vendaval, bajo los expectantes ojos de las recepcionistas que me contemplaron extrañadas. Llegué a la habitación, pasé la tarjeta del lector y cerré de un portazo que resonó en todo el recinto.

—¡Aggggg! —chillé con rabia, apretando mis puños.

Los estampé contra la puerta dando sonoros golpes, sintiendo cómo mis huesos se quejaban al repetir el proceso, mientras me dejaba arrastrar hasta el suelo con mi espalda pegada a la puerta. Me llevé las manos a la cabeza intentando pensar con claridad antes de salir de nuevo y dirigirme hacia el local con la pistola en mano, dispuesta a matar a mi marido y a las furcias con las que, seguramente, estaría follando.

Jamás había sentido una sensación tan extraña, nunca había vivido los celos como tal, y eso me desbordaba. Mis ojos comenzaban a quemarme, pero me impedí a mí misma ponerme a llorar por semejante gilipollez, cuando lo que debía de hacer era pagarle con su misma moneda.

Me levanté como un resorte del suelo, ordenando a mis pies para que llegaran a la terraza donde me apoyé en la barandilla viendo la entrada del edificio. Apreté mis dientes con fuerza, sacando un cigarro que se llevara mis intenciones, o por lo menos las menguara.

Me fijé en una chica que se paraba en la entrada del lugar, una chica que me era tremendamente familiar. Iba vestida de una manera poco habitual en

ella, pero si la vista no me fallaba, era ella sin lugar a dudas.

—Maureen... —murmuré.

Como si me hubiese oído, sus ojos se elevaron a la fachada del hotel y pude comprobar de primera mano que era ella sin lugar a dudas, pero ¿qué hacía allí? Achiqué mis ojos cuando la vi entrar, momento en el que Cathal salía, cruzándose con ella. Durante unos segundos, aprecié cómo él se quedaba mirándola, pero no le dio más importancia y siguió su camino hasta colocarse en una esquina para teclear su teléfono móvil.

El dolor volvió a recorrerme las entrañas, y tiré el cigarro casi entero por el balcón, sin importarme si le caía a alguien en la cabeza. Me metí en el interior, quité la ropa de mi cuerpo y tras una extensa ducha me acosté con un camisón como única prenda sobre mi cuerpo.

Un rato después, aún seguía dando vueltas en la cama cuando escuché que la puerta se abría. Cerré los ojos con fuerza haciéndome la dormida, oyendo que se desprendía de la ropa.

Segundos más tarde, la cama se movió, lo que me indicó que acaba de meterse dentro de ella, y eso se hizo evidente cuando su cuerpo se pegó por completo a mi espalda. Estaba desnudo.

Con su mano, recorrió el contorno de mi figura bajo las sábanas, hasta que pasó sus dedos por mi espalda dibujando círculos invisibles. Noté su incipiente barba cerca de mi hombro, donde depositó dos castos besos que me erizaron la piel, para, a continuación, detenerse en mi oído.

—Sé que estás despierta —murmuró.

Moví mi mano con brusquedad para alejarme de su contacto, haciendo que las sábanas volaran impactando en su rostro, me levanté y, antes de dirigirme a la terraza, le dije de malas formas:

—Pues entonces no me molestes.

Abrí la cristalera dejando que el frío me calase el alma y me apoyé de nuevo en la barandilla. Busqué un punto fijo donde dejar mis ojos reposar, y lo encontré en un hombre que, sentado en una silla a la derecha del edificio donde estábamos, me repasaba de los pies a la cabeza sin dejar un resquicio sin contemplar. Le lancé una mirada asesina que no sé si apreció, aunque tampoco me importó. Vi las manos de Cathal situarse muy cerca de las mías, dejándolas a escasos milímetros de mi piel, pero sin tocarse. Su pecho se pegó a mi espalda, y de nuevo la puta sensación llena de escalofríos me recorrió.

—¿Por qué estás tan enfadada? —preguntó como si nada, con su tono serio

de siempre.

—Porque me da la gana.

Escuché una pequeña risa salir de su garganta, instante en el que sentí que pellizcaba uno de mis pezones con rudeza. Me dolió, claro que lo hizo, pero no iba a demostrárselo. Apreté mis dientes y sin tiempo que pensar le propiné un manotazo, girándome de cara a él. Le di un pequeño golpe en el pecho, fulminándolo con mis ojos, y cuando fui a repetir el proceso me paró con su mano haciéndome daño.

—Ni se te ocurra —siseó.

Elevé la mano que tenía libre solo que esa vez no fue un golpe con el dedo, sino que le estampé la palma de mi mano contra su mejilla. Cerró los ojos unos segundos hasta que reaccionó a lo que acababa de hacer y los abrió. La furia no era solo lo que refulgió de ellos, sino las ganas de asesinarme también. Me quedé paralizada ante su imponente mirada, sin saber cómo reaccionar o ni siquiera el motivo por el que lo había hecho. Estaba tan furiosa que no me controlaba, aunque eso tampoco era excusa.

Se tocó la zona afectada con semblante serio, bajó la mano hasta media altura y, sin previo aviso, agarró mi cabello con fuerza haciendo que doblase mi rostro hacia la izquierda. Lo miré con rencor, con una furia contenida que no era capaz de apaciguar.

—Que sea la última vez que haces eso —amenazó.

Subí mi mano sin titubear y agarré su cuello con fuerza, ejerciendo una presión que no le gustó.

—Que sea la última vez que me faltas al respeto.

Y sí, me refería a acostarse con otras mujeres, y me dio igual la cara de asombro con la que me miró. Acto seguido, me volvió de espaldas a él y tuve que sujetarme a la barandilla del impulso que mi cuerpo cogió cuando lo hizo. Soltó mi pelo, tiró de mis caderas hacia atrás y, sin miramientos, sentí cómo mi camisión se rajaba por la mitad cuando dio un fuerte tirón de él. Contemplé de reojo al mismo hombre que minutos antes estaba en su terraza, y vi que seguía en el mismo sitio, solo que esta vez no nos quitaba la vista de encima. La dura voz de Cathal me sacó de aquella inspección.

—Así que la señora O’Kennedy acaba de tener un ataque de celos. —Rio macabramente—. Interesante.

Tiró con fuerza de mis caderas hacia atrás, dejando mi sexo expuesto a él. Me moví como una lagartija intentando evitar su contacto, pero este no lo

permitió, ya que con su mano libre inmovilizó mis caderas.

—Yo no te he faltado el respeto.

Una carcajada monumental salió esta vez de lo más profundo de mí. La misma risa que se me cortó cuando sentí que dos de sus dedos entraban con brusquedad en mi interior, rozando el dolor. Involuntariamente jadeé, escuchando una tenue risa por su parte.

—Eres tú la que no confías en mí —susurró con la voz ronca en mi oído. No contesté—. Y todavía no te has dado cuenta de que no tengo ojos para nadie más desde hace un tiempo.

Sus palabras me aplastaron, pero no permití que mis sentimientos relucieran. Me mantuve en silencio, notando cómo entraba y salía de mí sin importarle que otra persona nos estuviera mirando desde la distancia, ya que eso tampoco se le escapó.

A Cathal O’Kennedy nunca se le escapaba nada.

Presionó mi bulto con destreza, haciéndome perder la poca cordura que me quedaba, y sentí que mi cabreo menguaba de manera considerable con sus palabras, aunque no lo reconociese abiertamente. Una vez tras otra, sus dedos martillaron mi sexo hasta la saciedad y, en el momento en el que comprobé que todo mi cuerpo temblaba a punto de explotar, estos me abandonaron por completo para dejarme vacía y solitaria.

Me volví con cara de enfado, y vi que sonreía abiertamente al ver mi rostro serio. Bajó su mano de nuevo hacia el interior de mis piernas y con una parsimonia aplastante los deslizó por la abertura para volver a subirlos hasta sus labios, donde los saboreó con delirio sin apartar sus ojos de los míos. Mordí la cara interna de mis labios, tratando de contenerme y no matarle allí mismo, pero este, con gesto chulesco y desmedido, se acercó a mí, temerario, y tiró de él con los mismos dedos que había tenido en mi interior. Aproximó su boca a la mía, y justo cuando iba a rechazarle me sujetó con ambas manos el rostro de manera que no pude moverme. Su lengua se abrió paso sin pedir permiso, hasta que noté que las fuerzas comenzaban a fallarme dada su presión y cedí ante sus caricias.

Descendió una de sus manos hasta colocarla en uno de mis cachetes y sin esfuerzo alguno, me elevó como una pluma para depositarme con urgencia sobre la pequeña mesa de la terraza. No se entretuvo en calentar el ambiente más de lo que estaba ya que, segundos después, noté su mano entre mi sexo y su entrepierna. Me vi obligada a despegarme de su boca cuando necesité coger



el aire suficiente para llenar mis pulmones en el instante en el que entró en mí como un bruto. Arquee mi espalda todo lo que pude y más, sintiendo cada embestida en lo más hondo de mi ser.

Se movía a una velocidad de vértigo, sin detenerse, sin darme una tregua para respirar. Sujetó mis caderas haciendo presión en ellas, tirando de mí para juntarme más a su cuerpo, y me aferré a sus hombros en un intento vano por no caerme de la mesa, dadas sus endiabladas acometidas, aunque sabía que eso no llegaría a suceder nunca.

Mi cuerpo vibró, al igual que todo mi organismo al sentir que el orgasmo se acercaba a pasos agigantados. Escuché el gruñido que Cathal soltó, supuse que reteniendo por más tiempo lo que era inevitable, así que sin darle tiempo a martirizarme más, empujé como pude su cuerpo, quedándome sentada en la mesa sin romper nuestra unión. Mis manos se cruzaron en su nuca, y este alzó mi trasero hasta que estuvimos de pie.

—Ya es hora de terminar con el espectáculo —gruñó sobre mi boca.

No pude evitar sonreír ante su comentario, pero sobre todo ante su tono de voz gruñón. Busqué su boca con urgencia, mientras que con mi mano tanteaba la cortina del ventanal para entrar en la habitación. Cuando lo conseguí, seguí sujeta a su gigantesco cuerpo hasta que mi espalda tocó con la pared más cercana, quedándome encajada entre esta y su estrepitosa figura.

—Cathal... —susurré suplicante.

—¿Vas a confiar en mí? —preguntó con rudeza.

Mi respuesta no tardó en llegar, pero era evidente que tendría que comenzar a hacerlo, o si no estaríamos en un constante vaivén de disputas por cada gesto que viese de él.

—Sí.

Asintió sin decir ni media palabra más, y lo que a continuación llegó fue una bestia desatada que bombeaba a la velocidad del rayo dentro de mí, sin saciarse, sin descanso, sin titubear, como él era.

Salvaje, fiero y temerario.

Al día siguiente me desperté dolorida y con mal cuerpo. Froté mis ojos, mirando hacia el foco de calor que emanaba la persona que estaba a mi lado, y lo vi dormir plácidamente con el antebrazo colocado en sus ojos. Le molestaba la luz.

Me levanté con cuidado de no despertarle, ya que todavía nos quedaban unas horas hasta que Ryan nos llamase para informarnos de que el avión

privado estaba listo para despegar, así que cerré las cortinas impidiendo que los rayos del sol cruzaran por estas. Encaminé mis pasos hasta llegar a la cama, permitiéndome el lujo de meterme bajo las sábanas de nuevo, y lo contemplé.

Su mentón fuerte, sus facciones ahora relajadas, su respiración tranquila, sus enormes manos descansando sin tensión, todo completamente distinto a lo que era cuando despertaba. La sábana se encontraba arremolinada en su pelvis, impidiendo de esa manera mostrarme su completa desnudez que no me cansaba de ver, y cuando ascendí mis ojos hacía su cara de nuevo, me sorprendió que me estuviera mirando.

—¿Te gusta lo que ves? —Alzó una ceja con picardía, y un humor que para nada tenía la noche anterior.

—A decir verdad..., creo que sí —contesté con una sonrisa tímida que no entendí.

Me volvía imbécil cuando se comportaba de esa manera conmigo.

—¿Crees? —Acentuó esa ceja alzada.

Tiró de mi mano hasta que caí a horcajadas encima de su cuerpo, y apartó la tela con brusquedad para que nuestras pieles se tocaran. Me moví juguetona sobre él, incitando a su miembro que ya comenzaba a despertar. Acercó su rostro lo suficiente al mío, colocando con la mano que tenía libre una almohada tras su espalda para incorporarse un poco y, finalmente, terminó depositando unos besos castos en mis labios.

—Parece que hoy te has despertado juguetona.

Meneó sus caderas un par de veces.

—Y tú parece que has despertado con un humor poco habitual en ti.

—Eres tú la que me saca de mis casillas.

—Eso no es verdad. —Reí.

Y aquella simple conversación me demostró que, en realidad, sí que podíamos ser un matrimonio normal, que se amase, que viviera el uno para el otro. Un pensamiento olvidado pasó por mi cabeza en el momento en que se acercaba de manera peligrosa hacía mis pechos desnudos.

—Cathal. —Elevo su rostro cuando atrapó uno con sus dientes.

—Mmm... —Fue su respuesta.

—Ayer te vi salir una de las veces del local, te fuiste para hablar por teléfono, me imagino...

Resopló sin dejarme continuar y puso cara de fastidio.

—Escúchame —pedí sin dejarle hablar—. Te cruzaste con una chica cuando salías, ¿la recuerdas?

Alzó una ceja sin saber adónde quería llegar. Le insté con mis ojos para que contestara.

—Sí, creo que sí. La pelirroja.

—¿Sabes quién es?

Negó con la cabeza y un claro interrogante se mostró en su rostro.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mi abuelo? ¿Sobre la persona que se suponía que tenía el broche?

Achicó sus ojos.

—¿Esa era la tal Maureen? —cuestionó confuso.

—Exacto.

—¿Y qué hacía allí? ¿Es prostituta?

—Ni mucho menos. Tengo *dossiers* de información en casa. Cuando llegue te los daré para que lo compruebes por ti mismo y sepas quién es. La duda que me queda ahora es saber el motivo por el cual está aquí. Quizá esté buscando información sobre el caldero. No podemos olvidar para quién trabaja...

Me cortó.

—¿Para quién trabaja? —La alarma se reflejó en su cara.

—No sé exactamente qué hace, pero una de las infiltradas que tuve en el barco donde está, el Fomoré, me entregó un cuaderno con toda la información de las expediciones que habían llevado a cabo. Tengo mucha información sobre la Organización en concreto, y ella por lo que se ve desempeña un papel muy importante dentro del equipo.

Volvió a cortarme, esta vez incorporándose de su asiento.

—¿Has dicho Organización?

Asentí sin entenderle.

—¿Y el jefe de lo que me comentas no se llamará Peter Byrne?

—Ehm... Creo que sí. —Su gesto se endureció—. ¿Qué pasa?

Se movió con urgencia hasta que se levantó de la cama y cogió su teléfono, marcando al instante.

—Ryan. —Silencio—. Bien, nos vemos en la recepción.

Me asombré por sus actos, viendo que se vestía a toda velocidad, a la misma vez que colocaba la maleta sobre la cama.

—¿Pasa algo?

—Nos vamos. Necesito que me enseñes lo que tienes cuanto antes.

Achiqué mis ojos sin entenderle, comenzando a vestirme.

—Si ella está aquí, quizá pueda ser un soplo y estén buscando lo mismo que nosotros.

Lo miré durante unos instantes hasta que dije:

—El caldero.

Un rato después llegábamos a la recepción donde Ryan nos esperaba con el rostro más serio de lo normal. Le lancé una mirada para saludarle que él rehuyó, ¿qué mosca le había picado?

—Ryan —lo llamó a modo saludo.

—O’Kennedy.

En mí ni siquiera reparó, gesto que me molestó, porque no entendí el motivo y me sorprendió que volviese a llamarle por su apellido. Extendió su mano hacia Cathal con lo que parecía un gran sobre, pero este lo declinó y pude apreciar que me miraba de reojo.

—Luego me lo das. Ahora tenemos que irnos.

Cuando aterrizábamos en el aeropuerto de Irlanda, recibí un mensaje de Kathleen diciéndome que estaba en Dublín con Nial y que le gustaría verme, aunque fuese unas horas. Llevábamos meses sin estar juntas y, finalmente quedé con ella esa misma noche para cenar. Dejé la maleta en la mansión y salí disparada hacia la pizzería de Mario, donde habitualmente íbamos cada vez que venía de Moher. Me despedí con un rápido «luego vengo» de Cathal, y este hizo un gesto de no darle importancia, pero sí que me paró antes de marcharme para darme un beso fugaz. Sonreí mientras conducía por esa simple tontería, y minutos después llegué a mi destino.

—¡Hola! —saludó con efusividad cuando crucé la puerta.

Me acerqué a ellos y di un pequeño beso a la cabeza de Nial, que estaba enorme, para después pasar a los brazos de mi amiga que me esperaban abiertos de par en par. Me estrujó contra su cuerpo, pero yo me quedé como habitualmente sucedía, quieta y tensa por esa muestra de cariño.

—¡Vamos, Taragh! Llevas mucho tiempo sin verme, algo me habrás echado de menos —aseguró estrujándome de nuevo.

—Algo, sí, pero pretendo seguir con vida después de esta cena —me quejé por sus achuchones.

Soltó una carcajada por mi comentario, sabiendo quién era yo, pero no le di importancia, aunque el resto de la pizzería nos miró.

—Te veo distinta, más... —buscó la palabra— brillante.

Sonreí de medio lado sin darme cuenta de que me inspeccionaba minuciosamente.

—¿Eso es una sonrisa? Mira, Nial, la tía Taragh sabe reír —se burló.

Hice una mueca de disgusto, y revolví el pelo del pequeño que reía ante el comentario de su madre, aun sin entenderlo.

—¿Qué hacíais en Dublín? —Cambié de tema.

—Estábamos de compras. Hemos ido a ver muebles para cambiar la casa entera, necesita otro aire.

—¿Y habéis encontrado algo que os guste? —Les miré a los dos.

—¡¡Síííí!! —contestó el niño con ilusión.

Asentí como si fuese la noticia más fabulosa que me habían dado en ese día, y pedimos un par de *pizzas* para los tres. Comimos sin dejar de hablar de temas triviales, hasta que, al terminar, Kathleen dijo:

—Tienes que pasar un día por casa, me gustaría enseñarte una cosa.

Su tono varió, y no supe por qué percibí cierto temor en él. La contemplé extrañada, a lo que ella cambió su gesto de inmediato, pensando que no me había dado cuenta.

—¿Va todo bien? —pregunté con preocupación.

—Sí, sí. Es una tontería, pero me gustaría que vinieses a casa la semana que viene.

—¿Ha pasado algo? —Intenté sonsacarle información.

—No —contestó con rapidez—, solo quiero enseñarte el nuevo proyecto en el que estoy metida.

—¿Un nuevo proyecto? —cuestioné sin entenderla—. ¿Estás buscando trabajo?

—Más o menos. —Hizo una mueca con los labios, levantándose de su asiento—. Nial, nos vamos a casa, que se nos va a hacer de noche si seguimos tardando. Mira qué hora es —se alarmó.

Sabía que estaba actuando, la conocía, y todo era una mentira que escondía mucho más.

En la puerta de la pizzería nos despedimos con cierta urgencia, y pude apreciar de qué manera miraba a ambos lados de la calle antes de subirse en el coche. Me apoyé en la ventanilla después de darle un beso a Nial, y la observé.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. Nos vemos pronto. Cuídate.

Asentí sin convencimiento, y vi cómo salía en dirección a la avenida principal, donde pocos segundos después su coche se perdía en una densa niebla que comenzaba a formarse en Malahide. Me encaminé hacia mi coche, poniendo rumbo a mi casa. Cuando miré la hora, era cierto que se me había hecho demasiado tarde y lo que me extrañó fue no encontrar ni una sola llamada de Cathal, ya que desde que empezamos de cero, por así decirlo, se preocupaba demasiado por mí.

Al llegar, paré en la entrada y me extrañó ver todas las luces de la mansión apagadas. ¿Le habría pasado algo? Hasta última hora no tenía constancia de

que hubiese tenido que salir.

Anduve hasta la puerta principal, donde abrí comprobando que todo seguía a oscuras hasta que un fogonazo llamó mi atención en la sala principal del comedor. Moví mis pies en la misma dirección, y vi que las llamas de la chimenea rugían con fuerza. Justo enfrente divisé su sombra, estaba sentando en uno de los sillones mirando hacía la enorme llama que se alzaba con peligrosidad.

—¿Cathal? —lo llamé al ver que no se movía.

Su mano derecha cayó justo al lado del reposabrazos y pude apreciar el reflejo del cristal de una botella en esta.

—¿Estás bien? —pregunté acercándome a él.

No contestó, pero sí escuché un profundo suspiro que no me auguró nada bueno.

—¿Dónde has estado?

Su voz fue seria, firme, y creí que con cierto enfado.

—Con Kathleen, ya te lo dije antes de salir. ¿Ha ocurrido algo?

Llegué hasta su posición, dándome cuenta de que había un montón de papeles esparcidos en el suelo, pero no pude apreciar qué eran, ya que parecían unas fotografías. Lo miré, viendo cómo cerraba los ojos con lentitud, tomaba una extensa bocanada de aire y lo volvía a soltar con parsimonia. Su imponente cuerpo se irguió, plantándose de cara a mí.

—¿Dónde has estado? —recalcó palabra a palabra.

Lo miré sin entender a santo de qué venía su comportamiento, arqueando una ceja.

—Eh...

—¿¡Dónde coño has estado!?! —gritó como un energúmeno.

Pegué un pequeño respingo al escuchar su tono de voz, pero me recompuse lo más rápido que pude sin saber qué le sucedía. Su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo, las aletas de su nariz se hinchaban de tal forma que daban miedo y su gesto era temible. ¿Qué había ocurrido?

Me giré para poder encontrar el interruptor de la luz, pero este me sujetó del brazo de malas formas, tirando de él. Aprecié un folio en la mano que tenía libre, pero mis ojos se fueron de nuevo al hombre que tenía hecho un basilisco, asesinándome con la mirada.

—Cathal, ¿qué te pa...?

No me dio tiempo a terminar, pues comenzó a zarandearme de una manera

brutal con una sola mano. Elevé las mías para detenerle, y mis ojos se fueron abriendo cada vez más al escuchar cómo gritaba fuera de control:

—¡Te he dado todo lo que tenía y más!! ¡Te he demostrado mis sentimientos sin esconderme de nada!!

—¡Cathal, Cathal! —Intenté que me escuchara.

—¡¡Y me lo pagas así!!! ¡¡Así!! —voceó perdiendo los pocos papeles que le quedaban.

Me zarandeó sin parar hasta que llegamos a la pared más cercana. Metí mi mano por detrás de mi cuerpo, escuchando que blasfemaba, me insultaba, y seguía moviéndome como si no fuese más que un trapo. Conseguí darle al botón y las luces del salón me dejaron más confusa de lo que ya lo estaba.

Había un montón de fotografías esparcidas por el suelo, frente a la chimenea. Cenizas de haber quemado unas cuantas a los pies de esta, y otro montón más rodeando el sillón en el que segundos antes estaba sentado. Abrí mis ojos sin poder creerme lo que estaba viendo.

Frank y yo.

Besándonos.

Besándonos en el aparcamiento de Dublín, el día que salí de la reunión con White.

Volví mis ojos a él, tratando de mantener mis pies en el suelo, ya que sus constantes balanceos me estaban debilitando más de la cuenta.

—Cathal, escúchame...

—¡No voy a escuchar una puta mierda!! —gritó en mi cara—. Esto —colocó la fotografía que llevaba en su mano libre frente a mi rostro—, ¡esto lo dice todo!! —Bufó.

Traté de tomar aire antes de contestarle, desde luego que no entraría en razón en el estado en el que se encontraba. Intenté poner la palma de la mano que tenía libre en su pecho, y este retrocedió un paso sin soltar mi agarre.

—¡No me toques! —amenazó con una simple mirada.

—Déjame que te...

—¡No quiero que me digas nada! —chilló—. ¿Qué pretendes? ¿¡Qué cojones es lo que quieres de mí!? ¿Volverme loco? —Achicó sus ojos. Estaba fuera de sí—. Es eso, es eso... —murmuró como un demente.

Di un paso más para aproximarme a él, y lo siguiente que recibí fue un empujón que terminó con mi cuerpo en el suelo cuando me soltó adrede para que cayese. Toqué el brazo afectado del golpe, sintiendo un dolor punzante que



no procedía de aquella caída aposta, venía directo de mi corazón. ¿Por qué no me dejaba explicárselo? ¡Sabía que tenía que habérselo contado! En estado de *shock*, me levanté como pude colocándome frente a él. Divisé que su pecho subía y bajaba a una velocidad tremenda, cosa que no me intimidó para dar otro paso más. Vi que su mano se alzaba, cerrándose en un puño que, si me impactaba, me dejaría marca unos cuantos días.

—¿Vas a pegarme? —pregunté con un hilo de voz y un nudo en la garganta.

—Tendría que haberte matado el primer día que supe que no me servías de nada.

Apreté los dientes, pero lo que en realidad quería era echarme a llorar como una niña.

—¿Y por qué no lo hiciste? —chillé, perdiendo los nervios—. ¿¡Por qué no me matas ahora!?

Mis dos manos se estamparon en su fuerte pecho, sin conseguir moverlo ni un ápice del sitio. Lo golpeé con fuerza varias veces, sabiendo que lo único que conseguiría era provocarle y llegaría el momento en el que no hubiese retorno para su cabreo. Dio un fuerte golpe a mis hombros, lo que hizo que me separase lo justo de él, cuando comenzó a vocear de nuevo:

—¡No sé qué demonios quieres de mí! ¡¡No lo sé!! Pero está claro que el maldito hijo de puta de Frank lo hace mejor, ¡él siempre lo ha hecho mejor! —ironizó, soltando una carcajada que me heló la sangre.

—¡Si me dejaras hablar! —Me puse a su altura.

Pero ya no había quién lo detuviera.

—No quiero que me cuentes más mentiras —siseó, con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. No quiero que hables más, ni que me mires, ni que respires cerca de mí. Se te ha acabado el cuento de princesa, y te juro que vas a llorar lágrimas de sangre, Taragh.

Pronunció mi nombre con tanto asco que no fui capaz de reconocerle. Jamás lo había visto de esa manera, que ya era decir, puesto que Cathal era un hombre temible de pies a cabeza, y pocas veces lo veías con buen humor. Pocas veces, excepto conmigo.

—Por qué no...

No me dejó terminar, cuando cogió mi cabello con fuerza y mi cabeza terminó agachada intentando que no me arrancara el pelo allí mismo.

—¡¡Que no me hables!! ¡¡No quiero oírte!! —gritó dejándose la garganta.

Chillé a la par que él lo hacía continuando con su retahíla de insultos,

mientras sentía que mis piernas fallaban y caía al suelo de rodillas. Tiró de mí con una brusquedad terrible, arrastrándome por el suelo del salón, hasta que llegamos a la entrada de la mansión donde me encontré con Ryan en la puerta de la cocina. Tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, y pude apreciar el arrepentimiento en sus ojos.

Había sido él.

Él le había dado esas fotos.

—Cathal... —Intentó que se tranquilizara, pero no le dio tiempo.

Pude ver cómo el aludido se daba la vuelta, aniquilándole con la mirada.

—¡¡Cállate!!

Lo miré suplicante, pero este se dedicó a agachar la cabeza y retener los impulsos por ayudarme. Cathal tiró de mí, arrastrándome por el suelo de tierra de la calle, y sentí cada golpe que me propinaba al toparme con las escaleras, y después con la fuente de la entrada. Agarró mi codo con bestialidad, poniéndome en pie de un solo movimiento, y me condujo hacía la salida, caminando como un energúmeno. Mis pies no alcanzaban la velocidad que tenía y tropecé varias veces a punto de darme de bruces contra el suelo.

Solo escuchaba su respiración alterada según caminábamos, cuando me di cuenta de que del bolsillo de su pantalón sobresalía una cuerda marrón.

—¿Adónde vamos? —pregunté notando el nerviosismo en mi cuerpo.

No me contestó.

Avanzó dando grandes zancadas, hasta que nos adentramos en el bosque que había en el lateral de la mansión. La noche caía temerosa sobre nosotros, y él no detenía sus pasos, haciendo que me golpeará de vez en cuando con los troncos de los árboles, o que simplemente tropezara sin cesar con las matas y las ramas del suelo.

Unos minutos después, llegamos a lo más profundo del dichoso bosque al que tanto pánico tenía, y se detuvo justo frente a un enorme tronco. Tiró de mi brazo para que me aproximara al árbol, y me resistí como pude. Sus ojos me fulminaron al darse cuenta de ese acto, y agarró mi cuello con ferocidad. Moví mis manos con determinación, intentando quitármelo de encima, pero tenía mucha más fuerza que yo, eso estaba claro, por lo que no pude hacer nada.

De un fuerte empujón mi espalda chocó contra el tronco, y vi que sacaba la cuerda con la mano libre que tenía, comenzando a soltarla.

—¡¡Cathal, suéltame, me haces daño!!

—Dudo mucho que más que el que tú me has hecho a mí —siseó entre

dientes.

Sacó su pistola de la cinturilla del pantalón y me apuntó con ella.

—Si te mueves —escupió muy cerca de mi rostro—, te mato.

Lo miré ida, sin saber qué hacer o qué contestarle. Con prisa, extendió la cuerda alrededor del árbol, y antes de que pudiera darme cuenta me tenía bien sujeta, con mis manos pegadas a mis costados. Tensó la cuerda de manera que quedé atrapada y, segundos después, se separó de mí.

Pasó la mano que tenía con la pistola sujeta por su frente en un gesto desesperado y, seguidamente, se acercó sin mirarme. Remangó lo suficiente la manga de mi jersey, y vi las intenciones que tenía, lo que hizo que me pusiera histérica.

—Cathal... —musité—. No, no, no... —Negué con la cabeza, gritando.

Sujetó con fuerza la cinta roja que siempre llevaba en la muñeca y la desgarró con brusquedad, arrancándola de mi piel.

Mis ojos brillaron por las intensas ganas que tenía de llorar y el pánico que comenzaba a apoderarse de mí. Me contempló con rabia, con repugnancia y con un dolor incesable. Entreabrí mis labios para pedirle clemencia por lo que estaba a punto de hacer, pero mi orgullo y mi valentía me lo impidieron.

Se quedó unos minutos observándome, seguramente, a la espera de que le suplicara. Y no lo permití. Mis ojos tomaron la fuerza que minutos antes no habían conseguido y lo contemplé con la ira implantada en ellos.

Apretó la mandíbula con rabia, mientras la batalla de miradas seguía firme y sin romperse y, antes de dar media vuelta para marcharse, dijo con tono huraño:

—Pídele ayuda a las hadas y diles que le avisen para que venga a rescatarte.

Maureen

Mi llegada a Irlanda fue del modo más surrealista que podía imaginar. Por una parte, estaba defraudada con el resultado, pero por otro lado tenía esperanzas de que todo iba a salir bien. Bueno, más bien quería hacerme a la idea de que sería así.

Por una vez me sentía cansada, agotada, exhausta. Aquello comenzaba a sobrepasarme, pero sabía que todo aquel circo no era más que el comienzo. Me dirigí directamente al apartamento franco que teníamos en la capital y al sentarme en la cama, soplé y empecé a darle vueltas a la cabeza.

¿En serio quería llevar aquel estilo de vida el resto de mis días? Desde niña había deseado dedicarme a la mar y solo estaba llevando una mínima parte de lo que yo había querido. Me estiré en la cama y me quedé mirando el techo.

—¿Cómo hubiera sido mi vida si Aidan no hubiese aparecido aquella noche en mi casa? —pregunté al aire, consciente de que nunca estaba sola—. O, mejor dicho, ¿qué hubiera pasado si yo no le hubiera descubierto en el dormitorio de John? No sabría nada de la dichosa banda a la que Mick le debía tanto dinero, Taragh no habría aparecido en nuestras vidas, Byrne no tendría que haberme hecho el favor de matar a los que nos hacían los días imposibles y yo no tendría que devolvérselo. Pero ¿para qué nos íbamos a engañar? Todo estaba planeado. Fue mi abuela quien me preparó desde que llegué a Irlanda con apenas doce años. Fue ella quien me machacó con el irlandés y la cultura celta. Fue ella la que puso más hincapié en que fuera yo, y no otro de sus nietos, quien siguiera con la tradición. ¿¿Por qué coño no puedo tener una vida normal, como cualquier otra persona?!

Sentí rabia. Por una vez sentía que quería tirar la toalla. Quise acusar al cansancio por mi estado y de mis ojos comenzaron a brotar lágrimas. Y entonces mis pies notaron un remolino de frío.

—No, por favor —supliqué moviendo los pies, intentando espantar aquella sensación—. Me consta que estás aquí y sé que estás a mi lado. Pero esta

noche necesito desahogarme. Déjame sola, te lo pido.

Sinceramente, con todos mis respetos, me importaba bien poco si le había molestado o no. Pero era mi momento.

Momento que fue interrumpido por un mensaje de Aidan.

Aidan:

Espero que hayas tenido un buen vuelo.

Contando las horas para volver a verte.

Te quiero.

¿Y qué se suponía que debía contestar? Un simple beso. Eso fue lo único que le escribí. Un emoticono dando un beso con un corazón. Nada más. No tenía ni fuerzas para hablar con él.

Me abracé a la almohada y me dormí al instante, no sin antes derramar un buen reguero de lágrimas.

\*\*\*

A la mañana siguiente, la culpa del mensaje de la noche anterior me reconcomía el alma. Cogí el teléfono y lo llamé. Estaba trabajando en un proyecto muy ilusionado. Las fotografías de Grecia habían sido todo un éxito y debía presentarlas en una galería. Su efusividad era contagiosa y estaba deseando mostrarme su resultado. Por supuesto que era un genio. Creía tanto en él que sabía que sacaría adelante todo lo que se propusiera. No tenía ni idea de si Jack había tenido algo que ver con aquella exposición, pero a esas alturas, me daba igual. Veía a mi marido feliz y era lo único que me interesaba. El buen ambiente que teníamos en casa y en la familia era tal, que lo demás me importaba una verdadera mierda. Y yo era capaz de arriesgarme lo que hiciera falta con tal de que aquello no se rompiera.

Las oficinas del NMCI estaban bastante tranquilas. Apenas había ajetreo. Por lo visto, habían llegado unos buques importantes y la marina se había desplazado hasta Dublín para hacer los honores o no sé qué historias me contó Finn. Poco me importaba. Estaba deseando hablar con Byrne y coger el primer tren a Cork para estar con los míos.

—Entonces no hiciste más que dar palos de ciego. —Byrne estaba reclinado en su butaca con su ya conocida pose de juntar las yemas de los dedos de las dos manos y separarlos.

—Así es —afirmé al terminar de relatar mis primeros días allí—. No fue hasta el último día que Áine me llevó a la zona financiera de Nueva York y me dijo que allí pasaría algo, pero no era el momento.

—¡Maldita sea! —Byrne dio un fuerte manotazo a la mesa y se levantó de golpe—. ¡Se nos escapa! Y lo peor de todo, ¡no sabemos quién! —volvió a alzar la voz.

Aquella reacción me recordó a la vez que desapareció el libro de Bitácora del Ádh mór, y la verdad, a Byrne era mejor tenerlo como amigo que como enemigo.

Su teléfono sonó y lo cogió con mal genio.

—¡Sí! —Aquella exclamación me hizo dar un bote de mi asiento—. Dile que pase.

Estaba aterrada, lo reconozco, pero no quería que mi semblante me delatara. Así que me dediqué a observar con una mirada lo más neutra posible. Como si todo aquel follón no fuera conmigo. Yo sabía que había hecho bien mi trabajo y no era culpa mía que no supieran quién estaba detrás de todo aquel embrollo.

Pero mi tranquilidad quedó ensombrecida por la llegada de mi personaje favorito de todo el edificio: Keegan Hayes.

—¿Qué noticias traes? —Byrne fue directo al grano.

¿Para qué dar los buenos días o preguntar cómo estaba?

—En una semana habrá una reunión de mafiosos en Nueva York. —Le entregó un *dossier* que dejó caer sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró.

—Plunket ha tenido un soplo.

—¿Nos podemos fiar del confidente de Plunket? —preguntó abriendo el archivo y ojeando los papeles.

—Nunca falla —aseguró Hayes.

—Está bien. Siéntate —le ordenó—. Quiero que vosotros dos os sincronicéis y entrenéis los operativos de la Organización. Hayes, tú ya sabes a qué operativos me refiero.

—Sí, señor —contestó el aludido.

—Bien. —Byrne me miró y hubo algo que no le cuadró en mi mirada—. Os desplazaréis a Cork y allí llevaréis a cabo los ejercicios en el NMCI. Yo daré orden a Duff para que os controle, y será él quien os mantenga al tanto de todo lo que vamos a hacer. —Miró el archivo y volvió a dirigirse a nosotros—. Aquí dice que será el viernes de la próxima semana. Tenéis cuatro días para organizaros.

—Señor —Hayes interrumpió para advertirle—, yo de usted miraría el

punto ocho.

Byrne obedeció y sus ojos se fijaron en mí.

—Está bien, debemos buscar a otra persona de la Organización.

—¿Por qué? ¿Yo no sirvo? —me extrañó aquel cambio de plan.

—Maureen, no te ofendas, tú estás para guiarnos y para...

—Y para traducir los libros, ¿no es así? —Su tono me molestó.

—No es eso... Es que... —Hayes no sabía cómo continuar.

—Vamos a ver —aquello ya me estaba comenzando a oler mal y me levanté—, ahora mismo me estoy sintiendo como el guía turístico que lleva a un grupo de excursionistas de visita y se van a zampar una gran comida gracias a mí, por su puesto, y luego resulta que yo no me llevo nada. —Respiré hondo y empecé a interrogar—: Primero de todo, ¿qué clase de entrenamiento debo realizar en Cork con Hayes?

—Defensa personal, comunicación, sincronización y tiro.

—Perfecto, ya sé una parte. Punto número dos, ¿por qué hay que buscar a otra persona, después de leer el punto número ocho? O, mejor dicho, ¿qué dice el número ocho?

Byrne y Hayes se miraron y ninguno de los dos quiso decir nada. Vamos, que les avergonzaba aquel detalle. Y visto que ninguno de los dos se atrevía, cogí el *dossier* de la mesa con malas formas y yo misma miré lo que ponía.

—Especialistas en ofrecer prostitutas a sus colegas —leí, diciéndolo en voz alta—. ¿Dónde está el problema?

—Maureen... —Byrne no sabía cómo continuar—. Cuando nos involucramos en un plan, hay que hacerlo al cien por cien si se da el caso. No estamos hablando de que tengas que hacerte pasar por un vagabundo, el sitio en cuestión es uno de los más prestigios de todo Nueva York.

—O sea, que hay que hacerse pasar por puta, ¿no es así? —pregunté con descaro y naturalidad.

—Esa sería la mejor opción —añadió Hayes.

—Está bien, pues no busquéis a nadie más. Yo misma me ofrezco para hacerme pasar por prostituta.

—¡No digas tonterías! Jamás me lo perdonaría —saltó Byrne, levantándose de su asiento—. ¿Y si se entera tu abuela?

—Mi abuela dudo que continúe pensando que soy virgen. —Me apoyé en la mesa y me acerqué a él todo lo que pude.

—Yo no lo veo bien —saltó Hayes, sin preguntarle.

—¡Tú te callas, que apenas me conoces! —le espeté de malas formas. Estaba sacando lo peor de mí.

Tras un largo silencio y volviendo a colocarse en su habitual posición juntando los dedos, Byrne me preguntó al sentarse de nuevo.

—Sé que puedo confiar en ti. Pero ¿estás segura de que quieres hacerlo?

—Lo único que tengo claro es que quiero acabar con este caso lo antes posible. Y sospecho que si no lo hago, Áine no me va a dejar en paz, como lleva haciéndolo los últimos meses. Ahora si me lo permite y no tiene nada más que decirme, debo volver al piso franco, recoger mi maleta y coger el último tren a Cork.

—Mañana comenzaremos los entrenamientos —apostilló Hayes con altanería.

—Allí estaré —le escupí a escasos centímetros de la cara.

Byrne me dio permiso para retirarme y, al cerrar la puerta, me apoyé en ella para respirar hondo. Pero los de dentro no contaban con que yo estaba demasiado cerca para oír lo que decían. Vi un movimiento en el pasillo y Jack salió de su escondite al darse cuenta de que no tenía otra escapatoria si no pasaba por delante de mis narices. Lo miré sin comprender que hacía allí, y me dio la sensación de que había estado escuchando más de lo que parecía.

Presté atención a lo decían en el interior de la sala cuando Jack me lanzó una mirada fugaz, desapareciendo de mi vista.

—Es el miembro con más agallas que hayamos tenido jamás en la Organización —le advirtió Byrne—. Es una digna sucesora de su abuela. No la cagues, Hayes. Como me entere de que le sucede algo a Maureen, estarás sentenciado de por vida. Y yo me encargaré de ello.

Mi expresión de asombro me asustó. Sabía que Byrne me tenía en estima, pero jamás pensé que sería hasta aquel punto.

Mi llegada a Cork fue desesperante. No avisé a nadie. Todos daban por hecho que llegaría al día siguiente.

Abrí la puerta de la calle con tal cuidado que cuando entré en el salón, todas las luces estaban apagadas. Ni me molesté en llevarme la maleta por si hacía ruido al subir las escaleras. Me descalcé en el rellano y subí con el máximo cuidado posible. La respiración fuerte de Briana se oía desde el pasillo y la puerta del dormitorio de John y Cindy estaba cerrada. Continué mi camino hacia el ático y la puerta de mi habitación se encontraba entornada. Me hubiera encantado meterme en la cama y acariciar a Aidan mientras dormía,



pero una vez le di tal susto que recordó su época con las bandas. Así que pactamos que jamás volveríamos a hacer nada semejante.

Encendí la luz y allí estaba, dormido profundamente. Me senté en el suelo junto a él y me dediqué a mirarle mientras dormía. Era tan bello... Me sentía tan afortunada de tenerle en mi vida, que por un momento me sentí culpable de ser poseedora de aquel hombre. Él siempre me decía que todo su ser me pertenecía y que jamás se me ocurriera pensar lo contrario. Y me lo demostraba cada día y cada momento en que estábamos juntos. Me empapaba simplemente con su mirada, la piel se me erizaba cada vez que me rozaba y todo mi cuerpo explotaba cuando sentía sus labios contra los míos.

No pude aguantar más y le acaricié la mejilla. Él respiraba y movía los ojos como si quisiera despertarse.

—Te quiero —le susurré al oído—. Eres el hombre de mi vida. Jamás querré a nadie como te quiero a ti.

Aquello le hizo dibujar una sonrisa en sus labios.

—Júramelo —murmuró alzando el brazo para atraerme hacia él, pero sin abrir los ojos.

—Te lo juro, te lo prometo y lo firmo donde haga falta —le dije bajito, mientras le daba un dulce beso en la mejilla.

Abrió un ojo y me regaló la más bella sonrisa.

—Te he echado de menos. —Me estrechó junto a su pecho.

—Te puedo asegurar que no más que yo. —Intenté acomodarme—. Hazme un hueco.

—¿Te vas a acostar así, vestida?

—Cariño, llevo deseando durante todo el trayecto en tren que seas tú el que me quite la ropa.

No se lo pensó dos veces. Se incorporó en la cama y comenzó a deshacerse del jersey, sin parar de besarme los labios. Me recosté y me dejé hacer.

—¿No piensas colaborar? —preguntó.

—Estoy tan cansada que reservo mis energías para darte lo que tú más deseas.

—Maureen, no juegues conmigo, que sabes que soy capaz de dejarte a medio vestir e ir directo al grano.

—De eso nada. Si no me desnudas del todo, no hay trato —bromeé.

Creí que se daría más brío en desprenderse de mi ropa, pero no era su

estilo. Aidan sabía cómo tratarme y su delicadeza era especial a la hora de complacerme. Pero de golpe paró en seco y me extrañó.

—¿Qué sucede?

—¿Chico malo? —preguntó.

—El chico malo lo dejamos para otro momento. Ahora lo único que me apetece es que me mimes y me sacies como solo tú sabe hacerlo.

Comenzó con un reguero de besos alrededor de mi estómago que me hizo estremecer. Mi bajo vientre lo conocía tan bien, que simplemente con su aliento mi sexo palpitaba. Mis pezones estaban duros como piedras y sus besos y lametones no hacían más que producirme un dolor tan placentero que me hacía gemir. Me resiguió el círculo del ombligo con su lengua, a la vez que introducía su dedo índice en mi boca y hacía que mi cadera se alzara.

Mis manos acariciaban sin parar sus fuertes brazos, mientras que de vez en cuando se perdían en su oscuro cabello para agarrarlo con fuerza cada vez que mi sexo daba un respingo. Lo notó y aquello le produjo una risa que conocía tan bien, que no me quedó más remedio que abrirme de piernas. Me masajé el interior de mis muslos y se relamió antes de empezar a besarme los labios inferiores. Y qué bien se le daba. Mi almohada era víctima de mis agarres y testigo de mis jadeos. Aidan disfrutaba, siempre le gustó complacerme y todavía lo hizo más cuando sin previo aviso me corrí en su boca. Se apartó y se relamió complacido.

—Me encanta como sabes.

Poco a poco, continuó regalándome un reguero de besos, subiendo por mi sexo, mi ombligo, mi estómago, mi pecho derecho, recreándose en mi pezón con la lengua, después lo hizo con el izquierdo, repitiendo lo mismo que con el anterior, mi cuello, barbilla, mejilla, oreja, mis labios, que le esperaban con ansia, y, finalmente, el encuentro de nuestras lenguas, que era el premio por tanto recorrido.

—Entra en mí —le supliqué.

—Sus deseos son órdenes para mí —me susurró al oído mientras introducía su verga en mi interior.

Aidan era la persona más dulce haciendo el amor. No podía compararlo con nadie más porque él había sido el único, pero su delicadeza y su esmero en complacerme era lo que más me gustaba de él. A veces me sentía culpable porque notaba que me daba más a mí, que yo a él. Pero me lo negaba. Decía que, con solo mi presencia, se sentía el hombre más dichoso del mundo.

Aquella noche nos amamos más de una vez. Fui yo quien tuvo que parar porque sabía que a la mañana siguiente me esperaba un fuerte día de entrenamiento. Pero eso, evidentemente, no se lo había dicho a Aidan.

Al amanecer todo el mundo estaba reunido en la cocina, preparando el desayuno.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? —Besé a Briana en la frente.

—Tía Maureen, ¿tú no quieres tener bebés?

Aquella pregunta nos pilló a todos tan desprevenidos que dejamos de hacer lo que teníamos entre manos para mirarnos entre nosotros y a la niña.

—¿A qué viene eso? —preguntó Cindy—. Tía Maureen y tío Aidan tendrán bebés cuando quieran.

—¿No te gusta Charlie? —opiné.

—Charlie no es un bebé.

La niña puso los ojos en blanco y aquel tono sonó como algo obvio.

—Cariño. —Me acerqué a ella y me puse a su altura—. Claro que queremos tener bebés, pero por ahora no es el momento —miré a Aidan y su semblante era serio escuchando mi respuesta—, porque tú sabes que la tía Maureen trabaja mucho y no tendría tiempo para cuidarlo.

Aquello pareció convencer a la niña y, si no, ya me encargaría de hacerlo telepáticamente. No me convenía que insistiera en un tema tan delicado como aquel.

—Caramba con la niña —exclamé mientras me untaba la mantequilla en mi tostada—. ¿A quién habrá salido? —Miré a mi hermano.

—¿De quién es la bolsa de deporte del recibidor? —preguntó Cindy.

—Mía. —Alcé la mano—. He pensado que en el tiempo del almuerzo tengo una hora muerta y que podría entrenar un poco en el gimnasio de la base.

—¿Entrenar? —Aidan me miró por encima de sus pestañas, incrédulo—. ¿Tú?

—Si me ve Duff, es capaz de darme más documentos y prefiero escaquearme fuera de las oficinas. Así que haré un poco de ejercicio en el gimnasio al mediodía, que apenas hay gente.

—Sí, claro. Ahora que te saludan como a un oficial tienes que dar ejemplo —se burló John.

—No me lo recuerdes. No he pasado más vergüenza en mi vida.

—¿Por qué? —preguntó Cindy—. Deberías estar orgullosa.

—Pues no lo estoy. ¿Tú sabes lo humillante que es que tus compañeros de

promoción te saluden como si fueras un alto cargo, cuando ni siquiera eres militar?

—No eres la única persona a la que le pasa, ni serás la última. Muchos soldados están en el mismo lugar que tú —me defendió Aidan—. Además, ellos saben de sobra que no les vas a quitar el puesto. No tiene por qué preocuparse.

Al llegar a la base, Hayes ya estaba esperándome en mi despacho.

—Vaya, sí que has sido madrugador —le espeté.

—Maureen, esto no es ningún juego. Los entrenamientos van a ser duros, no voy a mentirte. La resistencia debe de ser máxima.

Mi teléfono sonó y era una llamada de la recepción.

—Señora MacEoghain, tiene visita.

—Que pase.

Hayes no tenía intención de levantarse de su silla y esperaba ver quien era mi visita.

—¿Te importa? —Lo invité a irse, pero no me dio tiempo, ya que llamaron a la puerta—. ¡Adelante!

Era mi abuela.

—¿Qué haces tú aquí? —Me alegré de verla.

—Debería darte una azotaina por no avisarme de que llegaste anoche. Me enteré por John.

—Abuela, no me lo tomes en cuenta, tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Abuela? —Hayes no daba crédito a nuestro parentesco—. ¿Brigid es tu abuela?

—¡Goibniu! ¡Cuánto me alegro de verte! —Mi abuela estaba eufórica—. Hacía mucho tiempo que no sabía de ti.

—¿Goibniu? —pregunté—. Yo creía que te llamabas Keegan Hayes.

—Por supuesto. Del mismo modo que tú te llamas Maureen y en la Organización recibes el nombre de Oonagh —me aclaró ella.

—Goibniu es el dios herrero en la mitología celta. Por eso soy experto en metales —me aclaró Hayes—. Lo de las piedras preciosas es aparte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella de nuevo.

—Maureen y yo tenemos una misión que cumplir juntos.

—¿La de Nueva York?

—Vaya, parece que las noticias vuelan —murmuré, renegando.

—No seas tonta. Sabes que Byrne me tiene al corriente de todo. Lo que no

me dijo era que Keegan te acompañaría. —Le acarició la mejilla y aquello me produjo una gran confusión.

—Veo que os conocéis muy bien —opiné, sentándome e invitándoles a que hicieran lo propio.

—A él lo conozco desde que era un bebé. Su padre también era miembro de la Organización. Estoy muy feliz de que trabajéis juntos.

—Si tú lo dices —dije por lo bajini—. Abuela, no es que no me alegre de verte, pero ¿a qué has venido?

—Yo os instruiré en el tema de las comunicaciones.

—¿Bromeas? —ironicé.

—¿Por qué iba a bromear con algo así? Sé que conocéis el idioma no verbal básico. Yo os ampliaré un poco más el vocabulario.

Mi abuela estaba encantada con su nueva misión: entrenar a su nieta favorita y al hijo de un buen amigo, que conocía desde que era un enano. Aquello pintaba de una manera algo peculiar.

—¿Quién os dará las clases de tiro?

—Brennan —contesté.

—¿Defensa personal?

—Kavanagh —informó Hayes.

—¿Resistencia?

—Yo mismo. —Hayes alzó la mano.

—Entonces lo tenéis todo atado. Bien, pues me voy. Nos vemos mañana a primera hora de la mañana. —Se levantó de la silla y volvió a dirigirse a Hayes—: Qué feliz estoy de volver a verte y de que trabajemos juntos.

—Adiós, abuela —me despedí desde la distancia, para hacerle ver que se había olvidado decirme adiós.

Cuando cerró la puerta, Keegan me observó con confusión.

—¿Por qué no me dijiste que Brigid era tu abuela?

—¿Debería? Quizá se me olvidó explicarte toda la historia de mi familia. Puedo hacerlo encantada. ¿Cuál prefieres, la española o la irlandesa? —hablé con sarcasmo.

—¿Eres española? —No daba crédito a mi información.

—Sí, ¿algún problema? —Me puse a la defensiva.

—¿Cómo puedes ser española y estar en la Organización? Tengo entendido que solo puedes ser celta al cien por cien para estar dentro.

—Y lo soy. Vengo de un pueblo pequeñito donde también somos celtas. La

mayor parte del norte de España es celta. Y si te remontas a mis ancestros, te puedo asegurar que soy celta por los cuatro costados. Tanto por la parte de mi abuela, como de mi abuelo, por la parte española —me acerqué a él explicándole mi historia como si se la estuviera narrando a un niño de la edad de mi sobrina—. Por no hablar de mi ascendencia Hagarty y Walsh. Aunque creo que por ser española creerías que procedo del centro del país, ¿no? Y ya por eso soy descendiente de los Reyes Católicos. La última pista que tengo de mi árbol genealógico llega a Juana la Loca, así que quizá sí que sea descendiente de los Reyes Católicos —ironicé—. ¿Alguna cosa más?

—¿Quién se te apareció en sueños?

—De sueños nada. Yo tengo contacto directo con Áine, cada vez que a la señora le viene en gana.

—Bromeas.

—¿Por qué debo bromear con algo así?

Me irritó su incredulidad, dado que hacía unos días escuchó mi conversación con Byrne estando en la misma sala después de mi regreso en Nueva York.

—Tengo entendido que a todo el mundo se le aparece algún dios en sueños. Es cierto que te escuché decir algo.

Sus pensamientos parecieron irse a otra parte, cosa que me demostró que en realidad no estuvo del todo atento a mi explicación con Byrne aquel día.

—Pues a mí no. A Byrne senior, padre de nuestro jefe, y a mi abuela tampoco.

—Y ¿cómo lo hace? —Se refería a la aparición de la diosa.

Aquello me gustaba. Por un momento me sentía superior a Hayes. Él que siempre se sentía por encima de todo el mundo, veía en mí alguien con un poder mayor que el suyo.

—Vamos a dejar las cosas claras. —Volví a sentarme y puse las palmas de las manos encima de la mesa. Era un vicio que tenía para poder traspasar mejor mi información—. Puesto que tú y yo vamos a pasar unos días juntos en Nueva York, creo que es mejor que sepas algunas cosas. Primer punto: cuando la diosa Áine se me aparece o está conmigo, siento una corriente alrededor de mis pies, que poco a poco va subiendo por mis rodillas hasta que me envuelve. —La cara de Hayes mostraba que estaba escuchando con mucha atención lo que le estaba explicando—. Los demás no notan nada. Cuando digo nada —recalqué— me refiero al frío gélido que hace cuando está conmigo.

»Segundo punto: la diosa habla conmigo en irlandés y le contesto en el mismo idioma. Tercer punto: ahora mismo ya domino algo más el tema del trance. Me refiero a que antes no escuchaba nada de lo que sucedía a mi alrededor y ahora puedo oír lo que los demás me dicen. Otra cosa es que les haga caso porque me interesa más escuchar a la señora que a los demás. Eso sí, depende de la intensidad de la comunicación acabo agotada.

Tomé un respiro antes de continuar con mi explicación.

—Cuarto punto: en la víspera de mi boda conocí a la diosa Fand y a tres merrows, sí —repetí por su cara de asombro—, tres sirenas de la mitología celta —le aclaré al ver que abría los ojos en demasía—. Eso significa que, si te digo que he visto una merrow o unos pájaros volando en pareja con una cadena de plata, me te tendrás que creer porque no me lo estoy inventando. ¿Deseas saber algo más? —Me eché hacia atrás en el sillón y esperé su respuesta.

—¿Todo eso es cierto? —No sabía si su gesto era de confusión o que, en realidad, no me creía.

—Tan cierto como que te tengo sentado delante de mí. Por cierto, se me olvidaba. ¿Tú no recibes el nombre de Goibniu?

—Sí, era el mismo dios que se nos apareció a mi padre y a mí en sueños. Por eso somos expertos en metales.

Me levanté del sillón y me acerqué a mi bolso, donde llevaba la caja con el anillo del Ádh mór.

—Coge esto. —Le lancé la caja y la alcanzó al vuelo—. Ábrela y dime qué me puedes decir de lo que hay en el interior.

Hayes la abrió y miró el objeto desde varias perspectivas.

—Parece un anillo del siglo X, o incluso del XI.

—Caramba, ¿eso lo puedes saber simplemente mirándolo por encima? — Me asombré.

—Te recuerdo que es mi especialidad. La piedra es un rubí muy bien tallado. Demasiado bien tallado para la época del metal, diría yo.

—Puedes sacarlo si quieres inspeccionarlo mejor. —Esperaba que le quemara con toda mi alma y darle una especie de escarmiento.

Pero mi gozo cayó en un pozo. Sacó la joya y la contempló.

—Necesitaría mis lupas para examinarlo mejor, pero sí, el metal es de los siglos X-XI y el rubí está muy bien pulido.

—¿Notas algo especial? —pregunté.

—¿A qué te refieres? —Achicó sus ojos en mi dirección.

—Pon el anillo en la palma de tu mano y ciérrala.

Obedeció mi petición y su cara no decía nada. Era más bien de extrañeza.

—¿Qué se supone que debe suceder?

—¿Lo notas caliente?

—No, en absoluto. ¿Debería?

Me levanté y cogí el anillo de su mano y me lo coloqué en mi dedo anular.

—Toda persona que intenta coger este anillo se quema con solo tocarlo. Incluso mi abuela sintió el calor, pero no se quemó. Yo era la única, hasta que lo has cogido tú, que no sentía tal calor.

—Quizá se deba a mi don con los metales.

—O quizá tú también puedes tener algún poder sobre él.

—¿Y cuál es? —se interesó.

—Eso me gustaría saber a mí. Desde que me lo entregó Áine en el Ádh mór, no he logrado adivinar qué virtud tiene.

Los entrenamientos con Hayes eran duros, no, lo siguiente. Jamás en mi vida había corrido tanto, ni me habían dado tantos golpes en defensa personal como cuando luchaba contra él o contra el maestro Kavanagh. Las clases de tiro resultaron ser más interesantes de lo que yo imaginaba y a pesar de que llegaba a casa reventada, sentía que me faltaba algo cuando no hacía flexiones o ejercicios de cardio en el gimnasio. Llegué a pensar que estaba loca y que el deporte me estaba volviendo majara, pero no era así. Me sentía bien y disfrutaba con aquella rutina, pese a su dureza.

Mi abuela aumentó nuestro lenguaje no verbal un doscientos por cien, y en más de una ocasión se quedaba en el NMCI con Duff preparando algún que otro documento en el que ella podía ser útil. El profesor confiaba en ella porque sabía que había sido mi gran maestra en el idioma celta.

El Capitán General MacKennan, pese a estar al tanto de la existencia de la Organización, no podía estar al corriente de las misiones que se iban a llevar a cabo. La mayoría de ellas eran de secreto máximo y en muchas ocasiones solo el primer ministro y su delegado de defensa eran los únicos que podían saber el curso de algún caso en concreto.



Aidan

Intenté quitármelo de la cabeza, pero no pude. Maureen estaba muy rara desde que llegó de Nueva York.

De nada me sirvió que dijese que se quería poner en forma en la hora del descanso del trabajo y que por eso se llevaba la ropa de deporte. Desde que la conocía jamás la había visto pisar un gimnasio. Es más, hizo todo lo posible para saltarse las clases de gimnasia en el NMCI. Dio la excusa de que era civil y que a ella no le hacía falta dar vueltas corriendo por la base. Por eso se apuntó a un módulo aparte, con tal de no ponerse las deportivas. Incluso la ropa que tenía de deporte, se la compró no hacía demasiado para estar cómoda por casa.

El tema de los celos no era algo natural en mí. Desde que conocía a Maureen sabía y estaba convencido de que jamás me había engañado. Quizá me equivocaba y estaba pecando de ingenuo y confiado, pero sabía que me amaba del mismo modo que yo a ella. Incluso me atrevería a decir que quizá más. Ninguno de los dos éramos de mostrarnos cariñosos en público, pero disfrutábamos de la compañía del uno con el otro.

La amaba tanto...

Incluso John dio el visto bueno a que estuviéramos juntos en cuanto vio que realmente me importaba su hermana. Él había sido testigo de mi antigua y tormentosa relación con Taragh, y vio que con Maureen era totalmente diferente. Sabía que mi papel de chico duro con ella no me servía. La cuidaba y la mimaba como a nadie en el mundo. Aparte de mi hermana Saoirse, era la mujer más importante de mi vida.

Todavía se me ponían los vellos de punta cuando recordaba que estuve a punto de perderla por culpa de su madre. Maldije el tiempo que estuve sin ella y luego supe todo lo que le había hecho. Los golpes físicos se curaban, los del alma jamás podrían sanar. Pese a que ella nunca habló bien de su madre porque apenas había tenido contacto con ella.

Solo recordaba el encuentro en el notario el día de la apertura del

testamento de su abuela en Asturias. Ninguno de los dos habíamos tenido suerte con nuestras madres biológicas.

Jamás podré agradecerle todo lo que hizo por mí. Cómo se arriesgó a curarme en mis estancias en su casa del *pub*, evitando ser descubierta por su familia. Cómo no pestañeó a la hora de llevar el dinero al muelle donde estaba la banda de Frank. El enfrentamiento que Taragh tuvo con ella y salió victoriosa. Vale que fue porque yo intervine, pero no se acobardó. Pese a nuestros problemas, había demostrado ser una mujer de los pies a la cabeza. Llevando una casa, apoyándome con la fotografía, sacándose unos estudios que no eran nada fáciles y llegando a ser la primera de su promoción. Y para postres, la saludaban como si fuera un superior y la enviaban a representar la base de Cork a Nueva York.

Pero se me escapaba algo. Maureen quería algo más y lo estaba planeando de una manera que no quería que me enterase.

Sabía que recibía mensajes por la noche mientras creía que yo estaba durmiendo. Jamás se me ocurrió mirarle el teléfono porque eso sería romper mi confianza en ella. Últimamente veía que tenía mejores reflejos a la hora de lanzarle las cosas. El juego del hacía unos días con Briana y John me sorprendió al intentar pillarla desprevenida, y reaccionó de golpe al tirarle la pieza de fruta, cuando ella siempre se había considerado patosa.

Lo que peor llevaba eran sus ausencias, pero nunca se lo diría porque le hacía ilusión todo lo que estaba consiguiendo, y a mí también. Intenté distraerme. Incluso me reservé trabajos que precisaran demasiada atención para cuando no estuviese poder dedicarme de lleno. Pero no era plan.

Si por mí fuera, la hubiese tenido siempre a mi lado. Pero eso no podía ser. No debía ser egoísta. Ella tenía un coeficiente intelectual muy alto como para malgastarlo conmigo ayudándome a hacer cuatro fotos.

Recordé nuestras visitas a la costa. Sobre todo, a Cogh. Sus sueños de viajar y dirigir los puertos desde la torre de comunicaciones siempre habían sido prioritarios. Me apenaba que cada vez le gustase más el mar. «Vaya...», volvió a salir mi vena egoísta y no miré por ella. Jamás se me ocurriría darle un ultimátum para que eligiera o el mar o yo, porque sabía que yo tendría todas las de perder.

Más de una vez se me había pasado por la cabeza decirle que me encantaría acompañarla en alguno de sus viajes a Dublín. Pero sabía que no se sentiría a gusto. Incluso me contó que llegaba tan cansada al campus de la

base, que no tenía ni tiempo de ir a visitar a Saoirse.

Luego estaba la gran pregunta que Briana le hizo la otra mañana. Tener bebés.

Qué más quisiera yo.

No había nada que deseara más que tener una mini Maureen a mi lado. Se me ensanchaba la boca solo con pensar que podría llevar un ser nuestro, solo de ella y mío, dentro de su vientre. Eso sería la felicidad absoluta. Briana llegó por sorpresa. Nadie apostaba por la relación de John y Cindy y luego resultó que todos nos confundimos y eran una de las parejas más estables del grupo de amigos que frecuentábamos.

Escuché el sonido de las llaves de la puerta principal. Era ella. Era increíble cómo solo con oír la puerta, mirar el reloj y saber que era su hora de llegada, mi corazón daba un vuelco de felicidad.

—Hola, mi amor. —Se acercó a mí con el pelo mojado y su bolsa de deporte colgando.

—Caramba, hoy has cambiado el horario de deporte —le dije agitándole el pelo.

—Sí. Este mediodía tenía demasiado trabajo y no he podido dejarlo. Dichosos informes —se fastidió.

—Yo creía que hacías deporte a mediodía porque tenías una hora muerta —añadí recordando sus palabras.

—¿Sabes que le he cogido gusto a hacer deporte?

Dejó la mochila en el suelo y se sentó en el sofá.

—¿Lo dices en serio? Yo te tenía por la persona más vaga del planeta a la hora de correr —bromeé.

—Pues estaba equivocada. —Se levantó del sofá y se encaminó a la cocina —. Tiene su punto. Es como si soltara toda la adrenalina que tengo dentro y me sintiera mejor. —Salió con un plátano y lo peló delante de mí volviéndose a sentar en el sofá.

La miré y sonrió. Juro que se me hizo raro verla de esa forma, explicándome su descubrimiento deportivo.

—Pues si te gusta tanto, podríamos ir algún día los dos juntos —me animé.

—¿Tú? Yo te hacía tan vago como yo. —Rio—. Yo te veo más siguiéndome con la moto mientras corro.

—No suena mal. —Me acerqué al sofá, sentándome a su lado.

Me miró y sonrió, masticando la fruta. Me ofreció y la imité

mordisqueando el plátano.

—A mí me gusta hacer cosas contigo —le dije con la boca llena.

—A mí también —se burló de mí.

La observé y mi semblante se puso serio. Sentí sus ojos clavados en los míos y me costó horrores contenerme para no lanzarme encima de ella. Pero lo conseguí. Alzó la mano y me acarició mi barba de tres días.

Cerré los ojos y sentí el tacto de sus dedos en mi cara. Los volví a abrir y continuó mirándome. Me sonrió de un modo sereno. Ella era quien conseguía transmitirme esa paz que jamás pensé que podría tener. Mi mirada se volvió más intensa y, entonces, me atreví a rogarle.

—No me dejes.

Paró de acariciarme, me miró la boca y luego fijó sus ojos en los míos.

—Nunca —aseguró rotunda y se aproximó a darme un largo beso en los labios.

La estreché en mis brazos. La tomaría allí mismo en el sofá, pero no era necesario. Nuestros momentos de sexo cada vez eran más escasos, pero más intensos. Disfrutaba cuando estamos los dos solos en nuestro rincón que no en cualquier lado de la casa. A los dos nos gustaba cada vez más el sexo lento, con caricias interminables, besos intensos y jadeos y gemidos ahogados. Cada vez disfrutaba más de ese tipo de sexo, y no del tipo de chico malo y duro que a Maureen solía gustarle. Ella misma también me había confesado más de una vez que valoraba y apreciaba más una sesión de caricias, besos y arrumacos, que un rato con cuatro embestidas rápidas.

Los dos seguimos en silencio en el sofá, nuestras cabezas estaban apoyadas la una con la otra, mi brazo la rodeaba y con la otra mano ella se entretenía jugando.

—Aidan... —quería pedirme algo e intuí que no me iba a gustar.

—Mmm... —murmuré con los ojos cerrados.

—Mañana debo irme.

—¿Adónde?

—A Nueva York.

«Se fastidió el momento romántico». Levanté mi cabeza de golpe y la miré a los ojos.

—¿Otra vez? —Alcé una ceja.

—Es por trabajo —contestó con timidez.

—¿Podría ir alguna vez contigo a uno de esos viajes que tanto debes

hacer? —ironicé, pero en parte era verdad—. Me da la sensación de que últimamente pasas más tiempo fuera que aquí.

Me levanté del sofá y me encaminé a la cocina. Estaba molesto. No, molesto no, estaba enfadado.

—Sabes que es importante y la base confía en mí. —Me siguió a la cocina.

—¿Y por qué no envían a un militar? ¿Tienes que recordarles que eres una simple civil?

—Espera, espera. —Alzó las manos y supe que me había pasado tocándole su punto débil—. Esta simple civil hace el trabajo que podría hacer cualquier otro militar. Esta simple civil que tienes aquí delante, tiene su propio despacho y da clases a cadetes que acaban de entrar en la academia militar. Y esta simple civil —se señaló con fuerza el pecho—, tiene la oportunidad de representar a su país en una reunión en el otro lado del charco. ¿Hace falta que te aclare algo más de esta «simple civil»?

No tenía palabras. Por un momento me quedé en blanco. Tenía razón. Ella había conseguido todo eso sola y no era nadie para prohibirle algo que tenía que ver con su trabajo. ¡Pero me cabreaba! Eso no era lo que yo esperaba del matrimonio, ¡joder!

No disimulé mi enfado y hui de la discusión que no estaba por la labor de continuar con ella. Sí, salí de la cocina, atravesé el salón, entré en mi estudio y di un portazo.

¡Mierda!

Maureen

No estaba acostumbrada a aquello. Los enfados entre Aidan y yo no se prolongaban tanto tiempo. Como mucho, podrían durar apenas una hora. Pero esa noche la cosa fue a más. No estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer. Era consciente, por mucho que me doliera, de que no había sido sincera del todo. Lo de representar a la base de Cork en Nueva York era una pantomima, pero mínima, y no podía decir más. Me era imposible revelar los verdaderos motivos por los que iba a la ciudad de Nueva York. No era cuestión de decirle: «Cariño, me voy de viaje a Nueva York porque tengo que hacerme pasar por puta para realizar una misión». ¿Qué misión? «Uy, espera, una de la Organización en la que estoy metida gracias a mi abuela y con la cual estoy en deuda por salvarte el culo cuando tú tenías problemas con Frank y la banda de Horgan's Quay».

Aparte de la mentira, me había herido en mi esfuerzo invertido para conseguir mis logros. La que él nombró una simple civil, era su esposa. Era la mujer a la que nunca se cansaba de decirle que se sentía orgulloso. No, aquello no estaba dispuesta a pasarlo por alto. Yo valía mucho, y todo lo que había conseguido era porque me lo había trabajado.

Aidan no subió esa noche al dormitorio y no durmió conmigo. Dormí con frío. Y no me refiero al frío de cuando Áine me acompañaba, ni al de no poder abrazar a mi marido porque las mantas no eran suficientes. Me refiero al frío del vacío. La soledad era peor cuando sabías que la persona que podía arroparte estaba en el piso de abajo y no tenía intención de subir. Yo me consideraba cabezota y no cesaba hasta conseguir lo que me proponía. Pero Aidan era igual. Los dos teníamos el mismo carácter y eso hacía que chocáramos.

Cené con el resto de la familia y le excusé diciendo que estaba en el estudio trabajando un proyecto muy importante.

Mentira.

Eran las seis de la mañana cuando bajé la maleta, la dejé enfrente de la

puerta de la calle y me acerqué a la puerta del estudio de fotografía. Alcé la mano para llamar con los nudillos, pero no pude. Mi orgullo me impidió rebajarme. Yo no era la culpable de que él no aceptara mi trabajo. Giré sobre mis talones y me dirigí a la puerta. Ya me tomaría el café en el NMCI. Abrí el maletero del coche y eché un último vistazo al ventanal del salón. Las cortinas continuaban corridas. Él no salió a ver siquiera cómo me iba. Entré en el coche, respiré hondo, puse la llave en el contacto y me dije a mí misma:

—Vamos, Maureen. No hay tiempo de lamentarse. Tienes una misión y debes tener la mente fría. Vamos a hacer lo que siempre hacemos en estos casos de concentración. El método de Escarlata O'Hara cuando tenemos problemas nunca nos falla: ya lo pensaremos mañana. Tenemos un vuelo a Dublín y luego otro a Nueva York. No dejes que los problemas personales te afecten en la misión.

Al llegar a la base del NMCI aparqué mi coche y vi que Hayes cargaba una maleta en dirección al edificio. Hayes, otro problema con el que tenía que lidiar. Era arrogante, pedante y me sacaba de quicio más de una vez. Pero no tenía otra que trabajar con él. Deseaba con todas mis fuerzas que aquel viaje fuera lo más corto posible y luego le pediría a Byrne que no volviera a juntarme con él.

En uno de los hangares nos estaba esperando una avioneta que nos llevaría hasta Dublín, para así poder coger a tiempo un avión con destino al aeropuerto JFK.

—¿Nerviosa? —me preguntó Hayes mientras se abrochaba el cinturón.

—¿Lo dices por el vuelo?

No estaba de humor y tampoco tenía ganas de hacerme la simpática. Primero porque era él, y segundo porque no me quitaba a Aidan de la cabeza.

—Dudo que un vuelo te ponga nerviosa. Conozco tus prácticas de aviación con Sheehan.

—Creo que conoces demasiadas cosas de mí y yo apenas sé nada de ti. — Me molestó que urdiera en mi vida sin yo saberlo.

—Siendo nieta de Brigid, es imposible que no sepa nada de ti.

—¿Quieres decir que mi abuela va contando cosas de mí?

—No, pero quieras o no eres una pieza importante en la Organización.

Aquello me sorprendió. ¿Pieza importante?

—Sigo sin comprender.

—Todo el mundo sabe que después de los Byrne, tu abuela es de las

personas más influyentes en la Organización. Y eso hace que tú...

—¿Me estás diciendo que debo dar ejemplo, por ser nieta de quien soy?

—Dar ejemplo y quizá te conviertas en su sucesora el día que ella lo decida, o incluso cuando no esté.

—Espera, espera. Te puedo asegurar que, con mi abuela, hay Brigid para años.

—Yo cogí el relevo de mi padre —trató de justificarse.

—Ya, pero mi abuela y yo no tenemos el mismo poder.

—El tuyo es más elevado que el suyo.

—Lo dudo —aseguré.

—Bueno —desistió seguir razonando conmigo y apoyó su cabeza en el respaldo de su asiento—. Dejémoslo así. Yo te he avisado.

—Sí, me has avisado de que todo el mundo conoce mis movimientos. ¿Hay algo más que deba saber? —ironicé.

—¿Te gusta tu anillo de casada? —Fijó su mirada en mi dedo anular.

—Pues sí, me encanta. Fue un regalo de mi abuela y le tengo mucho aprecio.

—De nada. —Sonrió y cerró los ojos.

—¿No querrás decir que tú...? —Dejé la frase en el aire.

No se molestó ni en contestar ni en abrir los ojos. Simplemente sonrió para sí.

Byrne nos esperaba en la zona vip del aeropuerto de Dublín.

—¿Lo tenéis todo claro? —preguntó después de repasar el plan.

—Sí —contestamos los dos al unísono.

—Maureen, ya es demasiado tarde para echarte atrás, pero te voy a volver a hacer la misma pregunta. ¿Estás segura de que quieres seguir con el plan?

—Vamos allá, confíe en mí —dije alzando la barbilla y dando la imagen más segura de mí misma que pude.

—Está bien. *Ádh mór.* (Buena suerte) —se despidió.

—*Go raibh maith agat.* (Gracias) —contestamos los dos a la vez.

En cuanto tomamos nuestros asientos en clase preferente y la azafata aconsejó a Hayes apagar el teléfono móvil con el que estaba trasteando, decidí imitarle y di un largo suspiro de pesar en cuanto me di cuenta de que no tenía ningún mensaje de Aidan. Estaba bien, mi plan seguía en marcha. Nada de pensar en él mientras estuviera de misión. Miré la pantalla con rabia, respiré hondo, apagué el teléfono y me eché para atrás bruscamente. No iba a ser un



viaje fácil.

El viaje al país norteamericano fue muy tranquilo. El personal, al ver donde mi compañero y yo estábamos sentados, decidió darnos un trato especial. Por lo visto la sobrecarga nos explicó que aquellos asientos siempre estaban destinados a pasajeros especiales de gran importancia. Y si no era por motivos de trabajo, era por los *packs* especiales que entregaban las agencias de viaje para las lunas de miel. Hayes y yo nos miramos y reímos a la vez. No era nuestro caso, nos apresuramos a aclarar.

—La casa es muy confortable, la verdad —expliqué al introducir la llave en la puerta de entrada—. La última vez que estuve aquí, no tuve ningún problema y el vecino de al lado es excesivamente efusivo a la hora de saludar. Sea la hora que sea.

—Vaya, lo que nos faltaba, un vecino chismoso —se fastidió.

—¡No seas bobo! —le regañé—. La verdad es que se agradece que alguien sea amable y educado en un lugar donde eres nuevo. Jamás hablé con él, pero era simpático. A los que sí conocí en Manhattan fue a los vecinos que hay dos casas más abajo. Eugenie y Paul son una pareja muy maja. Ella es arquitecto en...

—¿Cuál es mi dormitorio? —me cortó y echó una ojeada a la escalera.

—Yo dormí en la primera a la derecha. Hay dos dormitorios más. Elige el que quieras. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—En la calle de al lado hay varios restaurantes. Podemos ir a comer algo allí y luego volver a descansar. Mañana nos espera un día duro.

A la mañana siguiente, los dos nos dirigimos en taxi al distrito financiero de la isla de Manhattan. Le avisé de que no conseguiría hacerme subir a un metro durante los días que estuviéramos allí, puesto que no era una experta en elegir la línea correcta.

—Creo que es demasiado pronto. —Eché un vistazo a su reloj y miró alrededor.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—Una cafetería.

Reí, lo cogí de la muñeca y lo arrastré.

—¿Se puede saber qué haces?

—Te voy a llevar al lugar donde me llevó Áine cuando estuve aquí.

—¿Bromeas?

—No, mira. —Señalé el Starbucks en el que me detuve la última vez—. Aquí me dijo que tendría lugar el encuentro. Y si te fijas, el local del tal Johnson está justamente al otro lado de la calle.

Hayes miró el gran edificio fijamente y luego me miró a mí mientras abría la puerta del local.

—¿Solo o con leche? —bromeé invitándolo a entrar.

Con nuestras bebidas calientes en la mano nos sentamos junto a la ventana y desde allí pudimos ver el edificio en cuestión.

—¿Tienes la foto del tal Johnson aquí? —le pregunté.

—Sí, espera.

Mientras buscaba, noté que mis pies comenzaban a sentir la presencia de Áine.

—*Taobh amuigh*. (Afuera) —me susurró.

—Hayes —le advertí—, mira fuera.

—¿Qué sucede? —Intentó averiguar a través del cristal qué movimiento podía ser sospechoso.

—No lo sé. Pero Áine me acaba de decir que mire fuera. —Alargué el cuello para tratar de ver algo yo también.

—Salgamos.

Al pisar la calle, vimos cómo un gran coche negro con los cristales tintados paraba delante de la entrada de un enorme edificio. De él bajó un chófer de gran tamaño y tez morena, que a su vez abrió la puerta de atrás. Quien bajó del vehículo fue un hombre no muy alto, pelo canoso y vestido de un modo algo peculiar. Hacía muchos años que no veía un abrigo marrón abierto, traje de chaqueta de color azul azafata y una camisa de flores hawaiana. Vamos, que no venía precisamente de un desfile de alta costura, pensé.

—Ese debe de ser Johnson.

Agudicé la vista para cerciorarme, pero sabía que era él.

—¿Recuerdas el plan? —preguntó mirándome a los ojos.

—Sí, claro. Aunque la verdad, no acostumbro a hacerme pasar por puta muy a menudo.

—Vamos, tú puedes hacerlo. ¿Llevas el reloj?

—Hayes, sabes que lo llevo todo. Llevo la pulsera naviera con el chip de localización y antes hemos probado que el reloj hace las fotos. Tú mantén tu móvil encendido y espera a que te mande todas las fotografías posibles del

local. Te llamo en cuanto salga. Nos encontraremos en el cubo rojo. ¿Entendido?

Crucé la calle y al parar en la acera me giré y lo miré. Este se apoyó en la pared del local y se tocó la frente con dos dedos en posición vertical: «suerte».

Busqué la puerta donde había visto a Johnson entrar y lo imité. El vestíbulo era enorme. No parecía un local de ocio, sino que tenía toda la pinta de ser un sitio de negocios. A negocios legales de oficinas, tipo abogados, asesores y esas cosas, me refiero. Al final de un pasillo vi cómo un hombre entraba por una puerta. Aquel debía de ser el escondite. Pasé delante de un espejo y paré para cerciorarme de que iba lo suficientemente provocativa vestida para que me diera un puesto en su harén particular. Escaneé con la mirada mi maquillaje y me alegré de que mis labios mantuvieran su rojo intenso del pintalabios con el que me había retocado en el taxi.

—No te enfades conmigo, es por un bien, y lo sabes —susurré a la diosa que sabía que me acompañaba, al notar un pequeño vuelo por el bajo de mi falda.

Abrí la puerta con cautela y mi sorpresa fue que aquello daba a un lugar oscuro, pero con unas luces tenues que dejaban ver la moqueta azul, los neones que marcaban la barra y los escalones que daban a una pista de baile. Vaya, vaya. Así que allí era donde tenían lugar los negocios de los mafiosos... No tenían mal gusto. Bueno, no, tenían un gusto pésimo, porque el lugar era de todo menos elegante, pero se veía que se había derrochado demasiado dinero en avances tecnológicos, y pese a que toda la decoración parecía de los años setenta, seguro que dirían que se llevaba todo lo vintage.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Una voz femenina me asustó y me giré de golpe.

Era una mujer de tez morena y cabello recogido con un moño bajo. Tenía unos enormes ojos claros, maquillados con suma delicadeza, y vestía una simple camisa color rosa pálido, una falda de tubo color gris y unos zapatos de salón del mismo color que la camisa.

—Hola —saludé tímidamente y extendí la mano—. Soy Arantxa, y vengo de parte de Fernando.

Me esforcé en marcar mi acento español, para así pasar desapercibido mi origen.

—¿Fernando? —Aquel nombre parecía no sonarle demasiado.

—Fernando Castro —le aclaré—. Es de Córdoba, España. Su hermana me dijo que viniera aquí, que su hermano conocía a un tal Johnson y que podría darme trabajo. ¿Es usted la señora Johnson? —Intenté parecer lo más inocente posible.

—No, a Dios gracias —exclamó aliviada—. Pero siento decirte que no conozco a ningún Fernando Castro. Espera un momento... A... —No lograba recordar mi nombre.

—Arantxa. Arantxa Rubio. —Sonreí mostrando mi más sincera sonrisa.

En cuanto la mujer desapareció, revisé la estancia. Alcé mi muñeca izquierda y con un mando que tenía en mi bolsillo derecho del abrigo, que conectaba con el reloj de la muñeca, comencé a hacer fotos al local. Pese a la luz tenue, sabía que no habría ningún problema en que las fotografías salieran bien.

Al final de la sala se abrió una puerta y la mujer que había hablado conmigo se acercó con el gran hombre en cuestión y dos guardaespaldas que les acompañaban. Estaba delante del gran mafioso Robin Johnson. No me temblaron las piernas ni un ápice. Conocía el historial criminal de aquel tipo, pero no me dejé amilanar por su presencia.

—¿Me ha dicho Marcy que vienes de parte de Fernando Castro? —preguntó con un tono algo desconfiado.

—Sí, señor. —Le regalé una sonrisa coqueta.

—Pero si tengo entendido que Fernando... —iba a decirme algo y le corté enseguida.

—Ya sé lo que va a decirme, que está preso en Madrid, ¿verdad?

Aquel hombre cambió de semblante y estaba dispuesto a escucharme.

—Conozco a su hermana Maite y le expliqué que quería venir a probar suerte en América. Yo me dedicaba a... Bueno, a lo que usted ya se puede imaginar. Trabajaba en un club de Toledo, pero quería cambiar de aires. Me gusta mi trabajo, pero estaba aburrida de ver siempre las mismas caras. Así que Maite me dijo que preguntaría a su hermano. Que él tenía amigos en Nueva York y que quizá me podría ayudar. En fin, que al final Fernando le dijo a Maite que contactara con usted y... aquí estoy. —Sonreí triunfal al terminar con mi discurso sin titubear.

Interpreté el papel de chica de barrio, pero tratando de tener clase. Me faltaba el chicle para hacerlo más real, pero cambié de idea al darme cuenta de que allí había gente de mucho dinero y quizá no quisieran una *choni* para

trabajar.

—¿Cómo dices que te llamas? —Johnson pasó su mano por mi mentón para dar su visto bueno.

—Arantxa. —Sonreí con picardía para metérmelo en el bolsillo.

—Y ¿eres española?

—Por supuesto. De madre vasca y padre gaditano, pero criada en Madrid.

—No tienes rasgos latinos. Pareces más nórdica.

—Si me dieran un dólar por cada vez que me han dicho eso mismo, le podría asegurar que compraría este edificio. Bueno, quizá no, pero...

—Date la vuelta —me ordenó.

Obedecí y al volver a tenerle frente a mí cambié de actitud. Olvidé mi carácter atrevido y me volví formal.

—¿A qué hora tenemos la primera reunión, Marcy?

—En cuarenta minutos.

—Roger. —Chasqueó los dedos a modo de llamar a uno de sus gorilas—. Dile a Bruce que me llame cuando llegue Jacobs. —Se acercó a mí y me manoseó suavemente el trasero—. Estaré en mi suite.

Me aguanté las ganas de asestarle una guantada en la cara, pero luego pensé que si me comportaba de aquel modo significaba que el plan estaba saliendo bien.

—Pero, Johnson —Marcy interrumpió—, tenemos que acabar de preparar el papeleo de Colombia y...

—Luego lo hablamos. —Se dirigió a mí y me agarró por la barbilla para verme mejor—. Te recuerdo que yo pruebo toda la mercancía que ofrezco.

Me llevó hacia una de las puertas laterales y en aquel momento se abrió la puerta principal de golpe.

—¡Johnson! —Un hombre fornido entró en el local con cara de pocos amigos, con paso ligero—. ¡Quiero los derechos de la mercancía, ya!

—Oh, vamos, ¡Sergei! —se fastidió—. ¿No puedes esperar a la noche como todo el mundo?

—¡No! —Se acercó a nosotros y puso su cara a escasos centímetros de la de Johnson—. Los quiero a-ho-ra —remarcó.

—Habla con Bruce. Me pillas en una reunión importante. —Se refería a mí, evidentemente.

—¡Tu puta puede esperar!

Respiré hasta diez antes de calmarme del todo, por el modo en el que se

había dirigido a mí, pero luego recordé que aquel tipo me estaba salvando del polvo más asqueroso de mi vida.

—¡Está bien! —Se rindió—. Marcy, encárgate de A... —No recordaba mi nombre—. Como se llame, y explícale de qué manera va el trabajo.

—Sí, jefe. —Se alegró la que supuse que era su secretaria.

Me acerqué a ella e intenté ser lo más educada posible.

—Espero no haber sido un estorbo —me excusé.

—No te preocupes, ellos dos ya se entenderán.

—No lo digo por ellos. Lo digo por usted. Parecía tener prisa por tratar negocios con él.

Quería llevarme a la tal Marcy a mi terreno y aquel gesto le gustó.

—¿Tienes ropa elegante?

—He traído algún vestido que creo que valdrá.

—Déjalo. En cuanto salgas de aquí, pásate por esta dirección. —Anotó algo en un papel y me lo dio—. Diles que vas de mi parte y que te den algo de *cocktail*.

—¿De *cocktail*? Eso suena de mucha clase, ¿no? —Me hice la ingenua.

—Te quiero ver aquí a la una de la madrugada. Entra por la puerta del final y búscame cuando llegues, ¿entendido?

—Perfectamente. Muchas gracias, señorita Marcy.

—Dáselas a Sergei. Si no hubieras satisfecho al jefe, te aseguro que esta noche no estarías aquí. Nos vemos luego.

En cuanto salí le mandé un mensaje a Hayes y me dirigí al cubo, como habíamos quedado.

—¿Cómo ha ido? —se preocupó.

—Bien. Aunque si no llega a ser por un ruso que ha entrado a última hora enfadado como un mono, te puedo asegurar que hubiera tardado una hora más en llegar.

—¿Por qué?

—Pues porque Robin Johnson, como buen comerciante que es, no quiere exponer la mercancía que él no ha probado antes.

—¿Te has acostado con él?! —se escandalizó.

—Te estoy diciendo que un ruso nos interrumpió. Pero vamos, le he caído en gracia al baboso ese. Por lo visto se fía se su amigo Fernando Castro. —Reí—. Me gustaría ver la cara del verdadero Fernando en cuanto se entere del plan que hemos realizado en su nombre.

Los informes de la Organización eran ciertos. El preso en cuestión existía, había tenido tratos con Johnson y tenía una hermana que se llamaba Maite. Todo estaba atado y rematado.

—¿Has recibido las fotos?

—Sí. Por cierto, deben hacer algo con la decoración, ¿no crees? —opinó al abrir la galería de su teléfono móvil.

—Calla, calla. Qué asco de antro. —Me estremecí al recordarlo—. Ya lo verás con tus propios ojos. Mira, esta es la puerta principal, por esta ha llegado él y por esta me han dicho que debo entrar esta noche. Por cierto, la secretaria-*madame* o lo que sea de Johnson, me ha enviado a una dirección para que me den un traje para esta noche. Será mejor que nos demos prisa. A la una tengo que estar ahí dentro otra vez.

Me miré y remiré al espejo antes de salir de casa. El vestido que me habían prestado era uno de seda color champán que me llegaba hasta los tobillos, con una abertura en la pierna izquierda hasta medio muslo. Atado al cuello y con un escote trasero que dejaba ver el final de la espalda. Me recogí el cabello con un moño alto muy repeinado, sujeto por un palillo chino, y me pasé casi medio bote de laca para que no se me moviera un solo pelo. Unos pendientes largos hasta los hombros y un maquillaje que hacía resaltar mis grandes ojos claros hicieron lo demás para acabar de rematar el *look* de guerra.

—¿Parezco una puta? —pregunté a Hayes mientras cogía el abrigo.

—¿La verdad?

—Por favor.

—No. Y si lo parecieras, serías de las de alto *standing*. Siento si te ofendo.

—En absoluto. Eso ha sonado a halago. ¡Vamos allá, Arantxa! —me animé a mí misma en español.

Hayes y yo decidimos ir en taxis separados para no levantar sospechas. Él llegaría unos quince o veinte minutos antes que yo para tantear el terreno. En cuanto el taxi paró, no me pareció ver nada extraño. Una zona financiera a aquellas horas de la noche, no era normal que tuviera demasiado movimiento. Así que no tuve que fijarme en nada en concreto.

Me dirigí a la puerta del edificio y la persona que menos pensaba encontrarme allí, se cruzó conmigo. Cathal O’Kennedy abrió la gran puerta y al verme, me miró de refilón, pero siguió de largo sin reparar en mí, gesto que me hizo verificar que ni siquiera me conocía. «Ay, amigo, tú no sabes quién soy yo, pero yo sí que sé quién eres tú», pensé. No sabía hacia dónde se dirigía, pero abandonaba la estancia. Vaya, quizá había terminado la reunión. No, seguro que no. Si Marcy me había citado allí a aquella hora, era porque todavía los peces gordos estaban dentro.

Entré por la puerta que me había indicado aquella misma mañana y allí



había tres hombres como tres armarios aguardando una de las puertas. Uno de ellos, el más grandote y sin un pelo en la cabeza, me paró extendiendo una de sus enormes manos.

—¿Dónde te crees que vas? —Su tono no era para nada conciliador.

—Soy Arantxa. La señora Marcy me ha dicho que estuviera aquí a la una. Sé que faltan unos minutos para la hora acordada, pero es que me gusta llegar pronto porque... —comencé a enrollarme siguiendo el mismo papel que había tenido por la mañana.

—¿Marcy te dijo que vinieras? —me cortó.

—Sí, señor —fingí sentirme intimidada.

—Compruébalo, Bruce —ordenó el grandote al más bajito.

—¿Tú eres Bruce? —coqueteé con la mirada y, al ver que el hombre no me hacía caso, continué—: ¿Estaba Sergei todavía con el señor Johnson cuando tenía que comenzar la reunión? —Reí—. El señor Johnson había dicho que tú tenías que hablar con él, y él no ha querido.

El aludido frunció el ceño y se dio cuenta de que lo que le contaba era real. Pero no se acababa de fiar de mí y por un *walkie* que le colgaba de la solapa de la chaqueta avisó a la tal Marcy.

—Pasa —me ordenó, supuse que le darían luz verde para mi entrada—. Ve al final de la barra y pregunta por Ramón.

—Gracias. —Agradecí.

Al entrar pude comprobar que había mucho ambiente. Gente elegante y botellas de champán por doquier encima de las mesas. Los hombres vestían trajes con pajarita y las mujeres vestidos largos parecidos al mío, pero con colores vistosos y mucho escote. No había que ser demasiado lista para deducir que eran discípulas de María Magdalena.

Me dirigí a la barra como me habían indicado y pude ver un barman con rasgos indígenas. Aquel debía de ser Ramón.

—¿Eres Ramón? —pregunté en español.

—Sí, soy yo —contestó con una sonrisa de oreja a oreja. Era la primera persona que se notaba que se alegraba de verme.

—Soy Arantxa. ¡Me han dicho que debo preguntar por ti! —Alcé un poco la voz para que pudiera oírme mejor. La música estaba demasiado alta.

—¿Eres la nueva?

—Aja. —Asentí.

—Está bien. La primera copa será por cuenta de la casa. ¿Qué quieres

tomar?

—¿Gin-tonic? —pregunté.

—Marchando. Ahora lo que debes hacer es sentarte ahí en la barra y esperar a la señora Marcy.

—Muy bien —le agradecí.

Aquel gin-tonic intenté que durase, pero me fue imposible, tuve que pedir otro. Un par de babosos trataron de acercarse a mí, pero tuve suerte de que Ramón los espantara. Tenía órdenes de que nadie me interrumpiera hasta que no llegara la *madame*. Y Marcy llegó. Me dio cuatro instrucciones que debía saber si algún hombre se acercaba a mí: intentar que me invitara tantas copas como fueran posible y si el cliente quería algo más, subir a las habitaciones que había entrando por el final de uno de los pasillos. Marcelo, uno de los guardias, me daría la llave en cuestión de mi habitación y él sería quien cobraría al cliente cuando este marchara. Eso sí, tenía órdenes estrictas de que Johnson quería tenerme aquella noche sí o sí. Le daba igual si antes me había ventilado a dos o tres clientes. Él quería probar su mercancía esa noche, fuera como fuera.

Después de hablar con ella, pude divisar a Hayes al otro lado de la barra. Con una copa de *whiskey* en la mano me dedicó un brindis cuando se cercioró de que Marcy estaba mirando.

—Creo que tienes tu primer cliente —me susurró satisfecha.

—Y no está nada mal —le di la razón.

—Convéncele de que te invite. Es muy mono. No lo dejes escapar. —Me guiñó un ojo y me tocó la espalda empujándome levemente para animarme.

—Vamos allá. —Sonreí y me aproximé a él con paso firme.

—Hola, guapo, ¿me invitas a una copa? —interpreté mi papel a la perfección.

—Por supuesto. Póngale otra copa de lo mismo que estaba tomando —pidió al tener a Ramón a nuestra altura en la barra.

El barman dejó la bebida y se fue a servir más copas a los demás clientes.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó.

—Nada de nada. Me he bebido dos gin-tonics y no he hecho más que sacarme babosos, esperándote. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Peor de lo que esperaba. He salido a disimular que estaba hablando por teléfono y he escuchado cómo dos gorilas hablaban de que Kellan O'Flannagain no está aquí.

—¿Kellan? Pues, ¿adivina con quién me he cruzado en la puerta? — pregunté haciéndome la interesante.

—Sorpréndeme.

—Ríete, que nos están mirando —le advertí al ver cómo Marcy me miraba y tanteaba mi modo de trabajar.

Hayes me hizo caso y cuando se acercó a susurrarme algo al oído, reí lo más sensual que pude. Cuando se separó me miró a los ojos y los dos callamos. Sonreí con timidez y sorbí mirándole a los labios. De repente, me sentí intimidada por él. ¡Por Hayes el insoportable!

—¿A quién has visto? —Siguió interpretando su papel de putero que quería pasar un rato divertido conmigo.

—A O’Kennedy —le susurré al oído riéndome.

Me cogió de la mano y la estrechó siguiendo el falso coqueteo.

—¿Cathal? —siseó para que nadie pudiera leerle los labios.

—El mismo. —Reí y volví a sorber de mi copa.

—Normal. Es un mafioso, no podía faltar en una reunión así.

En aquel momento comencé a sentir frío en los pies.

—Hayes, debemos irnos —me alarmé.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No lo sé, pero tengo frío en los pies. Áine intenta decirme algo y no sé lo que es. No la oigo.

—*Barr.* (Arriba) —Escuché por fin.

—Me dice que vayamos arriba.

—¿Qué hay arriba? —preguntó sin entenderme.

—Las habitaciones. Marcy me dijo que se iba por aquella puerta. Vamos a acercarnos con disimulo e interpretaremos un papel como que eres mi cliente.

—¿Lo soy? —Siguió la broma al ver que nos miraban.

—Esta noche sí. —Teatralicé riendo para que me vieran.

Busqué a Marcy con la mirada y al ver que me iba, me guiñó un ojo y me regaló una sonrisa. Bien, estaba satisfecha conmigo. Cogí a mi compañero de la mano y llegamos al mostrador del tal Marcelo. Le dije quién era y él me dio una llave. Subimos las escaleras siguiendo nuestro papel divertido y abrí la puerta en cuestión. La habitación era una gran sala con una enorme cama en el centro. Todo lo hortera que podía llegar a ser la sala de baile, aquel dormitorio era todo lujo de color blanco y dorado. El ambiente desprendía un agradable olor a cítricos, el baño era de grandes dimensiones con un amplio

*jacuzzi* en una esquina y una ducha en la otra.

Hayes se sentó y se echó hacia atrás. Cuando me senté y miré a mi alrededor algo me puso en alerta. Me levanté de golpe y me situé en el marco de la puerta del baño. Llamé su atención para que me mirara y le hice señas. Me toqué el orificio derecho de mi nariz con el dedo índice, «arriba», y guiñé una sola vez el ojo izquierdo, «izquierda». Él comenzó a reír para disimular y cuando se dio cuenta a lo que me refería se incorporó y se acercó a mí.

—Bueno, bueno. —Me cogió de la cintura y simuló ponerse mimoso—. Así que te llamas Arantxa y eres española...

—Sí. —Reí como si estuviera borracha.

—Vamos a ver, bonita, lo que sabes hacer.

Me tapó el ojo derecho «ahora», y yo me pellizqué la ceja derecha «sí».

No teníamos más remedio que improvisar.

Había una cámara en la esquina superior del dormitorio y la luz se encontraba encendida. Estábamos convencidos de que nos estaban grabando y no podíamos fastidiarla en aquel momento, ya que si había alguna pista sobre el Caldero la única oportunidad que teníamos de averiguarlo era después de la dichosa reunión de mafiosos que se congregaba en el mismo local.

Hayes se acercó más y me besó lentamente. Cerré los ojos y sentí aquel beso del mejor modo posible. A la mente me vino Aidan, paré y estuve a punto de llorar. Pero de repente noté un soplido en mis tobillos y oí un susurro en mi oído:

—*Aire a thabhairt air. (Ovídalo). Lean ar aghaidh mar seo. (Continúa así).*

De acuerdo, me estaba avisando. Algo iba a pasar y yo debía hacer lo que fuese en aquel momento. No tuve más remedio que dejarme llevar. Miré a Hayes a los ojos, le acaricié la cara y le pregunté:

—¿Estás listo?

—¿Lo estás tú? —quiso asegurarse él también.

—Calla y bésame.

Me acercó a los pies de la cama y me dio la vuelta. Comenzó a besarme el cuello y con sus delicados dedos cogió los extremos del lazo del vestido que estaba en la nuca y lo deshizo con la mayor lentitud posible. La parte delantera cayó dejando mis pechos al aire. Me dio la vuelta y me miró a los ojos. Volvió a besarme con suavidad, con la mano agarró el pasador de mi pelo que aguantaba el moño y lo alzó, dejando que todo mi cabello se liberara y cayera

por mis hombros. Cerré los ojos y gemí de placer al sentirme liberada de aquella tortura de agarre en mi cabeza. Le miré los labios y me mordí el labio inferior.

—¿Tienes hambre? —bromeó al descifrar el signo no verbal de la comida.

—Será mejor que nos olvidemos ahora mismo de todo —le advertí.

Posé mis manos por su pecho, deslizándolas hasta arriba para luego meterlas dentro de la chaqueta de su *smoking* y hacer que se desprendiera de ella dejándola caer. Le sonreí y él se acercó para darme un suave beso en los labios. Deshice el nudo de su pajarita y al quedar abierta, comencé a desabrochar botón a botón mientras le miraba a los ojos. Nunca me había fijado en lo hermosos que eran sus ojos azules como el mar. Sus manos se posaron en mi cintura y con un suave movimiento lograron que mi vestido cayera al suelo. Aquel juego continuó hasta quedar los dos completamente desnudos y de pie al borde de la cama.

La imagen de Aidan volvió a cruzarse por mi mente, pero otro soplo en mis tobillos hizo que le hiciera caso a lo que fuera que quisiera la diosa.

Hayes me cogió de la mano y me hizo sentarme a su lado. Era increíble cómo no sentía pudor alguno al estar completamente desnuda junto a mi compañero. Me invitó a tumbarme en la cama y él se colocó junto a mí. Con una mano comenzó a reseguir mi anatomía, empezando por mis piernas, siguiendo por el interior de mis muslos, rozando con la yema de sus dedos mi sexo, dibujando un círculo en mi ombligo, acariciando mis pechos por los costados y subiendo por la clavícula hasta acariciar mi barbilla.

Aquella sensación hizo que mi piel se erizara, mi cadera se alzara y que mi sexo se mojara más de lo que yo imaginaba. Elevé la mano y le acaricié la mejilla. Él tomó aquello como una invitación a besarme y yo lo agradecí.

—Ven —le pedí.

—¿Estás segura?

Me estaba confirmando que lo estaba haciendo para hacer el paripé delante de la cámara, y no quería sobrepasarse conmigo.

—Te lo estoy pidiendo —dije rozando sus labios.

—Estás casada... —susurró cerrando los ojos y sintiendo que no podía ser.

—Chss... —Le tapé los labios—. Olvídate de todo. Ahora estamos tú y yo —le ordené—. Ahora te pido —le miré a los ojos— que me hagas tuya.

—Pero...

—Por favor —mis ojos estaban húmedos—, te lo estoy rogando y necesito

que lo hagas.

Hayes se colocó encima de mí e introdujo su verga en mi sexo, lo que ocasionó que gimiera de placer al sentirle en mi interior.

—¿Me invitas a bailar? —le pedí.

Sus ojos asustados del principio, pasaron a relajarse. Poco a poco comenzó a moverse y mis gemidos comenzaron a ser tímidos y sabrosos a la vez. Alzó mi pierna, besó mi rodilla con delicadeza y volvió a embestir siguiendo un ritmo delicioso. Jamás en la vida imaginé que Hayes podría ser así en la cama. Mis manos se posaron en su pecho y en sus brazos que comenzaban a llenarse de sudor.

—Bésame —le rogué.

Se agachó jadeante, sacó la lengua para que yo la atrapara al vuelo y luego la succionara con desespero. Cuando vi que comenzaba a dar señales de estar a punto de terminar, lo frené. Lo obligué a tumbarse y me monté a horcajadas. Nuestros cuerpos sudorosos no dejaban de agitarse por nuestra respiración. Cogí sus manos, las entrelacé con las mías y las posé en mis pechos. Poco a poco comencé a moverme y su cara de felicidad me hizo sonreír. Estaba disfrutando, los dos estábamos haciéndolo, y aquello aceleró el ritmo. Nuestros jadeos iban al unísono y no me dio la gana cohibirme. Estaba teniendo sexo placentero y no quería parar. Mi cabalgar cada vez tenía más brío y me costaba respirar, pero no importaba.

Hasta que se oyeron voces en el pasillo.

Los dos paramos y miramos a la puerta.

—Sigue. Si entran verán que estoy trabajando —le ordené.

—Esto me está cortando el rollo —se preocupó.

—¡Aquí solo están las chicas trabajando! —escuché una voz masculina. Supuse que sería Marcelo.

—¡Os digo que hay un infiltrado! ¡Joder! —Aquella voz no la conocía.

—Las cámaras están funcionando y todas están con clientes. —La voz conciliadora era de Marcy.

«Ay, Marcy, que estabas mirando cómo estaba disfrutando con el chico mono», pensé.

—Olvídate de ellos —le animé.

Pero no dio tiempo a réplica. Llamaron a la puerta, me separé de él con rapidez y abrí con la sábana enrollada en el cuerpo.

—¿Sucede algo? —pregunté a Marcy.

—Termina el trabajo y vete a casa. —La madame miró a Hayes completamente desnudo en la cama—. Mañana hablaremos. Te espero aquí a las dos de la tarde, ¿de acuerdo? —se despidió de un modo tranquilizador.

—Sí, claro. Hasta mañana. —Sonreí y le cerré la puerta.

—Bueno, pues ya nos podemos ir.

Hayes se incorporó.

—No podemos irnos todavía —dije sentándome en la cama y dándole la espalda al rincón peligroso—. La cámara ha visto que no hemos terminado.

—¿Te ves capaz de seguir después de lo que ha pasado?

—No me queda más remedio. —Me encogí de hombros y miré su entrepierna—. Además, creo que tú también necesitas una descarga. —Reí.

—Se me ocurre una idea mejor. —Se acercó a mí, me besó con fuerza en los labios y me tiró a la cama—. ¿Te has fijado si hay cámaras en el baño?

—Seguro que también las hay, te recuerdo que hay un *jacuzzi*.

—Ven. —Se levantó y me cogió de la mano.

Me guio a la ducha y abrió el grifo. Sonreí y mientras me abrazaba a él al besarle, me di cuenta de que, efectivamente, en el baño también había una cámara con el piloto rojo encendido.

—Será mejor que entremos y les demos la continuación del *show* —le susurré en los labios.

Entramos y el agua al caer encima de nuestros cuerpos nos hizo estallar en una carcajada. Se acercó a mí y me besó con fuerza, mientras me marcaba con sus manos toda la espalda. Con brusquedad me dio la vuelta e hizo que las apoyara en la pared de la ducha, mientras que con su miembro me penetraba por detrás. Abrí la boca con un jadeo ahogado al sentir aquella acometida. Me agarró por la cadera y siguió dando embestidas que dieron paso a más jadeos sonoros por mi parte.

—Ni se te ocurra parar —le ordené.

Y obedeció.

Sus ataques comenzaron a ser cada vez más continuos y mis pechos no hacían más que moverse con brío. Estaba disfrutando de aquel instante más de lo que imaginaba.

Y cuando llegó el momento del clímax, los dos caímos exhaustos en el suelo de la ducha, con el agua cayendo encima de nuestras cabezas.

Taragh

Miré a mi alrededor con el pánico sembrado en mi rostro, sabiendo que estaba desprotegida de algo a lo que siempre había temido y de algo en lo que en realidad no podía creer, puesto que no lo había visto en mi vida. Mis ojos se fueron en ambas direcciones cuando escuché unos ruidos procedentes de los laterales del bosque, como si alguien estuviese pisando las ramas por las que minutos antes había pasado.

—Cathal... —musité con un hilo de voz que apenas oí.

Moví mis manos con más ímpetu, tratando de soltarme de la cuerda que, a mi parecer, era imposible. Escuché una tenue risa malévola que hizo eco en todo el bosque, y mis ojos se abrieron en exceso. Seguí agitando mis brazos, maldiciendo al maldito hombre que me había dejado atada de aquella manera.

—Hubiese preferido que me pegases un tiro... —murmuré, hablando sola.

Elevé mi cabeza cuando las ramas de los árboles resonaron con fuerza como si alguien estuviese saltando entre ellos, y mi respiración comenzó a agitarse. Busqué el foco del sonido sin poder ver nada, ya que los escasos rayos de la luna apenas iluminaban el bosque, y seguí moviendo mi cuerpo, notando que las fuerzas comenzaban a fallarme. Los ruidos por parte de lo que fuese que estaba rondando en el bosque se hicieron más fuertes, alterándome. Tiré de mis brazos haciéndome un daño terrible en los hombros, pero no sirvió de nada.

De repente, las hojas que había sobre mi cabeza comenzaron a moverse, y no precisamente por el viento, ya que no hacía ni pizca de aire aquella noche. Alcé mi cabeza en busca de algo, pero no sabía ni siquiera el qué. Me quedé quieta, mirando fijamente todas las ramas del árbol hasta que, como si nada hubiese pasado, dejó de moverse. Achiqué mis ojos sin llegar a divisar nada, y los bajé de nuevo hacía las cuerdas que me oprimían, momento en el que oí de nuevo esa risa extraña.

—Joder, joder, joder —me desesperé.

Una sombra justo a mi izquierda me hizo levantar la vista de golpe con el



corazón latiéndome frenético, y no me dio tiempo a ver nada cuando algo pasó por delante de mi cuerpo y lo único que sentí fue una especie de arañazo en mi mejilla. No me equivocaba, puesto que noté cómo una gota de sangre cayó por mi piel hasta llegar a mi cuello.

—¿Qué coño...?

Dejé la pregunta en el aire, ya que una bandada de pájaros en pareja voló sobre mi cabeza. Me fijé en ellos, sorprendiéndome ver que llevaban una cadena de plata atada a sus patas, mientras un destello bordeaba todo el contorno de sus figuras haciéndolos visibles, sobrevolando delante de mí. Abrí mis ojos sin poder creer lo que me estaba pasando, miré a mi izquierda al escuchar cómo los árboles se movían de nuevo, y lo siguiente que visualicé me dejó fuera de lugar, si es que se podía decir así.

Un tenue destello comenzó a hacerse más grande en mitad de la oscuridad, dando paso a unos rayos de luz que me encandilaron. Entreabrí mis labios para poder tomar una bocanada de aire profunda y mis ojos se abrieron más cuando esa luz se intensificó de manera impresionante, dejándome apreciar lo que parecía un largo cabello color miel, junto a la silueta de una mujer vestida de blanco entre los árboles. Zarandeé mi cuerpo soltando un gruñido histérico y estas se soltaron en segundos cayendo al suelo de inmediato, en el mismo momento en el que la luz de «eso» que se suponía que había visto, desaparecía sin más.

Contemplé las cuerdas en *shock* con la respiración alterada, y no dudé ni un instante en salir corriendo de aquel bosque notando que alguien me observaba desde algún punto del lugar. Mis pies corrían a una velocidad de vértigo, mi corazón quería escapar de mi pecho y mis ojos no se dieron el lujo de mirar atrás, aun sintiendo que algo me perseguía.

A trompicones, llegué a la entrada de la mansión atravesando el gran campo, y planté mis manos en el capó del coche de Ryan que estaba el primero. Por suerte, este estaba abierto con las llaves puestas y no dudé en subirme a él y arrancar desesperada. Aceleré como si se me fuese la vida en ello, sorteando el coche de Cathal y el mío en dirección a la salida. Miré por el espejo retrovisor, dándome cuenta de que Ryan salía a la calle al escuchar el motor y desde la ventana del salón, la sombra de un temible hombre se asomó.

Después de conducir como una temeraria por la carretera, ya que se suponía que estaba a una distancia de más de tres horas, llegué a los

acantilados de Moher en dos horas y media y paré el coche en la puerta de mi pequeño hogar. Bajé como un vendaval y me tiré al suelo buscando la llave que guardé la última vez en la jardinera de la entrada. Cuando di con ella me levanté a toda velocidad e intenté atinar con la cerradura, pero el malestar que llevaba a cuestas me hizo que no diese una, ¡ni siquiera encontraba la puta cerradura!

—¿Taragh?

La voz titubeante de Kathleen me hizo girarme con el terror implantado en mi rostro y me volví presa del pánico que en mi vida había sentido. Me tiré a sus brazos como si no volviese a verla jamás, y sollocé sin poder evitarlo.

—Eh, eh, ¿qué te pasa? —Se asustó.

Negué con la cabeza sin ser capaz de pronunciar una sola palabra, ya que no sabía si el miedo que había sentido y todo lo que había visto había sido fruto de mi imaginación, o realmente era verdad que más allá de lo que conocía existían las cosas a las que no podía ponerle nombre todavía.

—Estás sangrando. ¿Qué te ha ocurrido? —Esta vez se alarmó.

Me separé de ella como pude, toqué mi mejilla y me pedí mentalmente tranquilizarme o me daría un infarto en cuestión de segundos. Arrastré el líquido por mi mejilla, ensuciando mi mano con mi propia sangre, la misma que miré cuando bajé la mano.

—¿Qué haces despierta a estas horas? ¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunté de manera atropellada, para cambiar de tema.

—He escuchado un coche y aquí no viene nadie. —Miró a su alrededor—. Si no eras tú...

Achiqué mis ojos al ver la confusión en su rostro, pero fue más rápida y no me dio tiempo a preguntarle.

—Vamos a casa, te prepararé una tila.

Asentí como pude, notando que mi cuerpo temblaba de tal forma que no era capaz casi de mantenerme en pie. Se dio cuenta y sujetó mi brazo con fuerza, hasta que llegamos a la puerta de su casa.

—¿Y Nial?

—Está durmiendo. No te preocupes. —Sonrió de forma triste.

Me senté en el sofá mientras ella se encargaba de preparar la tila, y junté mis manos dándome cuenta del pequeño detalle que había olvidado: el lazo rojo. Me tensé de pies a cabeza, momento en el que Kathleen salía de la cocina con dos enormes tazas llenas hasta arriba.

—Taragh, me estás asustando.

—¿Tienes lazo rojo? —pregunté obviando su pregunta.

—¿Qué?

—¿Tienes lazo rojo? —repetí alterada.

—Sí —contestó confusa—. Creo que tengo un poco aquí.

Se giró sin hacer ninguna pregunta más y sacó de uno de los cajones lo que andaba buscando. Me lo extendió y se lo arrebaté de las manos, colocando un buen trozo en la muñeca de siempre, ya buscaría el cascabel en mi casa, ya que ese objeto nunca faltaba cerca de mí. Me fijé por unos instantes en esa zona de mi cuerpo, dándome cuenta de que unas marcas comenzaban a coger color, unas marcas producidas por los dedos de Cathal. La escondí con rapidez para que ella no viese el cardenal. Me miró con asombro durante unos instantes, y decidí inventarme una excusa tonta que la tranquilizara.

—Se me ha olvidado la mía. Ya sabes, manías.

Asintió sin estar convencida, y poco después se quedó contemplándome fijamente.

—¿Qué tienes en el cuello? —Arrugó el entrecejo, acercándose.

Llevé mi mano hasta la zona que me había dicho sin notar que tuviese nada extraño, hasta que sus dedos apartaron mi mano, suplantándolos por los suyos. Me miró de reojo, suspiró, y después se sentó a mi lado.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

Moví mis hombros sin saber qué contestar. Todavía estaba en estado de *shock*, y supuse que por ese motivo no conseguía reaccionar.

—¿Puedo quedarme esta noche? —pregunté cambiando de tema, otra vez.

Ella resopló dándome a entender que qué tipo de pregunta era aquella.

—Puedes quedarte esta noche y las que quieras.

—Me gustaría darme una ducha, si no te importa —murmuré.

Necesitaba despejar mi mente.

—Ya sabes dónde están las toallas —añadió—. Voy a buscarte unas mantas para el sofá.

Asentí dándole las gracias y como un vendaval me levanté encaminando mis pasos hacia el baño. Cerré la puerta tras de mí, echando el pestillo para que no entrase y, corriendo, me fui al espejo donde contemplé las marcas de los dedos de Cathal sobre mi cuello. Suspiré con pesadez, despojándome de la ropa lo más rápido que pude.

Después de una extensa ducha, abrí la puerta envuelta en una toalla, y

Kathleen ya estaba esperándome con un pijama de color azul marino entre sus manos.

—Me imagino que no traerás la maleta en el coche.

Negué con la cabeza; ella me extendió la ropa.

Cerré de nuevo, intentando olvidar todo lo acontecido, y me miré en el espejo viendo el arañazo que tenía en la mejilla. ¿Me estaba volviendo loca? No tenía explicación para ese pequeño detalle, por no decir que de ninguna de las maneras permitiría que siguiera en mi mente o perdería el juicio. Al salir, mi amiga me estaba esperando avivando el fuego de la chimenea de la casa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó sin titubear.

—Nada importante.

—¿Y esas marcas? ¿Y el arañazo?

—Cosas de la vida —respondí como si nada.

Se giró de su posición, contemplándome desafiante. Suspiró y llegó hasta mi lado, donde se sentó y cogió mis manos con ambas manos.

—¿Ha sido Cathal?

Cerré mi boca sin querer dar más detalles de los necesarios.

—¿Sabes que vendrá aquí, no?

Obviamente, sí. Lo sabía de sobra. No contesté.

—No entiendo por qué os empeñáis en estar de esta forma. ¿Por qué no le dejáis? —Se alteró.

—No es tan sencillo.

La miré fijamente y esta agachó la cabeza. No sabía que le pasaba, pero tenía que descubrirlo, pues nunca la había visto de esa forma tan... derrotada.

—Quizá la que tenga que empezar a preocuparme seas tú. Estás muy rara.

Movió sus ojos repetidas veces, dándome a entender que no iba del todo desencaminada con aquellas suposiciones.

—¿Has tenido problemas con la familia del padre de Nial? —Fue lo primero que se me ocurrió.

Negó con la cabeza.

—¿Has tenido problemas en el trabajo? ¡Si no me hablas no sé qué te pasa!  
—me desesperé.

Suspiró derrotada y habló tensándome más de lo que ya lo estaba.

—Escúchame, Taragh, hay algo que quería contarte y no puedo retrasarlo por más tiempo. Sé que te ha pasado algo y no me lo quieres contar, pero estoy segura de que lo harás cuando estés preparada y, aunque sea importante,

necesito que sepas algo.

Arrugué mi entrecejo, intentando descifrar su mente.

—¿Por eso querías que viniese aquí? —cuestioné, confusa.

Asintió.

—Desde hace unas semanas me están siguiendo. —Abrí mis ojos de la sorpresa—. Déjame terminar—. Me pidió con la mano en alto cuando vio que tenía intención de hablar—. No sé quiénes son, pero sí sé lo que buscan.

Exhaló un fuerte suspiro y se levantó en dirección hacia la cocina. Tanto misterio me estaba poniendo de los nervios. Salió poco después con un papel que a simple vista parecía antiguo, estaba doblado, y me lo extendió.

—Hace... —titubeó—. Hace un tiempo, alguien me dejó esto para ti. Se suponía que no debía decirte nada hasta que tú misma vinieses a buscarlo, o preguntaras por él, pero... —Me miró con temor—. Taragh, prométeme que si me sucede algo, cuidarás de Nial.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién te está siguiendo? ¿Por qué? —pregunté atropelladamente.

—Taragh, prométemelo.

—Te lo juro —murmuré sin entenderla.

Achiqué mis ojos sin saber a qué se refería, y cuando fui a abrir el papel esta me paró poniendo su mano sobre la mía.

—Lo que vas a encontrar aquí lo explica todo. No sé qué es, nunca lo he abierto porque lo prometí, pero si es cierto que se suponía que en un determinado momento de tu vida me lo pedirías. —No entendía nada—. O eso me dijeron.

—¿Quién? —No daba crédito a lo que estaba escuchando, parecía todo un puto rompecabezas.

Suspiró con más fuerza, agachó la cabeza y deslizó sus manos por las mías hasta que las colocó en sus rodillas. Finalmente, con un gesto de derrota que me desarmó, contestó:

—Tus padres.

Esa misma noche me dirigí a pasos acelerados hasta mi casa y puse el papel sobre la mesa del salón, sin atreverme a mirarlo. Kathleen me pidió que me marchase de inmediato y que tuviese cuidado. Tampoco entendí el motivo, pero lo hice desesperada por saber qué era lo que contenía aquel documento que no permitió que abriese delante de ella.

Lo desdoblé con cuidado de no romperlo, ya que parecía tan antiguo que su color era incluso más viejo de lo que en realidad era. Las dudas asaltaban mi mente, ¿qué hacían mis padres hablando con Kathleen? No entendía nada, ya que tenían buena relación por aquel entonces, pero no tanta como para confiarle algo tan sumamente grande como lo parecía aquello.

En el folio había dibujado una especie de mapa en el que se apreciaba a simple vista las altas rocas de los acantilados de Moher, a poca distancia andando de donde me encontraba, junto a algunas indicaciones escritas y símbolos varios que no supe identificar.

Avancé con pasos ligeros hasta mi habitación, donde me cambié por una ropa cómoda, unos zapatos deportivos y busqué debajo de la cama el maletín donde tenía una pistola escondida. La guardé en la parte trasera de mi pantalón y, seguidamente, llegué hasta la cajonera de donde cogí una linterna.

Al salir, el frío atizó mis mejillas con brusquedad, pero no me detuve y continué sobre mis pasos decididos en dirección a los acantilados, sintiendo que alguien me observaba sin saber dónde. Moví mi cabeza un par de veces en ambas direcciones sin conseguir ver nada e intenté por todos los medios olvidar las cosas que me estaban atormentando.

Aligeré perdiéndome en la oscuridad de la noche, hasta que un rato después llegué a la entrada donde se situaba la cabina del aparcamiento en el lugar turístico en sí. No tenía claro de qué manera entraría, pues sabía que había un guarda de seguridad que lo custodiaba cuando no estaba abierto al público, pero ya encontraría la forma de hacerlo y, si no, usaría otras técnicas que no le gustarían en absoluto.

Al llegar a la entrada, bajé mi gorro de lana de manera que no se viese mi

cara, y subí la bufanda negra que llevaba en el cuello hasta que solo asomó mi nariz. Me escondí entre las rocas que separaban la entrada y, sin pensarlo durante más minutos, anduve con pasos firmes por el interior del aparcamiento. Un fognazo de luz me asaltó cuando ya estaba dentro, me imaginé que por el sensor que seguramente tendría. Con paso decidido llegué a la cabina donde estaba el hombre y, efectivamente, me lo encontré durmiendo como un tronco sobre la mesa del escritorio. Me fui directa a las cámaras, sacando mi arma de su escondite, momento en el que este levantó la cabeza al escuchar unos pasos tras él. Le golpeé con fuerza haciendo que se quedara inconsciente, esta vez a propósito, y cogí sus esposas para atar sus manos a una de las patas de la mesa. El tipo cayó al suelo haciendo un sonoro ruido, y me encargué de mirar una hoja que había en la mesa donde apuntaban los turnos. Tenía dos horas antes de que cambiaran.

Desactivé las cámaras a toda velocidad, cogí las llaves que el guarda custodiaba en su cinturón y salí de allí recorriendo los mismos pasos que siempre hacía, según las instrucciones de aquel viejo mapa en el punto más alto de los acantilados. Cuando subí las escaleras que daban a la torre O'Brien, alumbré con mi linterna la entrada, viéndolo todo oscuro y tenebroso, tanto que asustaba. Aparté los pensamientos extraños que de nuevo volvieron a pasearse con soltura por mi mente, y me detuve cuando el mapa me indicó que el acceso estaba en la torre. Probé con dos de las primeras llaves en la cerradura, y para mi suerte la tercera abrió. Empujé con suavidad el grueso portón y accedí al interior alumbrando con mi linterna aquel oscuro y diminuto espacio que solo tenía una salida escaleras abajo. Descendí por ellas si pensarlo, con la respiración acelerada por saber qué ocultaba aquel dichoso mapa, hasta que mis pies se detuvieron al ver el muro al final de estas.

—¿Y ahora qué? —hablé sola.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, y mi giré a prisa para mirar a mi espalda, pero no vi nada. Me estaba volviendo loca, loca de verdad. Apunté con mi linterna hacia el papel y visualicé una pequeña palanca situada justo a la derecha de donde estaba. Elevé mi rostro, alumbrando con la linterna la piedra, y seguí sin ver nada hasta que, minutos después, algo pequeño llamó mi atención. Me dirigí hacia allí, lo toqué y, efectivamente, era la dichosa palanca del mapa. Tiré de ella hacía arriba y no sucedió nada.

La miré sin saber de qué manera podría hacer que funcionase, hasta que probé a hacerlo hacía abajo. Nada. Frustrada, contemplé el mapa de mil

maneras, con distintas posiciones, dándole vueltas y vueltas en mis manos, pero todo me indicaba que esa era la palanca que tenía que abrir aquel muro. La observé de nuevo, acercándome lo suficiente como para verla de cerca, y aprecié una diminuta señal en el lateral izquierdo. Sin dudar, tiré de él hasta que un leve clic sonó y el muro de piedra comenzó a moverse hacia el lateral contrario al que yo me encontraba, creando una capa de polvo que me confirmaba que hacía mucho tiempo que nadie entraba por allí. Abrí mis ojos, y una sonrisa idiota se instaló en mi rostro.

—O’Kennedy, te dejaría en pañales... —murmuré sin venir a cuento.

Durante un eterno rato avancé por lo que parecía el interior de la montaña, escuchando las constantes olas del mar chocar contra los muros de esta, hasta que, cansada, decidí darme un respiro ya que mis fuerzas comenzaban a flaquear. No era el mejor día de mi vida, y demasiados acontecimientos me estaban dejando fuera de lugar, todo eso, sin pensar en el motivo por el cual tenía que llegar al lugar donde me encontraba, por algo que nadie sabía.

Terminé el recorrido cuando el aire azotó mis mejillas, indicándome que había una salida al exterior a poca distancia de mí. Era un fragmento de la roca aislada que había quedado separada de lo demás, la misma que se veía desde lo alto de los acantilados, a la que se suponía que no se podía acceder, ya que no había nada. Miré el mar que se movía enfurecido cuando llegué a la salida, y me paré justo frente a ella. Me separaban muy pocos metros, pero estaba claro que solo tenía dos opciones; o me tiraba al agua intentando no ahogarme si había algún remolino, o sorteaba las rocas que, estratégicamente, parecían estar colocadas para llegar a la gran roca. Pensé en las posibilidades que tenía y, finalmente, me decanté por andar sobre ellas hasta llegar a mi fin. Contemplé el mapa durante unos instantes, dándome cuenta de que en él se dibujaba una especie de entrada al pasar la última piedra, pero al enfocar el punto en cuestión con mi linterna no vi nada.

Coloqué el pie en la primera, momento en el que la ola me golpeó con fuerza y casi caigo al mar. Mantuve el equilibrio lo mejor que pude, prosiguiendo con mi paso hasta que una a una llegué al final. Noté el frío calar mis huesos, pues me había empapado del agua que salpicaba a mi alrededor y de la ola que casi me derrumba, y cuando mis pies tocaron la tierra de la entrada a la roca, suspiré. A toda prisa alumbré a la misma posición que antes, viendo que estaba la entrada que indicaba. No lo dudé y encaminé mis pasos hasta que tuve que agacharme para introducirme en el interior.



Doblé mi espalda y cuando salí, tenía la altura perfecta y buen trecho hasta llegar a lo que parecía un pequeño lago creado dentro de la montaña aislada. Focalicé el mapa por enésima vez, grabando en mi retina el punto exacto que mostraba, y me dirigí hacia allí metiendo mis pies en el agua, que me llegaba a la altura de las rodillas. Anduve unos cuantos pasos hasta colocarme en medio de unas cuantas rocas más que había sobresaliendo del lago, y contemplé la pared de piedra.

—A ver, a ver... —murmuré.

Paseé mis dedos por la pared, siguiendo las indicaciones del mapa que decían: Dos a la derecha, tres arriba, señalado con flechas y una especie de palitos. «Junto a la roca más alta», eso estaba escrito. Lo miré sin entender una mierda, pero no cejé en mi empeño y visualicé lo que tenía delante de nuevo.

—Muy sencillo —renegué con ironía.

Observé las dos rocas que había bajo mis pies, dándome cuenta de que ambas eran de la misma estatura, ¿para qué tanto lío? Moví mis hombros con indiferencia y, sin más, hice lo que las instrucciones dictaban con la roca de la derecha. Sin explicación alguna, un leve sonido resonó en la sala y cuando creí que la pared se abriría o de alguna forma encontraría lo que estaba buscando, el agua empezó a subir a una velocidad vertiginosa. Me giré para ver qué estaba sucediendo y comprobé con mis propios ojos que comenzaba a elevarse de una forma imposible. ¡Era una trampa!

Con agilidad me volví y busqué la misma posición que antes, pero no me dio tiempo puesto que las rocas ya estaban cubiertas y no sabía el punto exacto en el que se encontraban los picos de cada una. Me moví nerviosa en mi posición, notando el agua alcanzar mi pecho, y palpé con mi mano todos y cada uno de los resquicios de la pared sin encontrar nada. Se me acababa el tiempo y no tenía forma de averiguarlo.

Seguí intentándolo sin descanso, hasta que mi pie resbaló debido al agua que cubría mi cuello ya, y caí irremediabilmente en el interior de esta. Saqué la cabeza para tomar una bocanada de aire, pero fue apenas predecible ya que me tapó la cabeza por completo en cuestión de segundos. Bajo el agua meneé la linterna como pude, divisando la roca que había en el otro lateral, y fui hasta ella sintiendo que la respiración me fallaba cuando las burbujas comenzaron a salir de mi boca. Toqué la pared siguiendo las indicaciones anteriores, momento en el que mi cuerpo se quejó debido a la falta de oxígeno. Al tocar la última parte que indicaba en el mapa, la pared se hundió hacia

dentro y una especie de caja pequeña asomó por ella. La sujeté con fuerza, pero al intentar salir a la superficie, noté un leve mareo que se apoderó de mí impidiéndome continuar.

Abrí la boca sin ser consciente de ese acto, y esta se me llenó de agua al igual que mis pulmones. Empecé a asfixiarme de tal forma que la vista se me nubló, momento en el que noté que algo o alguien tiraba de mí hacia el exterior. Cerré los ojos con fuerza sintiendo que mi cuerpo se desplazaba a gran velocidad, por lo que aferré el mapa y la caja a mi pecho, hasta que el aire golpeó en mi cara y una terrible tos se apoderó de mí al salir al exterior.

Caí en el suelo por el que minutos antes había pisado, llenando mi cuerpo de tierra que rápidamente se convirtió en barro. Tosí descontrolada, tratando de normalizar mi respiración mientras el agua salía sin cesar de mi boca, y giré mis ojos cansados hacia la derecha donde acababa de ver una sombra.

La persona que estaba allí no era el guarda de seguridad. Persona que era la que menos me importaba por aquel momento.

Era Cathal.

Mi pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo, al igual que el suyo dadas las circunstancias. Sentí sus penetrantes ojos clavarse a fuego lento en mi retina, sin explicación a qué demonios estaba haciendo allí. La misma duda que creó en mí al verle en el mismo sitio en el que me encontraba, ¿me había seguido? Estaba claro que sí. Sin tiempo que perder, y aún sin recomponerme del altercado, volví mi atención a lo que tenía entre mis manos y abrí la caja pulsando un simple botón que tenía debajo de un cerrojo postizo, donde la tapa se alzó. Miré el interior sin poder creerme lo que estaba viendo, y saqué de ella un trozo de papel parecido al mapa que, en ese momento, estaba hecho trizas sobre mis piernas por la cantidad de agua que tenía sobre él.

Querida Taragh,

Te preguntarás el motivo por el cual has tenido que llegar hasta aquí, ese motivo es la preciosa joya que alberga en su interior, la misma que pertenece a nuestra familia desde hace generaciones. Si estás leyendo esta carta es porque yo no podré entregarte dicho tesoro y, aun sintiéndolo con todo mi corazón, espero que sepas darle el lugar que le pertenece junto a ti.

Cuando tengas hijos, tendrás que dejárselo de tal manera que nadie pueda robarlo jamás, y tus hijos deberán hacer lo mismo con sus descendientes. Es muy importante que continuéis con la tradición, puesto que este tesoro es el verdadero, el que nunca nadie debe descubrir ya que, de ser así, te lo arrebatarían de las manos y lo venderían como una simple baratija en cualquier mercado negro, o peor. Y cuando me refiero a nadie, es nadie. Solo tú debes saber de la existencia del broche de Tara.

No busques un valor más allá de este, o un motivo distinto, ya que si durante años lo hemos estado haciendo de esta forma es por el valor sentimental que contiene y el que nunca se debe de perder. Sé que no te he demostrado lo suficiente en vida, y créeme que estoy arrepentido, pero espero que entiendas que todo lo que hemos hecho solo ha sido para protegerte de la única familia que te queda.

*Is breá le do thuismitheoirí tú.* (Tus padres te quieren).

*Aire a thabhairt air.* (Cuida de él).

El papel resbaló de mis manos, mis ojos se mantuvieron fijos en un punto sobre la tierra y noté que una lágrima resbalaba por mi mejilla hasta terminar en mi cuello. No conseguí moverme, y la persona que tenía a mi lado tampoco hizo intención de hacerlo. Volví mis ojos hacia la joya que tenía entre mis manos y cerré la caja con delicadeza, sin querer mirarla ni un instante.

¿Por una reliquia me había quedado sin familia? ¿Era eso lo que quería decir en realidad aquella carta? No entendí a qué había venido lo de protegerme de la única familia que me quedaba, pero mi mente comenzó a funcionar a mil encajando las piezas que aún tenía sueltas, y el rostro de mi abuelo apareció sin venir a cuento.

De reojo, aprecié la figura del tirano que tenía a mi lado, sentado en la misma posición que yo, tratando de normalizar su respiración después del esfuerzo. Notando mis piernas temblar, me levanté del suelo sujetando con fuerza la caja y encaminé mis pasos hacia la salida sin mirar atrás.

—Taragh...

La voz amenazante de Cathal resonó en toda la montaña, pero seguí con mi paso firme. Atisbé el recorrido que tenía que volver a hacer, e inevitablemente resoplé al ser consciente de que mi cuerpo no aguantaría mucho más con semejante cansancio. Escuché sus pasos aproximarse de manera firme a mí, momento en el que su mano aferró con fuerza mi muñeca para girarme antes de llegar a la salida. Lo fulminé con la mirada de malas formas, y me solté de su agarre con brusquedad, tocando la zona afectada que tenía dolorida por su culpa ese mismo día. Sus ojos se desviaron hacia el mismo punto y la aparté antes de que continuara con su escrutinio.

—¿Vas a atarme a cualquier roca también? —Bufé cabreada, pegándome a su rostro.

No contestó.

Tampoco supe lo que vi en sus ojos, pero no me importó. Me giré hecha un basilisco, encaminando mis pies en dirección a las rocas que separaban ambas

montañas y, antes de poner uno en la primera, este me giró de nuevo para enfrentarme.

—¿Qué haces aquí?

Me intenté soltar de su agarre sin éxito, zarandeando mi mano aun haciéndome daño. No me importaba. Ya nada lo hacía. Había comprobado de primera mano que, por mucho que me amase, por mucho tiempo que pasase a su lado, siempre seguiría siendo el mismo tirano sin sentimientos que un día conocí.

—¡Déjame en paz! —grité rabiosa. Le di un fuerte golpe en el pecho con la mano que sostenía la caja—. ¡¡No tengo que darte explicaciones!! Está claro que a ti —le señalé de malas formas—, te importa bien poco donde me quede y de qué manera. ¡Así que vete a la mierda!

Me dejé la garganta vociferándole esto último, en el instante en el que una enorme ola impactaba contra el acantilado, haciendo que más agua cayese sobre nosotros, y no caí al suelo dándome de bruces gracias a que su mano me sujetó de la cintura. Me solté de su agarre viendo cómo me contemplaba sin decir ni una sola palabra y, sin más, giré sobre mis talones volviendo a hacer el mismo recorrido.

Subí las escaleras con urgencia, notando que mi pecho subía y bajaba a una velocidad desmedida, sintiendo cómo me pisaba los talones mientras llegaba al exterior de la torre. Al abrir la puerta, bajé los escalones que separaban ambas puntas del acantilado y llegué hasta la cabina donde el guarda seguía durmiendo como minutos antes. Lancé las llaves de malas formas a la entrada de la caseta y continué mi paso hacia el prado verde en dirección a mi hogar.

Cathal me seguía en un silencio abrumador, un silencio que yo sabía lo que significaba. Tenía muy claro el contenido de aquel cofre que guardaban mis manos como el mayor de los tesoros, y no estaba dispuesta a seguir una disputa con él por una simple reliquia que, en realidad, para mí no valía nada, o por lo menos en el aspecto sentimental, tal y como había dicho mi difunto padre en aquella carta. Abrí la puerta de mi casa con brusquedad, haciendo que esta chocara con la pared creando un enorme quejido que llenó la estancia. Llegué hasta la mesa central, sintiendo su presencia en mi espalda, y también supe que sus ojos no se despegaban de mí. Apoyé ambas manos en la madera tomando una gran bocanada de aire que me llenó los pulmones. Podía notar el agua recorrer todo mi cuerpo hasta terminar en la moqueta de la casa, pero no me importó ese pequeño detalle, ya que no estaba en disposición de

pensar en otra cosa que no fuese en el hombre que tenía detrás de mí, el hombre que no pronunciaba una sola palabra, y el cual aparentaba un aspecto serio y temerario como nunca.

Quería el broche. ¡Claro que lo quería! Ese era el motivo y, aun sabiendo los sentimientos que, supuestamente, tenía por mí, me dejé llevar por la rabia. No lo puse a prueba, pero también era cierto que sabía qué decisión tomaría al escuchar mis palabras.

—Tenías que haberme matado el primer día que te diste cuenta de que no te servía para nada. Me hubiese ahorrado mucho. Siempre he sido un estorbo para ti. —Suspiré, mirando el cofre sobre la mesa—. Nunca me has valorado como persona, y mucho menos como mujer. —Oí un gruñido por su parte. El mismo que ignoré—. Durante todo este tiempo has estado conmigo solo por el broche, lo sé —ese detalle me dolía más que a nada en el mundo, pero no iba a demostrárselo—, aunque también sabías que no lo tenía. Tenía, en pasado — recalqué.

El silencio se hizo evidente, mientras trataba de ponerme la máscara más fría y demoledora que jamás hubiese tenido con O’Kennedy. Tragué el nudo que subía por mi garganta antes de girarme para encararme a él, y una vez lo hice, pude ver sus hermosos ojos fijos en mí, analizándome por completo, esperando a que continuara para saber cuál sería el paso que daría. Suspiré y, activa, lo reté con la mirada.

—Espero que con esto —señalé la caja aun sabiendo que no cumpliría con la última voluntad que mi padre me había pedido—, pueda pagarte todos estos años de sufrimiento —apreté mis dientes—, todas las veces que me has tenido que aguantar a tu lado, todos mis desperfectos, e incluso todas las veces que has tenido que mentirme inventándote patrañas sobre que me amabas y forzándote a ello.

Su gesto cambió, pero no lo mostró. Lo que él no sabía es que yo le conocía lo suficiente, había tenido muchos años para analizar todos sus gestos y sabía que mi comentario le estaba llegando a lo más profundo de su alma. Le dolía. Y me sentí miserable por decirle aquellas cosas, cuando en realidad, lo que deseaba era echarme a sus brazos y llorar sin parar hasta conseguir sacarle sentido a lo que acababa de descubrir. Obvié esos pensamientos antes de llevarlos a cabo, y continué viendo que sus ojos no se desviaban ni una milésima a la caja, sino que seguían fijos en mi rostro.

—Solo te pido que me dejes la carta que hay dentro, y la caja. Por lo

menos hasta que consiga poner en orden mis pensamientos —callé unos segundos—, o quizá para recordar de una manera u otra una pequeña parte de la familia que nunca tuve.

Siguió paralizado en la misma posición, y encaminé mis pasos hasta el baño, pero antes de entrar me detuve.

—Puedes tirar todas mis cosas. No quiero nada.

Tragué la amargura que sentí, intenté no ponerme a llorar como una niña pequeña al saber que, en cuestión de segundos, cogería el broche y se alejaría de mí. Con suerte no me mataría y podría intentar vivir una vida sin él.

«Solo intentarlo...», pensé. «Siempre te quedará la muerte...», me dijo mi mente.

Solté el aire contenido, demostrando la debilidad que sentía y rogué a todos los dioses, si es que alguno estaba de mi parte, para que se acercara y me refugiara en sus enormes brazos, dándome el calor que necesitaba o simplemente para escuchar un «te amo» de los labios que tanto ansiaba.

Pero no fue así.

Cerré la puerta del baño, momento en el que escuché que la caja se abría y, minutos más tarde, me imaginé que después de leer detenidamente el escrito, la puerta de la calle se oyó y desde la pequeña ventana pude ver que se subía a su coche y salía de allí dando un fuerte acelerón.

Maureen

En cuanto salimos de aquel dormitorio, nos paró el tal Marcelo y mi acompañante tuvo que pagar una cuantiosa suma de dinero por mis «servicios». Me miró de reojo, pero no dijo nada. Jamás pensamos que la Organización pagaría un polvo entre dos de sus trabajadores y menos en un prostíbulo. Todo aquello era demasiado bizarro. Pero, por supuesto, no diríamos nada hasta que no nos pidieran cuentas.

Al llegar a nuestra casa de Brooklyn ninguno de los dos quiso hacer ningún comentario al respecto y cada uno se encerró en su cuarto con tal de no vernos. Volví a darme una larga ducha y al llegar a la cama intenté dormir. No podía. Estaba tumbada de lado y tapada hasta las orejas, pero el frío no venía a mí, y mi mente no dejaba de dar vueltas a lo sucedido.

—¿Dónde estás? —llamé a Áine—. Esta noche que te necesito, ¿no piensas hacer acto de presencia?

Por lo visto ella no tenía intención de hacerme compañía en aquel momento.

—¿Qué me ha pasado? —Una lágrima comenzó a rodar por mi mejilla—. Me he dejado llevar. ¿Es eso malo? Te daría mil excusas, pero ninguna serviría. Había cámaras, nos grababan y debíamos interpretar nuestro papel. Pero yo no me resistí en ningún momento cuando podíamos no haberlo hecho. En ningún momento... —siseé de rabia repitiendo aquella última frase—. Le amo. —Traté de excusarme—. Amo tanto a Aidan que me duele el corazón el pensar que le he podido hacer tanto daño con este acto. Él jamás lo comprendería. ¿Cómo lo va a hacer, si ni yo soy capaz? He luchado tanto por él... que ahora parece que de nada sirve todo lo que he hecho. —Callé y lamí mis propias lágrimas que brotaban.

El silencio era sepulcral y la temperatura buena. Me incorporé en la cama y miré de un lado a otro del dormitorio. No se veía, ni sentía nada.

—¿Estás ahí?! —la llamé—. *Damn é! Cá bhfuil tú? Is gá dom duit!* (¡Maldita sea! ¿Dónde estás? ¡Te necesito!).

Volví a mirar de un lado a otro, pero no se oyó nada. Hasta que alguien llamó suavemente a la puerta con los nudillos.

—Maureen. —Era Hayes—. ¿Estás bien?

—Sí, vete —le ordené.

—¿Estás segura?

—¡Te he dicho que sí! ¡Déjame en paz!

Y no volvió a insistir.

Estaba enfadada, demasiado confundida, y la última persona a la que me apetecía ver en aquel momento era al causante de mi mal estar. Pese a que yo asumía toda la culpa.

El viaje de vuelta a Irlanda fue muy tranquilo. Ninguno de los dos quiso decir nada. El «hola», «buenos días» y las frases de cortesía en el aeropuerto fueron nuestras únicas palabras de contacto.

En cuanto llegamos a Dublín, agradecí a todos los dioses cuando nos dijeron que teníamos una avioneta esperándonos para volar a Cork. No soportaría pasar una noche más fuera de casa. Necesitaba volver allí. Tenía un asunto pendiente.

En cuanto el chofer del NMCI me dejó en la puerta de casa, respiré hondo. Ya estaba allí. Abrí a toda prisa y solté la maleta en el recibidor. No oía a nadie. Miré al fondo del pasillo y vi que la luz roja estaba encendida.

Bien, Aidan estaba trabajando allí dentro. Me quité la chaqueta con rapidez y me dirigí a la puerta. Intenté abrirla, pero me fue inútil. Estaba cerrada por el otro lado. Estaría demasiado ocupado y no querría que le interrumpiera. Llamé y no recibí respuesta alguna, así que volví a intentarlo y me pareció oír voces al otro lado. Mi insistencia fue devastadora y pude sentir los pasos agigantados y enfadados de él dirigiéndose a la puerta. La abrió y su cara fue de asombro en cuanto me vio.

—Hola —saludé y entré directa al estudio.

—Maureen... —No daba crédito a mi presencia.

—¿Estás solo? —Miré alrededor y al final del estudio vi a un chico vestido con un traje chaqueta y un abrigo.

—Estoy haciendo una sesión de fotos a este chico para...

—¿Podrías volver mañana? —Le pedí educadamente al joven.

El muchacho se sintió intimidado por mi actitud y no opuso resistencia alguna.

—Sí, claro. Si a Aidan le va bien, no tengo ningún inconveniente en volver



cuando él me diga.

—Eh... —El aludido se pasó la mano por la nuca y pensó—. Te llamo luego y hablamos, ¿vale? Y, lo siento.

La verdad era que iba a enfadarse por mi intrusismo, pero quizá quería guardar las apariencias delante de aquel chico que acababa de conocer y con quien estaba trabajando en unas fotos para un catálogo importante.

Aguardé apoyando mi trasero en una mesa, crucé los brazos y observé la escena: el joven estaba nervioso y se afanó todo lo que pudo en abandonar aquel estudio. Aidan lo acompañó hasta la puerta de la calle y a medida que se acercaba a mí, me fue examinando con la mirada.

—¿Se puede saber a qué coño ha venido eso?! —comenzó a gritar.

No le di tiempo a réplica. Me abalancé sobre él, le agarré del jersey con los puños bien cerrados y lo estampé contra la pared con todas mis fuerzas. Su cara de asombro era exagerada. Lo miré a los ojos y fui directa a comerle la boca con la máxima fuerza que me fue posible.

—Lo siento —le susurraba sin dejar de besarle—. Lo siento, lo siento, lo siento...

—Maureen... —jadeaba sin comprender, pero sin dejar de besarme con la misma intensidad que yo lo estaba haciendo.

—Es culpa mía. Todo ha sido culpa mía. —Seguía mordiéndole los labios con fuerza.

—Chss. —Intentó apartarme para calmarme—. Espera, tranquila.

—No, Aidan. Luego, te lo ruego. —Descendí mis manos a su cremallera del pantalón y a toda prisa la bajé.

No pudo resistirse. No le di opción. Tiró los instrumentos que tenía encima de la mesa al suelo y me subió en volandas sobre ella. En un visto y no visto se deshizo de mis pantalones y de mi tanga. Me pasó la mano por la boca y jadeé en cuanto sus dedos tocaron mis labios.

—Como no me embistas ahora mismo, no respondo —asegué.

—¿Es una orden? —sonó amenazante.

—Como esposa tuya que soy, sí, es una orden. —Fui rotunda mientras me deshacía de mi jersey, quedándome con el sujetador.

Miró desafiante mi boca y luego mis ojos.

—Pues lo siento. Por muy esposa mía que seas, vas a tener que esperar. Yo también tengo mis exigencias.

Me obligó a tumbarme en la mesa, acarició mis muslos y luego los alzó

hasta terminar posando una de mis piernas encima de su hombro. Mi sexo pedía a gritos socorro y mis manos fueron directas a su cabello para agarrarlo con fuerza. Bajó su cabeza y comenzó a besarme y a succionar mi sexo. No hacía más que contraer mis músculos. Aidan sabía hacer aquello como nadie en el mundo y por inercia subí mi otra pierna para posarla como su compañera. Alcé mi cadera por puro instinto y él no cesaba en su labor. Jadeé como nunca. Me estaba corriendo en su boca y él no quería parar. Levantó su cabeza y al mirarme, se puso serio.

—Baja de la mesa.

Aquello me confundió. No sabía si estaba excitado o enfadado. Obedecí y me puse de pie a su altura. Me acarició la cara con las dos manos y después con decisión las posó encima de mis hombros, me obligó a girarme bruscamente y a apoyarme a la mesa. Sus manos acariciaron mi cintura y mis muslos, para luego entrar en mí con una fuerte embestida. Aquello me provocó un jadeo seco. No me lo esperaba. Se recostó en mi espalda y me siseó al oído:

—Tú lo has querido.

Comenzó a embestir con tal fuerza que parecía que mi alma se me iba a salir por mi boca. Mis jadeos cada vez eran más sonoros y no sabía a qué lugar agarrarme. La mesa era muy grande y no había nada en ella. Él empujaba y empujaba. Parecía que no tenía fin. Yo ya había llegado al clímax y él daba la sensación de que no. Sabía que se estaba conteniendo, por mucho que lo disimulara. Sabía que era imposible, pero si me llegaban a decir que habían oído mis gritos desde la calle, lo hubiera creído. Hasta que no pudo más y dio un gruñido que le hizo recostarse sobre mí.

Jadeaba, pero me cogió los pechos con las dos manos y me besó la nuca de tal modo que hizo que las piernas me flojearan más si cabía.

—Me pasaría la tarde follándote en esta mesa —susurró.

Intenté recomponerme, pero me costó. Mi respiración era demasiado agitada y apenas podía articular palabra. Giré la cabeza y nuestros ojos se cruzaron.

—Aidan, yo... —Quise comenzar.

—Chsss. —Me tapó la boca con la mano—. No quiero volver a hablar de la discusión del otro día, jamás en la vida —me ordenó—. ¿Me has entendido?

Afirmé con la cabeza repetidas veces, sin dejar de clavar mi mirada en la

suya y, con mi cuerpo desnudo, me giré y lo abracé para arrancar a llorar.

Tenía demasiadas cosas que contarle y a la vez no podía. Me arrepentía tanto de todo lo sucedido en los últimos tres días, que quería borrarlo de mi mente.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... —no cesaba en repetirle mientras le abrazaba con fuerza.

Él simplemente se limitó a devolverme el abrazo y a acariciarme el pelo.

—Te necesito tanto, Maureen..., que me da miedo perderte.

—Jamás. —Le sujeté la cara con las dos manos y lo obligué a mirarme a los ojos—. ¿Me oyes? Jamás me vas a perder y nada ni nadie nos separará nunca. Soy solo tuya, que te quede claro.

\*\*\*

El día amaneció con un sol deslumbrante. Nadie diría que estábamos en Irlanda. En cuanto mi despertador sonó, alargué la mano para pararlo e intentar no despertar a Aidan que dormía con un brazo encima de mí. Habíamos tenido un reencuentro la mar de movidito. Apenas vi a mi hermano, a Cindy y a Briana, porque habíamos pasado el resto de la tarde en nuestro dormitorio. Llegó un momento en que llegué a sospechar de Aidan. Me refiero a que parecía como si leyera mi mente y supiera que le había sido infiel con Hayes. Pero aquella idea la deseché a medida que iban pasando las horas. Sus besos, sus caricias, sus gemidos y sus abrazos eran los de siempre. Es más, me atrevería a decir que más intensos incluso. Intenté apartar su brazo y protestó.

—Cariño, debo irme. —Le besé su extremidad que me tapaba el pecho.

—Mmm —protestó—. Quédate en casa.

—No puedo. Tengo que dar el parte del viaje. —Reí.

—Ven aquí. —Me atrajo a él y hundió su cara en mi cuello.

—Aidan... —fingí protestar—. Debo levantarme de verdad. Necesito una ducha rápida. —Al oír la palabra ducha alzó la cabeza de un respingo—. No, no, no. Ahora me ducho sola que ya te he dicho que debe ser rápida. Es más, tú puedes seguir durmiendo si lo deseas.

—No puedo. —Se incorporó fastidiado—. Hoy tengo que llevar a Briana al colegio. Los demás debían ir a no sé dónde.

—Pues si quieres —me acerqué a él del modo más sexy que supe—, puedes anular las sesiones que tengas para esta tarde y en cuanto vuelva, seré toda tuya.

—¡Júramelo! —pidió.

—Es una orden que me doy a mí misma, soldado —imité el tono del Capitán General MacKenna—. Es más, si quieres, en cuanto salga de la oficina te llamo y así no seré tan mala de darte una sorpresa —lo tranquilicé.

En cuanto llegué al NMCI todo estaba igual. Los soldados siguieron con la orden de saludarme al llegar, pero ya me daba exactamente lo mismo. No iba a discutir con nadie. Más que nada porque tenía las de perder y a ellos les podría costar una sanción.

Byrne estaba en el despacho de Duff y mi sorpresa fue que cuando llegué, Hayes ya estaba sentado frente a él.

Mentiría si dijera que hice como si nada. La verdad era que me costaba mantenerme serena. Hayes me intimidaba demasiado y no quería tenerle cerca. Mi sentido de culpabilidad era muy alto y no podía (no soportaba) estar junto a él.

Por lo visto Byrne no se se percató, aunque en realidad él no tenía constancia de nada, pero sí sabía que mi relación con Hayes había sido bastante irritante desde el principio. Por ahí se pudo salvar. Lo que no tenía claro era exactamente qué le había contado Hayes al jefe.

—Pasa, Maureen. —Me invitó en cuanto abrí la puerta—. Acabamos de comenzar la reunión. Hayes me ha dicho que no fue como esperabais.

—Así es. —Me senté mirando a mi compañero de reojo.

—Bien, comencemos. Explicaos —ordenó.

—Llegamos al lugar del encuentro. —Comenzó Hayes—. El tal Johnson apareció y Maureen entró tras él. Yo tuve que quedarme fuera esperando a que me enviara las fotografías de la sala.

—Maureen. —Byrne me dio paso.

—Así es. Entré, me recibió su secretaria y luego Johnson. Me presenté haciéndome pasar por prostituta española y referí a Castro en mi entrevista. No fue difícil convencerle. Será muy bueno en sus negocios, pero por lo demás, creo que es más tonto que un lápiz. Sus escoltas son diferentes. Ellos huelen los problemas a largas distancias.

—Entonces te cogió como prostituta.

—Sí. Aunque, sinceramente, si no llega a ser por un tal Sergei, hubiera probado su mercancía, o sea, yo, antes de exponerla.

—Ese Sergei ya lo tenemos en las fichas policiales. A lo que vamos, ¿visteis a Kellan?

—Ni rastro de él —lamentó Hayes.

—Pero a quien yo sí vi nada más entrar fue a otro irlandés muy conocido.  
—Sabía que Byrne conocía muchos detalles de la misión porque le íbamos informando cada dos por tres desde Nueva York, pero aquello se nos pasó.

—¿Otro irlandés? No me consta en la lista de los invitados a esa reunión.  
—Ojeó sus papeles.

—Pues yo sí lo vi con mis propios ojos en cuanto entré en el edificio a la hora acordada. En la puerta me crucé con Cathal O’Kennedy, pero él no me reconoció. Vamos, juraría que no. Me miró de refilón y no más.

—Imagino que uno de los mafiosos más grandes de Irlanda no podía faltar a la reunión. No tenía constancia de que también estaba dentro de esa mafia de denigrantes.

Torció el gesto, pero no supe descifrar qué era lo que le sucedía en realidad. Antes de poder seguir analizándole, continuó:

—O sea, que no hemos sacado nada en claro, ni tenemos un simple rastro del caldero. —Byrne se echó para atrás en su asiento, recostó el codo en el reposabrazos y se restregó los nudillos por la boca.

—Lo siento, señor —se disculpó Hayes—. Oí a los gorilas hablando de la reunión fuera en el *hall*. La verdad es que no tuvieron cuidado alguno. Yo era un simple cliente del local y ya está.

—¿Se te acercó alguien? —Byrne me preguntó—. Algún cliente, me refiero.

—Hayes tuvo que salir en mi auxilio —lo defendí—. Hubo más de un baboso, pero debía esperar órdenes de la *madame*. Mientras hablaba con ella, apareció Hayes y me quedé bebiendo con él. Me salvé por los pelos.

—¿Visteis algo raro? En el local, me refiero. —Esa vez miró a mi compañero directamente.

—No, señor —respondió.

—Hubo un momento, mientras estaba hablando con Hayes, noté un soplido en los pies y eso significaba algo, pero no llegamos a saber el qué. Subimos al dormitorio y permanecimos allí.

Me ahorré los detalles porque no pensaba decir nada a menos que él me preguntara. Byrne seguía con la misma pose y achicó los ojos a modo de prestar atención y pensar a la vez.

—Al cabo del rato, oímos voces en el pasillo y pudimos escuchar que decían que había un infiltrado —continuó Hayes.

—Le pedí a mi compañero que se pusiera debajo de las sábanas, por si

entraban —me adelanté tratando de calmar los nervios que sentía—. Y, efectivamente, llamaron a la puerta y la *madame* me ordenó que me fuera para casa. Nada más.

El silencio duró unos segundos. De repente Byrne saltó:

—¡Mierda! —Dio un fuerte manotazo a la mesa—. Esa sabandija se escurre como las serpientes.

A los pocos minutos alguien llamó a la puerta y automáticamente se abrió. Era el Capitán General MacKenna.

—¿Todo bien, Byrne? Me ha parecido escuchar un fuerte golpe y me he sobresaltado.

—Sí, Capitán. Estamos hablando de la misión, nada más.

—¿Les puedo ser de ayuda? —se interesó.

—No hará falta, pero se agradece.

MacKenna volvió a quedarse quieto en el marco de la puerta y nos miró esperando ser invitado para unirse a nuestra reunión. Pero al ver que ninguno daba el paso, desistió y se retiró.

—Caramba. Está a la que salta —opinó Duff, que hasta el momento no había abierto la boca.

—Sí. Tanta cortesía comienza a cargarme —se fastidió Byrne—. Bien, tenemos que dar con el paradero del caldero de la forma que sea.

Tragué el nudo que se instaló en mi garganta, al ser consciente de que Hayes me miraba de reojo.

Cathal

Junté mis manos apoyándome sobre mis codos en el escritorio de mi despacho, cuando Ryan entró. Lo miré desde mi posición y solté un largo suspiro cuando se posicionó delante de mí. Dejó un pequeño *pendrive* sobre la mesa, esperando mis instrucciones. Lo cogí con mis manos, moviéndolo como un demente, hasta que agarré mi vaso lleno de *whiskey* con fuerza y le di un largo sorbo que terminó con su contenido. Mis ojos se desviaron sin pretenderlo a la caja fuerte que tenía en uno de los cajones del escritorio, donde guardaba el broche de Tara. Había estado analizándolo en el sótano y, efectivamente, era el verdadero. No entendía cómo semejante tesoro había estado escondido durante no sabía cuándo años, y nadie había sido capaz de descubrirlo antes. La carta del padre de Taragh me puso más en duda sobre las artimañas de Andrew, cosa que no estaba dispuesto a pasar por alto, y ya estaba en marcha para averiguar más de lo que sabíamos.

—¿Dónde está? —pregunté con pesadez.

Pero no era ese precisamente el sentimiento que tenía, sino que las ganas por ir hasta ella y arrástrala de nuevo junto a mí eran las que prevalecían sobre todo lo demás. Pero no. Yo siempre hacía las cosas mal. Siempre me comportaba mal. Con ella. Solo con ella. Debí quedarme a su lado después del descubrimiento, no tenía que haber sido tan duro después de ver aquellas fotografías que me habían llevado al límite de la locura, sobre todo sabiendo el gran pánico que le tenía a los bosques, y más a quedarse sin aquella especie de pulsera roja que, según ella, la protegía de seres que jamás había visto, y que bajo mi punto de vista solo eran cuentos de niños y leyendas.

El día que la dejé en el bosque, le encargué a Ryan que trajese a uno de mis hombres, el mismo que había tomado las fotografías y el que me contó paso a paso lo sucedido en aquel aparcamiento de Dublín. No permití que se explicara, graso error por mi parte, como siempre. Ya que ella no le había besado, ni mucho menos, sino que él había sido el culpable de todo. Me enfurecí con mi hombre al preguntarle que por qué cojones no me había

contado todo lo acontecido, y no solo la peor parte, cuando se podía malinterpretar como había sucedido, y este, temeroso, se excusó diciendo que mis órdenes fueron estrictas: seguirla y ante cualquier circunstancia fuera de lugar, informarme. Obviamente, que tuviera un amante era una de las cosas que estaban dentro de esas circunstancias que no debían pasar. No sabía por qué motivo le había puesto un hombre que la siguiera a todos lados, ni siquiera tenía claro si ella era consciente de ello, pero era cierto que mis dudas siempre estuvieron ahí, y como tal, actué mal. Como siempre.

—En Moher, señor.

Elevé mis ojos que permanecían fijos sobre mis manos, contemplando a Ryan. No me pareció extraño que me llamase de esa manera, puesto que delante del resto de mis hombres tenía terminantemente prohibido llamarme por mi nombre, como solía hacer. Suspiré y cogí un cigarro mientras me echaba un buen vaso de la bebida amarillenta que reposaba sobre mi mesa. De reojo pude ver que Ryan torcía el gesto ante mi nueva pregunta.

—¿Qué hace?

Parecía un puto loco, un loco de verdad.

—Esta mañana ha salido. Ha ido a Knockevin, el pueblo de al lado, ha hecho unas compras y se ha vuelto hacia la casa. Allí la esperaba su amiga y el niño. Nada más, señor. El resto del día lo ha pasado en el interior de la vivienda, o sentada al borde del acantilado, como lo lleva haciendo cuatro días.

«Cuatro días sin ti...», pensé con debilidad.

Porque ella era mi talón de Aquiles, de eso ya estaba más que seguro. Sonreí al escuchar lo del acantilado, «tan demente como tú». No le temía a nada, pero sus palabras me hicieron tal daño que fui incapaz de reaccionar, ya que mis impulsos por matarla allí mismo dadas sus acusaciones dañinas que calaron en lo más hondo de mi ser. Vi que Ryan le hacía un movimiento de cabeza a uno de mis hombres para que saliese del despacho y, al cerrarse la puerta, este arrastró la silla aproximándose más a mí. Apartó la botella de la mesa, quitó mi vaso de malas formas y posó ambas manos en el escritorio con gesto ceñudo. Elevé mis ojos hasta su posición con mala cara, pero este no apartó su rostro huraño.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Bufó.

—No te pases. —Lo señalé con el dedo.

—¿Qué? ¿Te estás viendo? —Señaló la botella—. Cuatro días en los que



no sabes hacer otra cosa que beber, verla por fotos o preguntarme qué hace y qué no. ¡¿Por qué no vas a buscarla?! —se desesperó.

No le contesté, y eché mi cuerpo hacia atrás en el sillón, ignorando sus comentarios y centrándome en otras cosas. No podía seguir pensando en ella. No podía o se me terminaría de ir la cabeza.

—¿Sabes algo de Kellan?

Volvió a resoplar, esta vez con más fuerza.

—Contéstame —exigí.

Mi tono salió duro, y negó con la cabeza sin ser capaz de mantenerme la vista.

—Bien —me levanté de mi asiento—, tráela de vuelta, a rastras si es necesario. —Me miró perplejo, pero no le di tiempo a replica—. Voy a ver a un viejo amigo y nos marcharemos mañana mismo si todo sale como tengo planeado.

Me contempló desde su posición si moverse ni un ápice, cosa que hizo que el cabreo descomunal que llevaba aumentase como un torbellino. Alcé ambas cejas, interrogante, y sin darle tiempo a decir una sola palabra, vociferé dando un puñetazo a la mesa:

—¡¡Vamos!!

No se asustó, nunca lo hacía. Dio media vuelta lanzándome una mirada de desprecio y salió del despacho sin más. Caí de golpe sobre el respaldo de mi asiento, pasándome una mano por el rostro de manera desesperada. No di tiempo a mis pensamientos para que siguieran divagando por la susodicha, y me levanté en dirección a mi coche.

Unos minutos más tarde, llegaba a la zona del puerto de Dublín y entraba en las naves industriales donde se encontraba mi ansiado contacto. Al traspasar las puertas, me dirigí con paso firme hacia uno de los marines que había en la entrada, pero mi vista se desvió hacia otra persona que aparecía como caída del cielo ante mis ojos. Me sonaba de haberla visto alguna vez con él, Harry, creí que se llamaba. Para poder entrar en las instalaciones y llegar hasta el despacho de la persona en cuestión era necesaria la huella dactilar en cada una de las puertas hasta finalizar el recorrido en dirección a los subterráneos donde toda la Organización estaba escondida como ratas de cloaca. El tipo se giró, clavando sus ojos verdes en mí, creí que adivinando quién era, pero poco me importó cuando me encaminé hacia él.

—Harry, ¿me equivoco? —pregunté con seguridad.

—Ehm... —Dudó.

No le dio tiempo a contestar, pues mi pistola ya encañonaba su vientre. Descendió sus ojos hasta colocarse en el punto exacto, y noté que comenzaba a ponerse nervioso.

—Llévame hasta tu jefe. —Me miró sin saber qué hacer—. Ahora —sentencié.

Tragó saliva visiblemente, dando la vuelta para encaminarse hacia la primera puerta que accedía a la planta inferior. Me conocía los planos de la Organización de memoria, en una ocasión habían sido mis principales rivales al tratar de recuperar un tesoro que yo mismo robé, y tuve que ponerme al día con todo lo que les rodeaba.

—Las manos en alto con discreción, y no hagas ninguna gilipollez si quieres seguir vivo.

Mi tono amenazante hizo que elevara las manos lo suficiente, sin ser visto por los civiles que pasaban por allí de un lado para otro. Ajusté la gran mochila que llevaba a mis espaldas cuando resbaló por uno de mis hombros, instante en el que la primera puerta se abría.

Sin mediar media palabra, anduve con paso firme hasta que un oscuro pasillo se abrió ante nosotros y pude divisar el despacho del hombre que buscaba, al final del todo.

Al llegar, Harry empujó la puerta con cuidado, noté la histeria que le recorría, pero no hice ningún comentario. Visualicé el porte de Peter Byrne sentado en su sillón de despacho, justamente cuando elevó sus ojos hacía su hombre que lo miraba a punto de reventar.

—¿Se te ha olvidado algo, Ha...?

No llegó a terminar la pregunta puesto que di una zancada, entrando. Cerró sus labios en una fina línea, se levantó de inmediato de su asiento y me contempló desafiante. Chasqué la lengua al ver su tensión, e hice que Harry saliese del despacho con un simple movimiento de cabeza. Este miró a su jefe, que asintió sin mediar palabra. Cerré la puerta con pestillo para que nadie pudiera molestarnos, dejando en el suelo el preciado cambio que albergaba dentro de la bolsa.

Lo tenía todo controlado.

—¿A qué debo tu visita tan poco cortés?

Su tono irónico me hizo soltar una pequeña carcajada. Me giré en mi posición, arrastré una silla con chulería y me recosté en ella mirándole.

—Vamos, Byrne, siéntate. Tenemos que hablar de negocios.

—Yo no negocio con ladrones.

Hice una mueca de desagrado con mis labios, retomando la postura correcta en mi asiento. Apoyé mis manos sobre la madera, observándole con curiosidad.

—Estás más viejo —aseguré.

—Igual que tú. Los años pasan para todos por igual, O’Kennedy.

Su tono seguía siendo desconfiado, pero a la misma vez podía apreciar cómo me miraba con un extraño halo de luz que no supe descifrar.

El día que ambos nos juntamos en Limerick, intentando por mi parte robar la Espada de Nuada después del descubrimiento, y por la suya de devolverla a los museos y todas esas mierdas de las que tantas medallas se ponían en la sombra, tuvimos una gran disputa. Pero, como era de esperar, el malo siempre ganaba.

Siempre.

Byrne tuvo la oportunidad de matarme, de hecho, apostaría mi vida a que, si esa bala hubiese salido de su cañón, me habría atravesado la cabeza. ¿El motivo de por qué no lo hizo? Todavía lo desconocía, y ni siquiera sabía si tenía interés de saberlo en realidad.

—¿Cómo te va la vida? Llevamos —hice cálculos mentales— más de cinco años sin vernos. Por lo menos.

Apretó la mandíbula visiblemente. Se estaba cabreando, y yo me estaba divirtiendo a su costa.

—A qué has venido —recalcó cada palabra, exigiendo una respuesta más que preguntándola.

—A hacer negocios, ya te lo he dicho.

Dio un fuerte golpe en la mesa que resonó en todo el despacho, contemplando desafiante.

—Te repito que no hago negocios con mafiosos como tú. —Me señaló con desdén.

—Yo tampoco suelo hacerlos con mindundis que trabajan en vuestra —moví mis dedos en el aire buscando el apodo— secta —vacilé.

Ví que su pecho subía y bajaba a gran velocidad, e imaginé un enfado de los grandes.

—Venga —continué—, siéntate —esto último lo ordené en tono duro.

Alzó el mentón, resistiéndose a mi exigencia, pero, finalmente, lo hizo.

—Tengo muchas cosas que hacer para...

—Calla —le corté—, y préstame atención. —Esperó a que prosiguiera—. ¿Estás buscando el caldero de la abundancia, correcto? —No meneó ni un músculo, pero yo ya sabía que sí. Lo había investigado todo, hasta lo que menos se esperaba—. Bien, me robaron de mi casa en Malahide hace poco.

Sus ojos no escondieron el asombro.

—Pero qué...

—Déjame terminar, Byrne —lo interrumpí con un movimiento de mi mano—. La persona que se lo llevó es Kellan O'Flannagain, seguro que lo conoces —este asintió—, perfecto, menos cosas que explicar.

—Un mafioso como tú —rugió con malas formas.

—No. Un mafioso que no me llega a la suela de los zapatos, y un mafioso que voy a descuartizar cuando encuentre.

Traté de tranquilizar los instintos asesinos que me recorrían las venas, y respiré intentando que esa paz llegara a alguna parte de mi cuerpo, suavizando de nuevo mi tono de voz que había salido más macabro y temerario de lo que pensé. Byrne achicó los ojos en mi dirección al oírme, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—La cuestión de esta visita es muy simple.

El teléfono de su mesa sonó, supuse que el equipo que tendría que estar esperándome a la salida iba a ser de lo más movidito. Descolgó, no sin antes señalarme con uno de sus dedos para pedirme unos minutos. «Tan educado como siempre», pensé.

—Sí. Tranquila, estoy bien. Que todos vuelvan a sus puestos —ordenó a la persona que tenía al otro lado de la línea.

Sonreí con superioridad cuando este colgó el teléfono, mirándome.

—¿De qué te ríes? —Bufó.

—Que incómoda debe ser la situación en la que nos encontramos. Para mí no, obvio, pero tus hombres están temblando, no me cabe la menor duda. — Sonreí como un demente.

—Y ¿no es para temblar? —Arrugó el entrecejo con sarcasmo.

—Sí, claro. Por supuesto que sí. —Solté una pequeña risa que no le gustó y continué—: Como te iba diciendo, este hijo de la gran puta me robó el caldero en mis propias narices, y creo que sé dónde está.

Juntó las yemas de sus dedos de ambas manos, apoyándose en el respaldo del sillón. La tensión iba menguando, se notaba ligeramente. Achicó sus ojos

con más énfasis en mi dirección, hasta que hablé:

—¿Qué hacía una de tus chicas en el prostíbulo de Johnson en Nueva York?

—Eso no te incumbe —respondió tajante.

—Si no me cuentas lo que sabes, no podré darte la información que necesitas.

—¿Por qué ibas a querer ayudarme? Tú robas los tesoros de tu tierra para venderlos a cualquiera, yo los recupero para que eso no suceda.

—Lo mismo no los vendo y me los quedo, eso no lo sabes. —Chasqué la lengua para no darle importancia a ese detalle—. Byrne, la situación es más escambrosa de lo que te imaginas, y tendrás que asumir que tendremos que trabajar juntos si quieres recuperar todas esas piezas perdidas.

—¿Trabajar juntos dices? ¡Ja! —Rio de manera irónica—. ¿Tú te estás oyendo?

—Por supuesto —vacilé de nuevo.

Pegó otro puñetazo a la mesa, dándome a entender que no estaba de acuerdo con mis palabras.

—Jamás trabajaré contigo, O’Kennedy. Vete de mi despacho si no quieres que dé la orden de que entren en el despacho y te acribillen a balas.

Volví a recostarme en el asiento, cruzando mis manos y dejándolas sobre mi vientre, de manera retadora.

—¿Me crees tan estúpido como para venir aquí sin tener algo a cambio?

Arrugó su entrecejo sin entender a qué me refería.

—No eres plato de buen gusto para mí, Byrne —mi tono sonó tan rudo como estaba acostumbrado—. Si no llego vivo a mi casa en cuatro horas, cierta niñata pelirroja que tanto te importa recibirá un balazo en la frente. —Aprecié su tensión al referirme a la joven Maureen—. Sé que le tienes estima, te he investigado. Mucho.

Tragó saliva, alzó el mentón y me instó para que hablase. Tenía a cuatro de mis hombres controlando a la chica, si no daba señales de vida cuando llegase a Malahide, acabarían con ella y con todo el que estuviese a su alrededor.

—Vamos a hacer un trato, es muy simple y admito condiciones. —Lo miré—. La última ubicación que tengo del caldero es en Noruega, te daría las coordenadas exactas para que llegásemos al sitio. Sé que has estado buscando a Kellan en Nueva York, porque también has tenido un soplo de que él lo poseía.

Sus ojos me mostraron la sorpresa ante mis palabras, y yo sonreí con superioridad.

—¿Llegásemos? —preguntó con confusión, obviando el resto de la conversación.

Estaba claro que no quería darme más detalles de los necesarios.

—Por supuesto. Déjame terminar —rugí—. Yo te doy toda la información de la que dispongo, te quedas con el caldero cuando demos con O’Flannagain, y yo me quedo con él. Un pacto simple y justo. Además, ya que me pillas en un día considerado, te mostraré la última ubicación que tengo sobre la Lanza de Lugh, que está en el mismo sitio que el caldero, se supone, la que también dejaré que te lleves para que tu Organización se ponga dos medallitas gracias a ti y tu eficiencia en el trabajo —ironicé.

—¿Por qué quieres a O’Flannagain?

—Díganos que ha tocado algo que no debe.

—¿El gran O’Kennedy tiene sentimientos? No me lo puedo creer... —murmuró, arrogante.

—Eso no te importa. La cuestión es que ese es el trato, o lo tomas o lo dejas.

—¿Y si no lo acepto? —cuestionó.

—Muy simple. —Lo contemplé—. Te pego un tiro ahora mismo.

Rio, esa vez con sinceridad.

—Me estás dejando pocas opciones o, mejor dicho, ninguna. —Esperé con paciencia su respuesta, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti, y que todo esto no es una treta para que termines matándome a mí y a toda mi tripulación? Sin contar con que también te llevarías todos los tesoros.

Sonreí.

—Me conoces, sabes que nunca dejo ningún cabo suelto.

Me agaché, cogí la bolsa y la coloqué con cuidado sobre la mesa.

—Toma. Aquí tienes mi palabra, y tu medalla extra.

Con desconcierto se levantó de su asiento, colocándose frente a la oscura bolsa, la abrió y de ella sacó la ansiada Espada de Nuada, que aún conservaba en mi sótano escondida. La admiró varias veces, y pude apreciar cierto nerviosismo cuando se encaminó a por unos productos que guardaba en una de sus estanterías.

—¿Es la original? —Sí, estaba nervioso.

—Por supuesto.

Después de unos minutos en los que comprobó que no le mentía, elevó sus ojos hasta posicionarlos en mí de manera firme, pero también vi una tristeza que me descolocó.

—Hubieras sido un buen hombre en mis filas —se sinceró.

—Seguramente, pero a mí no se me apareció ningún dios, ni ninguna de esas mierdas que tenéis en la Organización, por lo tanto, elegí el bando malo.

—Sonreí.

Suspiró con pesadez ante mi tono arrogante y continuó inspeccionando la espada con minuciosidad. Sabía muchas más cosas de la Organización de lo que él se imaginaba, y los *dossiers* de información de los que disponía Taragh me mostraron básicamente muchas de las cosas de las que ya tenía constancia. Sin quitarle los ojos de encima y con un tono que apenas escuché, dijo:

—En este cambio no solo puedes quedarte con la vida de Kellan.

Sabía lo que iba a decir, pero no me importó. Solo tenía un objetivo, y era ese maldito cabrón.

—Después de cumplir tu venganza, porque eso es lo que quieres, ¿no? —Asentí con un breve movimiento de cabeza—. Tendrás que pagar por todos tus delitos. —Me miró sin mostrar ninguna emoción en su rostro—. Tendrás que ir a la cárcel.

Sonreí victorioso al saber lo que había conseguido. Sin más, pronuncié una palabra:

—Acepto.

Taragh

Agarré mis rodillas mirando el horizonte, viendo de reojo cómo Kathleen movía sus manos con nerviosismo sobre la tierra donde estábamos sentadas. El aire frío golpeó mis mejillas varias veces, mientras escuchaba las olas romper contra los acantilados. Era muy temprano, las ocho de la mañana, si no me equivocaba, hacía un buen rato que no miraba la hora, pero cuando salí al exterior apenas había un solo rayo en el cielo. Seguía sumida en mis pensamientos. En el broche, en la ausencia de Cathal durante cuatro días, en mi amiga, en mis padres... En mi abuelo...

—No consigo entender por qué motivo te confiaron tal cosa —murmuré, perdida en el abismo.

Rompí el silencio sepulcral con esa sola frase. Habíamos hablado del tema desde que encontré el hallazgo, pero no sacamos nada en conclusión. Al principio, ella no quiso saber qué era lo que contenía aquel mapa ni adónde llevaba, hasta que sin más remedio aceptó que le explicase todo lo acontecido hasta el momento. Se sorprendió al ser consciente de lo que el papel que había guardado durante tantos años contenía.

—Quizá porque era la única persona de confianza a tu alrededor. No lo sé, Taragh —sonó derrotada.

—Igualmente, tendré que hacer una visita a mi abuelo. Tengo que saber qué juego se trae entre manos. No me gusta. No me gusta ni un pelo.

No entendía a Andrew. Toda la vida ignorándome, otras veces mostrándome la dedicación que debía de haber tenido años atrás y otras olvidándose de que existía por completo. ¿Tan rebuscado era como para tener que estar engañando a la única persona que le quedaba? Mi cabeza era un completo desastre que no se encajaba de ninguna de las formas.

—¿A qué te refieres con el juego?

La miré durante unos instantes. ¿Qué más daba ya? Ella sabía que la estaban siguiendo, y si mis piezas no fallaban, estaba segura de que era porque la persona que ansiaba el broche sabía que mi amiga lo tenía, o por lo menos



alguna ubicación donde encontrarlo.

—¿Recuerdas que mi marido te pagó para que apareciese en ese encuentro?

Asintió, sin despegar sus ojos de mí.

—Todo era un plan premeditado por parte de mi abuelo.

Abrió los ojos en su máxima expansión al escuchar mis palabras, sin poderse creer lo que le estaba contando. Asentí bajo su rictus asombrado y volví mi vista hacia el acantilado, buscando la paz que no llegaba. Sin darle tiempo a continuar, le expliqué la conversación con todos los motivos y sin dejarme un detalle, que tuvimos Cathal y yo sobre Andrew. Achicó los ojos sin entender por qué mi abuelo había organizado todo aquello.

—No tiene sentido... —susurró más para ella que para mí.

—No, no lo tiene, pero se lo encontraré.

Mi tono firme hizo que elevara sus ojos hasta colocarlos en mi perfil. Escuché un frenazo a mis espaldas, y no me hizo falta girarme para saber de quién se trataba, ya que, con el simple rugido del motor, sabía a quién pertenecían esos vehículos.

No era él.

No había venido.

Elevé mis ojos cuando unos pies se detuvieron a mi lado, y de reojo pude ver cómo Kathleen le devoraba con la mirada. Le gustaba, de eso estaba muy segura. Ryan la contempló de soslayo, devolviéndole una tierna sonrisa que me sobrecogió, ya que no sabía que él tuviese una faceta así. Era ceñudo y rudo, muy similar a Cathal, solo que en algunas ocasiones dejaba ver su corazón, pero solo en pocas.

—Taragh. —Movié sus ojos en mi dirección.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin levantarme de mi asiento.

Vi que dudaba, cosa que se le pasó de inmediato, me imaginé que al recordar algo de lo que su jefe le había ordenado. Carraspeó lo justo y necesario, ladeando su cabeza hacia la izquierda.

—Tienes que volver conmigo.

Ofuscada porque le enviase a él para que me recogiera como a la basura, me levanté de mi asiento limpiando la parte de mi trasero que se había manchado y conduje mis pasos con prisa hacia mi casa.

—Taragh...

No hice caso de sus palabras y pude apreciar un leve murmullo por parte

de mi amiga y de él, seguramente, pidiéndole ayuda. Se había ido, se había ido, ¡joder! Me había dejado en la casa sola, sin pedirme explicaciones, llevándose el broche, ¿y ahora quería que volviera? Me dieron ganas de gritar a los cuatro vientos que le dijera a su jefe que se fuera a tomar por culo y no volviese jamás.

—Por favor, no me lo pongas más difícil. Si no vuelvo contigo...

Me detuve en seco, mirándole con enfado.

—Kirt tendrá algo que comer esta noche, entonces.

Recordé a mi añorado león, y este puso cara de circunstancias al saber que sería capaz de hacer eso y mucho más. Avancé decidida, pero antes de que pudiera girar la llave para entrar, este posó una de sus grandes manos en la madera, mirándome de forma desafiante.

—No voy a dejar que un león me coma. Por lo tanto, o subes al coche o vamos a tener que hacerlo por las malas —sentenció rudo.

Alcé una ceja al escuchar su tono, me giré completamente hasta quedar frente a él, crucé mis brazos a la altura de mi pecho y, pegándome a su rostro, escupí:

—Inténtalo.

No dudó ni un segundo en sujetar mi brazo con fuerza, tirando de mí hasta el coche más cercano. Mi amiga, que se encontraba a pocos pasos de nosotros, miraba la escena como si de una película se tratase, sabiendo que no tenía nada que hacer, pero cuando tuve la ocasión, le di un puntapié en el juego de la pierna, por detrás, y se le dobló la rodilla haciendo que su agarre menguase. Me giré como un vendaval, estampándome con otro de los hombres de Cathal, el mismo que me sujetó por la camiseta y empujó mi cuerpo hacia atrás con una sola mano. Era un auténtico gorila, pero no me importó y pataleé y di puñetazos en su cuerpo como pude hasta que, sin darme cuenta, Ryan tapó mi boca con una gasa y los ojos se me cerraron.

Un frenazo seguido de unos leves toques en mi cara me hicieron abrir los ojos. Focalicé la mirada penetrante de Ryan, la misma que me pedía perdón sin palabras por haber tenido que recurrir a su último recurso para sacarme de Moher. Lo miré con mala cara, abrí la puerta del coche y me bajé dando un fuerte portazo que resonó en todo el recinto. A grandes pasos, sintiendo que la rabia me quemaba las entrañas, entré en la mansión sin detenerme. Traspasé la entrada dirigiendo mis pasos hasta el despacho de Cathal, pero allí no estaba. Ryan venía tras de mí tratando de calmar mis humos que estaban por las nubes.

—Taragh, no empeores las cosas más, no es momento de...

Le corté.

—¡¡Cállate de una puta vez!! —chillé.

Lo aniquilé con mis ojos, volviendo a mi recorrido inicial, y subí los escalones de la mansión de cuatro en cuatro en busca del hombre que tan amablemente me había devuelto al sitio al que pensé no volver.

—¡Cathal! —grité dejándome los pulmones.

No escuchaba nada, pero no detuve mi paso y entré en su dormitorio y en todas las habitaciones que había en la planta superior. Recorrí el pasillo de una punta a otra, hasta que cansada de que ni se dignase a contestarme, grité en la entrada de la escalera bajo los expectantes ojos de Ryan.

—¡Cathal! ¿Dónde cojones estás?

Me hervía la sangre, me quemaban los ojos de la rabia e incluso podía sentir cómo me temblaban las manos de la ira que me recorría. Como si nada, la sombra de Sinéad apareció en la entrada detrás de Ryan y, con la cabeza gacha, murmuró con miedo:

—El señor está dándose un baño, señora.

Apreté mis puños asintiendo con mi cabeza lentamente, pero ella no me veía, pues seguía mirando las losas del suelo. Ryan tocó su brazo con delicadeza y murmuró que podía retirarse. Bufé tratando de calmar mis instintos asesinos, aunque no me dio tiempo a ello cuando ya me encontraba en dirección al susodicho baño. Abrí la puerta de la habitación con violencia, di unas cuantas zancadas sintiendo que temblaba y, cuando empujé la última puerta, ahí estaba.

Tan pancho.

Recostado en la bañera antigua, fumándose un cigarro y soltando el humo como si nada. Una de sus grandes manos reposaba sobre el filo blanco, mientras que la otra se llevaba de nuevo el cigarro a sus labios para dar una extensa calada. Cerré la puerta dando otro sonoro portazo y este alzó una ceja, temerario, girando sus ojos hacia mí. Solté todo el aire contenido, fulminándole con una sola mirada.

—¿Se puede saber por qué cojones has hecho que Ryan me traiga de esa forma? —escupí.

—No me grites.

Su tono de voz era tan pausado y normal que comenzó a crisparme los nervios. Vi que cerraba los ojos, colocando su cabeza en el filo de la bañera

con una chulería innata.

—¿¡Te piensas que soy un puto trapo o qué!? —Volví a dejarme la voz, y mi tono salió más rudo que la vez anterior.

Di dos pasos más para llegar a su posición, y antes de eso, cogí una pastilla de jabón que había sobre el lavabo y se la tiré dándole de pleno en el pecho. Su rictus se endureció y su cuerpo salió del agua sin pudor alguno antes de lo previsto. No me moví del sitio, ya que estaba a los pies de la bañera, cuando el agua caló mis zapatos enseguida. Crucé mis brazos a la altura de mi pecho, respirando con dificultad. Él, por su parte, no me apartaba sus cristalinos ojos ni un segundo, los mismos que me atravesaban sin que pudiera descifrar su significado. Alcé mi mentón para que viera que mi cabreo era considerable, pero no pude obviar que, de reojo, veía su esculpido cuerpo desnudo haciendo que se me secara la garganta, al igual que mi sexo comenzaba a martillarme.

Se juntó tanto a mi rostro que casi su frente tocaba la mía. Su aroma inundó mis fosas nasales y noté que mis nervios afloraban con más fuerza, solo que esa vez no era por el enfado, sino por el deseo.

—No vuelvas a hablarme así —recalcó letra a letra la frase.

Sin tiempo a pensar, mi mano se estrelló contra su mejilla izquierda, pero este meneó el rostro lo justo y necesario. La zona comenzó a tomar un color rojizo, y me envalentoné más todavía.

—¿Vas a arrastrarme del pelo también? ¡Di! ¿Vas a zarandearme como si no valiese una mierda? —Puse la palma de mi mano en su duro pecho, empujándolo con fuerza—. ¿O vas a llamar a tus hombres para que vengan a salvarte? —Empujón—. ¿Por qué no me contestas? ¿Ahora te doy miedo? —Esta vez se lo di con las dos manos, las mismas que tenía mojadas de tocarle.

Sus ojos me fulminaron y, antes de que pudiera apartar las manos de su pecho, las sujetó con fuerza juntándome a él. Apresó mis muñecas ejerciendo presión, sin dejar de mirarme en ningún momento. Su forma de escrutar me era distinta, no había rabia por lo que le había hecho, sino una tranquilidad aplastante que me dejó fuera de lugar.

—¡Suéltame! —siseé entre dientes, sin obviar mi tono elevado.

Sonrió como un puto psicópata mostrándome su perfecta dentadura blanca y, a continuación, estampó su boca sobre la mía. No se lo permití. Cerré mis labios en una barrera que él se empeñaba en romper y cuando intenté apártame, su mano libre atrapó mi nuca para presionarme con firmeza. Noté mi

sexo empapado de mi propia humedad, al igual que sentí su dureza en vientre. Seguí luchando por separar su boca de la mía, pero fue en vano, ya que cuando menos me lo esperaba estaba cediendo a sus besos, permitiendo que su lengua se enlazara con la mía y restregándose contra su cuerpo de forma lasciva.

Sin darme cuenta mi cuerpo giró en sentido opuesto, quedando encajada entre el mármol del lavabo y su temible figura. Arrastró sus dientes con brusquedad tirando de mi labio y se alejó de él, posándose en mi cuello con bestialidad. Arqueé la espalda cuando una de sus manos tocó por encima de la tela de mi camiseta mi pezón derecho, mientras que con la otra libre desabrochaba mi pantalón y lo descendía junto a la ropa interior, creando un remolino a mis pies. Me descalcé en un abrir y cerrar de ojos y, de un puntapié, tiré la ropa al otro extremo de la habitación, sintiendo sus manos recorrer mis costados hasta llegar a mis caderas donde estrujó con saña. Me dio la vuelta con violencia, haciendo que mis manos se posaran sobre el mármol blanquecino, tiró de mis caderas hacia atrás y, sin dilación se incrustó en el fondo de mis entrañas haciendo que un grito ahogado saliera de mi garganta.

Era bestial, implacable y rudo como el que más. No tenía fin, y en sus ojos pude ver, a través del espejo, la locura que comenzaba a desencadenarse en cada embestida que daba en mi interior. Me dejé hacer escuchando sus gruñidos y, en un momento dado, agaché mi rostro cubriéndolo con mi pelo cuando las oleadas de placer se intensificaron. Este agarró mi mentón con dos de sus dedos, elevándolo hacia el espejo para que le mirase a través de él. Los jadeos me ahogaban, pero los latigazos de placer eran más notables que todo lo demás. Contuve la respiración cuando mi cuerpo comenzó a temblar en el instante en el que su boca se colocaba de manera estratégica cerca de mi oído.

—No me niegues un beso nunca más —murmuró ronco.

—Te negaré lo que quiera —le reté, apenas sin aire.

—Soy tu marido —sentenció con fiereza, dando una embestida más bruta que todas las anteriores.

Con mi trasero lo impulsé hasta que se separó de mí y, posicionando una mano en su pecho lo empujé como una salvaje hasta que cayó sentado sobre la taza del inodoro. Me coloqué a horcajas sobre él, dispuesta a terminar con la tensión y el sufrimiento que mis sentidos tenían al no ser liberados, y sujeté su cabello con una fuerza desmedida.

—Para ser mi marido te ha importado bien poco no saber de mí en cuatro

días.

Mis palabras quemaban, y sus ojos me lo hicieron saber cuándo me contemplaron con arrepentimiento, el mismo que no estaba dispuesto a verbalizar. Me moví con maestría sobre su miembro, notando cómo se deslizaba dentro y fuera de mí, sin descanso. Sus manos me aferraron la cintura ejerciendo una presión desmedida, y en el momento en el que sus dientes se clavaron en uno de mis pezones, grité. Me dejé llevar por la oleada de placer arrolladora, sintiendo que me fallaban las piernas sobre él y, con su ayuda y unas cuantas embestidas más, culminó en mi interior rugiendo como un león.

Con la respiración alterada, me levantó depositándome en el suelo, se separó de mí y, casi sin aliento, ordenó:

—Tienes veinte minutos para darte una ducha y hacer la maleta. Nos vamos.

Con su semblante serio y temible salió del baño dejándome confusa por su forma de actuar. ¿Es que nunca iba a ser una persona normal?

No. Parecía que no.

Veinte minutos.

Ni uno más, ni uno menos.

Ese fue el tiempo que tardó Cathal en aparecer por la puerta de mi habitación, coger de la cama la maleta que acababa de terminar de hacer y encaminarse hasta mi posición, donde con un simple gesto me indicó que avanzase hacia la salida sin decir ni una sola palabra.

Me subí al coche con la incógnita en mi rostro, y solo vi que nos acompañaba Ryan. Ninguno de sus hombres. Lo miré de reojo cuando se sentó en el asiento del copiloto y me atreví a preguntar:

—¿Puedo saber adónde vamos?

Mi tono salió más agrío de lo que pretendí, pero me dio igual. Esperé con paciencia, la poca que me quedaba, a que contestase a mis dudas, y este soltó un suspiro que llenó el ambiente mientras nos dirigíamos a la salida.

—A Noruega.

Arrugué mi entrecejo y como pocas veces hacía, me explicó las cosas sin tener que preguntárselas mil veces.

—He cerrado un trato con Byrne. Creo que no lo conoces, pero es el jefe de la pelirroja que tan bien te cae. Ella me imagino que nos acompañará. — Torcí el gesto al escuchar sus palabras, pero continuó—: Vamos a entregarle

los tesoros de Irlanda.

Achiqué mis ojos, sin llegar a comprenderle.

—Pero... tú no los tienes. Solo la espada —aseguré.

—La espada se la entregué ayer para cerrar el trato y que de esa forma confiase en mí.

—¿Por qué ibas a querer entregarle todo eso? —pregunté con más confusión todavía.

Sabía quién era el hombre del que me hablaba, había visto los apuntes que eran incluso de él en el cuaderno que me entregó Pádraigín en su día, aunque nunca lo había visto. Era el jefe de la Organización, y ya estaba más que empapada de todo aquel tema, pues con eso mismo fue con lo que chantajeé a Maureen cuando pensaba que tenía el broche.

—Porque si lo hago nos pagarán una suma de dinero tan grande que no será necesario seguir dedicándome a ello. Así que vamos a Noruega, recuperamos el caldero y la lanza, que también está allí, y nos volvemos a casa.

Me quedé sin palabras, sin saber qué decir y qué no. No lo entendía. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? Si quisiera se podría retirar de la misma forma, era una excusa completamente absurda para despistarme, de eso estaba segura. No lo contradije, pero supe que él era conocedor de que no me había quedado conforme con su explicación.

Un rato después llegamos al puerto de Dublín, donde pude leer perfectamente el nombre de Fomoré en uno de sus laterales. Cruzamos el embarcadero hasta llegar al puente que unía el suelo con el enorme arrastradero, y divisé con admiración lo que tenía delante de mí. Cathal pasó por mi lado, observándome de reojo y, con gesto huraño, dijo:

—Vamos. No tenemos todo el día.

Resoplé ante su comportamiento, siguiéndole sin mediar palabra. Poco después nos metimos en la cubierta, hasta que Cathal adelantó el paso entrando en el interior del barco. Pasamos por un salón gigantesco donde supuse que se juntaban todos para comer, y continuamos en dirección a un habitáculo que había cerca de este, donde pude apreciar otra sala de juntas con varias sillas. Este abrió la puerta con gesto serio, momento en el que me di cuenta de que no estábamos solos. Había cinco personas.

Entre ellas, la niña pelirroja.

Me contempló durante unos instantes, pero seguidamente desvió sus ojos hacia otra punta en la sala, en concreto hasta su jefe. Estaba claro que no le

apetecía para nada un viaje conmigo, pero lo que no sabía es que a mí tampoco me hacía especial ilusión. Todavía no sabía ni qué teníamos que hacer. Me fijé en su cuerpo, en su rostro más maduro de lo que recordaba, y sus manos que trataba de guardarlas por el pánico que la recorría interiormente al verme. Lo que tampoco sabía aquella pelirroja era que, seguramente, tendría las mismas agallas que yo y todavía no era consciente.

—¿Estamos listos? —preguntó Cathal con tono firme.

Ni buenas tardes, ni nada. La educación lo último.

—O’Kennedy —le saludó el hombre quizá unos diez años más mayor que mi marido, con grandes entradas en su pelo blanquecino y unas facciones marcadas y serias que no dejaban lugar a dudas sobre su cargo—. Me gustaría que conocierais a la tripulación antes de partir. —El aludido asintió sin abrir la boca—. Este es el capitán Moore. —Movi6 su mano hacia la derecha donde se encontraba un hombre con el pelo igual de canoso que el que estaba hablando, unos bonitos y redondos ojos azules y una estatura considerable. Creí que era más o menos igual de alto que Cathal—. Él es Jack —lo señaló, y el tipo en cuestión no me gustó ni un pelo. No tenía cara de buena persona como la dulce Maureen. Ese tenía más apariencia de avaricioso—, y ellos son los que os acompañaran en todo el trayecto; Maureen y Hayes.

Cathal no dijo nada, solo se limitó a asentir. El capitán Moore extendió su mano con una sonrisa en los labios, mi marido se la aceptó y se dieron un buen apretón. Después lo hizo con el siguiente y, seguidamente, con el resto de las personas. Cuando llegó mi turno avancé un paso delante del tirano que tenía a mi lado y me presenté.

—Yo soy Taragh O’Kennedy, y él es Ryan Healy. —Miré a Ryan, que me agradeció el gesto.

—¿No tenías dos guardaespaldas? —preguntó el hombre del que todavía no sabía el nombre, pero supuse que sería Peter Byrne.

—Tenía. Tú lo has dicho.

El tono de Cathal fue áspero, y no supe por qué motivo, ya que el tipo en cuestión le había hablado de buenas maneras. Se notaba tanta tensión en el ambiente que podría cortarse con un cuchillo. El que parecía el jefe de la Organización dio un paso adelante y pude escuchar un gruñido proveniente de la garganta de Cathal. Contemplé sus ojos castaños posarse en mí con interés.

—Yo soy Peter Byrne.

Extendió su mano y la apreté con fuerza, dándole a entender que no era una



cualquiera y que se anduviera con ojo si lo que pretendían era tendernos una trampa, porque todavía no tenía claro qué hacíamos allí. Hice lo mismo con el resto de personas de la sala, hasta que le tocó el turno a la niña pelirroja. La miré por encima del hombro; ella me mantenía la vista sin dudar, pero no consiguió aguantarla lo suficiente como yo. Hice un breve movimiento de cabeza, a la vez que decía con pesadez en mi tono:

—Pelirroja...

Volvió sus ojos a los míos y me fijé en el intenso verde que entonces predominaba sobre su blanquecina y pecosa piel.

—Taragh...

Su tono de voz fue más bajo que el mío, momento en el que no tuve ninguna duda de quién era la que intimidaba a quién. Sonreí con chulería, fijándome en la persona que tenía a su lado, la cual había saludado antes. Era un hombre fuerte, de estatura normal, rubio, con unos ojos tan azules como los de Cathal, pero sobre todo atractivo a rabiar. Me contempló con gesto confuso, dándose cuenta de que ambas nos conocíamos de algo más que una simple presentación informal.

—Mediante las coordenadas que me pasaste —Byrne habló mirando a Cathal—, Maureen ha verificado el punto exacto al que tenemos que ir para encontrar el caldero, pero tengo que decirte que, finalmente, la lanza no parece estar en el mismo sitio.

«Vaya con la pelirroja...», pensé, viendo cómo Cathal arrugaba el entrecejo.

—¿Cómo se llama el lugar?

—Es... —miró unos papeles y arrugó el entrecejo antes de contestar— Trondheim, al norte de Noruega, cerca de los lagos de Vulusjøhytta.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Cathal con impaciencia.

—Más o menos podríamos llegar mañana a primera hora si partimos en unos minutos —esa vez la vocecita de Maureen resonó en la sala. Estaba segura de su trabajo.

Cathal asintió, momento en el que el capitán Moore nos indicaba la salida con una sonrisa en los labios para enseñarnos los camarotes en los que estábamos repartidos. Ryan se quedaba en uno justo a nuestro lado, y este le lanzó una mirada a Cathal de aprobación dando a entender que, si algo se torcía, estaría cerca.

Al abrir la nuestra me encontré con una estantería, una cama de una plaza y

media, como mucho, una diminuta mesita y un armario de una puerta. Reducido no, lo siguiente. Cathal me miró de reojo, lo mismo que lo estaba haciendo yo. La situación era cómica, pues con un hombre tan grande como él, en esa cama tendríamos que hacer malabares para entrar los dos. Me entraron ganas de reír a carcajadas cuando torció el gesto dando un paso al interior, pero reprimí esa carcajada, ya que todavía estaba resentida y cabreada por la forma de comportarse que había tenido conmigo.

—Un hotel de cinco estrellas en todo su esplendor —ironizó.

—A lo mejor te pensabas que te iban a dar el camarote del capitán —añadí con saña, pasando por su lado.

—Qué mínimo.

Dejé la bolsa en la cama y lo miré con mala cara, dado el ego que albergaba en su interior algunas veces. Alzó una ceja sin entender mi rostro y, cuando me dispuse a salir de allí, me agarró del codo para que no lo hiciese.

—Tenemos que hablar.

Me sorprendieron esas palabras por su parte, ya que no esperaba que fuese él quien diese el primer paso, lo que hizo que mi orgullo creciese más, si es que podía.

—Ahora no me apetece.

Me solté de su agarre con malas formas, cogiendo el pomo de la puerta.

—Y ¿cuándo se supone que tendrá ganas la señora O’Kennedy?

Me giré con chulería, lo miré por encima del hombro y salí de allí dejándole plantando en medio del camarote sin quitarme los ojos de encima. Mientras avanzaba por el pasillo sonreí de manera tonta al darme cuenta del gran palmo de narices que se acababa de llevar. Noté que el barco se movía y unas ganas terribles de vaciar mi estómago aparecieron sin previo aviso. No estaba acostumbrada a viajar en barco, y ya estaba empezando a darme cuenta. Llegué a la cubierta y me sujeté a la barandilla blanca tratando de no vomitar allí mismo. El aire movió mi pelo, momento en el que noté una presencia a mi lado. Moví mis ojos en esa dirección y me encontré de lleno con la niñata pelirroja.

—¿Qué miras? —pregunté con desdén.

—¿Te encuentras bien?

Su tono era preocupado pero serio, y no entendí por qué. Supuse que su personalidad no la dejaba ser de otra manera, ni siquiera ante sus enemigos. Porque tenía claro que yo lo era.

—Cómo me encuentre no te interesa, así que déjame en paz.

No se movió del sitio, y tuve que poner los ojos en blanco.

—Taragh... Vas... Yo... —titubeó, pero se mantuvo firme—. No encontré nada relevante sobre el broche, por lo menos algo que me confirmase que el que hay en el Museo Nacional del Irlanda no era el verdadero, y por eso no me puse en contacto contigo.

Asentí sin quitarle los ojos de encima. Pareció intimidada, pero aguantó mi vista como la mejor de las campeonas. Suspiré con pesadez, chascando mi lengua a la misma vez que dirigía mis ojos hacia el horizonte. El barco volvió a moverse indicando que ya zarpábamos, y su voz perforó mis oídos de nuevo.

—¿Vas... vas a contarle a Aidan lo que sabes? —dudó.

No contesté. Lo cierto era que comenzaba a ver a una chica que, en realidad, nunca había sido mi enemiga, sino que por circunstancias que ninguna de las dos pretendimos, se cruzó en mi camino. De una forma u otra, engañadas por distintas personas. Ella solo quiso salvar la vida de su ahora marido, yo solo quería saber dónde demonios estaba el broche, y vaya si no estuve equivocada...

—¿Tu silencio quiere decir que vas a volver a amenazarme? —preguntó, recelosa.

Tomé una larga bocanada de aire antes de contestar con un tono que ni yo misma reconocí:

—Estoy cansada de amenazar, Maureen.

Me pegué a la pared del camarote todo lo que pude y más. Así llevaba tres horas por lo menos, sin conseguir pegar ojo. No supe cuántas veces tuve que levantarme, saltando por encima de Cathal para ir al baño y vaciar toda la cena, si es que ya me quedaba algo. El barco me estaba pasando factura, y él ya me observaba con preocupación.

—Iré a hablar con Byrne, seguro que tiene algo para los mareos.

—No hace falta —renegué, pasando por su lado e inevitablemente, rozándome con su cuerpo.

Más bien con sus partes bajas...

Volví a mi posición original, en el instante en el que sentí su respiración tan cerca de mi cuello, que el vello se me erizó y un escalofrió me recorrió de pies a cabeza. No lo veía, pero sabía con certeza que estaba sonriendo. Suspiré por la incómoda situación que teníamos, siendo consciente que ninguno de los dos cogíamos el sueño por culpa de lo mismo.

—Dime la verdad.

No supe por qué motivo salieron esas palabras de mi boca, pero lo hicieron y él no contestó hasta pasados unos segundos.

—¿A qué te refieres?

Su tono varonil me traspasó las entrañas, calentando mis sentidos.

—¿Por qué estamos aquí? —Suspiró, pero no le dejé continuar—. Y no me vengas con el cuento de los tesoros porque no te creo. Un hombre como tú dando las cosas a cambio de dinero que no necesita. O’Kennedy, hay excusas mejores.

Sus manos se plantaron en mi cintura, obligándome a darme la vuelta para quedar frente a él. Era tan reducido el espacio que nuestras narices casi chocaban, y nuestras respiraciones se mezclaban las una con la otra cuando cogíamos aire. Sentí su miembro duro como una piedra en mi vientre, y tuve que mirarle con mala cara, él movió los hombros en señal de no saber controlarlo y bufé.

—No sé cómo actuar.

Arrugué mi entrecejo, dándome cuenta de que, finalmente, se llevaba la conversación a su terreno, algo a lo que no estaba dispuesta. Fui a abrir la boca, cosa que no permitió ya que habló antes.

—Siempre me comporto como un cabrón desmedido contigo, y no sé cómo actuar. No sé barajar las opciones que tengo antes de ponerlo todo patas arriba y luego...

Sus ojos, aun a oscuras, brillaban más de la cuenta, pues la pequeña luz de emergencia que había sobre la puerta de entrada así lo dejaba ver. Colocó su mano sobre mi mejilla, deslizando sus yemas por esta hasta que llegó a mis labios y los delineó con una ternura aplastante.

—¿Y luego qué? —pregunté en un susurro.

No sabía quién podía estar escuchándonos ni con qué fines, por lo tanto, había que ser precavidos ante cualquier conversación, y mucho más si era de nuestra vida privada.

—Y luego me arrepiento. Y tampoco sé disculparme.

—No, no sabes —aseguré.

Torció el gesto, pero supo que tenía razón, así que retomé la conversación mientras él continuaba con sus extrañas caricias.

—No me dejas explicarme, me sacas a rastras de casa, me atas a un árbol y luego apareces y te llevas algo que no te pertenece. Después mandas a tu perro faldero a por mí —arrugó el entrecejo cuando escuchó cómo me refería a Ryan —, y tú no eres capaz de venir a buscarme, pero sí de follarme en el baño en cuanto me ves. Todo tiene mucho sentido, Cathal —ironicé.

Me revolví incómoda al darme cuenta de su escrutinio, y este sujetó mis caderas con fuerza, pegándome a su cuerpo para que no pudiese separarme.

—Los celos me cegaron.

Cerré los ojos con fuerza. ¿Cómo no se había dado cuenta todavía de que era la única persona a la que amaba en el universo? Muy sencillo, porque todavía no se lo había dicho con palabras. Me contó que después del altercado, llamó a uno de sus hombres, el mismo que me hizo las fotografías, para que le explicase paso a paso lo que sucedió, y menos mal que no mintió. Asentí con la cabeza, atenta de sus explicaciones, hasta que llegó el punto en el que me ató en el árbol.

—No debí quitarte aquella pulsera roja sabiendo lo que significaba para ti, y tampoco debí dejarte sola en aquel sitio —añadió con voz neutra.

Pensé en contarle lo que me había pasado, pero decidí que si lo hacía

quizá me tratase por loca o algo peor, por lo tanto, me lo guardé para mí y seguí pensando en que todo habrían sido alucinaciones dada la histeria que sentí.

—No, no debiste. Pero como siempre, actúas antes de pensar. Y encima, me mandas a tus hombres para que me espíen, ¡genial! —ironicé, soltando un bufido.

—Eso solo me pasa contigo —murmuró ronco, obviando lo último que le había dicho.

Noté que sus labios rozaban los míos varias veces y miré sus ojos cuando sus manos se colaron por debajo de mi camiseta de dormir. Me estaba pidiendo perdón a su manera, porque no sabía hacerlo de otra forma, al igual que me pasaba a mí. Posó su boca sobre la mía, fundiéndonos en un beso lento y tierno que jamás esperé que saliese de él, hasta me sorprendí cuando me di cuenta de la urgencia que tenía mi cuerpo por frotarse con el suyo.

—No me ignores, dime la verdad —pedí en su boca.

Resopló. Bajó su mano hacía las bragas, que eran la única prenda que tenía aparte de la camiseta, y de un fuerte tirón acabó con ellas en sus manos. Elevé una ceja al ser consciente de su acto, momento en el que apartó el pantalón de su pijama, para después colocar mi pierna sobre su cintura.

—La verdad es la que te he contado, vamos a devolver los tesoros a Irlanda.

—¿Y... que —tuve que parar de hablar porque un jadeo salió de mi garganta al notar que se introducía en mí— ... más?

—Y, a cambio de eso, Kellan será mío.

Lo miré con mala cara.

—¿Necesitas a esta gente para poder encontrar su paradero? —me asombré, al mismo tiempo que me disgustaba.

Suspiré de placer cuando, enterrado en mí, comenzó a moverse con lentitud. ¿Qué estaba haciendo aquel demonio? No estaba acostumbrada a la faceta tierna de Cathal, y cada vez que la veía me asustaba.

—En este caso sí. —Escondió su rostro en mi cuello, aspirando mi olor—. El cabrón ha sabido esconderse bien.

—O sea que lo que estás buscando es vengarte de él.

Supe que ese motivo era yo, y no me gustó nada, pues eso le hacía débil sin que se percatase de ello.

—Sí —contestó escueto.

—Deberías olvidarlo —intenté que me escuchase, o por lo menos reducir el ansia de venganza por lo que me hizo.

—Le arrancaré la tráquea con mis propias manos —aseguró tan temible como de costumbre.

Y le creía.

Claro que lo haría.

Me explicó la conversación que tuvo con Byrne junto a todos los detalles pertinentes de su conversación y, cuando terminó me contempló para ver si tenía algo más que objetar. Al ver que no era el caso, las caricias lentas y pausadas se volvieron agresivas y salvajes cuando se colocó sobre mi cuerpo, donde embistió con la misma ferocidad que tanto le caracterizaba. Se suponía que esa era su manera de pedir perdón y la mía de aceptar sus disculpas.

A la mañana siguiente nos encontrábamos en el salón principal donde cenamos el día anterior, solo que esa vez el equipo al completo del mismo día que llegamos estaba en la misma mesa, excepto Moore, que seguía al mando del Fomoré.

—¿Estás mejor?

La voz de Maureen me sacó de mis pensamientos y tuve que poner los ojos en blanco al escucharla. No contesté, puesto que no sabía a qué venía tanto interés por preguntarme si me encontraba o no mejor, y lo cierto era que no me fiaba ni de mi sombra, o la vida por lo menos me había enseñado a ser de esa manera.

—Bajaréis a este punto. —Byrne señaló el mapa—. Yo me quedaré en el barco por si necesitáis alguna cosa desde aquí, y Maureen se encargará de guiaros hasta la cueva en la que, supuestamente, debe de estar.

—¿Has averiguado algo sobre O’Flannagain? —preguntó Cathal.

Byrne negó con la cabeza, y este soltó un bufido que se escuchó en todo el barco.

—De acuerdo, entonces será mejor que vayamos a prepararnos para salir cuanto antes —esa vez fue Jack quien habló.

Los ojos de su jefe se volvieron hacia él, y dijo en tono serio:

—No, Jack, tú te quedarás conmigo aquí. Bajarán Maureen y Hayes.

Pude ver la cara de desconcierto del tipo, pero no dijo nada, simplemente asintió y se sentó lo mismo que se levantó. Cathal y yo nos miramos de reojo, diciéndonos muchas cosas más de las que pensábamos.

—Ryan vendrá con nosotros también.

—No tengo ningún problema en eso, O’Kennedy. Ahora, Hayes os mostrará el almacén de donde podréis coger lo que creáis que sea necesario, y entonces saldréis.

Minutos después, los cuatro nos dirigíamos hacia los susodichos almacenes donde un mundo completamente distinto se abrió ante nuestros ojos. Había armas de todo tipo, trajes de buzo, de camuflaje, de todo a fin de cuentas. Cathal se lanzó de cabeza a por las armas de fuego.

—¿Necesitaremos eso? —preguntó Hayes a su lado.

—Nunca sabes qué puedes encontrarte, lo mejor es ir preparados —aseguró sin mirarle, mientras comenzaba a guardar cosas en una bolsa.

Miré de reojo a Maureen que, sin moverse del sitio, contemplaba la escena de mi marido y su compañero, los cuales estaban en un mano a mano armándose hasta los dientes con una conversación más que entretenida. Aquel tipo le caía bien a Cathal, y se le notaba.

Me acerqué con parsimonia a uno de los mostradores, sin quitarle la vista de reojo a la pelirroja que se mantenía en su posición, imaginé que sin saber muy bien qué hacer o qué coger. Cargué dos pistolas, cogí sus respectivos cargadores y enfundé un par de puñales en mi cuerpo, tapándolos con mi ropa. Agarré dos más, uno de menor tamaño y otro excesivamente grande, junto a un cinturón para la cadera donde podría encajar varias cosas perfectamente. Me di la vuelta en dirección hacia ella, y esta me miró con cara de horror. Alcé una ceja sin poder evitarlo.

—¿No pensarás ir sin nada para defenderte si se da el caso? —pregunté sin ironías.

—¿Ahora te preocupas por mí? —Arqueó una ceja, usando mi mismo tono el día que nos vimos en la cubierta.

Sonreí. Me gustaba su ironía, me gustaba esa picardía en sus palabras, pero sobre todo esa decisión que mostraban.

Me acerqué a ella hasta quedar a escasos milímetros de su rostro y, sin quitarle los ojos de encima, sujeté con fuerza el cinturón sobre su cadera, enfundé el puñal en un lateral y metí la pistola en la parte trasera de este. Elevé mi mano derecha, enseñándole el otro cuchillo más pequeño, moviéndolo entre mis dedos.

—Este guárdatelo en un sitio que no se te vea. En las botas, por ejemplo. —Se lo entregué.

Se agachó lo suficiente como para introducirlo en sitio que le había dicho y



elevó su cuerpo de nuevo hasta que se quedó frente a mí en la misma posición. Alcé la pistola con la misma mano y moví el seguro bajo sus expectantes ojos.

—Aquí quitas el seguro —hice el gesto de nuevo—, así lo vuelves a poner, y si llega el momento —moví la pistola, apuntando directamente a mi cabeza—, ¡pum! —Sonreí como una demente, haciendo un gesto exagerado con mi boca—. Disparas.

Tragó saliva visiblemente, observando la posición tan cercana que tenía el arma de mi sien.

—¿Y si fallo y se desvía la bala?

Solté una pequeña carcajada.

—Si quieres matarme —di media vuelta en dirección a la salida, y antes de marcharme, la miré—, inténtalo.

—Creo que me subestimás, Taragh. Quizás te llesves alguna sorpresa —susurró con una sonrisa ladina.

Le guiñé un ojo con complicidad y desaparecí de camino a la cubierta.

Pocos minutos después, nos encontrábamos los cinco atravesando los bosques llenos de rocas de Vulusjøhytta. El terreno parecía no tener fin. Notaba mis músculos doloridos, mis ojos pesados, pero sobre todo mi cuerpo quejándose de la maldita caminata que llevábamos. Habían pasado más de dos horas en las que no paramos de ascender y descender por la montaña, siguiendo las indicaciones que Maureen nos iba dando a cada paso que dábamos. Iba la primera, de cabecilla del reducido grupo, y eso me hizo gracia.

—Se supone que tenemos que estar muy cerca —aseguró.

Maureen miró la pantalla de su panel de coordenadas moviéndolo de un lado a otro para tratar de encontrar la posición perfecta de la flecha que nos iba indicando el camino. Resoplé y, sin poder evitarlo, me senté en una de las rocas que había detrás de mí. Ryan me inspeccionó de reojo, mientras que Cathal y Hayes buscaban en medio de los árboles la dichosa cueva que no teníamos narices de dar con ella.

—¿Te encuentras bien?

Maureen se giró al escuchar la pregunta de Ryan.

—Sí —contesté tajante.

Me levanté como un resorte, bajo el escudriñamiento de la pelirroja, y me coloqué a su lado.

—¿Qué dice ese cacharro? —pregunté con pesadez.

—Este cacharro —recalcó con una sonrisa— dice que estamos a un kilómetro de nuestro destino.

No puede evitar poner los ojos en blanco. ¿Había dicho un kilómetro? Sujeté su codo y la insté para que caminase a mi lado, haciendo que mis pisotones cada vez resonaran con más fuerza en las ramas que se encontraban en el suelo. Solté su brazo al ver que me seguía, pero no hizo ningún comentario aparente.

—¿Por qué se supone que el caldero debe de estar aquí? Si lo tenía Kellan, ¿qué sentido tiene que esté aquí y él no? —cuestioné.

Maureen movió sus hombros en señal de no saberlo, y la profunda voz de Cathal nos sacó de nuestras dudas seguidamente.

—El caldero no va a llevarlo siempre encima, por lo tanto, habrá tenido que esconderlo en un sitio en el que nadie pueda encontrarlo. Eso no quiere decir que no lo estén custodiando, que sería lo raro.

—¿Cómo habéis descubierto esta pista? Por llamarlo de alguna forma. Sigue sin sonarme convincente —añadí, mirando a la pelirroja.

—Bueno, en realidad eso no lo sé. La Organización tiene contactos muy potentes y con los medios de los que disponemos nos es más fácil encontrar este tipo de cosas. —Hizo una mueca graciosa con sus labios—. Se supone que por algo somos los que devolvemos los tesoros robados a su tierra. Entre otras cosas.

—Ya —dije sin convencimiento—. Seguíis sin resolver mis dudas. O sea que, os dan un soplo y allá vamos todos como un rebaño.

—Yo solo cumplo órdenes de mi jefe. —Arrugó el entrecejo por mi comentario.

—¿Y si tu jefe te lleva al matadero? —Alcé una ceja de manera exagerada.

—Lo dudo —aseguró firme.

—Muchas cosas das tú por sentadas.

Resoplé por enésima vez, escuchando de lejos la conversación que los tres hombres tenían a nuestras espaldas, pero sin llegar a prestarles atención. Estaba tan sumida en mis pensamientos sobre la obsesión repentina de Cathal, que no era capaz de concentrarme en otra cosa. No entendía a santo de qué venía que quisiera a Kellan. No ahora. O quizá era algo que ya llevaba tiempo amasando en sus manos y yo me enteraba en ese momento, que también podía ser.

—Estamos aquí.

La voz de Maureen hizo que detuviese mi paso un rato después. La miré con más esperanza de lo que había contemplado a nadie en mi vida, y esta asintió con convencimiento mirando la pantalla. Elevó sus ojos buscando el punto fijo por donde se suponía que estaba la cueva, y señaló a la izquierda donde el bosque parecía la boca del lobo.

—Es ahí.

Dio un paso para continuar, pero Hayes la paró poniendo su mano sobre su vientre, gesto que no pasó desapercibido para mí, cuando esta pareció temblar. Cathal se colocó en cabeza, seguido de Ryan y Hayes, que adelantaban el paso. Arrugué el entrecejo al ver que nos dejaban las últimas, y no pude evitar que mis dientes chocaran entre ellos.

—Hombres... —siseé.

Avanzamos por lo que parecía una cueva, donde al final de esta se abría paso el lago que estábamos bordeando, y no vi nada que llamase mi atención. Miré a Maureen interrogante, a lo que ella negó con la cabeza sin saber qué estábamos buscando exactamente. No podíamos demorarnos mucho o la noche se echaría sobre nosotros, y más teniendo en cuenta que estábamos a unas horas del barco, y lo peor, en medio de un profundo bosque. Temblé ante ese pensamiento y no pude evitar mirar mi muñeca, donde descansaba mi cinta roja.

No me dio tiempo a volver la vista hacia los hombres que andaban con urgencia tocando las paredes rocosas mientras buscaban cualquier signo, ya que, de repente, sentí un tremendo golpe en mi espalda.

—¡Nos atacan!

El rugido que Hayes dio resonó en la cueva como un huracán. Moví mi espalda con brusquedad cuando algo parecido a un palo chocó contra mi espalda, momento en el que sentí otra punzada en mi costado izquierdo que me hizo aullar de dolor. Me giré como pude, encarándome a lo que fuese que me atacaba desde atrás, y tuve que abrir mis ojos de la sorpresa.

Parecían auténticos vikingos, incluso iban vestidos como tal, y no portaban armas como las nuestras. Cargaban con lanzas, hachas y algunas cosas más que no pude ver ya que comencé a forcejear con el hombre que se abalanzó sobre mí. No conseguí concretar cuántos eran, pero sí que observé la brutal pelea que daba paso entre nosotros. A lo lejos, mientras trataba de mantener mi vida sana y salva, pude apreciar que dos de ellos custodiaban una especie de entrada al final de la cueva por la que minutos antes habíamos entrado, gesto que me dio a entender que allí era donde se escondía el caldero.

—¡Están protegiéndolo! —grité, haciéndome oír.

Empujé al hombre con toda la fuerza que fui capaz, haciendo que este cayera de espaldas contra el suelo y, sin pensármelo, desgarré su garganta con el puñal que sujeté con fuerza. Miré a mi izquierda viendo que Maureen tenía serios problemas ya que dos tipos se aproximaban a ella de manera intimidante, pero antes de que pudiera ayudarla, uno de ellos cayó desplomado al suelo debido al impacto de bala que le alcanzó la cabeza. Volví mi rostro dándome cuenta de que tenían a nuestros hombres acorralados, los mismos que intentaban defenderse con uñas y dientes, dado que les superaban en número.

—¿De dónde coño salen estos? —pregunté con desdén, enfrentándome a otro que salía de un lateral de la cueva.

—¡¡No lo sé!! —contestó Maureen con tremendo esfuerzo, defendiéndose de otro que le atacaba.

El que tenía delante soltó un grito de guerra y seguidamente se lanzó hacia mí con un hacha en alto para atravesarme si podía. Hice un movimiento a la derecha con rapidez, consiguiendo esquivarlo, instante en el que otro me

golpeaba desde atrás. Caí al suelo sin poder remediarlo, notando que me pesaba hasta el alma, y pude apreciar la destreza que Maureen tenía a la hora de defenderse. Vi cómo otro se acercaba a ella de manera peligrosa tras su espalda y chillé con todas mis fuerzas:

—¡Maureen, a tu espalda!

Esta se apartó ligera como una pluma, haciendo que su primer atacante golpeará en el pecho a uno de los suyos, el mismo que cayó al suelo cuando una de sus hachas impactó de lleno en su piel. Vi que la pelirroja se apartaba cuando este volvía al ataque, y me dio tiempo a sacar mi pistola y dispararle. Ella me contempló con los ojos de par en par, momento en el que me sujetaron del cabello tirando de este hacia atrás. El hombre que tenía delante acercó el filo de su acero a mi cuello, gesto que no le dio tiempo a realizar ya que unos disparos resonaron en la cueva. Di una fuerte patada al que me sostenía por detrás, haciendo que cayese de espaldas en el instante en que las balas de Cathal lo atravesaban.

Volví mis ojos a la posición de la pelirroja que, temblando, sostenía su pistola en alto en dirección al hombre que acababa de matar, del mismo que me había salvado. Me di cuenta de que los que custodiaban la entrada ya no estaban, y de que eran los mismos que acabábamos de abatir en un abrir y cerrar los ojos. Me levanté con rapidez en dirección a la chica que no conseguía reaccionar y coloqué mi mano con suavidad sobre su brazo, escuchando los últimos gritos de los hombres que rodeaban a los nuestros.

—Eh... —la llamé con cautela—. Ya está, Maureen. Baja la pistola.

Poco a poco la descendió hasta que llegó a dejar la mano laxa en su costado, sin quitarle los ojos de encima al hombre que yacía muerto en el suelo de la cueva. Le quité la pistola con cuidado, activando de nuevo el seguro, para después volver a encajársela en el cinturón.

—Maureen.

Me miró con el horror implantado en su rostro, por lo que hice todo el esfuerzo del mundo por ser paciente con ella.

—He... he... Le he... —No consiguió formar la frase.

—Me has salvado la vida —aseguré.

Su cuerpo tembló unos segundos, y me aproximé a ella cogiendo sus hombros para que me mirase.

—Maureen, no eres peor persona por lo que acabas de hacer. Eran ellos o nosotros. En este caso, él o yo. —Callé durante unos segundos, mientras su

mirada parecía perdida en un punto que no encontré—. Y te lo agradezco —añadí con firmeza.

Me contempló, esta vez viéndome de verdad, y asintió en un leve gesto, el mismo que yo correspondí.

—Vamos —tomé su mano con fuerza—, tenemos que ver qué ocultaban a la entrada.

Encaminamos nuestros pasos hasta que llegamos al lugar, mientras ellos nos seguían. Al parar en la entrada, los ojos de Maureen aún estaban en *shock*. No recordaba la primera vez que yo disparé a alguien, a decir verdad, seguramente sería por la carencia de sentimientos que tenía respecto a ese tema, pero ella, ella era bondad, calma y paciencia. Sin duda, tardaría más en asimilarlo, pero con el tiempo lo haría. Presioné su mano lo suficiente para que me mirase, y cuando lo hizo la insté para que buscara cualquier cosa que nos sirviera de ayuda. Carraspeó, fijando sus claros ojos en el muro de roca que teníamos delante.

—Aquí hay unos símbolos. Celtas, sin duda —añadió con voz débil.

—¿Crees que puede estar ahí? —preguntó Hayes, quien hasta el momento no se había dado cuenta de lo que le pasaba, en realidad, ninguno había visto lo que había sucedido.

—No lo sé.

Su tono cambió, y ya no supe si se apoderó de él el enfado o la decepción. Apreté su hombro con delicadeza, gesto que confundió a Cathal, que me observaba de manera interrogante, y el mismo que le devolví con una simple mirada dándole a entender que más tarde se lo contaría. Asintió quedo, y Maureen me traspasó con sus ojos.

—Puedes hacerlo —aseguré firme—. Estás en una de las organizaciones secretas más grandes del mundo, si te tienen tanta estima, es porque tienes un don —obvié hacer algún comentario sobre la cantidad de cosas extrañas que en su día me encontré en aquel cuaderno de bitácoras. No quería ni pensarlo después de lo que me había ocurrido «supuestamente» en aquel bosque—. Puedes hacerlo —repetí—. Es más, sabrás cómo tenemos que continuar.

Asintió con lentitud, fijando sus ojos en los símbolos que había en la pared. Los reconocía todos, al igual que el resto de los que estábamos allí, pero ninguno consiguió durante un rato descifrar que era lo que significaban.

—¿Byrne? —lo llamó por el pinganillo—. ¿Byrne, me recibe?

Hayes tocó el suyo de la misma forma, sin obtener respuesta.

—Creo que hemos perdido la conexión —se fastidió.

—Fantástico... —murmuró entre dientes Maureen.

—Ya está bien de perder el tiempo.

La voz de Cathal resonó en la cueva mientras barría con la mirada todo lo que tenía alrededor, hasta que descubrió en el suelo una gran maza que portaba uno de los hombres que nos atacaron.

—¡Eh, eh! —Hayes se puso delante de él—. ¿Quieres hacer el favor de esperar y no usar la fuerza bruta?

—¡Llevamos más de media hora intentando descifrarlo! —gruñó.

—¿Y si es una trampa? —le rebatió.

Mientras ambos se enzarzaban en una discusión intercambiando sus opiniones, Ryan trató de poner algo de paz, cosa que no consiguió porque mi marido estaba emperrado en reventar la pared con la maza. Maureen seguía sumida en sus pensamientos, viendo la posibilidad de descifrar de alguna manera lo que guardaba aquella pared, o lo que significaba.

—No lo entiendo... No sé qué quiere decir. —Me miró.

Negué con la cabeza.

—¿Hay alguno que te llame la atención en especial? —pregunté sin saber qué más hacer.

Movió los hombros sin saber qué contestar y sus dedos se fueron a una triqueta que estaba en una de las esquinas. La siguió con las yemas, bordeándola. Las voces de Cathal y Hayes cada vez eran más fuertes, pero todo se detuvo cuando la cueva comenzó a temblar.

Maureen me miró con cara de espanto, y mi gesto no fue muy distinto al suyo. Una roca cayó al suelo, dejando entrever una especie de pergamino, el cual agarré con fuerza cuando la cueva comenzó a derrumbarse desde el lago hacia nosotros.

—¡¡Corred!! —la voz de Ryan hizo que saliéramos a toda prisa de allí.

Mis pies no daban más de sí, noté un leve mareo pero me recompuse de inmediato, instante en el que un pinchazo me atravesaba el costado. «Mierda», pensé. Se me había olvidado que aquel malnacido me había dado con la lanza. Cathal me quitó el pergamino de las manos con rapidez cuando nos paramos, lo leyó y, a continuación, vociferó todo lo que pudo y más.

—Casi nos matan ¡para nada! —rugió—. ¡Me cago en la puta!

Dio una fuerte patada a uno de los árboles y tuve que contener el impulso de soltar una exclamación, seguramente haciéndose daño. Maureen lo cogió

del suelo cuando este lo tiró de malas maneras y lo leyó en voz alta.

—El secreto está en el fuego que identifica a las tres.

La miré.

—No tiene sentido... —musitó de la misma forma.

Negué con la cabeza sin encontrarle la lógica.

—¿Eso es una pista? —preguntó Ryan con ironía—. ¿Estamos aquí por una pista?

—Se suponía que el caldero estaba aquí —defendió Maureen.

—¡¡Pues no está!! —gritó Cathal, como de costumbre.

Lo miré con mala cara. Nadie tenía la culpa de no haber encontrado lo que realmente buscábamos.

—¿Kellan es tan listo que es capaz de ir dejando pistas? No puede ser —sentenció Ryan de nuevo.

—Maldito cabrón, maldito cabrón... —Mi marido seguía a lo suyo, seguramente dándole más vueltas de las que eran necesarias.

—¿Y si Kellan ya no tiene el caldero? ¿Y si se lo han robado? —pregunté como última alternativa.

—Es posible. Hay mucha gente que roba los tesoros. —Maureen me miró. Yo sonreí—. Y si tenemos en cuenta el historial de Kellan, es posible que tenga más de un enemigo.

—Será mejor que volvamos. Tenemos un buen trayecto hasta llegar al Fomoré. Allí con Byrne y el resto del equipo podremos intentar dar con la solución —añadió Hayes.

Asentí encaminando mis pasos por delante de Cathal, contemplándole de reojo. Nos pusimos en marcha y me detuve cuando oí la voz de mi marido desde atrás.

—Taragh —me llamó.

Bufé por su tono. No vería con mis ojos jamás en la vida a ese hombre hablar sin gruñir. A veces era insoportable de verdad.

—Déjalo ya, Cathal. Ahora intentaremos buscar la respuesta a esto que hemos encontrado.

—Tienes que...

No lo dejé terminar.

—No le des más vueltas. Nadie lo podía saber.

Miré a Maureen que caminaba a mi lado con cansancio, poniendo los ojos en blanco por los comentarios de Cathal, y pude apreciar una tenue sonrisa en



sus labios, pero su semblante se ensombreció en cuanto se dio cuenta de un detalle, momento en el que mi marido decía:

—Taragh, estás sangrando.

Detuve mis pasos.

Me giré para verle, arrugando mi entrecejo. Mis ojos se fueron en dirección a las pequeñas gotas que empapaban la tierra y, seguidamente, llegaron hasta mi costado. Nunca me había mareado la sangre y siempre pude aguantar peores heridas de guerra, pero en ese instante, todo se apagó.

Escuché el pitido de alguna máquina que no supe identificar hasta que mis ojos se fueron abriendo con lentitud y se acostumbraron a la luz de la sala. Miré a mi alrededor dándome cuenta de que estaba llena de cables y vendas en algunas partes de mi cuerpo, la primera en mi costado, el mismo que se encontraba al aire libre ya que mi camiseta estaba arrugada a la altura de mi pecho. Observé movimiento a mi derecha y vi que la pelirroja estaba allí.

—¿Todavía no me he muerto? —ironicé.

—No. Todavía no. —Rio.

—¿Qué ha pasado?

—Estabas perdiendo mucha sangre por la herida que te hicieron en el costado. Ahora vendrá el médico que tenemos en el barco. Te han hecho una analítica para comprobar que no tuviese ningún tipo de veneno. Caíste redonda al suelo.

—Vaya... —murmuré con desagrado—. Así que tenéis médico y todo.

Comencé a quitarme los cables que tenía sobre el pecho dando un fuerte tirón de ellos, gesto que hizo que Maureen se alarmara.

—Eh, eh, no te lo quites, espera a que venga el médico —pidió acercándose a mí.

—Estoy bien, pelirroja. Tengo ganas de darme una ducha. —Sonreí con sarcasmo, pero era verdad, estaba llena de polvo, sangre y barro hasta las cejas.

—Pero...

—¿Cómo llevas tu conciencia? —Cambié de pregunta.

Arrugó el gesto, haciendo una mueca con sus labios.

—Lo superaré. Byrne ya está al tanto de todo.

—Me alegro de que Papá Mandamás no te haya echado la bronca.

Puso los ojos en blanco por mi tono, instante en el que la puerta de la sala se abrió y un Cathal con gesto sombrío entraba por ella.

—Voy a llamar al médico. Enseguida vuelvo.

Tras esas palabras, Maureen desapareció bajo los escrutadores ojos de mi marido, el mismo que se colocaba a mi lado y depositaba un fuerte beso sobre mis labios.

—Me has dado un susto de muerte.

—No creo que sea tan sencillo matarte. —Sonreí.

Negó con la cabeza, acariciando mi brazo.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí.

—¿Habéis descubierto algo?

—No. Volvemos a Irlanda. Byrne ha conseguido un par de contactos que le ayudaran con la ubicación en la que se supone que debe de estar el caldero, pero todo indica que se lo han robado a Kellan. Acaban de decirnos que lo han confirmado y que está como un loco buscándolo.

—¿Y ya sabes dónde está él?

—No. —Bufó—. No he tenido esa suerte. Pero lo encontraré.

Suspiré por su tono, ya que me aseguró más que una temible venganza.

—¿Y la lanza?

—Eso es otro cantar. No sabemos qué ha podido pasar. Están investigándolo.

Bajó su boca para besar con delicadeza mi cabello y, seguidamente, se detuvo en mis labios, mirándome a los ojos.

—Necesitamos unas vacaciones para los dos solos.

—Suena bien. —Reí en su boca.

La puerta volvió a abrirse, esta vez dando paso a Maureen junto al médico que portaba unos papeles en la mano. Le inspeccioné de arriba abajo cuando este me repasó dándose cuenta de que había arrancado la mitad de los cables de mi cuerpo.

—Veo que no tiene espera, señora O’Kennedy.

—La paciencia no es una de mis virtudes, que se diga —contesté.

—Bien. —Colocó sus gafas sobre el puente de su nariz de manera correcta—. Hemos revisado los análisis que le realizamos cuando llegó. No hay signos de ninguna sustancia que pueda ser tóxica en su cuerpo, por lo tanto, la herida sanará a la perfección. Había perdido un poco de sangre, pero por lo demás todo es superficial. Míreme.

Me inspeccionó durante unos minutos, hasta que estuvo conforme con los

resultados y pude apreciar que asentía con convicción. Cathal apoyó sus manos en la camilla sin despegarse de mí, entrelazando una de ellas a la mía, mientras que la pelirroja seguía en la sala esperando el veredicto del médico.

—Perfecto. Las constantes están bien y parece que ya reacciona de manera adecuada. Le aconsejaría reposo durante unos días, sobre todo para no alterar el estado de gestación después de lo acontecido hoy.

Lo miré sin entender a qué se refería, pero no conseguí articular ni una sola palabra, el hombre seguía hablando:

—Las heridas tardaran poco en cicatrizar, como le dije antes han sido superficiales, pero tampoco puedo darle algo más fuerte para el dolor debido a su estado.

—A mí... ¿qué? —pregunté con un hilo de voz.

De reojo pude ver la cara de Maureen, blanca y sin atisbo de color. Por otra parte, la tensión que había en la sala se podía cortar con un cuchillo. Tragué saliva al notar cómo la mano de Cathal descendía hasta quedarse separada de mí. No le escuchaba ni respirar, y me aterró el hecho de mirarle a los ojos. El hombre que tenía delante de mí mostraba confusión por mi pregunta, a lo que contestó como si nada:

—Está usted embarazada, señora O’Kennedy.

Maureen

Hacía escasos días que había llegado de Noruega y Aidan parecía otro. No me refería a nuestra reconciliación, sino a que tenía algo en la mirada que me confundía. Sabía y era consciente de que era imposible que supiera lo de Hayes, ya que no se lo había contado a nadie. Aunque estando Cathal por allí y viendo la relación que había tenido Hayes con él en la misión, quizá se lo dijera y este se lo contara a Taragh y, la verdad, no es que fuera mi mejor amiga como para guardarme un secreto.

Había intentado mantener una posición cordial con ella durante todo el viaje en el que, sin más remedio, tuvimos que estar juntas. Pero lo cierto era que una persona como ella era muy difícil de soportar, pese a que lo intentaba con grandes creces, aun así, había tomado una decisión y, a sabiendas de que nos volveríamos a encontrar, decidí que unirme a mi enemigo sería más factible que hacer lo contrario. Sabía que en el fondo, muy en el fondo, podríamos por lo menos llevarnos bien.

Las preguntas de Aidan cada vez eran más absurdas.

—¿Has salido a correr? —me preguntó de buena mañana.

—Sí. Anoche te lo dije —le aclaré entrando a la cocina para prepararme mi desayuno.

—No. Anoche no me dijiste nada. Lo recordaría.

Por supuesto que no le dije nada, puesto que a las tres de la madrugada recibí un mensaje de Duff que debía encontrarme con él en el NMCI a las cinco y había llovido aquella noche. Así que no me quedó más remedio que simular que había salido a hacer deporte y echarme un poco de agua en la cara y el cuerpo, para disimular mi gran esfuerzo físico mañanero.

Byrne estaba desquiciado perdido y no hacía más que llamarme y preguntarme acerca de archivos y demás cosas de la Organización. En muchas de esas ocasiones yo me encontraba con Aidan en casa o de compras. Evidentemente no podía contestar al teléfono delante de mi marido. Así que muchas veces tenía que salir para que no escuchara lo que decía.

Creí que comenzaba a estar un poco cansado. Yo lo estaría, por supuesto, porque era mi trabajo y mi misión y estaba agotada. Debía inventarme algo para sacar a Aidan de casa y dedicar, aunque fuese, un fin de semana solo para nosotros dos.

Pero se me adelantó.

—Maureen, debo de ir a Kerry a hacer unas fotografías para preparar un reportaje. ¿Te apetece venir conmigo este fin de semana?

—¿A Kerry? —pregunté mientras me llevaba una patata frita a la boca.

—Así es.

—¿El condado? —volví a preguntar metiendo la mano dentro de la bolsa y entregando una patata a Charlie.

—Sí, claro. No tengo lugar fijo. Simplemente tengo que ir a los pueblos del condado.

—Suena divertido. Debo llamar a mi jefe, primero —añadí.

—Oh, vamos, Maureen —se fastidió—. Seguro que si le preguntas te dirá que no. Lo estoy viendo.

—No seas tonto. —Me levanté y le besé la mejilla—. Es mejor que lo llame y así él sabrá que no puede llamarme, porque... Espera que me invento algo —pensé—. Ya está, le diré que no hay cobertura en el lugar donde vamos.

—Haz lo que quieras. —Se dio por vencido, porque sabía que aquella excusa no funcionaría.

Llamé a Byrne y le pregunté si sabía algo de Kellan o del caldero después de todos estos días de locura desde que volvimos. Me dijo que no, pero que seguían intentando averiguar el motivo de la pista falsa, al igual que el paradero de la lanza. Entonces me tomé la libertad de decirle la verdad. O me iba con mi marido aquel fin de semana, o me costaba el divorcio. Me dijo que me llamaría en dos minutos para confirmármelo, pero no hizo falta esperar tanto tiempo. En cosa de segundos me mandó un mensaje: «Tienes vía libre». Sonreí para mis adentros y subí las escaleras.

—¿Vamos a ir en coche o en moto? —Me asomé por la puerta de nuestro baño.

—¿Puedes venir?

—Te dije que si le ponía la excusa de la cobertura, funcionaría. Tú tienes una tía en un pueblo perdido del condado de Kerry y en su casa no hay cobertura, ¿entendido?

—Cómo adoro a mi tía Annete —dijo abrazándome con sumo mimo.

—¿Annete? —Me extrañó—. ¿Tú tienes una tía que se llama Annete?

—Puestos a mentir... Si tengo una tía ficticia que vive en un pueblo remoto, tengo derecho a inventarme su nombre, ¿no crees? —bromeó.

—¡Tonto! —Lo empujé y cayó encima de la cama.

A la mañana siguiente, cogimos nuestros abrigo, mochilas, guantes, cascos y nos subimos a la moto dirección a Kenmare. Me encantaba aquella zona. Todo eran parajes verdes, con preciosos bosques y grandes acantilados. Conocía a amigas del colegio que habían ido a hacer senderismo. La idea de caminar por los prados y bosques no le pareció desagradarle a Aidan, y no dudó en aceptar mi ruta.

Quise sorprenderle y yo también llevé la máquina de fotografiar que me regaló años atrás por mi cumpleaños. No había nada como compartir afición. Bueno, seamos sinceros, él estaba trabajando y yo estaba pasando el tiempo a su lado. Porque yo no entendía demasiado de fotografía y para mí todas estaban bien.

Dejamos la moto aparcada en una zona donde vimos bastantes coches y nos dirigimos a caminar por la ruta del Anillo de Kerry. Llegué a recordar que en cierta ocasión mi primo Declan también me nombró aquella zona, donde había ido a practicar senderismo y a acampar al aire libre.

Nos adentramos en un bosque y no cesábamos en mirar a nuestro alrededor, buscando objetivos para capturar. Y no hacíamos más que escuchar el dichoso clic de nuestras cámaras. Era divertido, la verdad.

Pero hubo un momento en que sentí mi famosa corriente por los tobillos y supe que algo sucedía.

—Aidan, por aquella zona parece que hay buenas vistas. Te espero aquí.

—¿No te vienes?

—Me duele el costado —mentí—. Ahora voy, no te alejes demasiado y te sigo.

—Está bien. No tardes.

Parecía increíble cómo la diosa respetó mi conversación con Aidan. Aquello me tranquilizó. Significaba que no era un caso demasiado urgente.

—A ver, ¿qué sucede ahora? —le pregunté.

—*Brigid*. (Brigid) —me susurró Áine.

—*Cad atá cearr le Brigid?* (¿Qué sucede con Brigid?). *Rud a tharlaíonn do mo sheanmháthair?* (¿Le sucede algo a mi abuela?) —me preocupé al ser Brigid el nombre que mi abuela recibía en la Organización.

—*Nil, ciúin.* (No, tranquila). *Brigid, teacht* (Brigid, ven).

Tras uno de los árboles más anchos apareció un gran halo, donde dentro pude ver la silueta de una mujer. No, parpadeé varias veces y pude divisar que eran tres mujeres. Una me miraba de frente y las otras dos estaban detrás de ella. Una miraba a la derecha y la otra a la izquierda. En cuanto vi que la que tenía delante juntó las manos y de ellas salió una llama, entendí que, efectivamente, era Brigid.

—*Beidh saol nua teacht chugainn.* (Una nueva vida vendrá a nosotros). *Beidh tú riachtanach.* (Tú serás necesaria), *braitheann cuid todhchaí ar ort* (su futuro depende de ti), *beannaigh léi* (bendícela).

—*Ach...* (Pero) —quise preguntar, pero la diosa desapareció y con ella, su llama y su halo.

Brigid se fue, Áine me abandonó también y me dejaron con la duda. ¿Una nueva vida?

—¿No estaré embarazada? —pregunté en voz alta por si Áine me oía y me podía contestar.

Comencé a darle vueltas a la cabeza. Oí a Aidan que me llamaba y fui a toda prisa a su encuentro.

—Para hacer tanto deporte, no parece que tengas aguante —me espetó bromeando, pero directo.

—No estaba cansada, simplemente me he notado un mal estar en el costado y ya está. Pero vamos, ahora mismo podemos seguir nuestra ruta —lo animé con una amplia sonrisa.

Una amplia sonrisa que escondía una gran duda, ¿se me había aparecido la diosa para decirme que estaba embarazada? Comencé a contar los días y... no pude concentrarme. Aquello debía hacerlo tranquilamente, sentada y con mi abuela junto a mí.

Disfruté de la excursión con Aidan, nos la merecíamos. Pero lo mejor de todo era que tenía reservada una habitación en una pequeña cabaña a las afueras de Kenman. Aquel pueblo me gustó. Era tan pintoresco, que el colorido de sus casas hacía que mirase las fachadas con una fascinación enorme.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —le propuse mientras me desvestía y dejaba la ropa encima de la silla.

—¿Te lo estás pasando bien? —se alegró.

—La verdad es que sí. Y si vamos con tu moto, es más fácil a la hora de

movernos. —Me tumbé a su lado en la cama y simplemente lo abracé, besándole el pecho—. Gracias, mi amor.

—De nada. —Me acarició el costado mientras trataba de encender el televisor con el mando a distancia.

En aquel momento mi móvil sonó a modo de mensaje.

—Ya estaban tardando —se fastidió, pensando que era del NMCI.

—Pues te equivocas. Además, piensan que no tengo cobertura, ¿recuerdas? —No era del todo cierto, pero era lo que le había dicho a Aidan, solo recé para que de verdad no se pusieran en contacto conmigo. Sonreí al ver el mensaje que constaba de una fotografía de Briana—. Por lo visto alguien ha comido helado de chocolate y se ha puesto los morros perdidos. —Reí—. Cómo se nota que Cindy trabaja hasta tarde hoy. John aprovecha para darle todos los caprichos en el *pub*, mientras él está trabajando. Cada vez se parece más a mi padre, en ese sentido.

Entonces, al hablar de la familia me vino mi abuela a la mente. Aidan estaba distraído mirando un reportaje de fútbol y aproveché para enviarle a mi abuela la información que me había proporcionado Áine y Brigid.

Abuela:

¿No estarás embarazada?

Maureen:

No creo. Y espero que no.

Ahora mismo no puedo quedarme embarazada en plena misión.

Pero ya no me fio.

En cuanto regrese a Cork, voy a verte

Abuela:

Si no se te vuelve a aparecer, no te preocupes.

No será importante.

No te rompas la cabeza ahora mismo.

Disfruta de tu marido. Un beso.

Dejé el teléfono sobre la mesita con un suspiro de alivio. Era como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Ahora solo faltaba que Brigid no volviera a aparecerse.

Pero no lo hizo, y aquello me permitió disfrutar del gran fin de semana que estaba pasando con Aidan. Volvimos a las caricias, a los besos simples que nos dibujaban una sonrisa en los labios y al sexo dulce y placentero que tanto nos gustaba.



La vida me hizo adorar a mis abuelas. Una por ser quien me crio y la otra por ser quien me inculcó lo que era hasta aquel momento. Desde el primer día en que pisé Irlanda siempre estuvo allí. Cuando era niña y venía a visitarme en Blacksod, y el remate final fue cuando murió mi abuela Herminia y tuve que venir a vivir a Cork. Nunca, jamás, mi abuela Maureen me dejó sola. Siempre me hizo esforzarme más que a mis hermanos y primos. A mí aquello me fastidiaba sobremanera, pero crecí con la idea de que debía ser por mi bien. Para que no me sintiera desplazada en el colegio y por no ser señalada por el hecho de ser la hija española de Hagarty. Cuan equivocada estaba.

En casa todo estaba tranquilo. Briana no había vuelto a jugárnosla con su repentino don, pero de vez en cuando me sonreía sin motivo alguno. Al principio creía que eran cosas de críos, pero luego me di cuenta de que muy a menudo miraba hacia la puerta o hacia el techo. Algo me decía que era la diosa que la rondaba y que no le permitía decir nada. John y Cindy seguían con sus trabajos, y Aidan... estaba más involucrado que nunca con su fotografía. Había comenzado un nuevo curso y quería sacar lo mejor de él. A la mínima lo veía en su estudio fotografiando simples platos de comida o jarrones vacíos para practicar, según él, el tema de la luz.

Debía esperar órdenes de la Organización, y como nadie daba señales de vida decidí trazar un plan. Había hablado con mi abuela y a ella también le pareció buena idea el dedicarnos algo de tiempo para descansar hasta recibir nuevas instrucciones. Sabíamos que en poco tiempo debía volver a viajar y tres días de descanso fuera de Cork nos vendrían bien.

Llamé a la puerta del estudio y vi a Aidan cambiando los objetivos de su cámara.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté al entrar.

—Me estoy aburriendo como un mono con este tema de los bodegones. Pero no tengo más remedio que practicar.

—Aidan... —Quería hacerle sufrir un poco, y quise andarme por las ramas —. Verás —me acerqué poco a poco y paré detrás de él mirando yo también

por la pantalla de su cámara—, ¿tienes mucho trabajo?

—Bastante. Ya te dije que tengo que hacer muchas pruebas con las luces.

—Es que, me gustaría... —Alcé los brazos y posé mis manos en su espalda para hacerle un masaje.

—Maureen, no empecemos. —Paró en seco y él pensó algo que no era.

Sonreí para mí misma y me puse delante de la cámara para que me prestara atención.

—Sé y soy consciente que te he tenido abandonado durante mucho tiempo —confesé—, pero me gustaría hacer algo.

—¿No irás a marcharte otra vez? —se alarmó.

—Serán solo tres días —le supliqué, aunque sabía de sobra a qué se refería, quise continuar con mi pantomima.

—¿Dónde esta vez? —se desesperó.

—Al norte. —Lo miré por encima de mis pestañas y le agarré por la solapa de su camisa de cuadros.

—Mmm... —renegó.

—Te prometo que solo serán tres días. —Me acerqué y le besé suavemente en los labios.

—Sabes que me estás matando, ¿verdad? —La idea de mi partida no le hacía ninguna gracia.

—Tienes tres días para matarme como te dé la gana —le susurré triunfal en los labios.

—¿Cómo? —Achicó sus ojos para contemplarme mejor.

Sonreí.

—Mi abuela nos espera mañana en su casa de Blacksod. Creo que allí podrás practicar lo suficiente con la luz y podrás perderte por escenarios nuevos para tu proyecto de estudios. —No pude resistirme más.

—Será posible... —Me alzó en brazos logrando que yo le abrazara por la cintura con mis piernas—. Creía que debías ir tú sola.

—No, cariño. Yo no hago ningún viaje por ocio si no es contigo. —Le mordí el labio inferior—. Bastante tengo con los viajes del trabajo.

—Te quiero —me susurró mientras me besaba.

—No más que yo —afirmé rotunda.

\*\*\*

Llegamos a Blacksod a mediodía. Mi abuela nos esperaba allí, aunque la mayor parte del tiempo la pasaba en casa de su hermano Morgan. Por lo visto

había estado algo delicado de salud y quería pasar el máximo tiempo con él. Pese a que el hombre estaba al cuidado de su esposa e hijos, agradecía las largas visitas de su hermana mayor.

La casa la teníamos para nosotros y por la tarde decidimos salir a pasear cámara en mano.

—Ha sido una idea genial el venir aquí. Te juro que cada vez que me hablas de algún viaje, me da la sensación de que vas a irte muy lejos y que voy a tardar meses en verte.

—Eso hace unas semanas que no pasa. Y por lo que tengo entendido, voy a tardar en volver a viajar por largos periodos. La verdad es que en el trabajo se ha normalizado bastante la cosa y creo que, como mucho, me enviarán pronto a Inglaterra, pero en un viaje relámpago.

Aquello tenía algo de verdad. MacKenna me había hablado de unos documentos que se encontraban en Londres y no tenían intención de mandar ninguna copia a Irlanda. Así que debía ir yo a buscarlos, además de hacer un nuevo curso de comunicaciones más profundo. Cada vez me caía peor, pero no podía quejarme. Había algo que no me cuadraba. Aquel hombre se esforzaba mucho en caerme bien y yo hacía todo lo posible por evitarlo. Sabía que Byrne tampoco le tenía en estima.

Volver a pisar el sitio donde tuvo lugar nuestra boda hizo que mi corazón diera un respingo. Recordé con una amplia sonrisa aquel día y Aidan lo notó. Se acercó a mí y me besó los nudillos de la mano, aproximándose al anillo de casada. Miré aquel gesto con dulzura y de repente sentí una punzada en el corazón.

Sabía de sobra qué había significado aquello, pero no quise darle importancia delante de Aidan. No podía decirle que la punzada en el corazón tenía nombre de hombre y no era precisamente él. Pese a que estaba convencida de que mi corazón pertenecía a mi esposo al cien por cien, no podía dejar de culparme por lo que le hice aquella noche en el prostíbulo de Nueva York. «Dichoso Hayes...», tampoco podía culparle. Él quiso respetarme, pero fui yo quien le incitó y dio pie a que aquello fuera a más. «Si no hubiéramos hecho nada aquella noche, las cámaras nos habrían pillado, Marcy lo hubiera echado del dormitorio y se habría enfadado de tal manera conmigo que no hubiera terminado bien». «Es más, sabían que había un infiltrado allí dentro», intenté convencerme a mí misma, pero lo cierto era que no tenía excusa, dado que yo le incité a hacerlo.

—Parece que fue ayer. —Aidan acarició una de las piedras sonriendo.

Dejé que mis pensamientos se fueran y lo miré con adoración.

—Sí, y estabas tan guapo con tu traje y tu mejor sonrisa. —Lo rodeé por detrás con las dos manos y apoyé mi cara en su espalda—. Fue sin lugar a duda, el día más feliz de mi vida.

—Me alegra saberlo. Aunque siento decirte que no fue el mío.

—¿Lo dices en serio? Entonces, ¿cuál fue el tuyo?

Me separé de golpe y quise verle la cara para que me aclarara aquella frase.

—Cada día cuando abro los ojos y te miro haces que sea el día más especial de mi vida. Y ¿sabes una cosa? Siempre me convengo que jamás te amaré tanto como al día siguiente, ni el siguiente, ni por muchos que lo sigan.

—¿Sabes una cosa? —pregunté esa vez yo.

—Sorpréndeme —me pidió, aunque él sabía que a aquellas alturas nada le podía asombrar.

—Tú siempre serás mi chico malo favorito. Mi chico borde que me llevaba en moto para enseñarme a hacer fotografías en el campo.

—Creo que hay costumbres que deberíamos volver a retomar.

—Por mí sabes que no hay problema. —Metí mis manos en su chaqueta, al sentir que se estaba levantando un aire demasiado frío.

—Volvamos a casa. Por muy bonito que sea el paisaje, ahora mismo estaremos mejor sentados frente a la chimenea encendida.

—¿Podemos pasar por casa de tío Morgan? Nos pilla de camino y así nos llevamos a mi abuela.

—¿Quieres llevarte a tu abuela a casa? —Me alzó la cara con sus dos manos.

—No quiero que vuelva a casa sola y de noche. Ya mismo oscurecerá.

Su instinto hizo que me estampara contra una de las grandes rocas y me besara con fiereza. Aquel era mi hombre. No pude resistirme a su impulso y le correspondí como se merecía. Jadeé todo lo que pude en su boca a medida que sentía su mano helada por mi estómago y se dirigía hacia un pecho. Nadie nos veía, pero de repente me vino un flash a la cabeza.

—Aidan —jadeé.

Hizo caso omiso y continuó besándome el mentón y mi cuello.

—Aidan. —Quise detenerle intentando subir mis manos por su pecho—. Por favor —le supliqué.

—¿Qué sucede? —Sus besos no cesaban.

—Aquí no.

Esas palabras lo hicieron parar de golpe.

—¿Cómo? —No daba crédito a lo que le estaba diciendo.

No sabía cómo explicarle que aquel lugar era especial para mí. Por una parte, había sido el sitio donde me había entregado a él oficialmente, pero también era sagrado, tanto que jamás lo entendería. No quise cortar el buen momento y lo llevé a mi terreno.

—Tengo un plan. —Le sonreí—. Vamos a ver a mi tío Morgan. Le digo a mi abuela que se quede a cenar con él y así nosotros estamos en casa —le pasé mi dedo índice por el labio inferior—, calentitos y bebiendo vino —lo besé con fuerza—, encima de la alfombra que hay enfrente de la chimenea.

Aquella idea le gustó. Seguro que era mejor que el arrebató que tenía en el paraje donde el frío comenzaba a helarnos las orejas.

—*Tá brón orm.* (Lo siento) —susurré, sin que Aidan me oyera, a quien fuera que hubiera en aquel momento por allí.

Mi tío Morgan estaba mejor de lo que imaginaba. Creí que lo que pasó fue un resfriado fuerte y no debía preocuparse por ello. Hablé con mi abuela del plan y me dijo que no me preocupara. Llegaría tarde, después de cenar y jugar un rato con su hermano y Reilly al *póker*, como en los viejos tiempos.

—Te dije que el plan podría funcionar —aseguré al entrar en la casa y quitarme la chaqueta—. ¿Te encargas tú de encender la chimenea?

Aidan sonrió de medio lado y me guiñó un ojo al ver que me dirigía a la cocina a por el vino. A lo lejos se veía el faro y me vino a la memoria la noche anterior a mi boda. Qué bonita estampa de las diosas y las merrows. Muchas mujeres hubieran matado por ser bendecidas por ellas. Sacudí la cabeza a modo de despertar de mi sueño y me dirigí al salón.

—No hay nada como la chimenea de esta casa. —Me enorgullecí llenando las copas de vino y haciéndole llegar una—. Nunca te he preguntado, ¿te gustaría vivir aquí?

—¿Aquí en Blacksod? —Bebió un sorbo de su copa y se sentó junto a mí en la alfombra.

—¿Te he dicho alguna vez que nadie de mi familia quiere esta casa?

—¿Nadie?

—No. Tía Maeve y tío Brannagh apenas vienen. Por no hablarte de mi padre y Alison. A los tres les gusta la casa, pero no para venir a pasar

temporadas. Mis primos no hace falta que te diga que no les gusta en absoluto, y mis hermanos pequeños dicen que es divertido, pero no saben el valor que tiene.

—¿Dónde quieres ir a parar? —Me miró de reojo porque sabía que algo me rondaba.

—No es lo que te imaginas. —Le acaricié la cara a modo de tranquilizarlo—. No dejaría Cork ni Dublín por nada. Simplemente me encanta venir aquí y es como si la casa lo notase.

—¿Cómo sabes que la casa te quiere? —se burló de mí.

—Nunca —le cogí la barbilla con una mano apretándosela y me acerqué a su cara—, jamás me subestimes. —Le sonreí y lo besé con fuerza—. Además, te voy a contar un secreto: La casa será para mí —volví a mostrar mi mejor sonrisa y alcé un hombro a modo de triunfo—, y toda la familia está de acuerdo. De Maureen a Maureen. Por cierto —le acaricié la pierna y di un sorbo a mi copa—, ¿tú y yo no tenemos nada pendiente?

—¿En serio lo quieres hacer aquí?

—Hace años conocí a un chico malo que decía que se moría por mis huesitos —le susurré en los labios—. Decía que me espiaba al ir al colegio... —Le mordí el labio inferior.

—Seguro que era un gran chico.

—La verdad es que lo recuerdo vagamente —me lamenté, paré y me senté encima de él a horcajadas—. Solía decirme que jamás en la vida había conocido a una chica como yo... —Me quité mi gordo jersey de lana color mostaza—. Que mi amigo Dylan era un panoli.

—¿Un panoli? ¿Eso te dijo? —Me acarició los costados—. ¿Por qué razón hizo eso?

—Porque no le conocía. —Me moví restregando mi sexo encima del gran bulto que se estaba formando bajo de su pantalón.

—Y ¿qué más decía ese amigo tuyo?

—Me prometió la luna. —Me acerqué a él y le besé la punta de la nariz, mientras agarraba sus manos y las entrelazaba con las mías.

—¿Solo la luna? —Siguió mi juego y abrió la boca para besar mis labios.

—Y las estrellas —proseguí bajando las manos para desabrocharle los pantalones.

—Y ¿qué le sucedió a ese chico malo amigo tuyo?

—Pues que —logré desabrochar su bragueta y le jadeé en la boca—, el

chico..., poco a poco... —Me levanté y logré introducir su verga en mi interior—, consiguió convencerme para pasar más tiempo con él. —Comencé a moverme a medida que le iba comiendo la boca—. Me contaba historias... Me mimaba... Me juró amor eterno y...

Dejé de susurrarle y jugar, para dar paso a una verdadera batalla campal. Aidan no pudo aguantar más y me tumbó encima de la alfombra para hacerme suya. No teníamos fin. Jamás nos cansábamos el uno del otro. Besos, embestidas, jadeos, gemidos, susurros, arañazos de pasión y más de un te quiero voló en el ambiente. Él me amaba, yo lo adoraba y los dos hacíamos el tándem perfecto. Éramos como Bonnie and Clyde, pero lo único que atracábamos era el alma del otro. Yo lo intentaba, pero él siempre lo lograba. Siempre me hacía suya. No había momento en que mi ser dejara de estremecerse con él. Y como siempre, nuestros clímax se sincronizaban y los dos acabábamos exhaustos y sudorosos.

—Todavía no has terminado de contarme lo de tu amigo, el chico malo —dijo pasando su brazo bajo mi cabeza y acercándose más a él.

—¿Mi amigo? —Lo miré y proseguí—: Mi amigo, el chico malo, era un ladrón que logró robarme el alma y hacerla suya para siempre. —Sellé aquella conversación con un largo beso.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo? —Me miró serio a los ojos.

—Mi chico malo me lo decía entonces y me lo sigue diciendo todos los días. Pero lo que él no sabe, es que cada día que pasa lo amo más. Lo amo más que ayer, pero menos que mañana.

Al día siguiente, en cuanto me desperté, me di de cuenta de que Aidan no estaba a mi lado. Intenté agudizar el oído y no logré oírle en la planta de arriba donde teníamos nuestro dormitorio. Me levanté para ir al baño y al pasar junto a una de las cómodas, me percaté de que su cámara no estaba allí. Había salido a hacer fotos. Corrí la cortina de la ventana y pude ver que la mañana no era espléndida. Al menos no llovía y el sol tampoco podría desperdiciar las instantáneas que quisiera tomar. En fin, era un día fantástico para su trabajo.

Al salir del baño, oí el sonido de un cacharro caérse, pero me extrañó que no viniera de la planta baja donde estaba la cocina. Al final del pasillo, vi que la puerta del dormitorio de mi tía Maeve estaba abierta y me acerqué a ver si era mi abuela que estaba allí. Y así era. Allí estaba ella. Tratando de ordenar unas sábanas que intentaba colocar en un armario antiquísimo que perteneció a su abuela. Nunca fue tan curiosa en sus cosas como mi abuela Herminia, ella era más práctica, pero siempre trataba con sumo cariño los objetos de sus antepasados.

Era una estampa que me transmitía ternura. Su casa, sus cosas, sus sábanas y su... ¿Estaba haciendo lo que yo estaba viendo? Era imposible que ella me viera porque estaba de espaldas a mí y yo me encontraba apoyada en el marco de la puerta, pero mis ojos se abrieron como platos al ver que del último cajón del armario sacó una madera y de debajo extrajo una caja con unas flores pintadas en ella. El cajón tenía un falso fondo y allí se ocultaba su escondite. Intenté ocultarme adentrándome un poco más en el pasillo para pasar todavía más desapercibida y continué contemplando la escena.

Se sentó de medio lado en la cama y abrió la caja, después de dejarla encima de la colcha. Sobres que parecían cartas, una cadena con algún colgante que no podía divisar bien, un pañuelo que olió con suma delicadeza, un papel doblado que al abrirlo pude apreciar que tenía una rosa seca en el interior y, por último, vi cómo sacaba una fotografía y la miraba durante un largo rato. Ojalá pudiera acercarme más a ella y verla también. Pero me era



imposible si estaba dispuesta a hacer algún gesto más. Agachó la cabeza y su cuerpo comenzó a agitarse, a modo de llanto. Ahí sí que me preocupé. No estaba bien y quise consolarla.

—Abuela —susurré.

Paró en seco, metió todos los objetos dentro de la caja y la cerró aprisa. Intentó limpiarse las lágrimas, pero la frené al acercarme.

—No hace falta que disimules, lo he visto todo. Sé que estabas llorando tras ver lo que había dentro de esa caja.

—¿Qué has visto? —preguntó sin alzar la vista para mirarme a la cara.

—Bueno, he descubierto que tu armario tiene doble fondo y que ahí guardas una caja, esa que tienes en las manos, con algunos objetos que deben de ser muy importantes para ti. ¿Qué es?

—No te importa —me espetó.

—¿Perdona? —Mi abuela era la persona más chascosa que había conocido en la vida. Compartíamos el mismo humor negro y teníamos gustos muy similares. Pero jamás me había contestado de aquella manera. Más que el contenido, fueron las formas en las que me lo dijo.

—He dicho que no te importa. —Por si no me había quedado claro, ella solita se encargó de repetírmelo.

—Abuela. —Me planté enfrente de ella y la miré desafiante—. Te perdono porque eres mi abuela y te quiero, pero te agradecería que en un futuro no vuelvas a contestarme así. Con un simple: «nada, son cosas personales», me hubiera conformado. Aunque te cueste creerlo. —Me di media vuelta y me dirigí a la puerta.

—¡Alto ahí! —me ordenó con sequedad—. Pasa y siéntate. —Obedecí y me miró fijamente a los ojos—. Puesto que Aidan se fue hace rato a hacer fotografías, no tenemos demasiado tiempo. Así que voy a ir al grano. Mira esta foto.

—Es muy antigua. —La observé con suma delicadeza.

—Si tratas de llamarme vieja, vas por buen camino.

—¿Esta eres tú? No se ve bien, está muy borrosa. ¿Quién es el hombre que se encuentra a tu lado? ¿Es el abuelo? —Sonreí al imaginarme a la pareja de jóvenes.

—No. Es O’Leany. ¿Te suena?

Traté de hacer memoria, pero no lograba reconocer aquel apellido.

—Ahora no caigo. ¿Debería? —Intenté mirar la foto mejor, pero era

imposible. No se podía ver bien la cara del hombre que la acompañaba.

—Es el abuelo de Taragh O’Kennedy. —Me observó con una mirada gélida como el ártico.

Aquel nombre logró que todos mis sentidos se pusieran en alerta. La piel se me erizó y un fuerte hormigueo corrió por mi espalda. Nada de lo que sentí fue agradable, y recordé el día en el que me dijo que me alejase de los O’Leany.

—Pero —traté de explicar aquella fotografía—, aquí estáis los dos cogidos del brazo. —Volví a mirarla a los ojos—. No me irás a decir que Taragh es hermana o prima mía y por eso no querías que John estuviera con ella, ¿no?

Mil conjeturas comenzaron a formarse en mi cabeza. Pero esa era la que más fuerza cobraba.

—No. —Cogió la instantánea, la volvió a meter dentro de la caja y me contempló con una mirada inyectada de tanto odio, que jamás hubiera imaginado que mi abuela pudiera tener aquella reacción—. Aunque la intención de su abuelo era la misma.

—¿Me lo vas a explicar?

Cerró la caja con una vieja llave que escondió detrás de un zócalo de la pared y volvió a dejar el objeto donde estaba. Por lo visto aquel escondite llevaba años aguardando aquel secreto. Se levantó y en lugar de sentarse junto a mí en la cama, prefirió hacerlo en la mecedora que había junto la gran cómoda.

—Ponte cómoda, esta historia va a ser de todo menos aburrida, te lo puedo asegurar.

*Cong 1955*

*Mis padres decidieron llevarme a Cong cuando yo tenía diecisiete años. La hermana de mi madre había caído enferma y por lo visto al no tener marido ni hijos, no podía valerse por sí misma. Mi abuela Cara andaba muy mal de reuma y no podía moverse tampoco de Blacksod. Mi tía Aibhilín era una dulzura de mujer. Siempre nos trató a mis hermanos y a mí con suma ternura. Era muy respetada por los vecinos, por su generosidad y altruismo. Pero a la hora de cuidarla poca gente podía hacer nada. Así que me quedé con ella un tiempo. Vivía en el centro del pueblo y tenía mucha amistad con su vecina Brea. Una mujer de carácter afable, con un marido que se ausentaba mucho por motivos de trabajo y un hijo que le hacía la vida*

*imposible con sus inquietudes y visiones de futuro.*

*Pero Brea se empeñó en que yo me hiciera amiga de su hijo. El chico era muy guapo y apuesto. Con algunos pájaros en la cabeza, pero muy atractivo. Ella estaba convencida de que quizá yo pudiera hacerle sentar la cabeza.*

*Hacía más o menos unos dos años que la diosa Brigid había hecho acto de presencia y yo siempre iba con sumo cuidado para que nadie me viera hablar con ella. Así que cada vez que estábamos juntos, miraba de un lado a otro, evitando algún acontecimiento indeseado por mí.*

*Un día, mientras caminaba hacia la granja de unos vecinos a por leche, vi a Colm, el marido de Brea, dirigirse hacia mí. Entonces deduje de dónde había sacado aquel joven su gallardía. Colm era alto, rubio trigüeño, ojos azules como el mar y una sonrisa que enamoraba a cualquier mujer. Brea era muy afortunada de tenerle con ella.*

*—Así que tú eres Maureen —me saludó mostrándome su blanca dentadura.*

*—Sí, señor. —Asentí avergonzada por tanta galantería.*

*—Mi esposa me dijo que llegarías para ayudar a tu tía. Ha sido un buen gesto por vuestra parte el venir con ella. Nosotros hacemos lo que podemos, pero como la familia no hay nada. Me alegro de conocerte y espero verte más a menudo. —Volvió a sonreírme y alzó su boina a modo de despedida.*

*No comenté nada a mi tía en cuanto llegué a casa, pero al anochecer, vi que ella no tenía intención de acostarse pronto. Yo bostecé, cerré mi libro e hice el amago de irme a mi cama, cuando me frenó.*

*—Maureen, espera. No te vayas todavía a la cama.*

*—Tía, se me cierran los ojos.*

*—Hazme compañía un ratito más, por favor.*

*Al verla de aquella manera, sabiendo que estaba enferma, me apiadé y me acerqué a ella para charlar un rato.*

*Pero en apenas unos minutos, llamaron a la puerta.*

*—Abre —me ordenó levantándose como si nada.*

*Obedecí impresionada al ver cómo aquella mujer que se suponía que estaba enferma se levantó con ímpetu y se dirigió al cántaro de agua con la intención de rellenar un cazo para hervir unas hierbas de infusión.*

*Abrí la puerta y mi sorpresa fue ver al señor Colm.*

*—Pasa —le ordenó mi tía Aibhilín.*

—¿Has recibido la señal? —preguntó él, susurrando.

—Sí. El mismo de siempre.

—¿Y ella? —Colm se refería a mí.

—No lo sé. Maureen, ¿has notado alguna señal? —me preguntó.

—¿A qué te refieres, tía?

—¿Has notado alguna corriente de aire a lo largo del día de hoy? En los pies, me refiero.

—No, tía.

—Está bien. —Colm se puso las manos en las rodillas y me sonrió de un modo entrañable—. Maureen, no hace falta que ninguno de los tres nos escondamos. Los tres tenemos un don que radica del mismo lugar, pero no sabemos cuál es el tuyo.

—¿Un don? —me alarmé.

—Sabemos que se te aparece y tienes contacto con la diosa Brigid —me aclaró mi tía.

—¿Tú cómo sabes eso? Jamás se lo he comentado a nadie, ni a mis padres siquiera.

—Porque solo se le aparece a un miembro de cada generación. La abuela Cara lo tiene, yo lo tengo y tú también. Colm también lo tiene.

—A mí se me apareció de niño el dios Goibniu. Es un dios que se nos apareció a siete jóvenes a la vez —comenzó explicando Colm—. Como sabes, es el dios herrero.

—A la abuela Cara se le aparece de vez en cuando la diosa Macha, la reina pelirroja, a mí Deva, diosa de los ríos celtas, y me consta que desde hace tiempo a ti te ronda la diosa Brigid. ¿Cómo lo sabemos? Pues porque nuestros propios dioses nos lo han dicho.

—Y ¿qué queréis de mí?

Aquella noche, Colm y mi tía Aibhilín me explicaron en qué consistía la Organización y cual era nuestra misión. Entonces recordé por qué mi abuela Cara me enseñó tanto el idioma irlandés, los rituales y las costumbres celtas. Mi madre también los seguía, pero por costumbres que tenía su madre, ella no tenía el don de la aparición. Me explicaron que solo las personas que éramos cien por cien celtas podíamos recibir esas señales. Entonces deduje que la familia de mi padre también era celta pura.

Los días pasaron y Colm no se fue de viaje, pero venía muchas veces por la noche a casa a explicarnos las misiones que había realizado y cómo iba

*el tema de la Organización. Tía Aibhilín hacía el papel de enferma de cara a la gente del pueblo, pero en realidad estaba fresca como una rosa. Su falsa enfermedad se debía a que precisaba de mi ayuda y yo debía acudir. Toda la familia, a excepción de mi abuela que conocía el verdadero motivo, se creyó su estado enfermizo.*

*Hasta que un día, el hijo de Colm vino a casa.*

*—Hola, tengo que ir a la granja de los Monaghan a por unas verduras y huevos que me han encargado. ¿Te gustaría venir?*

*—Sí, claro. —Quise ser cortés con él—. Tía Aibhilín, voy a acompañar a Andrew a la granja de los Monaghan. Por lo visto necesita ayuda.*

*—Me parece perfecto. —Salió de su dormitorio atusándose el cabello y simulando estar enferma, como era habitual—. Id con cuidado.*

*En cuanto llevábamos unos pasos caminados, mi tía volvió a llamarme con la excusa de darme un cesto.*

*—Ni se te ocurra decir ni una sola palabra de la Organización a Andrew. A él no se le ha aparecido ningún dios y eso significa que por parte de su madre no es celta puro.*

*—Pero Brea es una buena mujer.*

*—Eso no tiene nada que ver. Que sea una gran amiga en mis momentos de necesidad, no quita que su sangre no sea cien por cien celta. Recuerda que la Organización se rige por unas normas.*

*—Sí, tía —obedecí.*

*Aquel camino a la granja de los Monaghan llevó a un continuo cortejo por parte de Andrew. Era una persona encantadora, como su padre. Su madre estaba feliz de vernos juntos y a los ojos de todo el pueblo éramos la pareja perfecta.*

*No mentiré si digo que me dejé robar más de un beso. Andrew era un gran joven y tenía un buen porvenir en el negocio de su madre con la venta de verduras.*

*Me constaba que me espiaba, yo coqueteaba con ello, y alguna vez había partido con su padre de viaje. Pero yo era feliz. Cada vez que estaba con él sentía un cosquilleo en el estómago que no podía dejar de disfrutar. Aunque reconozco que, en más de una ocasión, sentía cómo si alguien me cogiera del brazo. Comencé pensando que eran alucinaciones, luego comprendí que sería Brigid que me avisaba de algo. Yo lo relacionaba con que quizá sería algún vecino que se acercaba y podía ver cómo Andrew y yo nos besábamos*

*apasionadamente en cualquier rincón.*

*De repente, mi tía fue trasladada a Cork por la Organización. Tuvimos que mentir a la familia diciendo que yo debía ir para hacerle compañía y cuidar de ella.*

*Para mí fue un gran mazazo el tener que despedirme de Andrew. Mi primer amor y debíamos separarnos. En el tiempo que estuve en Cong, jamás había pasado un solo día que nos hubiéramos separado. Paseábamos siempre que podíamos y pese a ser vecinos, nos encontrábamos todas las tardes en la casa de los pescadores, en el río. Aquel era nuestro rincón. Nadie podía vernos y allí pasábamos horas sentados a los pies de la chimenea. Muchas veces nos dejábamos notas escondidas dentro de esta. Debíamos adentrar el brazo bien, y en un lateral había una especie de poyete donde dejábamos nuestros trocitos de papel. Alguna vez me colocaba alguna flor y otras veces una simple nota que decía: «Hoy estás preciosa».*

*Nuestra vida en Cork no fue fácil al principio. Vivíamos en la misma casa donde vivía ahora y comencé a trabajar vendiendo pescado en el muelle. Pero yo no había dicho a mi tía que por las noches oía un susurro mientras dormía, confundiénolo con un sueño:*

*—Tiocfaidh grá fíor, go luath. (El amor verdadero vendrá, pronto).*

*Aquello lo relacionaba en que quizás Andrew viniera a buscarme algún día y aquel sería mi secreto.*

*Un día mi tía me presentó a Byrne senior. Padre del actual Peter Byrne. Él era el gran jefe. El que trabajaba para el gobierno y a quien el mismísimo Lugh se le había aparecido y le había elegido.*

*Quedé admirada ante aquel hombre. Su hijo era la misma imagen que su padre, pero su progenitor imponía más. Comenzaron a interrogarme para ver si mi tía y Colm O'Leany me habían instruido bien. Quedó satisfecho con mi saber de las raíces celtas y me asignó la traducción de algunos textos. Textos en los que debía concentrarme de noche, en cuanto llegaba de trabajar. Era agotador, pero aquello poco a poco comenzó a gustarme cada vez más. Brigid se me aparecía en sueños y me mostraba los verdaderos rituales.*

*Hasta que un día, de camino al muelle, de buena mañana, alguien me esperaba sentado en un banco del lago donde yo solía pasar todos los días. Tuve que agudizar muy bien la vista y frotarme los ojos más de la cuenta. Pero no me equivoqué. Era él, Andrew. Corrí a sus brazos y en cuanto nos*

*abrazamos, nos fundimos en un beso interminable.*

*Me contó que estaba en Cork por negocios. Que quería superarse en el tema del comercio y quería aprender en una gran capital. Podría haber elegido Galway o Limerick, pero él quiso estar donde yo me encontraba y su madre lo vio bien. Le regañé por no haberme avisado en sus cartas, pero me reprochó bromeando que entonces no sería una sorpresa.*

*Y de repente pasó lo que tenía que pasar.*

*En una verbena del Lughnasadh, los dos bebimos más sidra de lo normal y terminamos al final de uno de los muelles. Aquella noche, entregué a Andrew mi virginidad. Si soy sincera, no disfruté para nada de aquel momento, pero sus besos parecían tan reales y sinceros, que no quise darle la más mínima importancia al gran dolor que me había causado la penetración.*

*Las semanas pasaban y Colm estaba contento de ver a su hijo en Cork, pero se fastidiaba el tener que hacer el papel con nosotras. En una ocasión vino con una compañera de la Organización llamada Blathnaid. Tenía mi edad y era una joven muy maja y despabilada. Nos hicimos amigas muy pronto y las dos trabajábamos en los manuscritos cuando llegábamos a casa. Solo estuvo una semana, pero me alegró tener una amiga de mi edad con la que poder hablar libremente de la doble vida que llevábamos todos.*

*Una mañana no me sentí del todo bien y me mareé, llegando a caerme al suelo del muelle. Vomité hasta la primera papilla y un compañero me ayudó a sentarme. Él fue quien se ofreció, junto a un hermano suyo, a hacer mi faena. Eran cuatro hermanos de una familia de pescadores muy conocidos en la zona. Los famosos e intrépidos Hagarty. Paraban poco por puerto, pero cada vez que algún Hagarty llegaba de alta mar, se realizaban fiestas en los pubs y ellos siempre eran las almas de los brindis.*

*Aquellos malestares míos se acentuaron con los días. Tuve que dejar de visitar a mi amado en lugar de nuestros encuentros, el banco del lago. Y mi tía Aibhilín se molestó porque sabía el motivo de aquel estado.*

*—¿Es imposible?! —me regañó—. ¿¿Tú te crees que yo soy tonta?! Vamos, Maureen, eso no baja del cielo así como así. El tema de la Virgen María conmigo no cuela. ¿Cuándo tuviste relaciones con él?*

*Comencé a hacer cálculos y le dije la fecha.*

*—¡Dios mío! —Se puso las manos a la cabeza—. Me vas a buscar la ruina. Tus padres me van a matar. Y más vale que tu abuela no se haya*

*enterado ya. Las diosas suelen ser demasiado sinceras y eso no nos conviene. ¿Por qué sonríes? —Paró en seco y me miró extrañada.*

*—Porque soy feliz —le dije con lágrimas en los ojos mientras me tocaba el vientre.*

*—¿Que eres feliz?*

*—Sí, tía. Amo a Andrew y quiero a este bebé, porque es suyo y mío —dije acariciándome la zona donde habitaba mi hijo.*

*En aquel momento llamaron a la puerta y mi tía abrió a toda prisa para despachar a quien fuera y seguir regañándome. Era un chico que traía una carta para ella y en aquel instante escuché un susurro.*

*—Lugh.*

*No comprendía bien el mensaje y pregunté en cuanto despachó al cartero.*

*—¿Está Byrne en Cork?*

*—Sí, llegó ayer. Pero nosotras no debemos de ir hasta mañana por la tarde.*

*—Yo debo de ir ahora mismo.*

*—¿Cómo? —preguntó sin entenderme, con el enfado aparente en su rostro.*

*—Me lo acaba de susurrar Brigid. Me acaba de nombrar a Lugh.*

*—Pero... —Aquello la descolocó y sabía que yo tenía razón—. Está bien, ve. Pero ¿te encuentras bien?*

*—Sí, tía. Puedo ir perfectamente.*

*—Debes hablar con Andrew también, pero espera a que esté yo. Será mejor que me ponga en contacto con Colm de inmediato.*

*Me dirigí al edificio donde la Organización tenía su sede clandestina. Mi rostro durante el camino era de felicidad. Un hijo. Iba a tener un hijo. No podía estar más contenta. Mi tía tenía razón en que mis padres no se lo iban a tomar nada bien, pero aquel ser no me lo iba a arrebatar nadie.*

*Cuando iba a cruzar Patrick St. mi cabeza estaba pensando mil cosas a la vez y me topé con Eoin Hagarty, que iba en dirección opuesta a la mía. No lo había visto, pero en cuanto me sujetó y me miró, vi una gran sonrisa en su cara. Estaba tan aturdida que me pareció ver un leve halo alrededor de su cabeza. Pero en cuanto me preguntó si estaba bien y le contesté que sí, me marché corriendo. Todos los Hagarty tenían fama de mujeriegos y no quería ser presa de uno de ellos ya que tenía mi vida encauzada.*



*Subí las escaleras del edificio de la sede y al preguntar a la secretaria por Byrne, esta me dijo que estaba reunido y que hiciera el favor de aguardar en la sala de espera. No me importó hacerlo, pero al escuchar voces subidas de tono, decidí acercarme. A medida que me iba aproximando más y más al despacho me pareció reconocer aquellas voces.*

*—¡Yo también tengo derecho a un lugar aquí! ¡Mi padre es miembro! ¡Estoy saliendo con una jodida niñata para poder ganarme un puesto aquí, porque me lo merezco!*

*¿Niñata? No, aquel no podía ser Andrew. Él me amaba. Él era bueno conmigo y jamás se dirigiría así hacia mi persona.*

*—¿Así que ese es el motivo por el que estás saliendo con Maureen Walsh? Para entrar en la Organización.*

*—¡Pues claro que sí! ¡¿Qué coño crees que hago con esa pelirroja, delgaducha, muerta de hambre, que no tiene donde caerse muerta?!*

*De mis ojos comenzaron a brotar lágrimas. No podía ser. Ya estaba claro. Andrew me había utilizado.*

*—¿Pelirroja, delgaducha, muerta de hambre? Creo que no estamos hablando de la misma persona —Byrne me defendía—. Y tú sabes perfectamente por qué no estás en la Organización.*

*—¡Me he hecho el jodido árbol genealógico! —Andrew estaba enfurecido.*

*—Haz el favor de no chillarme o no tendré más remedio que echarte a la calle. —La voz del jefe se tranquilizó.*

*—¡No me ignores! ¡Quiero mi puesto!*

*Intenté irme, lo juro. Pero mis piernas se anclaron al suelo y no logré moverme. Hasta que alguien me agarró por los brazos, por la parte de atrás.*

*—Maureen. —Era Colm, que acababa de llegar y me sonreía—. ¿Qué sucede ahí dentro?*

*—Es... es... Andrew...*

*Me desmayé de golpe y desperté en una de las salas del edificio. Vaya, al menos no había salido a la calle. Me asusté al ver a mi tía allí también. Me abracé a ella y arranqué a llorar.*

*—Tranquila. Ya estoy aquí. No te va a pasar nada.*

*Alguien llamó a la puerta y mi tía dio el pase. Era Byrne y Colm.*

*—Lo siento mucho, Maureen —Byrne fue el primero en hablar—. Siento que te hayas tenido que enterar así. No me quedaba más remedio.*

*—¿Cómo? —No comprendía sus disculpas.*

*—Esta mañana fui avisado por Lugh que te llamara con urgencia —se explicó—. Pero no sabía el motivo.*

*—A mí también me sucedió lo mismo. Por eso vine —Colm también se justificó—. Yo sí que lo siento, Maureen. —Se agachó y me agarró una mano para consolarme—. Te juro que no sabía nada de esto. Si lo hubiera sabido jamás hubiera permitido que mi hijo se entrometiera en tu camino.*

*Miré a los dos como si no estuvieran allí conmigo. Estaba en completo estado de shock. Hasta que de pronto sentí algo dentro de mí, miré a mi tía y sin apenas expresión le dije:*

*—Tía, estoy sangrando. Estoy perdiendo el bebé.*

Los días pasaban y algo no funcionaba como debía. Me notaba demasiado cansada y en cuanto llegaba a mi despacho, lo único que me apetecía era dormir. Byrne estaba histérico. Cada dos por tres nos visitaba y se empeñaba en que le tradujera unos documentos que nada tenían que ver con el Caldero, pero su testarudez iba en aumento. Buscaba rutas por doquier, traía documentos que quizá pudieran dar alguna pista, hizo del NMCI su cuartel general y a todos nos tenía exhaustos.

El Capitán General MacKenna no dejaba de incordiar y siempre que podía metía la nariz en los despachos que ocupábamos. Trataba de hacerse el simpático y mostrar siempre su disponibilidad, pero a Byrne le estorbaba. No quería a nadie ajeno a aquel asunto entre nosotros.

Incluso a Jack le incomodaba su presencia.

—A este se le ha subido el cargo demasiado, me parece a mí —protestó un día entrando en mi despacho—. No te puedes llegar a imaginar las ganas que tengo de darle una patada en el culo.

El estrés era mortal. Al llegar a casa, temía el momento en que Byrne me enviara algún mensaje para ir a las oficinas.

No entendía por qué había decidido bajar a Cork, cuando su sitio estaba en la capital del país. Decía que no le apetecía estar allí. Que el NMCI también lo necesitaban para otro asunto. Excusas.

Mi relación con Hayes se había enfriado un poco, la verdad. Bueno, de hecho, jamás fue demasiado fluida. Pero la misión de Nueva York marcó un antes y un después. Nos regimos en hablar solo de trabajo y a ninguno de los dos le importaba la vida personal del otro. Era más, yo no sabía nada de él. No sabía si tenía novia, mujer o lo que fuera. Aunque si me hubiera dicho que era homosexual, no le hubiera creído. No después de lo sucedido en el prostíbulo de Johnson. Intentó acercarse más de una vez y yo lo esquivé. Todavía me daba vergüenza recordar aquella noche. No por la misión en sí. Más que nada, me avergonzaba reconocer que había disfrutado de aquel acto en la cama y en la ducha.

—Algún día tendremos que hablar de lo sucedido, ¿no crees? —Entró un día muy decidido a mi despacho aprovechando que estaba sola.

—No sé a qué te refieres. —Me hice la distraída ojeando unas coordenadas.

—Oh, sí, por supuesto que sabes de qué estoy hablando. —Cogió una silla y se sentó frente a mí.

—Hayes, por favor, estoy trabajando. Byrne me tiene negra con este mapa. —Le eché de mi estancia.

—Yo no quise. —Agachó la cabeza para buscar mis ojos—. ¿Me oyes? Yo no quise hacer nada en aquella cama.

—Hayes. —Traté de córtale secamente. No me apetecía hablar del tema.

—¡No! ¡Espera que te diga! —Alzó la voz—. Improvisamos un plan al descubrir que había cámaras. Cámaras que después nos confirmaron que estaban funcionando y estábamos siendo vigilados en la habitación.

—Tú mismo lo acabas de decir: Nos estaban observando y tuvimos que seguir con el plan. —Dejé los papeles en la mesa y lo miré desafiante.

—¡Te dije que estabas casada! —se enfureció al saber que eso solo era una excusa, ya que podíamos haber seguido haciendo el paripé—. Es más, después de haber sido interrumpidos pudimos habernos ido de allí. Pero no, los dos, yo también me incluyo, decidimos rematar la faena en la ducha.

—¿Dónde quieres ir a parar? —Quise acabar con aquella conversación cuanto antes.

—¡Y yo qué sé, Maureen! ¡Te admiro! Te juro por Dios que te admiro en tu trabajo. Eres la persona más inteligente que he conocido en mi puñetera vida. Adoro a tu abuela. Ella siempre ha sido muy importante en mi familia y la conozco desde que era un niño. No quiero que esto corte la relación que tenemos. Debemos llevarnos bien, ¡joder!

Instantáneamente recordé la conversación con mi abuela y lo derrumbada que la vi aquel día, cosa que hizo que el corazón se me encogiese.

—¿Tienes novia? —Curioseé.

—¿Cómo? —No daba crédito a mi cambio de tema tan repentino.

—Digo que si tienes pareja.

—Eh... no. No la tengo. ¡¿A qué viene eso ahora?! —Se exasperó.

—¿La tenías cuando estábamos en Nueva York?

—No, tampoco la tenía entonces.

—Pues ya está. Si hay alguien que debería sentirse culpable, soy yo. Y te

puedo asegurar que ahora mismo no tengo tiempo para pensar en otra cosa que no sea esta dichosa misión —mentí. Por supuesto que desde aquella noche cayó una losa encima de mi pecho. Una losa que pesaba más cada vez que estaba con Aidan.

—¿Lo dices en serio?! —Seguía sin comprender mi actitud—. ¿Me estás diciendo que engañas a tu marido y no tienes remordimientos? —Su actitud se asemejaba más a la de un puritano, y aquello me provocó una perplejidad algo cómica.

—Vamos a ver. —Pasé mis manos por mi frente, tiré mi cabello hacia atrás y respiré hondo—. Estoy casada y amo a mi marido con toda mi alma, te lo puedo asegurar. Pienso en él más veces de las que imaginas. Pero al volver de Estados Unidos quise hacerme a la idea de que lo que sucedió entre tú y yo no fue más que una misión. ¿Entendido? Lo que pasó en Nueva York se quedó allí. Yo lo olvidé. Por favor, haz tú lo mismo. Es más... —Me levanté de la silla de golpe y sentí tal mareo que me obligó a sentarme otra vez.

—¿Estás bien? —se preocupó—. ¿Quieres un vaso de agua?

—Sí, por favor. —Estaba totalmente aturdida y me fue imposible quedarme erguida. Cogí unos papeles para hacerme con ellos un abanico y abanicarme.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No, no es nada. Es este estrés que me está matando. —Le resté importancia.

—¿Estás segura?

—Totalmente. —Le sonreí forzada mientras seguía abanicándome—. Estoy agotada, Hayes. —Me vine abajo y confesé—. Esta misión va a acabar conmigo, y Aidan no puede saber nada de lo que hago en realidad. Estoy harta de tener que inventarme excusas cada vez que tengo que ir a Dublín o hacer horas extras aquí en el despacho. Y para postres...

Alguien llamó a la puerta y cortó mi discurso que no entendía muy bien a cuento de qué venía.

—¡Adelante! —ordenó mi compañero.

—Maureen, dice Byrne... —era Duff—, ¿qué sucede? ¿Estás bien? —Se asustó.

—Sí, debe de ser una bajada de tensión. —Me defendió Hayes—. Creo que lo mejor será que se vaya a casa a descansar.

Miré a mi compañero y me sorprendió su reacción. Hacía unos segundos que le estaba confesando mi estado de ánimo y él aprovechó la ocasión para

que me fuera a casa.

—Tienes razón. Estás muy pálida. Hablaré con Byrne y le diré que no estás en condiciones para seguir aquí.

—¿Lo dices en serio? —No tenía ganas de discutir.

—Sí, venga, levántate, le diré a alguien que te lleve a casa. Lo siento, Hayes, hoy nos tocará trabajar un poco más —se lamentó posando su mano en el hombro del chico.

Al llegar a casa algo no iba bien. Mi mareo había pasado, pero al entrar en la cocina, percibí un nauseabundo olor de golpe y sentí unas enormes ganas de vomitar. Crucé el salón a toda prisa y vacié mi estómago en el baño. Estaba agotada, me sentía débil y me senté en el suelo. Crucé mis brazos en la taza del váter y reposé mi frente en ellos. Me estaba entrando un sueño... que no era normal.

Hasta que se me encendió la bombilla. Me levanté de golpe y corrí en busca de mi teléfono móvil. Abrí la aplicación donde llevaba el control de mi menstruación y... ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda! Llevaba dos semanas de retraso. ¿Cómo coño no me había dado cuenta en todos esos días? Estaba en un buen lío.

Di vueltas por el salón y la cocina. Parecía una desesperada que intentaba buscar solución a algo que ni sabía cómo comenzar. Hasta que caí en la cuenta: «Nana». Mi abuela seguro que me escucharía y ella sabría aconsejarme.

—Muy mal debes de estar para venirte del trabajo. —Dedujo entrando en el salón un rato después y quitándose la chaqueta—. ¿Qué te sucede?

—Tengo mareos, cansancio y... —la miré por encima de mis pestañas— vómitos.

No hizo falta continuar. Abrió los ojos en demasía y se tapó la boca con la mano. Tenía la cara totalmente desencajada. Hasta que sus labios dibujaron una sonrisa.

—¡Oh! *Mo banphrionsa*. (Mi princesa). —Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos—. Esa era la razón por la que se te acercó Brigid el otro día en Kerry.

—¡Brigid! —Caí en la cuenta—. Es verdad, me dijo que una nueva vida venía a nosotros.

—Bueno, aquí la tienes. —Señaló mi vientre.

—Espera, espera. —Pegué un brinco de golpe y algo me vino a la mente

—. Abuela, tenemos que hablar.

—Está bien. —Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina—. Desembucha lo que tengas que contarme, que yo mientras me iré preparando un té.

—Pues entonces creo que es mejor que te lo cuente cuando tengas tu té listo.

—Cómo quieras. ¿No está Aidan? Hace días que no le veo. —Cambió de tema mientras rellenaba la tetera en el grifo del fregadero.

—Está con un amigo preparando una exposición. Supongo que llegará tarde.

—Qué contento se va a poner cuando se lo digas. —Se alegró.

—O no —susurré.

Mi abuela me lanzó una mirada que temía. La conocía tan bien, que sabía que aquello no lo comprendería.

—Te espero en el salón. —Corté aquella tensión antes de que continuara matándome con la mirada.

—Vamos a ver —entró y se sentó junto a mí en el sofá—, ¿por qué no va a querer Aidan un bebé? Si le encantan los niños y desde que nació Briana se ha hecho muchas veces cargo de ella.

—Abuela. —Me giré y la tuve cara a cara—. El problema no es que no le gusten los bebés. El problema es que este bebé puede que no sea de él.

Aquello sí que la pilló por sorpresa.

—Dime que me estás mintiendo. —Su tono fue del modo que esperaba. No había nada que temiera más que una reprimenda de mi abuela. Ella era quien más conocía mis puntos débiles y no estaba dispuesta a ceder a su regañina.

—Antes de que saques ideas que no son —alcé las manos y me levanté—, deja que me explique. ¿Recuerdas la misión en Nueva York?

—Sí, cuando fuiste con Hayes.

—¿Tú sabías que tuve que hacerme pasar por prostituta?

—¿Cómo?! —Su reacción fue de total asombro.

—Le pedí a Byrne hacer la misión al completo. En cuanto termináramos con esta dichosa historia, la cosa iría mejor para todos. En fin, que al entrar en el prostíbulo, Hayes se hizo pasar por cliente mío para ponerme al corriente de lo que allí se estaba cociendo. Áine me avisó de algo y no tuvimos más remedio que subir al piso superior. Pensamos que simplemente pasaría todo mientras esperábamos sentados en el sofá de la estancia. Pero no contamos con que estábamos vigilados por las cámaras que había dentro del dormitorio.

Entonces, no tuvimos más remedio que hacer un servicio.

—Entonces, la misión lo requería. —Trató de comprender.

—No teníamos otra opción. Las cámaras estaban grabando y el piloto rojo no cesaba de parpadear.

—Vaya... —Cogió su taza y volvió a beber, sin quedarse convencida de lo que le estaba contando.

—Pero hay más.

—¿Más? ¿Qué más puede haber? ¿Volviste a acostarte con él en otra ocasión?

Titubeé antes de sincerarme con ella por completo.

—La noche antes de marcharme a Nueva York, Aidan y yo tuvimos una fuerte discusión. Tan fuerte fue que él durmió en su estudio y no me despedí de él a la mañana siguiente. Supongo que tenía tanta rabia acumulada, que... me dejé llevar. Hayes y yo todavía no habíamos terminado nuestro acto, por así llamarlo, cuando fuimos interrumpidos, y en cuanto se marcharon, le pedí que terminase.

—O sea, que no sabes si ese hijo es de Aidan o de Hayes.

—Así es. —Suspiré y bajé la cabeza, avergonzada—. Abuela... —volví a sentarme y la miré a la cara—, te puedo asegurar que he intentado olvidarlo y lo estaba logrando. He evitado a Hayes todo lo que he podido, pero esta mañana ha entrado en el despacho y ha querido hablar del tema. Se sentía culpable por lo sucedido. Él sabía que yo estaba casada, pero yo fui quien lo animó a seguir.

—Pobre Hayes. —Desvió la vista y se lamentó—. Es muy buen chico. ¿Sabías que su padre era miembro de la Organización y murió en una misión?

—No, no lo sabía. Me dijo que él estaba protegido por Goibniu, como su padre, pero nada más.

—Su abuelo también estaba protegido por el mismo dios. Los tres han seguido la misma línea. El año que se le apareció a su abuelo, también lo hizo para seis hombres más. Los hombres del metal... —se lamentó recordando a su amigo.

—El metal —repetí y aquello me recordó algo importante—. ¡El metal! —Caí en la cuenta, recordando la noche anterior a mi boda—. Abuela, ¿no será el metal al que Áine dijo que debía aferrarme?

—Podría ser. Por lo que me cuentas, tuviste que aferrarte a Hayes para poder salvaros aquella noche en Nueva York.



—Sí... —Me volví a levantar y comencé a caminar de un lado a otro—. Eso será. Supongo que lo que Áine quiere es que Hayes sea mi compañero de misión, ¿no?

—Podría ser. Tiene sentido. Si te fijas, estáis buscando unas piezas que requieren supervisión de metales.

—Dime que es eso y no que lo que llevo dentro de mí sea fruto de un hombre del metal —le rogué mientras me tocaba el vientre.

—¿Te has hecho la prueba de embarazo? —Cayó en la cuenta.

—¿Cómo coño quieres que me la haga si lo primero que he hecho al revisar mi calendario menstrual ha sido llamarte? —salté.

—Está bien. Creo que lo mejor será que vaya a la farmacia y nos cercioremos. —Se levantó y cogió la chaqueta—. Vuelvo enseguida.

—Abuela. —La paré a medio camino de la salida de la casa—. No me juzgarás, ¿verdad?

—Cariño, tú eres tu mejor y peor juez. Yo no soy nadie para decirte lo que debes o no hacer. No dejes que nadie opine por ti en tu matrimonio. Si hiciste lo que hiciste, fue únicamente decisión tuya. Eso sí, yo de ti me tranquilizaría por ser la persona que es tu compañero. Hayes es un buen chico y dudo que jamás te falle.

—Pero ¿y Aidan?

—Mis labios están sellados, si es eso lo que te preocupa. No seré yo quien se lo diga.

Los minutos que tardó en volver de la farmacia se me hicieron tanto o más eternos que cuando esperé para saber el resultado del test de embarazo.

«Negativo».

Entonces fue cuando pude respirar.

Aidan

Me estaba volviendo loco. Esto ya era una paranoia constante. Cada vez que tenía a Maureen a mi lado, temía el momento en que le sonase el teléfono. Siempre debía ausentarse. Su excusa era siempre la misma; su jefe era un toca pelotas y no cesaba en reclamarla a la mínima que se encontraba en un apuro.

Cualquiera diría que ella era una simple trabajadora. Sabía y me constaba que era muy inteligente. Sus calificaciones en los exámenes en la escuela Naval fueron excelentes y de matrícula de honor. Pero a veces me apenaba y me enfurecía a la vez haberme casado con una mujer tan inteligente. Sabía que sonaba egoísta. Debería de estar orgulloso. ¡Y lo estaba, joder! Pero podría tener un horario como todo el mundo y olvidarse de los contratiempos que tuviese del despacho para afuera.

Al menos siempre estuve tranquilo ya que sabía que ella jamás se le hubiera pasado por la cabeza el enrolarse en la marina. Desde que comenzó los estudios lo dejó bien claro. Me constaba que más de un superior se lo había propuesto, pero ella declinó la opción. Esa era mi chica: testaruda como siempre.

Ayer me asusté al llegar a casa y verla en el sofá. Por lo visto me explicó que había tenido una bajada de tensión y le aconsejaron volver a casa. Decía que incluso el cuerpo lo tenía descompuesto. Me dijo que lo único que le apetecía era echarse en el sofá, con una manta, junto a mí y viendo una película. ¿Cómo podía negarle algo tan simple? Pero al sentarme a su lado, ella se recostó en mis piernas y se quedó rendida.

Cindy y John decidieron subir a su dormitorio después de cenar, y nos dejaron solos. La miraba mientras dormía. Con una mano bebía de mi cerveza, mientras que con la otra me limitaba a acariciarle el pelo.

—Trabajas demasiado —le susurré a medida que mis dedos se perdían entre sus cabellos. Sabía que no me oía, pues su sueño se veía profundo—. Te echo demasiado de menos cuando no estás.

De repente su teléfono sonó a modo de mensaje. ¿Quién coño mandaba

mensajes tan tarde? Eran casi las diez de la noche. Por un momento estuve a punto de revisar el aparato, pero me resistí. Jamás lo había hecho y esa no iba a ser la primera vez. Dos mensajes más siguieron al primero. No quería despertarla. Intuía que si se levantaba y miraba su móvil tendría que marcharse. No sería la primera vez que la llamaban por algún problema en el puerto. Se jugaba su puesto, de eso era consciente, pero no quería que se fuera. ¿La amonestarían por ello? Mi conciencia pudo más que todo mi egoísmo.

—Maureen —le acaricié la cara para despertarla—, cariño.

—¿Qué pasa? —Se frotó los ojos sin querer abrirlos.

—Te ha sonado el teléfono con tres mensajes.

—Mmm... —Se fastidió, se levantó y tras comprobar el teléfono y contestar a modo de mensaje, volvió a echarse junto a mí—. ¿Vamos a la cama?

—¿Era algo importante?

—Mañana debo personarme en el puerto por el tema de unos permisos de un ferry que llegará a primera hora. —Se frotaba la cara con cansancio—. Yo me subo arriba. Estoy cansada y tengo sueño. Te espero en la cama.

Al verla subir me tranquilicé. Por lo visto era cierto que no la reclamaban con urgencia. Pero había algo que no me cuadraba. Siempre me había fiado de mi instinto y algo me decía que había más detrás de todo aquello. No sabía qué era, pero intuía que lo que me contaba acerca de su trabajo no era del todo cierto. Jamás había oído hablar del secreto profesional en estos casos, pero por si acaso estaría en alerta.

Aquella noche la pasé pensando en los mensajes de Maureen. Estaba más que cansado de que nos interrumpieran siempre que estábamos juntos: cuando salíamos a pasear, cuando estábamos en el *pub* e incluso cuando manteníamos relaciones sexuales. También recordé cuando le dio por hacer deporte. Cosa que llevaba semanas sin practicar. Aunque alguna vez volvía a llegar con los zapatos llenos de barro y en alguna ocasión la oí hablar bajito por el móvil. Sé que sonaba a la cosa más ruin que se me podía pasar por la cabeza, pero tenía un plan y quería llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente, me levanté antes que ella. Le di la excusa de que debía seguir con la colaboración de mi amigo Henry en su exposición. Pero lo que ella no sabía era que fui a casa de mi amigo Cian a pedirle el coche prestado y esperé a que saliera de casa para seguirla.

Me maldije mil veces por hacerlo, pero era la única manera de quedarme

tranquilo. Aunque hubo una cosa en la que no había pensado. ¿Tendría un amante? No, Maureen era incapaz de engañarme. Me constaba que estaba muy enamorada de mí y habíamos luchado contra viento y marea por nuestra unión. Así que esa sospecha la desestimé.

Aguardé en una esquina con las llaves en el contacto y en cuanto arrancó, salí tras ella. Aquel camino era el que recorría cada día para ir a su oficina y la parte de los ferris estaba justo antes de llegar al NMCI.

Como indicaban las señales, antes de llegar a la escuela, giró a la izquierda y se dirigió al muelle. ¡Mierda! ¡Gilipollas! Me insulté a mí mismo por malpensar de ella. Si me hubieran dado un látigo en aquel momento, me hubiera flagelado. No sabía qué se me había pasado por la cabeza. En cuanto pude, di media vuelta y volví a Cork. Pero no pude concentrarme con Henry. Por una parte, estaba contento de que todo hubiese sido producto de mi imaginación. Pero, por otro lado, me sentía estúpido por desconfiar de ella. Necesitaba despejarme y lo que hice fue ir al *pub* a tomarme una pinta.

—¿Qué tal? —John estaba con Sean detrás de la barra.

—Bien, ponme una cerveza, anda —pedí mientras me sentaba en el taburete, al final de la barra.

—¿Cómo va la exposición? —preguntó apoyándose en la madera.

—Mejor de lo que esperábamos —contesté antes de dar el primer sorbo, con la mirada fija en el televisor—. Vaya, por lo visto tu hermana va a tener problemas hoy.

—Sí, en las noticias dicen que este ferry va a traer complicaciones. No cumple no sé qué normativa. A mí me da igual, mientras los pasajeros bajen, se paseen por la ciudad y gasten...

—Tu hermana ha tenido que ir a primera hora de la mañana. Por lo visto, ella es quien llevará el papeleo —añadí apenado.

—Vaya con la pelirroja —se burló su hermano—, nos ha salido eficiente.

—Demasiado —susurré sin quitar ojo del aparato por si lograba verla en algún momento de la noticia.

—¿No estás contento? Estás casado con una persona con una gran responsabilidad y hace nada que se licenció.

—No es eso, John —estaba a punto de confesar.

—Eh, ¿qué sucede? ¿Va todo bien entre vosotros? En casa no parece que haya problemas.

—Sí y no. A veces me gustaría pasar más rato con ella. Soy consciente de

que este trabajo es muy importante para ella. Es su vida, lo sé. Pero pasa muchos periodos de tiempo fuera de casa. —El silencio de John me dio la razón—. ¿Te puedo confesar algo? He llegado a dudar de ella.

—¿De mi hermana?! —soltó tal carcajada que todos los allí presentes se giraron—. No seas tonto, te adora con toda su alma. Sois la pareja perfecta. Después de todo lo que habéis luchado por estar juntos... Es más, mírate tú. No me digas que tu vida no ha cambiado desde que la conociste cuando apenas era una adolescente.

—¡Ahí está Maureen! ¡Vamos, pequeña! —exclamó Brannagh y todos vitorearon.

—No me refiero a quererme. —Esperé a que los demás se calmaran para continuar—: Sé que me ama. Pero es este trabajo la absorbe demasiado.

—Lo siento, amigo, pero creo que ahí no puedo ayudarte. Mira, me consta que está haciendo todo lo que siempre ha soñado. Lo que no sabíamos era que iba a subir en el cargo como la espuma. Está demostrando ser eficiente, hace algo que la apasiona y yo la veo estabilizada en casa. ¿Que está agotada? Sí, lo sé, porque tengo ojos en la cara y la veo llegar rendida. Yo la veo feliz. Maureen siempre me ha confesado sus problemas y hasta ahora no me había mencionado nada que le preocupara. Y si encima me dices que sabes que te quiere... Creo que deberías esperar un tiempo hasta que se habitúe a su cargo, y luego todo irá rodando. Hazme caso. —Posó su mano encima de la mía—. Estoy convencido de que ella también está deseando que todo se normalice.

Asentí ante sus palabras, aunque todavía seguía sin estar del todo convencido.

Taragh

Desde la vuelta a Irlanda, los días fueron pasando sin previo aviso, sin ánimo a detenerse. Tras aquel fatídico momento en el que el médico del barco me informó de mi supuesto embarazo, Cathal no había vuelto a dirigirme la palabra, y de eso había pasado un mes casi.

Y eso me dolía.

El mismo día que el médico me informó del repentino embarazo, Cathal salió de la sala con cara de pocos amigos y cerró de un portazo que resonó en todo el Fomoré. Lo siguiente que sucedió fue que no apareció por el camarote, por lo tanto, esa misma noche me levanté antes de irme a dormir, encaminando mis pasos por todo el barco mientras lo buscaba. Finalmente le encontré en el salón donde nos reuníamos para comer, con la cabeza apoyada sobre ambas manos encima de la mesa de madera. No había rastro de bebidas alcohólicas ni nada que me indicara que estaba intentando ahogar sus penas con alguna sustancia desconocida para mí, pero preferí darle su espacio y que fuese él mismo quien viniese a hablar conmigo.

Y eso no sucedió tampoco.

Estaba retomando la misma posición que cuando me quedé embarazada de William, y no pude evitar que los recuerdos se estamparan contra mi mente sin querer un día tras otro. Las noches se me hacían eternas, puesto que cuando llegamos a Irlanda directamente me fui a mi dormitorio, pero solo duró un día, ya que a la mañana siguiente me encontré sin cama en mi habitación. Según Sinéad, órdenes del señor. No entendía por qué motivo quería que siguiera ocupando su dormitorio cuando ni siquiera se dignaba a aparecer por la habitación hasta que yo prácticamente me quedaba dormida. No comía conmigo, intentaban evitar todo roce o acercamiento y pasaba la mayor parte del día encerrado en el despacho o con Ryan fuera de la mansión. Los días me ahogaban de tal forma que ya no sabía cómo actuar ni de qué manera proceder ante tal caso. No había sido mi intención quedarme embarazada, de hecho, después de dar a luz a William, se suponía que debido a la complicación que

el parto había tenido, no podría tener hijos nunca más.

Intenté por todos los medios entenderle, darle su espacio para que pensara lo suficiente, aunque también tenía claro que si me echaba de su vida, o por lo menos seguía con la misma actitud que hasta el momento, sería yo la que agarrase la maleta y desapareciera para siempre, por mucho que me doliese. Ese niño nacería, me costara lo que me costase.

Sumida en mis pensamientos, retrocedí mis pasos hasta mi coche que estaba aparcado en una de las calles de Dublín. Necesita hacer unas cuantas compras y esa mañana me había venido como anillo al dedo para poder despejar mi saturada mente. Según me acercaba al coche, recibí un mensaje que me hizo detenerme en mitad de la calle.

Kathleen:

Han intentado entrar en mi casa.

Tengo miedo.

Tragué con dificultad el nudo que se formó en mi garganta, sabía que todo eso le estaba ocurriendo porque claramente alguien había descubierto que tenía más información de la que le pertenecía. Tenía sin duda que ir a Cong en busca del hombre que tantos enigmas me estaba creando, y poner las cartas sobre la mesa con Andrew O'Leany. Le contesté de manera rápida que no se preocupara, que cogería mi coche y conduciría hasta llegar a Moher lo antes posible.

Sacaba las llaves del coche del bolsillo de mi chaqueta cuando sin querer me topé con alguien. Eché mi cuerpo hacia atrás a la misma vez que levantaba mis manos para separar un duro pecho que no reconocí hasta que elevé mis ojos.

Lo miré detenidamente. Desde luego que su aspecto había empeorado en exceso. Nos contemplamos desafiantes y, sin dudar, eché mi mano hacia atrás en busca de la pistola que reposaba sobre mi cintura.

—No vas a necesitar eso. Solo quiero hablar contigo —añadió sin despegar sus ojos de los míos.

Pasé por su lado obviando su comentario, abriendo la puerta del coche.

—Yo no tengo que hablar nada contigo. Déjame en paz, Frank.

Sujetó mi codo con fuerza, haciendo que mi cuerpo girara hasta estar frente a él. Sus manos subieron hasta mis mejillas, las cual acunó con una delicadeza aplastante.

—No sabes lo que puedo llegar a echarte de menos. Me estoy volviendo

loco, Taragh.

Contemplé sus ojos brillantes y la realidad que mostraban. ¿Por qué no era capaz de pasar página y olvidarse de todo? ¿Tan difícil era? Me aparté lo suficiente en un gesto para nada hosco, tratando que la cosa no fuese a más. No quería poner en peligro la vida del pequeño que crecía en mis entrañas, y no estaba dispuesta a enfrentarme a él, mucho menos en esa situación. Abrí la puerta todo lo que pude, poniendo distancia entre ambos, y este sonrió al darse cuenta de mi acto. Apreté con la mano que tenía libre la parte delantera de mi abrigo, no quería ni por asomo que se percatara de la ya diminuta barriguita que se podía apreciar bajo mi camisa de licra. Di gracias en ese momento por haberme puesto un abrigo que me quedaba un poco grande. Contempló mi gesto con confusión, y rápidamente le quité importancia a mis movimientos.

—¿Qué es lo que quieres? —espeté, esta vez con malas formas.

—Contarte la verdad.

Pareció derrotado y fue algo que no me esperaba. Lo observé con confusión, y mis ojos se fueron al final de la calle cuando vi que alguien esperaba al inicio de esta.

—¿Has traído refuerzos? —ironicé y me di cuenta tarde de mi tono—. ¿Acaso piensas matarme en este mismo callejón?

Me eché una reprimenda mental cuando mis palabras brotaron de nuevo por sí solas, estaba consiguiendo todo lo contrario a lo que quería, y si lo que deseaba era que no tuviéramos un enfrentamiento bestial, al final yo sola lo acabaría provocando.

—¿Es lo que quieres? ¿Que te mate? —Alzó una ceja interrogante.

No contesté.

—¿Qué quieres, Frank? Por última vez te lo pregunto —mi tono salió desafiante.

—Ya te lo he dicho.

Dio un paso más, pegándose por completo a la puerta. Retrocedí sin darme cuenta, y casi caigo dentro del vehículo.

—No sé qué verdad será esa que quieres contarme, pero ahora tengo prisa.

Me metí dentro a toda velocidad, pero cuando fui a cerrar la puerta, su mano lo impidió.

—Te está esperando tu marido —afirmó con retintín.

Lo miré amenazante.

—Lo que esté o no esperando mi marido no es de tu incumbencia.



Sonrió de medio lado, de esa forma tan característica que le hacía parecer un chulo desmedido. Chascó la lengua y, seguidamente, sacó un papel del bolsillo trasero de su pantalón. No me permití quitarle los ojos de encima, no quería que viese que deseaba con todas mis fuerzas salir de allí antes de que ocurriese algo a lo que no estaba dispuesta. Extendió su mano hacia mí y cogí la nota, quitándosela de un solo manotazo.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre cierta persona cercana a ti —me observó fijamente—, pero estoy dispuesto a enseñártelas. Acude la semana que viene a esa dirección. Sola —recalcó—, y te contaré unos detalles de vital importancia para ti.

—¿Y si no voy?

Se separó de la ventanilla, encaminando sus pasos en dirección a la salida, pero antes dar dos zancadas más y desde donde podía escucharle, dijo:

—Si de verdad quieres saber quién es Andrew O’Leany, asistirás.

Sin más desapareció, dejándome más confusa de lo que ya lo estaba. Miré la nota con rapidez en cuanto encendí el motor de mi coche, viendo que había una dirección de Cong, cerca de la plaza principal. Parecía que el sitio en el que quería que nos viéramos era en las ruinas antiguas un poco antes de llegar a la cabaña de los pescadores.

Aceleré todo lo que pude dejando la nota en el asiento del copiloto, mientras mis pensamientos iban a mil. Le mandé otro mensaje a Kathleen al ver que no me contestaba, y la llamé antes de salir del callejón, pero no obtuve respuesta.

Taragh:

Kathleen, ¿estás bien? No tardaré,  
pero contéstame por lo menos.

Dime algo.

¿Está Nial contigo?

¿Y si le había pasado algo? Pisé a fondo el acelerador de mi coche conduciendo a una velocidad temeraria. Todavía me quedaban unas horas para poder llegar a Moher, y estaba segura de que si le había pasado algo, llegaría tarde.

Aparqué en la entrada de la mansión y salí despavorida de allí, con el teléfono colgado de mi oreja.

—¡Hola! Somos Kathleen y Nial, ¡deja tu mensaje después de oír la señal!

La voz de ambos resonó seguidamente cuando no dio señal, cosa que esa

vez sí que me preocupó de verdad. Entré como un vendaval en el recibidor y esquivé a Ryan, que se dirigía a la entrada del salón donde Cathal lo esperaba con semblante serio. No me dio tiempo a reparar en ellos lo suficiente, ya que subí las escaleras de cuatro en cuatro hasta llegar a mi dormitorio.

—¡Eh!

Ryan levantó ambos brazos cuando pasé por su lado, y de reojo pude apreciar los ojos de Cathal mirándome con confusión. Abrí la puerta de mi habitación y agarré con fuerza el primer cajón de mi cómoda, el mismo que vacié a toda mecha sobre el suelo. Rebusqué las llaves de la casa de mi amiga, unas que me dio hacía tiempo por si las necesitaba, y no sabía por qué motivo tuve esa intuición. Me abalancé al cajón de la mesita y saqué de ella un puñal que tenía escondido, lo coloqué en mi bota y me giré para marcharme, dándome de bruces con el firme e imponente pecho de Cathal.

—¿Adónde vas tan rápido?

No tenía tiempo para discutir.

—Kathleen tiene problemas.

Le conté por encima todo el asunto del broche de manera atropellada, y no pude evitar mirarle con reproche al no saber ni siquiera qué había hecho con él el día que se lo llevó. Se tuvo que notar en mi rostro, ya que me inspeccionó minuciosamente antes de decir:

—¿Y piensas ir sola?

—Sí —sentencié.

Fui a salir por la puerta, pero este me lo impidió sujetando mi codo con fuerza.

—Si la han estado siguiendo, tal y como me cuentas, no creo que sea lo acertado que te marches sola. Y menos en el estado que estás.

Lo miré fijamente sin apartar mis ojos de los suyos, solté mi brazo con delicadeza y este se dejó. Pasé por su lado lanzándole una última mirada aniquiladora, y bajé las escaleras a la misma velocidad que las subí, sabiendo que me pisaba los talones a cada paso que daba. Cuando ya llegaba abajo, mis pies se cruzaron y no caí al suelo gracias a que los brazos de Cathal me sujetaron desde atrás. Me miró con mala cara, reprochándome mi inconsciencia, pero no le di tiempo a decir ni una sola palabra ya que me solté y salí despavorida de allí. No pude abrir la puerta del coche cuando Cathal ya estaba a mi lado, empujándome hacía el asiento del copiloto.

No le rebatí, ni si quiera tuve la oportunidad, ya que pisó el acelerador y

salimos de allí derrapando.

Unas horas más tarde, llegábamos al llano en el que estaba la casa de Kathleen y la mía justamente al lado, frente a los acantilados. Abrí la puerta del coche con urgencia, casi sin darle tiempo a detenerse. Pude apreciar desde la distancia que la puerta de la casa de Kathleen se encontraba semiabierta, lo que me indicó que algo grave estaba pasando. Anduve acelerada hasta que llegué, pero antes de que pudiese empujar la madera, Cathal se interpuso entre mi cuerpo y esta, accediendo él primero, no sin antes lanzarme una mirada temeraria. Visualicé el salón de arriba abajo intentando dar con ella, pero lo único que encontré fueron todos los objetos y adornos que había esparcidos por el suelo, como si un forcejeo se hubiese hecho eco en la estancia. Con el corazón latiéndome a mil por hora accedí al dormitorio de Nial, el cual estaba en perfecto estado.

—¡Kathleen!! ¡Nial! —grité, pero nadie contestó.

Me introduje dentro del cuarto de baño, la cocina y finalmente su dormitorio, que se encontraba igual de intacto que el resto de las habitaciones excepto el salón. Miré a Cathal que permanecía en el marco de la puerta sin quitarme los ojos de encima.

—¿Sabes dónde han podido ir? —preguntó con seriedad.

Negué con la cabeza, y lo primero que se me vino a la mente fueron los tremendos acantilados que tanto adoraba, y los que tan cerca teníamos. ¿Y si...? No, no podía ser. Tenía que estar viva, no podía haberle pasado nada.

Sin darnos cuenta, todo pasó a tal velocidad que no fui capaz de asimilar hasta minutos después. El sonido estridente de la puerta de entrada al chocar contra la pared resonó en la casa, ruido que hizo que ambos nos mirásemos. Me apresuré hacia el salón en el momento que la voz desgarrada de mi amiga gritaba, seguidamente de dos disparos.

—¡Taragh!!

Aparté a Cathal mientras disparaba con su arma a la entrada de la vivienda, contemplando que ya no había nadie, y mis ojos se detuvieron en el cuerpo que se convulsionaba sin parar sobre la moqueta del salón. Me quité el abrigo con rapidez, remangué mi camisa todo lo que pude y más y me tiré de rodillas junto al cuerpo de mi amiga. Mis ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo, a la misma vez que me apresuraba para colocar uno de los cojines que andaban esparcidos por el suelo, bajo su cabeza. Mis manos volaron en dirección a la enorme herida que sangraba en su vientre, mientras

que otro impacto más empapaba su ropa justo a la altura de su costado.

—Kathleen... No... —musité llena de agonía.

Tosió, escupiendo una cantidad de sangre desmesurada por su boca, y una de sus manos se colocó sobre la mía, que trataba por todos los medios taponar la herida. Escuché de fondo, como si de una voz lejana se tratase, a Cathal llamar a los servicios de emergencia. Si no llegaban pronto moriría. Apreté su mano con fuerza, mientras esta se esforzaba por hablar.

—Ni... Nial...

—¿Dónde está? —pregunté atropelladamente.

Sus ojos se perdieron en el techo, cerrándolos momentáneamente. La zarandeé todo lo que pude hasta que volvió a abrirlos de golpe. La sangre no dejaba de salir por su boca, manchando su barbilla y su cuello sin cesar.

—Mi... mi... ma...

—¿Está con tu madre? —terminé por ella, con cierta histeria en mi tono.

Asintió, tosiendo de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —no contestó—. Kathleen, por favor... —susurré desgarrada, tragando el nudo de emociones que estaba a punto de salir por mi garganta.

Sus ojos se fueron a mi vientre como en un acto reflejo. Desde la última vez que la vi no había tenido tiempo ni siquiera de hablar con ella, más bien, mis pensamientos y todas mis mierdas, como siempre, no le habían dado importancia a la única persona que me quedaba desde mis inicios. Me cabréé conmigo misma por ser tan poco considerada con ella, cuando lo había dado todo y más por mí, cuando había arriesgado su vida al quedarse con tan preciado mapa el día que mis padres se lo dieron.

—Estás embarazada... —musitó en un susurro apenas audible.

Asentí varias veces con un dolor tan punzante en mi pecho que me atravesó el alma. Vi su tenue sonrisa, mientras sus ojos se desviaban a Cathal ligeramente. No quise ni siquiera mirarle para ver su expresión, no era el momento. Apreté mi mano con debilidad, haciendo que mis ojos se desviaran hacía ella con más firmeza de la que ya tenían.

—Esta vez todo saldrá... bi... bien...

—Shhhh, no gastes tus fuerzas en eso. Ahora no, Kathleen.

Un sollozo me atravesó siendo imposible contenerlo.

—Tienes... tienes que prom... dime que cuidarás... Nial... —Su voz se apagaba a cada segundo.

Asentí, ya que las palabras no eran capaces de salir de mi garganta. Tragué el nudo que me oprimía, y la observé con atención. Aquella herida era imposible de parar. Se estaba desangrando.

—Tienes que luchar —mi voz se quebró—. Tienes que ser fuerte, ¡mírame! —exigí cuando sus ojos contemplaron el vacío.

—Cui... cuida de... él...

Tosió de nuevo, haciendo que mi cara y parte de mi pecho se empaparan de aquel líquido rojizo que no dejaba de salir de varias partes de su cuerpo. Miré mis manos que apenas aparentaban el color blanquecino que tanto me caracterizaba, ya que estaban cubiertas por la sangre que no dejaba de brotar. Mis ojos brillantes se desviaron hacia Cathal, que justo detrás de mí, negaba lentamente con la cabeza cuando le observé suplicante. Retuve un llanto desgarrador que luchaba por salir de mi boca, y volví a contemplar a mi amiga que, laxa y sin fuerzas, comenzaba a quedarse tan fría como un tempano de hielo.

—Eres... una de las mejores cosas que... me han pasado en la vida...

—Kathleen, por favor —sollocé, llevándome su mano a mis labios.

Sonrió con tristeza, momento en el que Cathal se aproximaba a la ventana que estaba justo a nuestro lado. Lo miré, tragando saliva y por supuesto mis lágrimas, las mismas que comenzaron a descender por mis mejillas sin control cuando mi amiga lo contempló con gesto agradecido a la misma vez que asentía y dijo:

—Protégela.

Dio su último aliento tras decir aquella simple palabra que iba referida a mí y su mano cayó sin vida sobre la mía. Mi cuerpo tembló al ser consciente de lo que acababa de pasar, y aun estando en estado de *shock*, conseguí volver mis ojos a ella en el momento en el que Cathal abría la ventana y el aire frío comenzaba a pasar atizando mis mejillas, congelándolas. Sabía que Kathleen era muy creyente respecto a las leyendas, y supe que el gesto de mi marido iba dirigido a una de ellas.

Cuando una persona moría, una Banshee la esperaba hasta que diera su último suspiro y, abriendo la ventana del hogar donde se estuviese, el alma podía volar libre junto a ella. Después de unos minutos, la cerrabas y terminaba todo. No supe hasta ese instante lo creyente que era Cathal de todas aquellas cosas.

La única persona que estuvo conmigo de la mano desde que era una niña,

la que me había dado tanto y querido a partes iguales, acababa de dejarme sola y destrozada.

La lluvia caía con tanta fuerza sobre nuestros paraguas que apenas pudimos soportar el peso con las manos. La caja de Kathleen descendía lentamente en el gran hueco, y mi mano sostenía con cariño la pequeña y frágil de Nial. Todavía no era consciente de lo que había ocurrido, mientras miraba el abismo que le separaba de su madre. Ni si quiera yo era capaz de asimilarlo.

Contemplé con un nudo en la garganta el gran parecido que siempre había tenido a Kathleen. Su pelo rubio, casi platino, sus enormes ojos celestes, igual que los de su madre que a tantas personas habían cautivado para bien y para mal, y todos los gestos y rasgos que se asemejaban a ella. La madre de mi amiga lloraba sin consuelo a mi lado, mientras que Cathal se mantenía firme y serio a mi espalda. No hicieron falta palabras para saber que Nial debería quedarse con nosotros de manera indefinida, por lo menos hasta que fuese autosuficiente como para labrarse su propio futuro. Las únicas palabras que salieron de la boca de Cathal cuando mantuvimos esa breve conversación fueron:

—Encontraré al responsable de esto.

Su tono no admitió replica, pero si dejaba entrever la amenaza que contenía, puesto que llegado el momento, que lo haría, yo misma despellejaría al culpable. En silencio, retrocedimos nuestros pasos hasta que llegamos al coche donde la madre de Kathleen besó al pequeño tantas veces como se lo permitieron sus labios que no dejaban de temblar constantemente debido al llanto.

—Mi niño... Tienes que ser fuerte...

Ella ya estaba al tanto de todo, y quedamos en que podría llevarle a Nial siempre que quisiera, dado que seguía y seguiría siendo siempre su abuela materna. Nos despedimos con un ligero movimiento de cabeza, y me senté al lado de Cathal, en el asiento del copiloto. Desde mi espejo, pude apreciar los ojos de Nial, que no se despegaban de la carretera, pero que tampoco emitían ni una sola lágrima.

Aparcamos en la entrada de la mansión con el único ruido de las piedras

del camino sobre las ruedas, y salimos de la misma forma que entramos; en un silencio sepulcral. Sinéad, que ya había sido avisada de lo ocurrido, esperaba en la entrada con sus manos unidas justo a la altura de su vientre. Su gesto de tristeza no pasó desapercibido para nadie.

—Sinéad —la saludé.

Hizo un gesto con su cabeza devolviéndome de esa forma el saludo, y sostuvo al pequeño de los hombros mientras se dirigían al interior.

—Ahora mismo iré con vosotros —asegué.

Juntos ascendieron por la escalera y pude apreciar las palabras de cariño que la mujer le decía, pero las mismas a las que él ni siquiera prestaba atención. Era muy pequeño para saber qué o no estaba bien, pero sabía que lo que sí tenía claro era que su madre, su fuerza, su vida, ya no estaba con él.

Llegué a mi despacho, el que se encontraba por la parte exterior de la mansión y miré por la ventana que daba al recinto donde Kirt se paseaba detenidamente por la amarillenta tierra. Pareció percibirme y sus ojos fieros y salvajes me contemplaron en la distancia. Me comparaba a veces tanto con él, que en ocasiones me asustaba. Él, encerrado en una jaula llena de lujo, pero a fin de cuentas preso de su libertad. Yo, con la libertad que siempre había querido, encerrada en la propia jaula de mis pensamientos.

«La vida», me dije. Tan cruel y tan ridícula a veces, tan buena y tan maligna otras. A Nial le habían arrebatado a su madre, a mí había sido al contrario. Dejé que mis pensamientos divagarán por si solos pensando en el profundo dolor que aquel pequeño niño podía sentir, el mismo que yo llevaba auestas durante tantos años como los que él tenía, cuatro casi, para ser más exactos. Ese tiempo de sufrimiento en el que tu mente es tan maligna que no te da una tregua para dejar de ahogarte en tu propia vida, esa que tanto apreciamos a veces y tanto odiamos otras.

Me senté en el sillón de terciopelo negro frente al escritorio, contemplando los objetos que adornaban todo el despacho. Cascabeles, cintas rojas, tijeras... ¿Para qué? Creyese o no en seres que supuestamente contaban las leyendas que existían, no tenía sentido, ya que la misma vida era la que te demostraba la cruda realidad que nunca queríamos ver.

Con rabia, quité la cinta roja que reposaba sobre mi muñeca, lanzándola a la otra punta de la estancia, y la ira me cegó. Me levanté como un resorte, comenzando a quitar todos esos objetos que no servían para nada, los mismos a los que no tenía que darle ninguna importancia, ya que todo eran



suposiciones mías, o en el caso del altercado del bosque, imaginaciones de una mente asustada. Una mente que no le temía a nada, «a nada real», pensé.

Arranqué con fuerza los cascabeles que bordeaban el escritorio, tiré las plantas que ahuyentaban a esos seres insignificantes y pisoteé y pataleé con rabia todas las cosas contra el suelo. Y toda mi frustración por no haber llegado a tiempo, junto con la pena que sentía mi alma, la pagué con las cosas que durante todo ese tiempo me habían protegido de algo.

Exhausta, apoyé mis manos en la madera del escritorio, negando con la cabeza a la misma vez que limpiaba unas lágrimas rebeldes que escapaban de mis ojos. Escuché la puerta abrirse con la llave que yo misma había echado, y no me molesté en girarme para ver de quién se trataba. No dijo nada, pero supe que estaba inspeccionando la habitación al completo.

—¿Qué haces? —preguntó con seriedad.

«Con la misma de siempre», pensé con amargura.

—No creo que deba importarte lo que hago o no —espeté con desdén.

Silencio.

—Esta madrugada me iré a Noruega.

«Gracias por decirme que te acompañe», mi mente funcionaba a mil, sin darme tregua para pensar si quiera en cómo canalizar toda la rabia que sentía por el cumulo de cosas que cargaba.

—Me da igual —dije como si nada.

—Ya veo —murmuró con arrogancia—. No creo oportuno que debas acompañarme en tu estado...

—¿Acaso te importa una mierda el estado en el que esté?

Mi pregunta fue más que dañina. Le sumé otro tanto a mi lengua por hablar antes de pensar, pero también supe que acababa de mandar a la mierda toda la paciencia que creí haber tenido respecto al tema del bebé, cosa que, en realidad, tampoco era así. Me estaba afectando más de lo que creía. Su pasotismo lo hacía. Podía intentar comprenderle, aunque tarde o temprano me cansaría de sus formas, de sus modales y de todas sus subnormalidades.

—No uses ese tono conmigo, Taragh —sonó amenazante.

Una carcajada irónica salió de mi garganta, mientras me giraba para encararle. Coloqué mis brazos a la altura de mi pecho, de manera que quedaron cruzados entre sí, y lo miré con rencor.

—Te hablo como te mereces.

Achicó sus ojos en mi dirección, dando una zancada para aproximarse a

mí. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me contempló desde su altura aniquilándome con sus ojos cristalinos. No titubeé. Ni si quiera rehuí su mirada, me importaba una mierda lo que pudiera pensar en aquel momento, lo que sí tenía claro era que estaba cansada de todo y de todos.

—Tendremos esta conversación cuando vuelva.

—Por mí como si no quieres tenerla jamás —siseé con rabia—. Gran O’Kennedy —apreté mis dientes recalcando su apellido y alzando las manos.

Le di un leve empujón y salí del despacho sin mirar atrás, apreciando cómo apretaba sus puños a ambos lados de sus costados, seguramente reteniendo la rabia que comenzaba a resurgir, ya que pude ver las aletas de su nariz hincharse sin parar, mientras que las venas de sus enormes brazos se marcaban.

Durante el resto de la tarde intenté que Nial hablase conmigo, aunque solo fuese unas pocas palabras, y cuando ya me estaba dando por vencida a la hora de irnos a dormir, cerré el cuento que acababa de contarle, sintiendo su respiración tranquila en mi pecho. Miré la habitación viendo todos los adornos que en su día coloqué para la llegada de William, la cual nunca se llevó a cabo, y otro pellizco destrozó mi corazón. Se lo debía a Kathleen, y así me costase una constante depresión, lucharía por sacar a ese niño adelante.

—Buenas noches, pequeño Nial.

Besé su frente con cariño, y en el momento en el que iba a levantarme, este me sujetó con su diminuta mano la muñeca.

—Tía Taragh.

—¿Sí?

Volví a sentarme a la espera de sus palabras. Elevó la cabeza y me traspasó con sus profundos ojos.

—Mamá... —titubeó, a punto de ponerse a llorar—. ¿Está en el cielo con las hadas?

Las hadas...

Sonreí como buenamente pude, dejándome de tonterías sin sentido.

—Mamá está en el cielo con hermosas guerreras como ella.

—¿De las que salen en los cuentos?

Asentí con una triste sonrisa en los labios.

—Y ¿cuándo la volveré a ver? —preguntó con esperanza, consumiéndome de nuevo.

—Espero que dentro de muchos años, Nial. Pero ella siempre estará aquí

—le toqué el corazón con su pequeña mano—, y nunca dejaremos que su recuerdo caiga en el olvido.

Volví a darle un beso, y cuando me encaminé hacia la salida, pude ver que se tapaba con la manta, mostrándome una preciosa sonrisa que me hizo suspirar. Dejé la puerta semiabierta, y tuve que dar un respingo cuando me encontré a Cathal apoyado en la pared. Lo miré con mala cara, obviando que me estaba analizando, y cuando fui a dar un paso para irme a dormir, este me sujetó de la muñeca.

Me giré esperando algo, su rabia, sus gritos como de costumbre, algo, pero nada de eso llegó. Simplemente nos miramos durante lo que pareció una eternidad, intentando a nuestra manera atravesar los pensamientos de ambos. Finalmente me solté y con un leve gesto encaminé mis pasos hacia nuestro dormitorio. Esa madrugada se iría, pero lo que Cathal no sabía es que yo estaba, casi segura, de que dentro de dos días haría el descubrimiento más grande de mi vida con mi abuelo, con Andrew O’Leany.

Quizá era una insensata por no habérselo contado, teniendo en cuenta que lo principal en ese momento era el hijo que crecía en mi vientre, pero la rabia me cegó y me vi incapaz de hablarlo con él, total, si tan poco le interesaba la salud de aquel pequeño, no tenía sentido que le contase nada de aquello, ya que podría originar otra nueva disputa gracias a su antiguo hombre.

Esa noche di más vueltas en la cama de las que quise, pero en cuanto la puerta de la habitación se abrió, acompasé mi respiración y dejé de moverme para que se pensara que estaba dormida. Lo conseguí, pero intuí que sus ojos estaban clavados en cada parte de mi figura. No sabía qué hora era, pero supuse que la media noche ya habría pasado, cosa que me pareció extraña ya que desde que volvimos de Noruega ni una sola vez se acostó tan pronto.

Noté cómo la cama se movía, indicándome que él también lo hacía, y contuve la respiración cuando las sábanas dejaron de tocar mi cuerpo. Estaba boca arriba, y sentí sus manos en mis piernas, ascendiendo. Pensé en que no sería capaz de despertarme para satisfacer sus necesidades después de lo mal que se había portado, y busqué mentalmente las alternativas si ese era el caso. Porque podría desatar la furia del gran O’Kennedy, pero tenía claro que el rodillazo se lo llevaría en las pelotas. Su mano siguió el mismo recorrido, solo que se paró a la altura de mi pequeño vientre, y mi corazón se paró cuando lo que sentí fueron sus labios sobre este. Unas ganas terribles de llorar se apoderaron de mí, quise de abrir los ojos y preguntarle por qué demonios

no era capaz de comportarse como una persona normal cuando me tenía delante, ¿por qué siempre la estaba cagando? ¡Maldita fuera!

Pensé que esa no era la opción viable, ya que sabía que él era muy reservado y en cuanto se diese cuenta de que no dormía, o si simplemente abría los ojos, se marcharía sin mirar atrás con tal de no dar explicaciones. Me regañé a mí misma por ser tan imbécil y dejar que sus labios siguieran en mi vientre, pero era la única manera que tenía de sentir que de verdad le importaba, aunque no lo demostrase. Lo último que escuché antes de que mi alma se partiera un poquito más, fue un susurro apenas audible salido de su garganta.

—Te protegeré con mi vida.

William, Kathleen, mi dichosa obsesión con las hadas, Nial, Cathal... Todo hizo un coctel explosivo que me mantuvo en vela hasta altas horas de la noche, la misma hora en la que él se levantó de la cama para marcharse, ya que tampoco había dormido en el tiempo que estuvo a mi lado. Sentí un beso en mi sien, pero mi orgullo me impidió abrir los ojos y lanzarme a sus brazos, a pedirle explicaciones, a decirle o rogarle si hacía falta que no se fuese, que se olvidase de todo y que comenzáramos una nueva vida lejos de tanta mierda. Pero no. No fue el caso.

La puerta se cerró. Abrí los ojos para ver que ya pasaban las tres de la mañana y me levanté quedándome sentada en la cama cuando escuché el rugido del motor al arrancar. Froté mis ojos con pesadez. Estaba agotada.

Me dirigía al baño cuando oí el sonido de los árboles moverse debido al viento, pero lo que me sorprendió era que esa noche no hacía ni pizca de aire. Encaminé mis pasos hasta la ventana que daba a mi lado donde dormía, y tuve que achicar los ojos al ser consciente de lo que estaba viendo en el jardín de la mansión.

Un hombre decapitado, vestido de negro con una larga túnica del mismo color, mantenía su cabeza bajo uno de sus brazos. De repente, con ambas manos alzó la cabeza en mi dirección, y unos ojos rojos y brillantes me observaron desde su posición.

Me tambaleé hacia atrás, pensando que todo sería fruto de mi imaginación, momento en el que sentí un líquido descender por mi ojo izquierdo. Lo toqué, y lo que caía de él era sangre.

Bajé las escaleras que llegaban a la primera planta de la mansión. Hacia dos días que Cathal se había marchado, y era el momento de encontrarme con Frank esa misma noche. No sabía cuándo regresaría mi marido, pero en ese mismo instante Sinéad pasó por la entrada y la detuve. Tenía que saberlo.

—Sinéad —la llamé.

Detuvo su paso con una sonrisa en los labios, mientras sostenía con firmeza un gran cesto con toallas limpias para doblar. Hizo un movimiento de cabeza, indicándome que continuara.

—Voy a ausentarme unas horas. Necesito que mientras estoy fuera cuide de Nial.

—Claro, no se preocupe, señora.

—Y... —La miré antes de continuar—. ¿Sabe cuándo regresa Cathal?

—Si no me equivoco me dijeron que mañana.

Arrugó el entrecejo al hacerle esa pregunta. Asentí dándole las gracias y antes de que se marchase la cogí del brazo. Me contempló expectante, tanto a mi agarre como a mi rostro.

—Sinéad, Cathal no debe saber que he salido. Si por casualidad preguntase...

—La señora está en su habitación durmiendo.

Sonreí al darme cuenta de la gran aliada que tenía junto a mí. Susurré un pequeño «gracias» apenas audible, y antes de dejarla marchar, la volví a coger por el brazo recordando una cosa que había estado investigando el día anterior, y ya no sabía si me estaba volviendo loca o qué me pasaba.

—Sinéad, ¿ha escuchado usted hablar alguna vez de la leyenda del hombre sin cabeza? —pregunté como si nada.

—Sí, claro. El Dullahan.

—Y... ¿por casualidad conoce la leyenda?

—Por supuesto, todo el mundo la conoce —«ya...», pensé, pero no me pronuncié—. Antiguamente se decía que, si El Dullahan se te aparecía, a la persona que veía le anunciaba desgracia, de hecho, se cuenta que para que no

hubiese confusiones y el espectro pudiera ver mejor, alzaba su cabeza y sus ojos destellaban hacía la persona en cuestión, lo que hacía que le sangrara el ojo izquierdo a quién le veía.

Contuve la respiración. ¿Qué demonios me estaba pasando...?

—¿Se encuentra bien? —se preocupó.

—Sí, sí —me recompuse como pude.

—Son solo leyendas. No tiene por qué temerlas. —Sonrió con cariño.

—Ya, ya lo sé. —Le resté importancia—. Lo vimos en un cuento la otra noche.

Volvió a mostrar su perfecta dentadura blanca y esa vez la dejé que continuara con sus quehaceres. Le di vueltas durante no supe cuánto tiempo a la dichosa leyenda, ¿estaría soñando cuando me pareció verlo? ¿O en realidad sí que lo había visto? La cabeza comenzaba a martillarme, y ya no sabía ni qué pensar.

Unas horas después estacionaba el coche en uno de los aparcamientos en batería que había justo al lado del castillo en ruinas de Cong, que daban a la abadía del pueblo. Me bajé mirando a mi alrededor, pero no vi a Frank por ningún sitio, hasta que, pocos minutos después, aparcaba a mi lado. Se bajó con el mismo gesto chulesco de siempre.

—Veo que has venido.

—Eso parece —respondí con desdén—. Y no tengo todo el día, así que al grano.

Sonrió.

—Todo a su debido tiempo. Vamos a dar un paseo.

Bufé ante sus palabras, pero preferí que me condujese adonde fuera que nos dirigiéramos. No olvidé antes de salir de la mansión, guardarme un arma por si llegaba el caso y la necesitaba. Tampoco sabía las intenciones que tenía Frank, ni el motivo de querer ayudarme en ese momento después de tanto tiempo.

Cruzamos el puente de madera, en dirección a la caseta de los pescadores donde tiempo atrás estuve con Cathal por primera vez, y al lado de esta, había un pequeño barco. Lo miré con mala cara mientras este quitaba el amarre improvisado.

—Sube.

—¿Para qué?

Me crucé de brazos esperando su respuesta. Me miró a través de sus

pestañas, resoplando ante mi gesto.

—Taragh, adonde vamos a ir necesitamos llegar en barco si queremos pasar desapercibidos.

—No entiendo que tiene que ver mi abuelo con todo esto.

—Ahora te lo explicaré. Sube.

Su última palabra fue tajante, cosa que me cabreó más de lo normal. Me senté en la madera de una de las puntas del barco, sin quitarle los ojos de encima. Este agarró los remos y comenzó su camino por el lago hacia el interior. Me quedé observándole durante un instante sin que fuese consciente de mi escrutinio, hasta que minutos después levantó la cabeza y me miró.

—Tanto secretismo está empezando a impacientarme, Frank. ¿Adónde se supone que vamos?

—A la casa de tu abuelo.

Reí con sarcasmo.

—La casa de mi abuelo está por detrás del Pat Cohan. ¿Te piensas que soy estúpida?

Acto seguido, saqué mi pistola y le encañoné.

—Da la vuelta —ordené.

—¡Eh, eh! —Elevó sus manos, soltando los remos—. Baja esa puta pistola, ¡te estoy diciendo la verdad!

—No hablamos en el mismo idioma, entonces.

—Taragh, déjame que te lo explique por lo menos, ¡joder!

Se pasó una mano por el mentón, impaciente. Bajé las mías hasta apoyarlas sobre mis costados, sin apartar el cañón de mi pistola que apuntaba hacia su cuerpo. Resopló al ver que no me haría cambiar de opinión, y se metió la mano en el bolsillo de su abrigo, lo que hizo que todos mis sentidos se pusieran en alerta, y esa vez, me levantara lo suficiente como para que el pequeño barco se moviera y casi caímos los dos al agua.

—¿Estás loca?! ¡No te muevas! —gritó.

—¡No me chilles!! —Bufé muy cerca de su rostro.

Sentí sus ojos desviarse de los míos a mis labios, gesto que imité sin querer, pero me separé de él antes de que cometiera otra de sus locuras que finalmente acabarían en desgracia. Me senté, no sin antes soltar un improperio digno de una camionera, y este me extendió un papel que parecía una fotografía.

—¿Conoces a este tipo?

Se la arranqué de las manos, la observé durante unos segundos, milésimas, y la tiré a sus pies.

—¿Adónde quieres llegar, Frank? Estás empezando a cabrearme de verdad.

—Contéstame.

—Si lo hago, quizá sepas lo mismo que yo, y puede que eso no me interese.

Apretó sus dientes visiblemente, tanto, que creí que le saltarían por los aires en cualquier momento. Mantuve mi gesto impassible ante su enfado, a lo que continué antes de que dijera una sola palabra:

—¿Por qué iba a tener que confiar en la persona que intentó asesinar a mi marido saltándose mis órdenes? Eso dicta mucho de ti. Entenderás que lo único que quiera es asesinarte como lo intentaste tú.

—¡Eso no habría sido así si tú no hubieses elegido mal! —vociferó.

—En ningún momento dije que te elegía a ti.

Seguí con mi tono tranquilo, cosa que le desesperó. Lo vi inquieto, sin saber cómo ponerse o de qué manera actuar. Estaba claro que la sinceridad en aquel momento parecía predominar.

—Tampoco pusiste mucho empeño y te quedaste con lo primero que encontraste.

—Frank —suspiré con cansancio—, no estoy aquí para debatir mis elecciones amorosas. Así que si no te importa, dime por qué cojones has hecho que venga.

Se calló durante unos segundos, volvió a pasarse la mano, esta vez por la cabeza, y murmuró agotado:

—Porque sé que nunca volverás conmigo —dijo sin mirarme—, porque lo he intentado todo y aun así solo he sabido condenarme a mí mismo —me miró—, y porque voy a contarte la verdad más dolorosa que hayas escuchado jamás. Solo te pido que me perdones, Taragh.

Alcé una ceja, tratando de poner la máscara de indiferencia que siempre me caracterizaba, aunque reconocí interiormente que comenzaba a asustarme de verdad el tema, fuera cual fuese, que quería contarme. ¿Qué había hecho mi abuelo?

—Seguimos sin hablar en el mismo idioma —ironicé.

—¿Conoces a ese tip...?

No le di tiempo a terminar.

—Sí.



Respondí tajante, sin apartarle los ojos de encima.

—Tu abuelo tiene una mansión en el bosque, una mansión que tú jamás has visitado, y que muy pocas personas conocen.

—¿Por qué iba a esconderse? —Reí—. Es absurdo.

—Escúchame con atención y no me interrumpas, te lo pido por favor.

Noté cierto abatimiento en su voz, por lo que decidí cerrar la boca y dejar que soltase todo lo que tenía que decirme del tirón.

—Como te iba diciendo, a esta casa se puede acceder por la parte trasera del castillo de Ashford, y si lo hacemos de esa manera, nos verá.

—Y ¿se puede saber por qué no puede vernos? —Alcé una ceja, dándole cuenta de que había vuelto a interrumpirle.

—Porque estoy seguro de que sospecha de mí. He estado investigando muchas cosas, y he descubierto otras tantas que...

—Vaya... —añadí con ironía—. Frank traicionando a alguien, qué raro. Lo que no me encaja es que tienes que ver tú con mi abuelo.

Apostillé sabiendo de ante mano que trabajaba para él, ya que me lo contó Cathal.

—¡Déjame terminar! —volvió a gritar.

Sonreí al darme cuenta del estado en el que estaba. Completamente fuera de sus casillas. Alcé mi mentón con chulería, a la espera de sus palabras.

—Tenemos que atravesar el lago para poder entrar por la parte trasera. Y sí, trabajo para Andrew O’Leany desde hace cinco años.

Aquello me pilló de sorpresa, tal fue que no pude disimularla ya que no me esperaba que eso fuera así desde hacía tanto tiempo. Arrugué el entrecejo, pero antes de poder volver a preguntar alzó su mano para que callase.

—Lo primordial para Andrew siempre fue vigilar de cerca a Cathal. Me imagino que a estas alturas ya sabrás toda la historia del broche de Tara —asentí—, bien, eso que nos ahorramos. Lo que no sé si sabrás es que, cuando Andrew descubrió que tus padres tenían el broche, fue él mismo quién ordenó el asesinato de ambos. —Volví a asentir, esta vez con gesto serio—. Veo que estás muy bien informada.

—Lo intento —le interrumpí con saña—. ¿Fuiste tú? —escupí.

Negó con la cabeza.

—No. Yo hice algo peor, Taragh.

Contuve el aire, mientras él continuaba hablando y remando a la misma vez.

—El tipo que te acabo de mostrar en la foto, también trabaja para Andrew. Sé que sabes de la existencia de la Organización. Y también sé que has estado hace poco en Noruega en busca del caldero de la abundancia.

—¿Cómo...?

—Tu abuelo lo sabe todo. Todo, Taragh.

Dudé, pero no le dije que «casi» todo.

—El único enigma que ahora mismo tiene es saber dónde se encuentra el broche por el que arrebató tantas vidas.

—¿Él mató a Kathleen?

Sentí una presión extraña en el pecho. No era solamente de tristeza, sino de rabia, de coraje, impotencia y, sobre todo, ganas de venganza.

—Sí.

—¿Quién lo hizo? —pregunté con seriedad.

—No conseguí encontrar ese detalle. Pero te juro que no fui yo. —Callé, tratando de asimilar lo que me estaba contando—. Como te iba diciendo, esa persona le pasa información a Andrew de todo lo que la Organización encuentra a su paso. No hay detalle que se le escape. La rivalidad que tienes con Maureen, todo fue ocasionado por él. No sé exactamente qué tuvo con la abuela de esta chica, que también se llama Maureen —asentí—, pero sé que estuvieron juntos y que la ruptura no fue para nada agradable. Obviamente, todo por el egoísmo de Andrew, que la usó como quiso, por lo que he podido descubrir.

—La vida anterior de mi abuelo no me interesa. Cuéntame por qué quieres que te perdone, Frank.

Un mal presentimiento me atravesó la espina dorsal, casi sin dejarme respirar, momento en el que el barco topó con la arena y este se bajaba de él.

—Ahora lo verás. Hemos llegado.

Extendió su mano en mi dirección, pero no la acepté. Bajé del barco sin su ayuda y me paré frente a él.

—Recuerda donde está el barco amarrado. Si la cosa se pone fea, solo tendrás que avanzar en línea recta y torcer la primera calle que te encuentres en el bosque a la derecha. El lago —lo señaló— hay que pasarlo por dentro. Solo te llega a la cintura el agua, pero te recomendaría que te quitases el abrigo. Después lo vas a necesitar.

Arrugué el entrecejo sin entender nada de lo que me decía.

—¿El qué se va a complicar?

—Taragh, hazme caso.

Se quitó la chaqueta, la lanzó al suelo y avanzó hacia la orilla. Agarró su pistola con la mano derecha, elevándola por encima del agua, a la misma vez que me extendía la mano para que hiciese lo mismo que él. Lancé mi abrigo al suelo, dejando en él las llaves del coche y mi teléfono móvil que en ese momento comenzaba a sonar.

—No te preocupes, aquí nadie lo verá. Pon el teléfono en silencio.

Hice lo que me dijo, y al levantarme me di cuenta de un pequeño detalle que había pasado por alto. Sus ojos se clavaron directamente en mi vientre, sin ningún reparo. Tragó saliva visiblemente y murmuró con un hilo de voz:

—Estás... estás...

—¿No has visto nunca a una embarazada, o qué? —cuestioné con prepotencia.

Sus ojos se abrieron en su máxima expansión, sin poder salir del asombro que los recorría, hasta que finalmente se pasó la mano por el rostro para intentar despejarse. Según las cuentas del médico al que fui cuando llegué a Irlanda, estaba casi de cinco meses, lo que no sabía era cómo no me había dado cuenta antes de la gran falta de mi periodo.

—Terminemos con esto cuanto antes —espeté pasando por su lado, metiéndome en el agua.

Atravesamos el pequeño lago hasta llegar al otro extremo, donde nos llenamos de barro al intentar ponernos en pie. Andamos unos minutos hasta que, en la lejanía, pude ver algo que no esperaba encontrar. Era una mansión enorme, rodeada de jardines tan sumamente cuidados que asustaba mirarlos por si los rompías. La entrada estaba decorada con pequeñas piedras que hacían un camino hasta la puerta principal y, aparentemente, se encontraba en calma y sin signos de haber nadie. Frank se miró el reloj de su muñeca y dijo:

—Faltan pocos minutos para que llegue.

Me contempló con una preocupación que no era normal en él.

—¿Y qué? ¡No entiendo nada, Frank!

—Shhhh. Pueden vernos los hombres de seguridad. Aguarda un momento, enseguida sabrás el motivo. —Me miró, arrepentido—. Lo siento de verdad, Taragh. Espero que puedas perdonarme algún día.

Era la segunda vez que me decía esa frase en solo unos minutos. Me quedé observándole fijamente cuando, de repente, escuché un coche llegar a la puerta de la mansión. Sin duda era el vehículo de mi abuelo, y cuando una de las

puertas se abrió, tuve que contener la respiración al sentir que mis ojos se llenaban de lágrimas de tal forma, que me impidieron la visión.

Maureen

La paz en casa se había instaurado. Todo iba como la seda después de mi vuelta de Noruega. Aidan estaba más suave de lo normal e incluso me relajó que mi abuela no me echara en cara el desliz que tuve con Hayes en Nueva York. De hecho, mi prueba de embarazo pasó al olvido.

En el NMCI estaba la cosa muy calmada y por lo visto no había urgencias. Llegaba a casa a horas prudentes y tenía a mi marido la mar de contento y feliz. Cosa que se agradecía.

Hasta que llegó la temida llamada.

Eran las tres de la madrugada cuando mi teléfono móvil sonó. Me costó horrores poder tantear la mesita de noche hasta dar con el aparato.

—Maureen —contesté al teléfono nada más descolgar la llamada.

—Te necesito en Dublín, ¡ahora mismo! —Era la voz de Byrne y sonada como una orden fuera de tono.

—Pero... —me esforcé en buscar un reloj y cuando lo tuve frente a mi cara, puse los ojos en blanco— son las tres de la madrugada.

—¡Ya sé qué hora es! —Su tono era de enfado—. Ve al NMCI y allí te espera un helicóptero que te traerá a Dublín.

—¿Qué ha sucedido? —Me levanté de la cama lo más rápido que pude.

—No hay ni tiempo para zarpar, volaremos a Noruega.

—¿Cómo?! —No salía de mi asombro a medida que me iba desvistiendo.

—¿Qué sucede? —Aidan se despertó y se asustó.

—Haz lo que te he dicho, ven cuanto antes. Llama a la escuela cuando salgas de casa para que vayan preparando el helicóptero.

—Sí, señor.

No me dejó decir más. Colgó y me quedé con la gran duda.

—¿Quién era? —Aidan se preocupó.

Incorporó su cuerpo en la cama y me miró confuso mientras se frotaba los ojos con ambas manos.

—Debo de ir a Dublín. El tema del ferry que atracó en Cork ha traído

problemas. Tengo que preparar los informes. Por lo visto, están dando por saco. —Fue lo primero que se me ocurrió.

—¿A Dublín? ¿Ahora? ¿Tu jefe es gilipollas o qué? —Se exasperó.

—Aidan —traté de calmarlo—, no comencemos.

—Pero ¿tu jefe no sabe que tienes una vida? ¡Joder, Maureen!

—¡Aidan! —Exploté nerviosa, mientras me iba vistiendo—. Cálmate, sabes que es mi trabajo y lo importante que es que confíen en mí.

—No lo entiendo.

Negó con la cabeza.

—Yo tampoco entiendo muchas cosas de la vida cotidiana y me conformo —le reproché—. Piensa en mi trabajo como si fuera un investigador. El Capitán General me tiene en el punto de mira y no puedo permitirme fallar ni un poco.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —Intentó calmarse.

—No lo sé. Espero que dos o tres días.

Acabé de acicalarme en el baño y cuando salí, lo vi sentado en la cama apoyando sus brazos en las rodillas.

—Joder, Aidan. No quiero que esto nos afecte. Pero estoy harta de siempre darte la misma explicación. —Me arrodillé junto a la cama.

—No te puedes llegar a imaginar lo que te echo de menos cuando no estás.

—¿Te crees que yo a ti no? —fingí reprocharle, me miró fijamente y no pude resistirme—. ¿No lo estarás dudando? —Reí.

—Anda, ven. —Extendió los brazos y me abalancé sobre él—. Te amo demasiado.

—*Is breá liom tú freisin.* (Yo también te amo), ¿recuerdas?

Nos fundimos en un largo beso y no tuve más remedio que despedirme de él con todo el dolor de mi corazón.

Lo comprendía más de lo que él se imaginaba. No sabía si yo hubiera aguantado tanto como él lo estaba haciendo. No, seguro que no. Yo era más mal pensada. A veces me asustaba la confianza ciega que demostraba tener en mí y una punzada en el corazón me hizo sentir culpable por la cantidad de mentiras que le estaba arrojando cada vez que tenía que salir por alguna misión. Estaba demostrado que Aidan tenía el cielo ganado.

En cuanto llegué al NMCI, me encontré a Hayes esperándome a pie de pista.

—¿A ti también te ha sacado de la cama del mismo modo que a mí? —fue

lo primero que le solté al verle.

—Espero que sus modales hayan sido mejores que con los que me ha despertado a mí —dijo mientras me ayudaba a subir al helicóptero.

—Lo dudo. Algo muy gordo debe de haber pasado para que esté así de crispado.

—He llamado a Duff y él no sabía nada —me explicaba a medida que se iba abrochando el cinturón de seguridad.

—En fin, cuanto antes vayamos, antes lo sabremos y antes terminará esta pesadilla. Te puedo asegurar que cada vez que veo un bol en la cocina me vienen ganas de hacerle cuatro dibujos y entregárselo como el dichoso caldero.

En cuanto Hayes comenzó a reír, nos elevamos.

Al llegar a Dublín, Byrne tenía cara de pocos amigos. Quise recluirme detrás de Hayes, pero decidí no amilanarme. Aquel hombre no tenía por qué darme miedo. Es más, yo era una pieza demasiado valiosa para él y a la mínima, podría ser yo quien pudiera negarse.

Cathal y su escolta Ryan también esperaban a pie de pista dentro de una furgoneta.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está el fuego? —fue lo primero que Hayes dijo al estrecharle la mano al jefe.

—Entrad en el vehículo y allí os explico mientras vamos camino a una avioneta que tenéis preparada.

—¿No vamos en el Fomoré? —se extrañó, pero no recibió respuesta alguna.

Parecía que a él no le había dicho que volaríamos directamente hasta Noruega. Byrne dirigió sus pasos hasta que entramos en el coche, momento en el que me extrañó no ver a Taragh.

—Bien, ya estamos todos —dijo cuanto estábamos dentro de la furgoneta—. Hemos recibido un soplo de donde está el Caldero. Por lo visto está a media hora de donde estuvisteis la última vez.

—No me jodas... —se quejó Cathal con tono brusco—. ¡Esto debe de ser una broma! Allí estuvimos y lo único que había eran unos trogloditas que custodiaban una jodida cueva.

—Una jodida cueva que tenía un pergamino y donde Maureen vio una triqueta en una de las paredes, ¿no es así?

—Así es —asentí.

—El Fomoré está atracado en uno de los fiordos que dan entrada a la ruta donde estuvimos la última vez. Allí me quedaré yo como centro de operaciones, mientras vosotros os ponéis en ruta.

Noruega era un país precioso desde las alturas, pero no era el mejor momento para pararme a hacer rutas turísticas en medio de aquel lío. Byrne estaba que mordía y no era cuestión de interrumpirle en nada. Yo me limité a asentir, pero mi cansancio hacía que mi carácter se agriara más y deseara terminar aquello de una vez por todas.

Al bajar de la avioneta nos vestimos con lo necesario. Bueno, en realidad con el mismo armamento que la última vez, pero con alguna que otra cuerda y linterna. Al comenzar nuestro camino me pesaba reconocer que echaba de menos a Taragh. Ella me había sido de gran compañía y sin querer con solo una mirada me había enseñado más de lo que imaginaba. Aquella altanería suya me reconfortaba. Era difícil de imaginar, pero la química entre las dos después del altercado de la cueva hizo que nos acercáramos más. No es que pasáramos a ser amigas, pero nuestra tregua estaba llegando a su final, para acabar con un fin a la guerra.

Yo iba en cabeza de la expedición siguiendo las coordenadas dictadas por Byrne cuando llegó la señal que tanto añoré la última vez que estuve en aquel sendero.

—¡Hayes! —llamé a mi compañero.

—¿Qué sucede? —se asustó y vino a mi encuentro.

—Está aquí. —Le agarré del brazo—. Áine está aquí.

—¿Qué te dice?

—¿Qué pasa? —Cathal vino a nuestro encuentro, pero no podía saber nada de lo que estábamos hablando. Él no era uno de los nuestros, por mucho que estuviéramos en la misma misión.

—*Gruaig Dóiteáin*. (Cabello de fuego) —me susurró la señora—. *Glaoi ghruaige tine*. (Llama a cabello de fuego).

Miré en ambas direcciones, tratando de encontrar algo en medio de aquel bosque tan cercano al mismo lago en el que habíamos estado días antes, pero no conseguí ver nada. Todos me observaban esperando una reacción por mi parte, la misma que tardó poco en llegar.

—*Gruaig Dóiteáin!* (Cabello de fuego) —chillé con fuerza.

—¿Qué coño dice? —Cathal no entendió mi reacción y se enfureció.

—Déjala, ella sabe lo que hace. —Hayes trató de calmarlo.



—*Na trí tinte atá ag fanacht leat.* (Los tres fuegos te esperan) —me indicó.

—*Cá háit?* (¿Dónde?) —pregunté.

—*Tagann siad ar do son.* (Ellas vienen a por ti) —contestó.

Miré fijamente a Hayes y me agarré a él. La verdad era que intenté disimular lo máximo posible, para que Cathal y Ryan no sospecharan nada.

—Me he mareado. —Traté de disimular.

—Claro, y por eso te da por chillar en irlandés, ¿no?

Ryan se burló de mí, pero la mirada de Cathal no me pasó desapercibida. Algo me decía que él había entendido lo que había dicho y miró alrededor buscando algo. Clavé mi mirada en él esperando una respuesta, pero hubo algo que nos interrumpió. Unos matorrales comenzaron a moverse y una voz sonó como susurrando.

—*Oonagh? An bhfuil tú?* (¿Oonagh? ¿Eres tú?).

Todos miramos en dirección al follaje. Estaba visto que todos oímos la misma voz.

—*Sea, is mise.* (Sí, soy yo) —respondí.

De repente se oyeron unas risas en la misma dirección y tres cabezas pelirrojas asomaron.

—*Teacht in aice.* (Acercaos). —Las invité sonriendo para que no tuvieran miedo.

Tres niñas de entre cinco y diez años se aproximaron a nosotros. Parecían la inocencia personificada. Cada una de ellas poseía una cara angelical blanca como la leche y adornada con multitud de pecas, una larga melena pelirroja, y vestían de blanco con largos vestidos. Hubiese jurado que eran hadas del bosque.

—Si no lo veo, no lo creo. El fuego que identifica a las tres... —susurró un Cathal pasmado—. Eso era lo que decía el pergamino que encontramos en la cueva.

Las niñas comenzaron a jugar conmigo. Supuse que el saber que era yo a quien esperaban les hizo familiarizarse con mi persona y no dejaban de tocarme la cara y mi cabello no tan rojizo como el suyo.

—¿Cómo es que hablan irlandés? Estamos en Noruega —se extrañó Cathal.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Hayes mirando boquiabierto la imagen de las hermanas jugando conmigo.

—Durante la invasión de los vikingos a Irlanda, muchos celtas fueron obligados a servirles y los trajeron hasta aquí con el fin de hacerlos esclavos —expliqué—. Supongo que de ahí viene la similitud de la cultura nórdica con la celta. Sea irlandesa o escocesa.

—Bueno, sí, muy bien. Ahora preguntales dónde está el dichoso caldero —Cathal volvió a su estado rudo, y no quería entretenerse con aquellas niñas.

Lo miré con reproche al tener tan poco tacto con ellas. Estaba convencida de que no estaban acostumbradas a tratar con gente de la urbanización y el hecho de que estuvieran con nosotros era simplemente por mí. Porque Áine les había dicho que conmigo no correrían peligro.

—*An bhfuil a fhios agat cá bhfuil an coire?* (¿Sabéis dónde está el caldero?)

—*Tá!* (¡Sí!) —exclamaron a la vez y me cogieron de las manos para que las acompañara—. *Téigh linn.* (Ven con nosotras).

Arrastrada por las tres, me dirigí a un montículo seguida por los tres hombres. Era curioso cómo nuestra misión dependía de aquellas mocosas. Retiraron algunas ramas y nos hicieron entrar en una cueva.

—No me fio —dijo Ryan de un modo muy rotundo—. ¿No será una trampa como la última vez?

—Saca tu arma, que yo sacaré la mía —le ordenó Cathal—. Tú también deberías ir con cuidado, Hayes.

—Algo me dice que no hará falta —opinó mi compañero, siguiéndome.

La cueva era más profunda de lo que parecía. Debíamos pasar por pasadizos estrechos y más de una vez nos vimos forzados a agacharnos para poder seguir, sobre todo Cathal, que era el más alto de todos los que íbamos. La luz era pésima, pero por la parte de arriba bajaba un hilo de claridad.

—*Coire ansic* —dijo una de ellas entregándome un cuenco.

—*Coire ansic?* —repitió Cathal extrañado—. ¿Caldero no seco?

Esas palabras me confirmaron que anteriormente sí me había entendido, por lo tanto, manejaba el irlandés bastante bien.

—Te recuerdo que es el caldero de la abundancia —le informé al cogerlo.

—¿Me dejas que lo coja? —me preguntó—. No voy a irme, tranquila.

Aquello me hizo desconfiar y se lo demostré con la mirada. Cathal me imponía, no iba a negarlo, pero había algo que me decía que él sabía algo más de aquel caldero. Se lo cedí y lo inspeccionó.

—Sí, es este —afirmó rotundo.

—¿Cómo los sabes? Hayes todavía no lo ha examinado.

—Hace meses este mismo caldero estaba en mi casa de Malahide y me lo robaron —me explicó.

—¿Estás seguro de que era este? —Hayes dudó.

—Jamás he estado tan seguro de nada en mi vida. ¿Lo quieres analizar?

—Sí, pero mejor que lo hagamos fuera, a la luz del día. Aquí no puedo.

Al salir de la cueva, las niñas se alejaron sin decir adiós siquiera dando por concluida su misión, pero mi mirada se fijó en un punto en concreto.

—¡Allí hay alguien! —exclamé—. ¡Y sale corriendo!

—Hijo de la gran puta... ¡Es Kellan! —Se exasperó Cathal y fue tras él junto a Ryan.

Los dos hombres subieron colina arriba tras alguien que corría como el rayo. No pude ver demasiado, pero seguro que acabarían dándole caza.

—¿Kellan el mafioso? —pregunté a Hayes.

—Sí, el mismo que debería haber ido a la reunión de Nueva York y no se presentó —me aclaró mientras tocaba el caldero con las dos manos y cerraba los ojos mirando al cielo.

—¿Qué haces? —Aquella manera de actuar no la había visto en mi vida.

—Tú tienes el don de hablar con Áine, yo tengo el don de sentir los metales.

—¿Y qué te dice este?

—Este dice que le llevemos a casa, que ha estado demasiado tiempo esperándonos. —Abrió los ojos y me sonrió de un modo pícaro—. Lo tenemos.

—Me tomas el pelo —me molesté.

—Te juro que no —se defendió—. Los hombres del metal podemos sentir los materiales. Notamos una especie de energía que nos transmite lo puro. A ti te habla Áine y a mí me habla Goibniu transmitiéndome el calor del material que se busca en ese mismo momento. Si este no fuera el verdadero caldero, no hubiera sentido más que el frío del metal.

Cathal y Ryan tardaron un largo rato en volver y por sus caras no habían tenido demasiada suerte en su caza.

—¿Ha escapado? —preguntó Hayes.

—¡Maldito hijo de puta! —Cathal dio una fuerte patada a un árbol—. ¡Hemos estado a punto!

Nuestra llegada al Fomoré calmó a Byrne sobremanera. Es más, nada más

subir al barco, una sonrisa se dibujó en su cara. Maldita la gracia que nos hizo a todos. Quería celebrarlo, pero yo tenía un sentimiento de rencor que me hizo amargarme el festejo a mí misma.

A mí no me valía el tener mal humor por la mañana para pasar a celebraciones. No era mi estilo, y lo único que tenía ganas era ir a mi casa a descansar. Pero hubo algo que me llamó la atención: Byrne estaba tratando a Cathal con mucha familiaridad. Era como si los dos fueran viejos amigos. Como si se conocieran desde hacía años. Byrne no apoyaba su mano en cualquier hombro y lo estaba haciendo con aquel reconocido mafioso. Cualquiera hubiera sospechado que los dos estaban compinchados. Uno robaba y el otro rescataba para ponerse las medallas.

No, aquello lo descarté por completo. Conocía a Byrne desde hacía tiempo y no era su estilo. Quizá ese habría sido uno de los pocos motivos por los que me hubiera atrevido a poner la mano en el fuego.

Taragh

No conseguí apartar la mirada de aquel moreno de ojos azules tan brillantes que serían capaces de iluminar el bosque más oscuro, y mi pecho se abrió en canal. Tragué el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta, mientras mis lágrimas descendían a toda velocidad por mis mejillas sin poder contenerlas. Cuando fui capaz de reaccionar, mi cuerpo se impulsó hacia delante, pero Frank colocó su brazo antes de que pudiera hacer un simple movimiento.

—Espera. Ahora saldrán a pasear al perro.

—Es... es... —No conseguí articular una sola palabra.

Suspiró y habló, dejándome más paralizada de lo que ya lo estaba, instante en el que escuché la puerta de la vivienda cerrarse entre risas.

—Cuando diste a luz hace casi cuatro años, Andrew ordenó que secuestrásemos a tu hijo y lo llevásemos ante él. Al principio pensamos que acabaría con su vida en cuanto lo viese, pero después se arrepintió y terminó quedándose a su cargo.

No era capaz de enlazar ni una sola palabra de lo que me estaba diciendo, puesto que mis ojos no se apartaban de la puerta de entrada de aquella mansión.

—William está vivo.

Noté que mi cuerpo comenzaba a temblar, debido al terrible llanto que me arrollaba.

—¿Por qué lo hiciste...? —mi pregunta se perdió en un susurro.

—Me pagó bien. A mí y a otros hombres, incluidos los médicos del hospital. Todo fue un montaje. Acabaron con los que se suponía que tendrían que asistirte en el parto, por eso mismo cuando todo pasó te dijeron que eras estéril, porque, en realidad, así lo llevaron a cabo. Tu abuelo tenía constancia del terrible pánico que le tenías a las hadas, y llegó a pensar que, cuando conocieses a Maureen, la rabia te corroería por dentro y la matarías para hacerle daño a su abuela.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —murmuré.

—Maureen... Ella... —No supo cómo decirlo—. No tengo ni idea si creerás en estas cosas, pero ¿conoces las artimañas que se cuentan en las leyendas sobre las hadas y los leprechauns?

Asentí sin poder mover un músculo.

—Ella entró en la Organización porque se le apareció Áine, la diosa de las hadas. Con el tiempo podrías haber pensado que todo era un plan maquinado por ella, y que la propia muchacha te había quitado a William. A fin de cuentas, todo era un plan malévolamente para ponerte en contra de los Hagarty. Al igual que intentó hacerte creer que el broche de Tara lo poseía ella, cuando desde el principio era conocedor de que eso no era cierto.

—¿Cómo has podido...? ¿Cómo has podido ocultarme esto durante tanto tiempo?

La rabia comenzó a resurgir de mí de tal forma que no sabía ni cómo controlar la situación.

—Porque al principio no sabía cuánto te amaba. Y después me vi incapaz de contarte la verdad.

Lo miré fijamente a los ojos, con todo el odio que una persona es capaz de tener. Obvié las partes de las supuestas hadas y toda la parafernalia que rodeaba a la familia Hagarty, y me centré en lo verdaderamente importante aquel momento.

—Perdóname, Taragh. Lo siento de verdad, créeme que no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ello.

—Cathal te arrancará la piel a tiras —afirmé.

Suspiró agotado, asintiendo lentamente, pero sin estar convencido. Algo me decía que no tenía tan claro que ese día llegase. Cuando Cathal se enterara...

Mis ojos se fueron de su rostro a la entrada de la casa que se abría de nuevo. El pequeño salió corriendo en dirección al jardín cuando un perro mediano salía tras él. Me fijé en sus gestos, en su cuerpo, en todo. Era clavado a su padre. Un clon en miniatura indiscutible. Me incorporé dando un paso al frente, movimiento que hizo que mi abuelo clavase la vista en el bosque.

Al verme, su gesto cambió al asombro, dirigiendo sus ojos de primera mano al pequeño que, ajeno a todo, jugaba con el perro sin darse cuenta de lo que estaba pasando en realidad.

—Andrew... —dije llegando a escasos metros de él.

—Taragh... —Su voz, al contrario que la mía, fue de perplejidad.

Frank salió de detrás de mí, con la pistola en la mano.

—¡Abuelo, abuelo! Mira lo que hace...

El niño desvió sus ojos hasta donde me encontraba, y las lágrimas bañaban de tal manera mi rostro que la visión se me hacía de todo menos sencilla. Dio dos pasos llegando a mi altura, hasta que se colocó justo frente a mí.

—¿Mami...?

Me tapé la boca con la mano, incapaz de contener el sollozo que emergió de ella, y caí de rodillas quedando en su misma posición. Mi abuelo, sin saber cómo reaccionar, se quedó paralizado contemplando la escena mientras que Frank le apuntaba con la pistola, la misma que tenía escondida en su costado para que William no la viera.

—¿Mami, ya has vuelto? —Se giró hacia Andrew, y mi corazón se partió en mil pedazos. Sabía quién era yo...—. Abuelo, ¿has visto que mami ya ha vuelto del viaje? ¿Y papi? —Volvió a mirarme.

Entre terribles espasmos, William se tiró a mis brazos, abrazándome con una fuerza desmedida. Toqué su cabello con mimo, sabiendo que mis lágrimas empapaban su ropa, y las pequeñas gotas de lluvia que comenzaban a caer lo hacían también. Separé su cuerpo del mío, colocando ambas manos sobre sus mejillas, dándome cuenta del increíble parecido que tenía con su padre.

—Mami —me llamó, pero no conseguí apartar mis ojos de aquellos océanos—. ¿Por qué has tardado tanto en venir?

Esta vez, mi mirada furiosa se dirigió a Andrew con unos instintos asesinos tan grandes que hasta el día no había sentido jamás. Agarré su pequeña mano, poniéndome en pie sin apartar la mirada de aquel hijo de la gran puta que tenía como abuelo.

—Será mejor que entremos dentro. Está comenzando a llover y se avecina una gran tormenta.

Tragué saliva, intentado poder hablar sin que me temblara la voz.

—Nosotros nos vamos. Papi nos está esperando —esto último lo dije con un dolor aplastante.

Mis ojos se desviaron al pequeño que me sonreía, a la misma vez que movía su manecilla en el aire en símbolo de triunfo. Me parecía increíble cómo había podido ser tan desgraciado de quitarme a mi hijo, para después decirle con exactitud quiénes éramos sus padres. Sencillamente, no lo entendía.

Andrew fue a dar un paso hacia delante, momento en el que Frank se interpuso entre nosotros quedando frente a frente con mi abuelo. Elevó su arma lo justo para que William no la viera, en el instante en el que dijo:

—Taragh, vámonos.

Giré sobre mis talones, lanzándole una última mirada a mi abuelo. William se despidió de él con un gesto de mano, cuando la profunda voz de Andrew resonó:

—¿No vas a darle un beso a tu abuelo?

Sujeté con fuerza el pecho de William cuando se disponía a dar un paso en su dirección.

—No. Otro día. —Lo fulminé con la mirada.

Giré sobre mis talones, encaminándome hacia el bosque, pero, justamente cuando entrábamos en los frondosos árboles, un disparo resonó en aire impactando de lleno contra el pecho de Frank. Me volví todo lo rápido que pude para intentar ayudarlo, pero este dio un manotazo a mi mano para que la apartase.

—¡Márchate! ¡Corre!

Tragué saliva en el instante en el que otra bala pasaba por mi lado, rozando mi hombro y haciéndolo sangrar.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó William asustado.

Abrí mis ojos al darme cuenta de la sonrisa tirana que se reflejaba en el rostro de mi abuelo, mientras cuatro hombres se acercaban abriendo fuego hacia el bosque sin miramientos. Le daba igual matarnos a los tres. Mi mano libre se fue hacia la herida, tratando de tajarla, ya que la sangre comenzaba a resbalar por mi ropa.

—¡¡¡Corre!!! —Frank se desgarró la garganta.

Como pude, cogí a William en brazos con un esfuerzo tremendo y salí disparada hacia el lago, viendo que Frank intentaba levantarse, a la misma vez que abría fuego a sus atacantes, incluido mi abuelo. Cuando perdía la visión de Frank, pude apreciar cómo mi abuelo le apuntaba con su pistola, disparando a bocajarro y haciendo que cayese fulminado al suelo. Mis nervios se dispararon, así que llegué lo más rápido que pude al lago. Sabía que me estaban pisando los talones, y no tenía claro que pudiese llegar antes de que nos atraparan. El chillido por parte de William cuando el agua tocó su piel hizo eco en todo el bosque.

Notaba mis lágrimas caer con abundancia por mi rostro. Tan solo el hecho



de pensar en que podía perderlo en un segundo, me mataba. Tenía que llegar al coche fuera como fuese. Atravesé el lago y, justo cuando nos disponíamos a salir de él, los hombres de Andrew llegaban a la orilla del otro extremo. Agarré mi abrigo y la chaqueta del Frank del suelo y, subimos al barco donde remé sin descanso. Al llegar a la entrada por donde accedimos, corrí a todo lo que me dieron las piernas, cargando al pequeño en mis brazos de nuevo, llegué al puente de madera que minutos antes habíamos atravesado juntos. Cubrí de todas las formas posibles el cuerpo de William, que lloraba desconsolado en mis brazos hasta que alcanzamos el coche.

Con urgencia saqué las llaves y metí al niño en la parte trasera, viendo que mis manos temblaban como una hoja. Estaba histérica. Me coloqué en el asiento y arranqué cuando las balas ya alcanzaban el vehículo. Salí de allí derrapando, siendo consciente de que habría más hombres que me esperarían a la salida del pueblo. La luna trasera reventó de un impacto de bala y el grito que William soltó me puso más histérica.

—¿Estás bien? —Alcé la voz.

No contestaba, lloraba sin parar, y yo no sabía qué hacer para tratar de calmar el estado en el que se tendría que encontrar, ya que no era consciente de la gravedad del asunto ni por asomo, obviamente. Al llegar a la salida del pueblo, pude visualizar que llegaba un coche, el mismo que sacaba una ametralladora que, rápidamente, colocó sobre el techo del vehículo y comenzó a disparar. Uno de los hombres se puso en medio de la calzada, disparando sin parar hacia el coche y, sin pensármelo, grité:

—¡Agárrate, William!

El hombre salió volando cuando lo atropellé, y seguí mi camino a una velocidad temeraria. Di gracias a que ninguna de las ruedas se reventó de la cantidad de balazos que se había llevado el coche, y sin más conduje pisando el acelerador a fondo, sin dejar de mirar por el espejo retrovisor por si nos seguían. No me atreví a coger mi teléfono, ya que lo tenía que buscar en el abrigo y, a la velocidad que conducía, lo más seguro era que tuviésemos un accidente.

Cuando por fin vi la entrada de la mansión, un fuerte derrape hizo que el coche se introdujera en el camino de tierra que llegaba a la entrada de mi casa. Frené en seco al llegar, sacando a William a toda prisa del interior.

—Vamos, vamos —urgí.

El pequeño salió sin decir ni una sola palabra, y menos mal que durante el

trayecto había conseguido que se calmase lo suficiente como para dejar de llorar, ya que, si no, las horas que nos separaban de Cong a Malahide hubieran sido terribles. Sin pensármelo, aporreé la puerta de entrada al no encontrar las llaves de casa, momento en el que Sinéad aparecía y yo la arrollaba para pasar. Eché un último vistazo a mi coche antes de entrar y, efectivamente parecía un colador.

—¡Cierra la puerta! —voceé.

Intenté respirar con normalidad cuando lo hizo con cara de horror debido a mi tono, y apoyé la mano que me quedaba libre en la mesa del recibidor. Mi cuerpo estaba lleno de barro y sangre que había ido cayendo de mi hombro. Convulsioné sin darme cuenta, notando que unas gruesas lágrimas caían de mis ojos involuntariamente. Era tanto lo que sentía, tanto, que no sabía ni siquiera cómo barajar mis sentimientos, mi rabia, mi alegría, todo, a fin de cuentas. Sin darme cuenta si quiera, escuché los pasos y la temeraria voz de Cathal en la distancia.

—¿Por qué no coges el puto tel...?

Con la respiración agitada y temblando, elevé mi rostro y lo miré.

Se había quedado petrificado, contemplándome a mí y después a la personita que tenía a mi izquierda, sujetándome la mano con una fuerza desmedida. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla a la misma vez que sus ojos se llenaban de unas lágrimas que jamás había visto. Como si estuviera ido, su mirada siguió pasando de uno a otro, hasta que se quedó fija en el pequeño cuando dijo:

—Hola, papi.

Y sin más, el gran O’Kennedy cayó de rodillas al suelo, dejando que enormes gotas cristalinas, igual que las mías, recorrieran su rostro de manera incesante.

Una semana después de las incontrolables emociones que vivimos, no volvimos a saber nada más sobre Andrew. Parecía que se lo había tragado la tierra, ya que cuando le conté a Cathal paso a paso todo lo que había sucedido, este se volvió completamente loco y traspuso a Cong en su busca, horas después. El viejo sabía de sobra que en cuanto mi marido se enterase de lo ocurrido, no dudaría de buscarle hasta debajo de las piedras, y bajo mi punto de vista, era más listo de lo que aparentaba. Cuando llegaron a la mansión, efectivamente se encontraron el cuerpo de Frank sin vida en el bosque, por lo que lo trajeron a Malahide, donde le dimos la sepultura que se merecía. No había actuado bien, ni mucho menos, pero dicen que lo cortés no quita lo valiente y, en este caso, le di gracias por haberse sincerado conmigo.

Cathal había vuelto de Noruega ese mismo día, aun no habíamos hablado sobre el tema de mi embarazo, pero sí era cierto que cada vez estábamos más distantes sin poder evitarlo. De vez en cuando cruzábamos una mirada cómplice, o una sencilla sonrisa cuando veíamos a Nial o a William jugando o simplemente haciendo travesuras, pero enseguida, cuando ambos nos dábamos cuenta de que estábamos más cerca de lo que debíamos, nos separábamos como si nada hubiese ocurrido.

No entendí su posición, pero estaba harta de tener que seguir así. Estaba tan a gusto que el único ingrediente que me quedaba para rematar ese estado de ánimo era él.

William, para mi sorpresa y la de Cathal, sabía muchas más cosas de nosotros, es más, cuando fuimos días después de comprobar que Andrew se había marchado de la mansión, pudimos ver la cantidad desmesurada de fotografías que William tenía en su dormitorio de nosotros. Según él, su abuelo le había dicho que siempre estábamos trabajando, pero que algún día volveríamos. Cosa que me olió mal desde el principio, ya que me dio a entender que tarde o temprano, sabía que encontraría a William y su mentira se destaparía, o eso quería creer.

Por la parte de Nial fue mucho más llevadero tanto para él como para

nosotros cuando William apareció, pues prácticamente Nial era unos meses más pequeño que mi hijo, y la diferencia de edad no se notaba para nada. Los dos estaban encantados, y qué decir de Sinéad, quien comenzó a hacer de abuela a la primera de cambio. La madre de Kathleen tenía permiso para venir a la mansión cuando quisiera, puesto que Nial seguía siendo su nieto y eso nadie lo cambiaría.

Desde que Nial entró en la casa, el carácter de energúmeno que Cathal gastaba siempre fue menguando hasta tal punto que me asustó, pues intentaba no dar una voz más alta que otra para que los niños no se asustasen. La semana siguiente tenía la revisión de mi embarazo, y esa vez, si pensaba preguntarle por el sexo del bebé, ya que había sido algo que no había querido descubrir después del *shock* inicial, pero que por aquel momento empezaba a apetecerme.

Me asomé por el marco de la puerta de la habitación de los niños, ya que los pusimos a dormir juntos desde el momento en el que William llegó. No supe los sentimientos que resurgieron de Cathal cuando le vio, aunque lo que sí tenía claro era que jamás se me olvidarían las lágrimas que derramó cuando cayó de rodillas ante su hijo. Lo guardaría para siempre en mi corazón, y no como un recuerdo de debilidad por su parte, sino por un recuerdo que me enseñó que tenía un corazón que no le cabía en el pecho y que, aunque fuese un tirano sin escrúpulos, también tenía sentimientos.

—¿Y qué hacen esos duendes? —preguntó Nial con cierto interés.

Cathal resopló.

—¿No tenéis sueño? —Alzó una ceja divertido.

Otro gesto que guardé en mi caja de recuerdos. Con ellos era diferente, con ellos era un padre ejemplar. Un padre que no le importaba revolcarse en el suelo, que le faltaban horas al día si era necesario para estar con ellos, pero, sobre todo, un padre que se desvivía tratándolos de igual a igual y eso que, para ser honestos, nuestra vida había dado un giro de ciento ochenta grados en tan solo unas semanas.

—Según la leyenda, estos se caracterizan por llevar consigo una olla repleta de oro, pero suelen ser invisibles a los ojos de los humanos, o sea, a nosotros —puntualizó, señalándose. Tuve que sonreír—. La única manera de verlos es cuando aparece un arcoíris, ya que es un puente de unión entre el cielo y la tierra.

—¿Y van vestidos con disfraces? —preguntó, esta vez William.

—No. Ni mucho menos —aseguró Cathal con voz teatral—. Se dice que tienen la barba roja, un sombrero y vestimenta verde, se encuentran al final del arcoíris y son muy inteligentes. Se les conoce como leprechaun y a pesar de su tamaño, tienen aspecto de ancianos. Muchos cuentan que los han visto, pero en el más mínimo descuido desaparecen.

—¡Halaaaaa! —exageró William, haciendo una mueca con sus labios.

—También se cuenta que la única manera de capturarlos es mirándolos fijamente y atándolos del pie derecho con una cuerda gruesa.

—¿Y para qué los quieren coger? —Nial torció el gesto.

—El duende, al verse capturado, ofrece su olla llena de oro a quien lo retiene. Aunque esto no es tan fácil como parece. Según esta leyenda, los duendes son expertos en travesuras y engaños.

—Y, entonces, ¿podíamos tener mucho oro?

La curiosidad de William era infinita.

—Más o menos. Y ahora, ¡a dormir!

Cathal movió su estrepitoso cuerpo que destacaba de una manera bestial en medio de los dos pequeños, y se levantó para poder meter a Nial en la cama que había justamente al lado de la de William. Los tapó con suma delicadeza y después de eso se encaminó hacia la mesita de noche para apagar la luz.

—Papi...

Se giró al escuchar a William, y lo miró con auténtica adoración.

—¿Mañana podremos ir a ver a Kirt?

Kirt.

Si pensaba que con un cachorro estarían contentos, ya que nos trajimos a Goídel, el perro que abandonado esperaba a su dueño en la casa de Andrew, no supe cómo reaccionar cuando conocieron a nuestra mascota, por así decirlo.

—Sí. Pero ya sabéis que siempre desde la distancia. A Kirt no se le puede acariciar como a Goídel.

—Si no, te muerde —aseguró Nial con cara de pícaro.

Cathal sonrió.

—Exacto. Buenas noches, mis valientes guerreros.

Me moví lo suficiente como para que no me viese al salir, y dirigí mis pasos hasta las escaleras por donde bajé antes de que Cathal me alcanzase, pero como siempre, sus pasos no eran los míos y a mitad de la escalera me interceptó. Me contempló con un gesto que no supe descifrar para,

seguidamente, encaminarse hacia su despacho donde Ryan llevaba esperándole como una hora. Me paré en la entrada, sin poder evitar escuchar lo que ambos decían.

—¿Has averiguado algo sobre Kellan? —preguntó con tono neutral.

—No. Pero tengo un contacto que quizá nos pueda sacar de dudas.

Oí otra de las conversaciones que ambos habían mantenido al llegar de Noruega la segunda vez, y me quedé con todos los detalles, incluida la huida de Kellan cuando se enfrentó a Cathal.

—Bien. Puedes retirarte a descansar.

—Te recuerdo que la fiesta en el castillo de Ashford es mañana por la noche. Necesito que me confirmes si Taragh irá también o no.

Esperé paciente una respuesta que no llegó.

Resignada, subí al cuarto de baño donde me di una extensa ducha que necesitaba con urgencia, para intentar disuadir las dudas de lo que tenía pensado llevar a cabo en breves minutos. No podía seguir estando con Cathal de esa forma, la mejor solución era hablarlo y, si no quería, por lo menos lo intentaría.

Me miré en el espejo antes de colocar una bata de seda marrón sobre mi cuerpo desnudo, y no pude evitar tocar con suavidad mi vientre, el cual cada día crecía más. En el caso de Williams, apenas noté una abultada barriga excepto en el final del embarazo, pero, sin embargo, con este era distinto. Cogí la manivela de la puerta sin pensármelo, y comencé el recorrido que me llevaba hasta la planta de abajo para buscarle. Al bajar las escaleras todas las luces estaban apagadas, y lo único que iluminaba, en este caso el salón, era la tremenda llamarada que salía de la chimenea gigantesca. Vi su imponente figura, sentada en el sofá que había justo delante, y no dudé.

Al llegar a su altura lo contemplé. Estaba perdido mirando la majestuosa llama que se alzaba temeraria frente a su rostro, y pude apreciar el brillo de sus ojos al darse cuenta de que estaba allí. Con lentitud, pero firme, me acerqué a su lado quedándome frente a él. Sus ojos ascendieron desde mis esbeltas y largas piernas hasta mi rostro, momento en el que suspiró.

—Cathal yo...

No continué puesto que sus manos agarraron las mías, tirando de ellas hasta que mi vientre que chocó con su nariz. Soltó una de mis manos, deshaciendo el lazo que ataba mi bata, y esta se quedó abierta de par en par a ambos lados de mi cuerpo. No fijó la vista en mi figura en sí, sino que,

directamente, apoyó su frente en mi vientre y suspiró.

—Lo siento.

Fue un susurro que a duras penas escuché, pero fue suficiente como para saber que estaba arrepentido. Tragué saliva al sentir que sus labios comenzaban a repartir pequeños besos en mi piel, justo en la zona en la que el bebé, en aquel momento, se movía. Pude notar una leve sonrisa en sus labios, seguramente al haberse dado cuenta de ese movimiento.

—Sé que no actué bien. Y también sé que teníamos que haber hablado esto mucho antes, pero entre una cosa y otra, parece que mi orgullo crecía a cada día que pasaba, cuando en realidad tú no has tenido la culpa de nada.

Cerré los ojos un instante y traté de llenar mis pulmones de aire.

—No quería volver a verte pasar por lo mismo. No quería que te vinieras abajo como pasó con William. —Calló—. Y ahora... —Rio como un demente, pero como un demente feliz—. Míranos. Casi tres. —Alzó su mano señalando el número indicado, mientras su nariz rozaba con mimo mi vientre—. Nada más y nada menos que casi tres.

Sujeté sus mejillas con ambas manos y alcé su rostro. Lo miré con cariño, demostrándole todo el amor que sentía por él, el mismo que jamás le había confesado, pero que estaba dispuesta a cambiarlo.

—Te amo, Cathal. Te amo más de lo que nunca hubiese imaginado.

No separé mis ojos de los suyos, y él tampoco lo hizo. Tiró de mi cintura hasta que acabé a horcajadas sobre su cuerpo y mi bata cayó de una manera demasiado atrevida por uno de mis hombros.

—Yo siempre te amé, y siempre te amaré, Taragh.

Busqué sus labios con desesperación y no fue difícil que los suyos se estamparan contra los míos en un arrebato. Mis manos agarraron su pelo con ferocidad, sintiendo cómo sus manos subían y bajaban por mis costados, erizándome la piel. Mi sexo palpitó de tal forma, que un pinchazo más que necesitado me atravesó de pies a cabeza.

—Te necesito... —susurré en sus labios.

—No más que yo —aseguró sin dejar de besarme.

Moví mis caderas sobre su miembro más que dispuesto a darme lo que tanto me urgía, y su mano descendió entre mis muslos y su entrepierna para agilizar el proceso. A conciencia, esta tocó mi zona más sensible haciéndome estremecer, y no pude evitar soltar un jadeo ahogado que salió del fondo de mi garganta. Elevó mi cuerpo con una sola mano, sosteniéndome del trasero,

cuando su erección chocó contra mi vientre y, a continuación, me dejó deslizarme por la suave piel que apretó mis paredes internas de una forma deliciosa. Gemí echando la cabeza hacia atrás, algo que duró muy poco ya que sostuvo mi mentón con firmeza para que le mirase.

Las costumbres no cambiaban, y eso era algo que me encantaba de él.

Moví mi cadera insinuante, a lo que este dio un par de sacudidas en mi interior, para después mantenerme firme sobre él, sin poder moverme.

—Dime qué quieres.

Sabía que no se refería al sexo en cuestión, su pregunta iba más allá de eso.

Iba sobre nuestro futuro.

—Quiero vivir en paz. Feliz, como lo estoy ahora, pero sin tener que mirar mi espalda cada vez que salgo a la calle. Lejos de aquí, de los malos recuerdos. —Lo miré con devoción—. Quiero una vida a tu lado. Siempre a tu lado.

Asintió confirmando que él quería lo mismo.

—Haremos una cosa.

Le presté suma atención, mientras seguía continuaba deslizando sus grandes manos por mis costados.

—Acabaremos el trabajo con la Organización, encontraremos a Kellan y a Andrew y pondremos punto y final al pasado.

—Esos son muchos frentes abiertos.

—Lo son, pero estoy seguro de que juntos lo conseguiremos.

Moví mi cabeza en señal afirmativa y le besé.

—Entonces, no se hable más —murmuré.

—Venderemos esta casa y nos iremos donde quieras.

Mis ojos brillaron con esa proposición, ya que si alguna vez en mi vida había tenido claro donde me hubiese gustado pasar el resto de mi vida, ese era mi lugar mágico.

—A Moher, si es lo que realmente quieres —añadió como si hubiese escuchado mis pensamientos.

—A Moher... —repetí.

Busqué sus labios con urgencia, y lo siguiente que sucedió aquella noche, fue que nos dejamos arrastrar por una pasión descontrolada con el único testigo de las llamas, las mismas que sentía en mi interior cada vez que una sola mirada suya recaía sobre mí.



Y por primera vez en mi vida, me di cuenta de que era feliz.  
Era feliz de verdad.

Maureen

Las semanas pasaban y volvíamos a una rutina que me asustaba. No había vuelto a saber nada ni de Byrne, ni de Hayes desde que volvimos de la misión en Noruega. Eso me tranquilizaba por una parte, pero por la otra, me daba en la nariz que se avecinaba una tormenta. Duff trataba de quitarle hierro al asunto, pero estaba convencida de que él también pensaba lo mismo.

Aidan se alegró de mi vuelta tan temprana. De hecho, aquella misma noche volví a casa y lo pillé cuando se retiraba a la cama. Aquello nos dio una tregua. No quise discutir y simplemente le dije que había sido un día de trabajo normal. Mentira cochina.

Había tenido que coger un helicóptero, una avioneta y plantarme en un país nórdico, perdida en un monte, me había encontrado con tres pelirrojas la mar de extrañas, había rescatado un caldero de siglos de antigüedad y tras evadir una fiesta que me aburría, había obligado a mi jefe a volver a casa lo antes posible, mientras él se quedaba en el barco.

Una tarde me reuní con mi abuela en el *pub*, le expliqué la misión al completo y se mostró muy orgullosa de mí. Aunque ella jamás había oído hablar de las tres niñas pelirrojas del bosque.

—No sé, fue Áine quien me condujo a ellas —me expliqué tras mi relato.

—No te extrañe que sean hadas terrestres —opinó mientras bebía su pinta de cerveza.

—Jamás he oído hablar de ellas.

—Son como enviadas por los dioses. Viven alejadas de la urbanización y no tienen contacto alguno con los humanos. A menos que sea por un caso extremo como este.

—Dudo que sean hadas. Todos los que venían conmigo las vieron. Además...

No pude terminar la historia cuando mi teléfono sonó. Al ver la pantalla, solté un soplido de fastidio.

—Es Byrne —le informé, descolgué y contesté—: Maureen.

—¿Dónde estás? —preguntó tan amable como siempre últimamente.

—En Cork, ahora mismo con mi abuela. —Mi actitud sonó algo desafiante y a mi abuela no le gustó mi reacción.

—Te necesito en Ballinrobe, mañana por la mañana —aquello sonó como una orden.

—¿Ballinrobe? —repetí.

Ese nombre puso a mi abuela en alerta. Llegando a prestar más atención a mi conversación con el jefe.

—Sí. Ya me has oído. Te mando un mensaje a tu teléfono móvil con las coordenadas de la casa. Por cierto, se me olvidaba, vas a necesitar un vestido de gala. Debemos asistir a una fiesta importante.

—¿Vestido de gala? ¿Una fiesta?

—Ya me has oído. Te mando la dirección. Hasta mañana.

Y colgó.

Miré a mi abuela a la cara y aquella expresión no me gustó un ápice.

—¿Qué sucede, abuela?

—¿Qué te ha dicho de Ballinrobe?

—Debo estar allí mañana a primera hora de la mañana. Me ha dicho que me enviaría la dirección del lugar. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Allí vive Clarisse. Otro miembro de la Organización.

—¿Y? —No comprendía adónde quería ir a parar.

—Está cerca de Cong.

—¿Quieres decir que te conoces aquel lugar?

—Quiero decir que si Byrne te ha citado allí, rezo para que no se os presente Andrew.

—Tranquila, abuela. —Posé mi mano sobre la suya—. Sabremos defendernos. Ahora falta saber qué le voy a decir a Aidan. La verdad es que es un engorro el tener que mentir siempre. —Me tapé la cara con las dos manos a modo de desesperación.

—Te dije de hacer un ritual con mi colgante —me recordó.

—Lo sé, pero esa no es la cosa. Recuerdo que acepté y luego desestimé esa idea, pero... Ains... No sé. —Me exasperé.

—Podemos hacer una cosa. Diré que quiero ir a Blacksod y puedes venirte conmigo. Tú te quedas donde tengas que quedarte y yo voy a mi casa.

Sopesé aquella idea y no me pareció mal. Total, podría dar la excusa de que estaba con ella, pero en realidad solo estaría a unos kilómetros de su casa.

Acepté y no fue mal a la hora de decírselo a Aidan.

En cuanto llegué a Ballinrobe, todos estaban allí reunidos. Hayes había ido con su coche y mi sorpresa fue que en cuanto entré en la casa de la tal Clarisse, me encontré con Byrne y al inconfundible Cathal. No me hizo falta mirarle a la cara. Simplemente con verle la espalda y aquel porte que él tenía, no podía ser otro. Aquellos dos juntos... No sabía qué trato se tenían entre manos, pero no lo comprendía y sabía que Byrne no me lo iba a contar.

Aquella misma tarde, debíamos estar listos. Yo me enfundé un vestido largo de pedrería color verde esmeralda, con escote palabra de honor, una larga abertura en la pierna izquierda que me llegaba a medio muslo y unas sandalias plateadas. No me apetecía recogerme el cabello, así que opté por unos pendientes largos del mismo color que mis sandalias. Me coloqué un fino collar también a conjunto con los pendientes y miré mi anillo.

No, demasiadas joyas para una gala que no sabía qué me depararía. Decidí dejarme solo la pulsera de la Organización y opté por ponerme el anillo de casada. Coloqué el de Áine encima de la cómoda y me pareció ver que por un momento la piedra brilló y volvió a apagarse. Lo cogí, lo inspeccioné y volví a dejarlo en su sitio.

Al bajar la escalera comprobé que Hayes y Byrne me esperaban ambos la mar de elegantes y vestidos con *smoking*. La verdad es que estaban guapísimos.

—Está bien, ¿tenéis el plan claro? —Byrne quería asegurarse antes de salir de casa.

—Sí. Somos una pareja de New Jersey, primos de Cathal —comencé yo—. Tú eres su tío, y estamos de visita en el país.

—Cathal nos proporcionará una llave que ha conseguido a través de un conocido. Esa llave conduce a una caja fuerte donde está la Lanza de Lugh, supuestamente —continuó Hayes.

—En cuanto encontremos la caja, la abrimos con la llave y la combinación que tengo que averiguar yo —continué—. Una vez tengamos la lanza, salimos y nos dirigimos a la torre sur, donde habrá dos hombres esperándonos.

—Así es. Ante cualquier duda, recordad que tenéis las pulseras de la Organización.

—Sí, señor —afirmó Hayes.

—Pues venga, chicos. *Ádh mór* (buena suerte). Lo vamos a hacer genial, ya veréis —nos animó mientras se dirigía hacia la puerta.

—Nunca comprenderé los cambios de humor de este hombre —le susurré a Hayes con tal de que Byrne no nos oyera.

—Menos mal. Creía que yo era el único al que confundía.

—Te puedo asegurar que no. Y te advierto que ya comienzo a cansarme de algunos tonitos —dije entre dientes a medida que nos íbamos acercando al coche que nos esperaba fuera.

Apenas tardamos quince minutos en llegar al lugar del encuentro, y la verdad, casi se me cae el mundo encima. Había oído infinidad de veces hablar del castillo Ashford, en Cong, pero jamás lo había visitado. Por una vez, la misión tendría como escenario un lugar con encanto. El castillo más lujoso del mundo, que estaba convertido en hotel.

Los coches hacían cola para dejar a los invitados en la puerta de entrada. A medida que paraban, los viajeros iban bajando de sus vehículos y eran recibidos por el personal del hotel con una impecable cortesía. En cuanto llegó nuestro turno, un empleado llamado Paddy nos recibió con exquisitos modales y nos acompañó a la entrada para poder mostrar nuestra acreditación. La primera estancia estaba repleta de gente elegante. Vestidos todos con sus mejores galas: *smoking* para ellos y vaporosos y lujosos vestidos para ellas.

Alcé la vista para poder admirar la estancia. Aquellos techos y paredes estaban decorados hasta el más mínimo detalle. Por no hablar del mobiliario y la moqueta.

—Por ahí tenemos a Cathal y a Taragh.

¿Taragh? Por supuesto, ella también podría formar parte del plan. Ya lo hizo en la primera expedición a Noruega. Pero en cuanto la vi, me di cuenta de que estaba cambiada. Un moño alto dejaba ver su hermoso rostro. Ella, al contrario que yo, había optado por unos diminutos pendientes y un vistoso collar. Se había enfundado un largo vestido de seda color rojo pasión, con unos tirantes de brillantes y la espalda descubierta. Pero hubo un detalle que no me pasó por alto. Su vientre se veía abultado, rodeado por un diminuto cinturón de los mismos brillantes que las tiras de los hombros. Entonces recordé que en aquel viaje, el doctor del Fomoré le comunicó que estaba embarazada.

—¿Qué tal, pelirroja? —Fue su único saludo hacia mí, con una amplia sonrisa.

—No tan bien como tú —contesté admirándola de arriba abajo.

—Jamás pensé que diría esto, pero me alegro de verte. —Intentaba ser

soberbia, pero otra sonrisa la delató.

—Casualmente, a mí me pasa lo mismo. —La desafié con la mirada y entonces las dos nos reímos por nuestros papeles.

—Todos tenemos el plan claro, ¿verdad? —preguntó Byrne de nuevo, antes de que todos afirmáramos.

—Aquí tenéis la llave. —Cathal se la entregó a Hayes—. Buscad en el salón del fondo. Debe de haber una escultura de un ciervo junto a un sillón. Detrás del sillón hay un cuadro. Mirad por allí.

—Pero aquella zona es una parte con mucho tránsito, ¿no crees?

—El castillo está reservado solo para la convención de esta noche. No habrá huéspedes. Así que yo de vosotros me acercaría en cuanto terminemos de cenar. Tienen pensado hacer una especie de baile, mientras nos reúnen a los... —Calló antes de decir que iban a reunirse un grupo de mafiosos, que para eso era aquella fiesta.

—Todo está claro —lo tranquilizó Hayes, seguro de sí mismo.

—Maureen —Taragh se acercó a mí y me apartó de la gente—, tengo que contarte algo.

Aquella actitud de Taragh me sorprendió. Parecía preocupada y quería desvelarme algo.

—Taragh —Cathal la llamó—. Vamos, es nuestro turno.

—Un momento —le pidió a su esposo.

—Lo que sea, ya se lo dirás después. —Se acercó a nosotras y la agarró del brazo para casi llevársela a rastras.

Aquel hombre no tenía ni el más mínimo tacto con su mujer, y menos en un acto público. Por aquella imagen me di cuenta de que ni el ser más altanero de la faz de la Tierra, Taragh, podía resistirse ante la autoridad de su poderoso esposo, Cathal O’Kennedy. Pero lo que más me sorprendió fue la sonrisa demente que esta le lanzó mirando su agarre. Desde luego que estaban hechos el uno para el otro.

—Luego hablamos. —Pude leer en sus labios mientras se alejaba.

Le guiñé un ojo a modo de comprender y me acerqué a mi falso esposo y a mi falso suegro.

—Bueno, ¿cuándo tenéis pensado empezar? —preguntó Byrne comprobando a quien veía alrededor.

—Yo creo que cuando nos avise Cathal después de cenar, como él ha dicho. Si nos ausentamos en medio de la velada, van a sospechar de nosotros.

—Las alarmas se neutralizarán durante diez minutos, en cuanto desaparezcáis de mi campo de visión. Hayes, graba todo lo que puedas con tu reloj, y tú, Maureen...

—Yo también lo tengo claro —salté antes de que me recordara por enésima vez mi cometido.

—Confío en vosotros, chicos. Sé que no me fallaréis. Es nuestro turno para entrar.

Eché una ojeada a los comensales de aquella enorme mesa. Me sentía culpable de compartir cubierto con toda aquella banda de malhechores. Todos sabíamos a qué se dedicaba cada uno de ellos. Byrne nos había pasado una lista de algunos de los invitados y la verdad, más de uno tenía las manos manchadas de sangre.

Miré a Taragh. Parecía aburrida y asqueada de estar donde le había tocado, o eso me demostró su gesto serio. Recordé la primera vez que nos vimos y nuestro encuentro en Horgan's Quay. Había llovido mucho desde entonces, pero su actitud altiva me hizo darme cuenta de que si no se mantenía en su posición, sin flaquear, no podría encajar en aquel mundo donde vivía junto a su marido. Hacían la pareja perfecta, pero desde fuera parecía que Cathal tenía un gran poder sobre ella, aunque estaba segura de que no era del todo cierto.

Por un instante cruzamos las miradas, sopló aburrida, alzó su copa y me dedicó un brindis, para después beber. Descifré aquel gesto como complicidad. Estaba claro que Taragh y yo jamás seríamos amigas íntimas, pero quizá sí pudiéramos ser aliadas. Al menos, aquella noche sí lo seríamos con un objetivo común: la lanza de Lugh.

Tal como Cathal nos había explicado, al terminar la cena, nos invitaron a ir a otro salón, donde tendría lugar una especie de baile y los mandamases podrían pasar a otra sala a reunirse para hablar de sus cosas. Hayes y yo nos desviamos disimuladamente y fuimos al lugar donde debíamos llevar a cabo nuestro plan.

Hayes alzó su muñeca mostrando el reloj pudo indicar por dónde íbamos en cada momento. Aquello le sirvió a Byrne para ver la pantalla de su propio reloj y mandar una señal a la central de Dublín para que neutralizaran las cámaras de la estancia.

—Hayes, he oído un ruido —avisé.

—¿Dónde? —Miró alrededor de la estancia.

—Parece que ha venido de allí. —Señalé otra sala que parecía un pequeño salón—. Voy a ver.

—¡No! —Me detuvo—. Ya voy yo. Aquí tienes la llave. Ese parece ser el cuadro que ha dicho Cathal.

—¿Estás seguro?

—Tenemos poco tiempo. Yo vigilaré.

En cuanto se adentró en la sala de donde procedía aquel ruido me dirigí al cuadro. Era un caballero con peluca y una capa azul y roja. Toqué el marco para separarlo, cuando una voz familiar me interrumpió.

—Vaya, vaya. ¿Jugando a ser ladrona en tus ratos libres?

—¿Qué haces tú aquí? —Me sorprendió verle allí.

—Puesto que no me habéis invitado a la fiesta, he decidido venir yo por mi propio pie.

—Pero, nos han dicho que no había huéspedes en el castillo. ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta, como todo el mundo. —Se hizo el interesante—. Querida Maureen, a veces me sorprende que no sepas con quien estás tratando.

—¿Sabe Byrne que estás aquí?

—No. Byrne ha mantenido esta fiesta en secreto. Ni me ha dicho que venía.

—Jack, estamos en medio de una misión, pueden descubrirte, y eso ocasionará que acabes con todo el plan.

—Y ¿qué me van a hacer? ¿Echarme de la Organización? No, querida. Aunque tú y tu abuela seáis las niñas bonitas del jefe, Byrne jamás prescindirá de mí. Soy muy valioso para él. Sé demasiadas cosas que si las desvelara caería todo el imperio estatal.

Arrugué el entrecejo sin saber por qué estaba hablándome de esa forma, a la misma vez que intentaba descifrar un pequeño enfado que no tenía seguro.

—¿A qué viene esto? Si tienes alguna rabieta díselo al jefe. A mí no me salpiques con tu mierda.

—¿Mi mierda? Claro, la clase de mierda que os podría haber salpicado en Noruega en las dos últimas misiones a las que fuisteis, ¿verdad?

—Yo no mando en el equipo. Yo soy tan pringada como tú —me defendí.

—¿Cómo yo? No, querida. Tú eres demasiado valiosa para la Organización. Tu abuela se encargó a conciencia de amaestrarte cuando eras una mocosa y pusiste por primera vez los pies en Irlanda.

—¿Tienes algo en contra de mi abuela? —Me sorprendió.



—¿Tú abuela? ¿La gran Brigid? Uno de los más poderosos miembros que tiene tanto contacto como tú con los dioses. —Alzó las manos teatralmente.

No conocía a aquel Jack. Parecía que estaba borracho y su ira me estaba defraudando.

—¿Te crees que lo he elegido yo? ¿Dudas que quiera llevar una vida normal como cualquier mortal? —le escupí—. Te regalo mi don. ¿Lo quieres? —Le mostré mis manos—. ¡Toma! ¡Te lo doy! ¡Áine! *Tóg leis dó!* (¡Llévatelo a él!).

En aquel momento la luz hizo un amago de apagarse y volvió a encenderse.

—No, Oonagh, esto no es así. Cada uno tiene su función.

—¡Aclárate, Jack! —Me estaba sacando de quicio—. ¿Qué coño quieres? ¿Quieres que te dé alguna explicación?

—A mí no tienes que darme ninguna explicación, pero si miras allí arriba —señaló un balcón de la estancia—, quizá a él sí que debas dársela.

Jack abandonó la sala y en una de las barandillas se asomó...

—¿Aidan? —lo llamé con un grito ahogado.

Su mirada era de rabia.

Nos había escuchado.

Había oído toda la conversación que había mantenido con Jack. Había jugado sucio. Me había hecho confesar cual era mi plan en la Organización para que Aidan lo escuchara.

—¿Cómo has podido? —siseó entre dientes desde las alturas.

—Aidan, yo... —Me quedé en *shock* y mis ojos comenzaron a humedecerse.

Poco a poco bajó las escaleras y llegó donde estaba. Ya no me importaba la misión, ni si Hayes llegaba, que no era el caso, ya que no sabía dónde demonios se había metido y cómo no había escuchado la disputa con mi compañero. El malnacido de Jack me había quitado la máscara.

Aidan se acercó a mí y aplaudió despacio, felicitándome.

—Enhorabuena, has sido una excelente actriz. —Tenía los ojos inyectados de rabia—. Te mereces un Óscar como premio a tu papel de «mujer mentirosa».

—Cariño, lo siento, yo... —Intenté acercarme, pero él se apartó.

—Ni se te ocurra tocarme —dijo entre dientes—. Llevaba meses dudando. ¡Te llegué a seguir al trabajo! Dudé que tuvieras un amante, pero sabía que había algo en tu trabajo que no cuadraba. Claro que no cuadraba. Estabas

viajando de acá para allá buscando... ¿qué? ¿Tesoros? —Rio incrédulo—. ¡Vamos, hombre! ¿Quién coño en su sano juicio puede creerse algo así? ¿Quién te has creído que eres, Indiana Jones?

Apenas lo veía. Mis lágrimas me impedían contemplar su rostro lleno de sufrimiento y rabia a la hora de reprocharme algo que no podía negar. Tenía toda la razón. Le había mentido y me había descubierto.

—¡Y resulta que hablas con una diosa! —La carcajada fue sonora, se acercó a la mesa del centro, apoyó sus manos y giró la cabeza—. ¿Y no ves también a los fantasmas?

—Aidan, deja que te explique...

—¡No! —Cogió el jarrón del centro de mesa y lo tiró al suelo haciéndolo añicos—. No quiero que me expliques nada —me escupió desquiciado—. No estoy dispuesto a que me cuentes otra milonga que tenga orquesta entre tú y —volvió a reír incrédulo— ¿tú abuela? Las dos estáis igual de piradas.

Parecía poseído. Si me hubieran dicho que estaba drogado también me lo hubiera creído. A aquel Aidan no lo conocía, y no me gustaba en absoluto.

—Hice rituales en un bosque, ¡por ti! —La ira lo estaba poseyendo—. Me casé con pinta de fante, ¡por ti! Ahora entiendo por qué Aleksei Kuznetsov, perdón, Jack, vino a nuestra boda. Ya os conocíais de antes y vino a hacer el paripé. Como el paripé que hizo para que a mí me salieran falsas exposiciones con un amigo suyo ficticio.

Aquello me estaba desbordando. Tenía rabia encima y no pude más.

—¡Cállate ya!

No esperaba mi reacción.

—¿Tú sabes por qué narices estoy yo en la Organización? —Me acerqué a él y lo empujé con fuerza en el pecho—. ¡Por salvarte a ti el culo! —le escupí.

—¿A mí?! —Era reacio a creerme.

—¡Sí, a ti! ¿Quién crees que mató a los secuestradores de tu hermana en el zoo de Dublín aquella noche? ¡¿Eh?! —Lo empujé de nuevo—. ¿Y quién crees que acabó con la banda de Horgan's Quay? ¡¿Eh?! —Volví a empujarle—. ¡Ellos! ¡Fueron ellos, Aidan! ¡Hice un pacto! Ellos me ayudaban a que tú no tuvieras más problemas a cambio de que yo ingresara en la Organización.

—No te creo.

—Ese es tu problema. Ahora sí que te digo la verdad. Mírame a los ojos. —Le agarré del pecho—. ¡Mírame a los ojos, joder! Mi abuela me enseñó desde pequeña sin yo saber el porqué. Luego lo supe, tenía un don. ¡Sí, un don!

—chillé—. Hablo con la diosa Áine cada vez que estoy en apuros. Ella se pone en contacto conmigo. ¿Crees que lo he elegido yo? Te equivocas. He viajado a Dublín, Nueva York y Noruega siempre por alguna misión. Yo no lo dicto. A mí no me gusta tener que engañarte, pero era lo que había. Es una organización secreta. Y ahora mismo estoy rompiendo las reglas por ti.

Parecía asombrado por todo lo que le estaba contando, pero no reaccionó. No me creía.

—Y ¿qué hace ella aquí? —preguntó de repente.

—Ella ¿quién? —Me extrañé.

—Taragh.

—Eso es algo que todavía no sé. Yo solo cumplo órdenes y todavía no me han dado ninguna explicación.

Un silencio sepulcral se volvió incómodo. Era increíble cómo habiendo una fiesta, no se oyera ni el sonido de una mosca. Las gruesas paredes de aquel castillo habían sido los únicos testigos de nuestra discusión.

Sin decir nada, me lanzó una mirada de reproche saliendo a toda prisa de la sala y yo fui incapaz de moverme. Había confesado todos mis secretos. Me había desnudado ante él completamente.

Hasta que se oyó un disparo.

Me asusté, me alcé los bajos de mi vestido y salí corriendo hacia fuera, donde parecía que había tenido lugar aquel estruendo.

Y entonces lo vi.

Estaba tendido en el suelo del jardín, sangrando.

—¡Aidan! ¡No! —Corrí hacia él—. No, no, no. No, cariño. No es nada. —Traté de calmarlo cogiéndole de la ropa—. Te vas a poner bien, mi amor.

Me arrodillé a su lado, tapándole la herida con ambas manos. Elevó su rostro hasta que nuestros ojos se cruzaron, y supe que pudo ver el miedo que había reflejado en los míos. Negué con la cabeza cuando una de sus manos acarició mi mejilla con lentitud y, sin poder evitarlo, mi rostro se acunó en ella.

—Maureen... —musitó sin fuerza.

Su cabeza cayó sobre el césped casi inconsciente. Mis nervios crecieron, la ansiedad me oprimía el pecho de tal manera que era incapaz de conseguir llenar mis pulmones de aire, o ni siquiera de verle con claridad. Las lágrimas me cegaban y la desesperación estaba acabando conmigo.

—Siempre serás... —le costó seguir— el amor de mi vida.

—Aidan, no, no, no. Aguanta, por favor —sollocé, pegándome a su pecho.

Mis manos estaban empapadas de sangre que no dejaba de manar de su pecho, notaba cómo mi cuerpo temblaba descontrolado, y un pequeño hipido se hizo con el control de mis sentidos.

—Te... quiero...

—Yo también te quiero —asegué sin poder controlar mis espasmos.

Sollozé con más fuerza, colocando mis manos a ambos lados de su cara y lo besé. Lo besé con tanta fuerza que creí hacerle daño, y el dolor inundó mi corazón cuando sentí sus labios enfriarse de tal forma que me negaba a creer que se fuese para siempre.

Pero fue inútil.

El impacto le había dado en una zona complicada. Las lágrimas me nublaron la vista por completo y me di cuenta de que se me acababa el tiempo. Sus ojos se cerraron con visible pesadez, y le zarandeeé con energía sin saber qué hacer. Los abrió de golpe y lo que vi me desconcertó. De nuevo, pasó su mano por mi mejilla, en un inútil intento por tranquilizarme. Pude apreciar una pequeña sonrisa florecer de sus labios, la misma que imité sin fuerza.

—¿Recuerdas... aquella vez que... me curaste?

Asentí, sorbiendo mi nariz.

—Nunca lo olvidaré...

—Te vas a poner bien —asegué, llorando con más fuerza.

—Desde ese momento supe que... —me traspasó con sus ojos—, que tú serías mi diosa.

Algo llamó mi atención: un desgarró.

Un desgarró sobrenatural.

Busqué el foco de aquella voz, alzando mis ojos mientras se iban de un lado a otro sin conseguir ver nada, pero sabía que ese aterrador sonido procedía de una Banshee. La mano de Aidan comenzó a deslizarse con lentitud por mi mejilla, hasta que cayó laxa sobre el césped.

—¡¡¡Aidannnnnnnn!!! —grité con todas mis fuerzas.

A lo lejos logré escuchar un sonido procedente del bosque, me giré a toda velocidad para tratar de encontrar ayuda y distinguí un vestido rojo que se acercaba a toda prisa mirándome en estado de *shock*.

—¡Taragh! ¡Ayúdame! —le rogué con un grito desgarrador, y me derrumbé sobre el cuerpo inerte de mi marido.

Continuará...

# Diccionario

—*Dia duit, mo banríon.*

Hola, mi reina.

—*Dea-oíche, ma'am.*

Buenas noches, señora.

—*Beidh an lae inniu ina lá tábhachtach duit. Beidh d'anam aontaithe le do chara. Ná bíodh eagla ort, is breá leis tú agus leanfaidh sé leat cibé áit a théann tú. Ach bí cúramach. Níl cairde ag gach duine. Caithfidh tú féachaint ar na daoine atá ag gabháil leat i do lá go lá.*

Mañana será un día importante para ti. Tu alma se unirá a la de tu amado. No tengas miedo, él te ama y te seguirá donde quiera que vayas. Pero ten cuidado. No todas las manos son amigas. Debes vigilar a la gente que te acompaña en tu día a día.

—*Dia duit, Oonagh. Is é mo ainm Fand, bandia na n-uiscí úr agus domhain. Tá mé anseo chun tú a bheannacht leh Áine i d'aontas le do chara. Ná bíodh eagla ort is mise do chara agus do chosantóir. Aon uair is gá duit dom, beidh mé ann.*

Hola, Oonagh. Mi nombre es Fand, diosa de las aguas dulces y profundas. Estoy aquí para bendecirte junto a Áine en tu unión con tu amado. No temas. Yo soy tu amiga y protectora. Siempre que me necesites, allí estaré.

—*Íochtarach do cheann.*

Baja la cabeza.

—*Tabhair do chroí le draíocht fiáin, maidir leis an tiarna agus le mná an dúlra, seachas aon bhreithniú ar an saol seo. Ná caithfidh mórán nó beag, ná bíodh na daoine lag nó lag, ní chuma an chuma ar olc in aice leat, ná bronn ná náire náire. Tugtar na coimhlintí ársa duit, déan iad a thuiscint go luath agus déan iarracht, bí ceann le cumhacht na n-ilimintí, cuir mí-iompar agus luíonn taobh thiar de tú. Bí dílis do thiarna na foraoise, bí dílis do mhuire na réaltaí, bí fíor duit éin chomh maith, fíor le draíocht an dúlra thuas. Ná curse ar dhuine ar bith, mar sin ní gá duit a bheith damnithe trí uaire, agus má tá tú ag taisteal farraige agus talamh, lean an bealach*

*céanna leis na seanbhealaí.*

Dale tu corazón a la magia salvaje, para el Señor y la Dama de la naturaleza, más allá de cualquier consideración de este mundo. No codicies grande o pequeño, no desprecies a los débiles o pobres, la apariencia del mal no permitiré cerca de ti, nunca te rindas ni ganes la vergüenza. Las armonías antiguas te son dadas, entiéndelos temprano y prueba, sé uno con el poder de los elementos, pon detrás de ti el deshonor y la mentira. Sé leal al Señor de la madera salvaje, sé fiel a la dama de las estrellas, sé fiel a ti mismo, además, fiel a la magia de la naturaleza por encima de todo. No maldigas a nadie, para que no seas tres veces maldito, y si viajases océano y tierra, sigue el mismo paso de los senderos antiguos.

—*Tá sé do sheal, Brigid.*

Es tu turno, Brigid.

—*Ó bandia, tu, cosaint; agus i gcosaint, neart; agus i neart, tuiscint; agus i dtuiscint, eolas; agus ar eolas, eolas an cheartais; agus ar eolas an cheartais, grá dó; agus sa ghrá sin, an grá ar gach annamh; agus i ngrá le gach annamh, grá dé. Bandia agus gach maitheas.*

Oh diosa, tú, protección; y en protección, fuerza; y en fuerza, comprensión; y en la comprensión, el conocimiento; y en el conocimiento, el conocimiento de la justicia; y en el conocimiento de la justicia, el amor por ella; y en ese amor, el amor de todas las existencias; y en el amor de todas las existencias, el amor de diosa. Diosa y toda bondad.

—*Ardaigh do anam le nádúr na máthar agus an fharraige a luíonn linn. Chun na ndaoine a chuireann timpeall orainn agus ar an dea-cháil gur féidir le gach rud. Déan do chuid céimeanna a threorú ar an mbealach ceart agus tabhair do aoibh gháire brón a chur isteach i moilleas.*

Eleva tu alma a la madre naturaleza y al mar que nos baña. A los seres que nos rodean y al bien que todo lo puede. Guía tus pasos por el buen camino y regala tu sonrisa para convertir las penas en alegrías.

—*Amárach tosaíonn tú cosán nua. Ná bíodh eagla ort, baineann do chara leat. I dtréimhsí trioblóide agus éadóchais cling le miotail. Páirt a ghlacadh do namhaid. Beidh tú araon a bheith ar an neart.*

Mañana comenzarás un nuevo camino. No temas, tu amado te pertenece. En los momentos de apuro y desesperación aférrate al metal. Únete a tu enemigo. Los dos seréis la fuerza.

—*Tabharfaidh na héin leat i do thuras. Labhair leo.*

Los pájaros te acompañarán en tu andadura. Háblales.

—*Breathnaigh ar an bhfarraige.*

Mira al mar.

—*Beidh siad ag do thaobh freisin.*

Ellas también estarán a tu lado.

—*An bhfuil tú socair?*

¿Estás tranquila?

—*Sea, tá mé.*

Sí, lo estoy.

—*An bhfuil tú sásta?*

¿Eres feliz?

—*Sea, tá mé.*

Sí, lo soy.

—*Ansin, téigh abhaile. Beidh amárach a bheith ina lá draíochta.*

Entonces, márchate a casa. Mañana será un día mágico.

—*Tabhair aire di.*

Cúidala.

—*Sea, beidh mé.*

Sí, lo haré.

—*Slán, Oonagh. Slán, Brigid.*

Adiós, Oonagh. Adiós, Brigid.

—*Cé a ghlacfaidh tú de lámh? Cé a chuirfidh an fuinneamh chun ciorcal solais a fhíorú? Glaoim an solas, glaoim ar an tiarna agus ar an mhuire, is cuma cad ba mhaith leat glaoch orthu, glaoim ar cheithre choirnéal an domhain, an ciorcal seo a neartú agus lig an chumhacht ag fás, lig an grá sreabhadh.*

¿Quién les tomará de la mano? ¿Quién enviará la energía para tejer un círculo de luz? Llamo a la luz, llamo al señor y a la señora, como quieran llamarlos, llamo a las cuatro esquinas de la Tierra, fortalece este círculo y deja que el poder crezca, deja que el amor fluya).

—*Comhghairdeas.*

Felicidades.

—*Go raibh maith agat go mór, madam.*

Muchas gracias, señora.

—*Tagann duine éigin nua dúinn.*

Alguien nuevo viene a nosotras.



—*Beag banphrionsa.*

Pequeña princesa.

—*Oíche mhaith, mo stór.*

Buenas noches, querida.

—*Fáilte.*

Bienvenida.

—*Go raibh maith agat go mór.*

Muchas gracias.

—*Faigh taobh amuigh.*

Sal afuera.

—*Cá háit?*

¿Dónde?

—*Tá sé fós nach bhfuil an t-am, ach beidh a tharlaíonn anseo.*

Todavía no es el momento, pero sucederá aquí.

—*Do fhear beloved.*

Tu hombre amado.

—*Sea, mo fhear beloved.*

Pues sí, mi hombre amado.

—*Is breá.*

Amor.

—*Ádh mór.*

Buena suerte.

—*Go raibh maith agat.*

Gracias.

—*Taobh amuigh.*

Afuera.

—*Barr.*

Arriba.

—*Aire a thabhairt air.*

Olvídalo.

—*Lean ar aghaidh mar seo.*

Continúa así.

—*Is breá le do thuismitheoirí tú.*

Tus padres te quieren.

—*Aire a thabhairt air.*

Cuida de él.

—*Damn é! Cá bhfuil tú? Is gá dom duit!*

¡Maldita sea! ¿Dónde estás? ¡Te necesito!

—*Cad atá cearr le Brigid?*

¿Qué sucede con Brigid?

—*Rud a tharlaíonn do mo sheanmháthair?*

¿Le sucede algo a mi abuela?

—*Níl, ciúin.*

No, tranquila.

—*Brigid, teacht.*

Brigid, ven.

—*Beidh saol nua teacht chugainn.*

Una nueva vida vendrá a nosotros.

—*Beidh tú riachtanach.*

Tú serás necesaria.

—*Braitheann cuid todhchaí ar ort.*

Su futuro depende de ti.

—*Beannaigh léi.*

Bendícela.

—*Ach...*

Pero...

—*Tá brón orm.*

Lo siento.

—*Tiocfaidh grá fíor, go luath.*

El amor verdadero vendrá, pronto.

—*Mo banphrionsa.*

Mi princesa.

—*Is breá liom tú freisin.*

Yo también te amo.

—*Gruaig Dóiteáin.*

Cabello de fuego.

—*Glaigh gruaige tine.*

Llama a cabello de fuego.

—*Na trí tinte atá ag fanacht leat.*

Los tres fuegos te esperan.

—*Cá háit?*

¿Dónde?

—*Tagann siad ar do son.*

Ellas vienen por ti.

—*Oonagh? An bhfuil tú?*

¿Oonagh? ¿Eres tú?

—*Sea, is mise.*

Sí, soy yo.

—*Teacht in aice.*

Acercaos.

—*An bhfuil a fhios agat cá bhfuil an coire?*

¿Sabéis dónde está el caldero?

—*Tá!*

¡Sí!

—*Téigh linn.*

Ven con nosotras.

—*Tóg leis dó!*

¡Llévatelo a él!

# Mitología

*Áine* – Ella es la diosa de las hadas irlandesas, de la fertilidad, que inspira en los humanos el amor y la pasión. Hija de Egobail, según algunos mitos, fue adoptada por el dios del mar Manannán. También es venerada como deidad del maíz, los ganados, el amanecer, el fuego, el sol y la luna.

Uno de los mitos que rodean a Áine describe cómo se sentó en su silla de parto en Lughnasadh y dio a luz a una polea de grano. Se cree que al realizar ese acto, Áine le dio el regalo de grano a la gente de Irlanda.

Existen muchas historias con respecto a Áine y sus amantes mortales. Se dice que Gerald, conde de Desmond, una vez robó la capa de Áine mientras nadaba en un río, y no se la devolvería hasta que aceptara casarse con él.

*Brigid* – Diosa hija de Dagda (dios de la Tierra) y Boann (diosa de la fertilidad). Se dice que en el momento de nacer tenía la cabeza cubierta en llamas, llegándolo a relacionar con el cosmos. También recibe el nombre de «Triple diosa» por poseer el don de la inspiración, la forja y el fuego del corazón. Es un ser poderoso y también es la patrona de las artes curativas, la fertilidad, la poesía, la música, la profecía, la agricultura y la herrería. Muchas personas también la llaman la Diosa del Pozo, ya que también tiene vínculos con el elemento del agua. El pozo es sagrado porque proviene del vientre de la Tierra, y Brígida es también la Madre Tierra o la Diosa Madre. Brigid también se la asociada con Danu (madre de los dioses irlandeses).

*Goibniu* – El dios herrero forma parte de los Tuatha de Danann. Forja continuamente lanzas para los Tuatha con solo tres golpes mientras el dios broncista pone los remaches y el carpintero las astas. Goibnu es también el responsable del festín que se celebra en el más allá en el reino de Manannan, donde los elegidos rejuvenecen bebiendo la cerveza del dios Herrero.

*Lug* – Miembro de los Tuatha Dé Danann, no tiene ninguna función en concreto, puesto que tiene todas las funciones habidas y por haber. A veces se le interpreta como un dios del sol, dios de la tormenta o dios del cielo. Lugh tiene varias posesiones mágicas: empuña una lanza de fuego imparable, una

honda y una espada.

*Fand* - Entre las demás Diosas Celtas, se dice ella es la más hermosa, con larga cabellera brillante y de color miel, y el brillo de su mirada era lo que la hacía atractiva. Fand, junto a su hermana eran asociadas al «otro mundo», y a conferir la gracia de los placeres terrenales.

Ella ingresa a la historia en forma de un pájaro marino de otro mundo. En su forma de ave marina, vuela con una bandada de pájaros encantados, con cada par unido por una cadena de plata. Fand, volando con su hermana Lí Ban, se destaca del resto ya que están conectadas por una cadena de oro.

### *Merrows*

Son unos seres mágicos que habitan en el mar, y suelen hacerse amantes de humanos que viven en la costa, pese a la antipatía que sienten por ellos. Aunque estos seres no son tan dóciles como otras sirenas que podemos conocer en otras mitologías. En algunas partes de Irlanda se les considera mensajeros de la condenación y la muerte.

Tienen ropa especial que les permite viajar a través de las corrientes oceánicas y que cambia en función de la zona del país en la que se encuentren. En el sur usan gorra roja hecha de plumas pequeñas, llamada druith cohullen. Y en las costas del norte viajan envueltos en mantos de piel de foca, teniendo en la apariencia y atributos de estos animales marinos.

Con el fin de llegar a Tierra, el merrow abandona su gorra o capa, por lo que cualquier mortal que encuentra estos complementos tiene poder sobre ella y los merrows no pueden volver a la mar hasta que los recuperan. Un pescador puede convencer a uno de estos seres de la mitología irlandesa de casarse con él ocultándole sus prendas. Estas novias suelen ser muy ricas, con fortunas de oro robadas en los naufragios. Pero una vez que el merrow recupera su ropa retenida, su deseo de volver al mar es tan fuerte que acaba abandonando a su familia.

### *Banshee*

Son unas mujeres envueltas en un sudario que lloran por las almas de los que están por partir hacia el más allá. Su llanto puede ser tanto desgarrador, como un simple susurro. Se dice que están emparentadas con las hadas y que su lamento solo lo pueden escuchar los que están cerca de la persona que está a punto de partir al otro mundo. Casi siempre se sitúan en la parte exterior de la casa (bajo la ventana) o incluso detrás de un árbol.

### El Dullahan

Es una de las criaturas más espectaculares y siniestras del mundo de las leyendas irlandesas y que, según se dice, habitaba en los condados de Sligo y Down. A día de hoy son varias las fiestas que los recuerdan a medianoche, cuando aparece un jinete salvaje vestido de negro, montando un caballo oscuro y resoplando por el campo.

Los dullahans son seres que andan por el mundo sin cabeza. Normalmente la llevan en la silla del caballo, frente a ellos o en alto en la mano derecha.

Suele tener una estúpida sonrisa que divide la cara de oreja a oreja y los ojos. La cabeza entera brilla intensamente con la fosforescencia de la materia en descomposición y la criatura puede utilizarla como una linterna para guiar su camino a lo largo de callejuelas oscuras de la campiña irlandesa. Siempre que se detiene el dullahan, un mortal muere. Está poseído de una vista que a los mortales nos resulta sobrenatural. A modo de celebración levanta su cabeza cortada en alto y así puede observar grandes distancias en el campo, incluso en la noche más oscura. Los que miran desde las ventanas para verle pasar son recompensados con un golpe en el ojo o les empieza a gotear sangre de una de las cuencas.





# TESOROS DE LOS TUATHA DÉ DÁNNAN

*Caldero de Dagda* - Su poder más famoso es la capacidad de hacer cualquier trago, bebida, cerveza, poción o guiso siempre suficiente para satisfacer las necesidades de cualquier empresa antes de él, al igual que el mito bíblico del milagro del pan y el pescado. Algunos creen que el caldero también es el mismo Caldero de la Sabiduría.

Lo que es seguro es que el caldero es uno de los recipientes alquímicos más poderosos que cada creación. Algunos estudiosos han especulado que, junto con la Piedra del Destino, puede ser responsable de parte de la mitología que rodea al Santo Grial. Sin embargo, estas afirmaciones nunca han sido probadas.

*Lanza de Lugh* - La lanza está hecha de un simple eje de tejo y una simple cabeza de bronce, aun-que es completamente indestructible y se considera un arma tremendamente poderosa. Se dice que su poder más básico es manifestar el fuego mágico, y otras fuentes dicen que ninguna fuerza ni enemigo puede oponerse y prevalecer. Algunos estudiosos han sugerido que puede ser la fuente de las leyendas que rodean la mítica Lanza del Destino, pero estas afirmaciones nunca han sido probadas. De hecho, poco se sabe sobre la lanza con certeza.

Se rumorea que es un arma de al menos fuerza sobrenatural, supuestamente capaz de derrochar a ejércitos enteros y de matar cualquier fuerza malvada, aunque la definición de «maldad» en estos textos es ampliamente cuestionada. Además, algunos relatos que afirman haber visto la lanza portada en la mano de Mab afirman que el arma no se quemó en absoluto, sino que ardió con una llama azul que congeló todo lo que tocó sólido. Mucho más que cualquiera de los otros cuatro grandes tesoros, la lanza es seguramente un arma, aunque hay indicios de que puede ser un arma con un propósito muy específico y limitado, a pesar de muchos de los cuentos de su naturaleza invencible

*Espada de Nuada* - La Espada de Nuada era absolutamente mortal para los oponentes y ningún enemigo podía escapar de sus golpes. Nuada era un importante dios celta que al principio gobernó como patriarca humano en Irlanda y luego, después de su muerte en una batalla contra los demoníacos



fomorianos, fue llevado como un dios al reino de las hadas. Su victoria sobre dos dragones, que luchaban entre sí en el interior de la tierra, se ha vuelto legendaria: los tranquilizó vertiendo grandes cantidades de aguamiel sobre ellos a través de un túnel excavado para este fin.

Banshee

Adelanto

Vol.VI

# Prólogo

Cathab

Puse los ojos en blanco por enésima vez, saliendo de la sala con mis habituales gestos que no cambiarían ante nadie. Me dirigí con paso firme hasta la primera barra que encontré a mi paso, buscando a la mujer que no conseguía localizar, en el momento en el que creí escuchar el sonido de una bala al salir de su arma. Arrugué el entrecejo, y me pareció extraño que nadie más se percatase de ello. Sí, estaba solo en aquella sala, con la única compañía de uno de los camareros, ya que el resto de los invitados estaban en la pista de baile, pero eso no quitó que le mirase interrogante y este se hiciera el loco. Alcé una ceja al ver su gesto y decidí salir en dirección adonde había escuchado aquel sonido.

Al atravesar el pasillo, fui deshaciendo la corbata de mi cuello, mientras que con la mano libre apartaba la chaqueta del *smoking*. En la entrada, pude apreciar el cuerpo en el suelo de una mujer, quise pensar que arrodillada, y ese vestido verde llamó sobremanera mi atención. Di dos zancadas con urgencia y lo que me encontré me dejó fuera de lugar.

Mis ojos se abrieron en su máxima expansión, cuando comprobé que Taragh estaba junto a Maureen, y vi a un hombre, supuse que conocido para la pelirroja, tirado en el suelo con su pecho cubierto de sangre. Me fijé más en la cara del tipo en cuestión, y mi confusión fue más grande lo que podía llegar a imaginarme. ¿Qué hacía él allí?

Era Aidan.

No me dio tiempo ni a preguntar.

Taragh me lanzó una mirada indicándome que fuese tras Ryan, que en ese momento corría bosque adentro, gesto que no obvié, ya que salí a toda prisa detrás del hombre que, a grandes pasos, desaparecía en aquel oscuro lugar. Ryan iba por delante de mí, pero conseguí alcanzarle con rapidez.

De repente, una carretera asfaltada se abrió ante nuestros ojos haciendo que viéramos que dos caminos se separaban por carreteras distintas. Miré a

Ryan haciéndole a toda prisa un breve movimiento con la cabeza. Se suponía que estábamos buscando a alguien, y a esas horas de la noche no creí que hubiese mucha gente corriendo por aquella boca del lobo.

—Izquierda. Yo voy a la derecha —voceé mientras corría en la dirección que había dicho.

No se veía apenas nada. De hecho, no había una sola farola que alumbrase aquel camino sobre el que pisaba, por lo que tuve que conformarme con la escasa luz de la luna que, por suerte, brillaba más de la cuenta aquella noche. Seguí en línea recta, tratando de ver algo a mi alrededor, pero me fue imposible, y el simple hecho de tener que volver con las manos vacías me desquició.

Cuando di dos pasos más recibí un fuerte golpe en la espalda, acto que me hizo girarme para encontrarme con aquel miserable que había pasado tanto tiempo metido en la Organización de Byrne con fines nada claros. Di un paso feroz, el mismo que retrocedió cuando me semblante se oscureció, en el momento en el que las luces de un coche se encendieron justo a unos metros más lejos de nosotros.

El tipo en cuestión miró al hombre que arrancaba el vehículo sin darle mayor importancia a que estuviera acorralado, y cuando vi su cara junto a una sonrisa malévola, pude apreciar de quién se trataba.

Andrew O’Leany.

Negué con la cabeza a sabiendas de que él también había tenido que ver algo con todo lo que había pasado, y me centré en el hombre que, temblando, contemplaba su única vía de escape mientras se dirigía a la salida, subido en su coche como un cobarde.

—Me parece que te has quedado solo —añadí de manera arrogante.

—¡Vete a la mierda!

Reí con sarcasmo dado su tono. Estaba histérico.

—Bien, traidor —recalqué—. Tenemos dos opciones, o te vienes conmigo por las buenas —moví mi cabeza en un gesto chulesco— o te llevo arrastras. Tú decides.

—¡No pienso ir a ningún sitio! —chilló.

Soltó un grito de guerra antes de lanzarse contra mí, pero aquel desgraciado no tenía nada que hacer. Su cabeza se estampó en mi pecho, ya que le sacaba dos cabezas, en un intento por embestirme, cosa que tampoco consiguió. Agarré aquella parte de su cuerpo como si fuese una simple canica,

y empujé con poco esfuerzo hacia atrás para separarla. Movié sus brazos con ímpetu, intentado golpearme de alguna forma, algo que a duras penas me hizo daño.

Ryan llegó en ese momento, sacando su arma para encañonar al tipo, pero negué con la cabeza ya que no hacía falta. Elevé mi puño en dirección a su mejilla, lo que ocasionó que este cayese de espaldas al suelo soltando un gran alarido. Exhalé un fuerte suspiro debido al cansancio que me producían las personas que ni siquiera sabían defenderse.

—¿No os enseñan a pelear en la Organización? —ironicé.

—Se ve que no... —renegó Ryan.

—¡Que te jodan!

Volví a reír, mirándole con desprecio mientras seguía tirado en el suelo, tocándose el pómulo. Chasqué la lengua, momento en el se sacaba la pistola de la parte trasera de su pantalón, así que levanté mi pie del suelo y le propiné semejante patada en la boca que vi varios dientes salir disparados, seguidos de su sangre. Ryan, por su parte, se acercó raudo a su mano y se la arrancó de un simple tirón.

Estaba acabado.

—No, hombre enclenque, esta vez te has equivocado.

Pocos minutos después, lo llevábamos atado y desarmado hacía el castillo y, al llegar a los aparcamientos, cogí mi teléfono y con una sonrisa en los labios llamé a la persona que me había hecho el encargo.

Sonreí ante ese pensamiento, pero sobre todo al saber que ahora la que daba órdenes a diestro y siniestro era ella.

No tardó en descolgar.

—Dime, amor, ¿dónde te dejó el paquete?

Acababa de sentenciar su propia muerte porque, si de algo estaba seguro, era de que Taragh le sacaría la piel a tiras.

# Sobre las autoras

Belén Cuadros y Angy Skay un día cualquiera como hoy, decidieron unir sus caminos de la manera más inesperada, como escritoras de novela romántica para crear algo más que una historia de amor. Decidieron involucrar todo su romanticismo tras las páginas de la saga; Anam Celtic, creando una historia entre dos personajes en común, pero a su misma vez, completamente distinta.

Al comenzar la aventura en el primer viaje juntas a Irlanda en el año 2.015, se dieron cuenta que ambas tenían una conexión especial, pero tras largas noches en vela y conversaciones en la distancia, ya que Belén Cuadros reside actualmente en Girona y Angy Skay en Almería, comprendieron que algo más a parte la amistad, las unía, y eso concretamente querido lector, era la imaginación y la pasión por la cultura celta.

Tras un largo camino, se lanzan de cabeza al mercado con la primera entrega de la saga, titulada: Ádh mór Maureen, publicada con la Editorial LxL, y recomendada por las autoras, para aquellos lectores que ansíen el momento de sumergirse en una historia llena de misterios, romanticismo y aventuras, en la cual, la búsqueda de tesoros olvidados, será su primer cometido. Después llegó la segunda entrega, Bannión Avenging, Taragh, presentando a uno de los protagonistas principales de esta Saga, y ahora lanzan el tercer volumen con el título: Neart an aontas Omnagh.

¿Deseas unirte a la saga Anam Celtic? No lo dudes, ¡te esperamos!



cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.

